Ross Leckie
Escipión el africano



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ESCIPIÓN EL AFRICANO

Para Sophia:

τί δέ τις; τί δ'οὔ τις; σκιᾶς ὄναρ ἄνθρωπος.

PÍNDARO, *Pítica*, VIII, 95

Estoy muy agradecido a Peter Cochrane.
Su estímulo fue decisivo y su revisión segura.

τίς γὰρ οὕτως ὑπάρχει φαῦλος ἢ ῥᾴθυμος ἀνθρώπων
ὃς οὐκ ἂν βούλοιτο γνῶναι πῶς καὶ τίνι γένει
πολιτείας ἐπικρατηθέντα σχεδὸν ἅπαντα τὰ κατὰ
τὴν οἰκουμένην ἐν οὐχ ὅλοις πεντήκοντα καὶ τρισὶν
ἔτεσιν ὑοὸ μίαν ἀρχὴν ἔπεσε την Ῥωμαίων, ὃ
πρότερον οὐχ εὑρίσκεται γεγονός;

Nadie puede ser tan inútil y pusilánime como para no
querer enterarse de qué manera y con qué sistema
de gobierno los romanos, en cosa de cincuenta años,
conquistaron casi todo el mundo habitado,
una hazaña sin parangón en la historia humana.

POLIBIO, *Historia*, 1, 5

PRAELECTIO[1]

Estas son las memorias ficticias de Publio Cornelio Escipión (236-182 a.C.), llamado el Africano, un título honorífico que se le adjudicó por conquistar África en general —aunque no la conquistó—, y por derrotar a Aníbal el cartaginés (247-182 a.C.), al que sí derrotó en la batalla de Zama (202 a.C.).

Bajo la jefatura de Escipión, real o supuesta, Roma dominó el mundo. Un mundo muy lejano y muy pequeño, pero un mundo que, para bien o para mal, ha formado el nuestro. En tiempos de Escipión, después del saqueo de Siracusa en 211 a.C., los romanos comenzaron a adoptar la cultura de la antigua Grecia. A esa fusión debemos nuestras leyes, nuestro arte, nuestra ciencia, nuestra arquitectura y nuestra literatura, gran parte de nuestro idioma y nuestro sistema de gobierno, y lo mejor (y parte de lo peor) de lo que somos.

Como era costumbre en la época, he dado a Escipión un secretario ficticio, un *amanuensis*. Su nombre es Bostar y si hubiera vivido, habría servido a Aníbal antes que a Escipión. Esta es una continuación de Yo, Aníbal, General de Cartago, en la que ya se dice algo de Bostar. También es como una especie de espejo de aquella novela, porque la vida de Aníbal y la de Escipión fueron prácticamente iguales, y ambos hombres murieron el mismo año.

Lo que el lector va a leer es lo que yo imagino que Escipión dictó a Bostar. Pero Bostar es más que un simple amanuense y ésta es también su historia. Es amigo de Escipión, con todo lo que esto significa. Comenta, aclara, glosa. Y como ambos hombres saben demasiado bien la importancia del pasado en el presente, la historia de su vida y de su tiempo trata de ambos.

Así, Bostar se turna con Escipión. La suya es una simbiosis de cosas que fueron y que pudieron haber sido, y de otras que aún podrían ser.

[1] Parte esencial de la educación romana, la *praelectio* era la introducción que hacía el *grammaticus* o profesor antes de comentar un texto literario. A continuación venían la *lectio*, lección o lectura en voz alta; la *ennarrratio*, análisis morfológico y semántico; y el *iudicium*, el juicio final estético. El juicio final sobre este libro corresponde al lector.

PRÓLOGO

Los tambores retumbaban mientras los senadores, blanca la toga y la cara seria, pasaban junto a nosotros camino de sus escaños. Mi hermano y yo estábamos firmes y todavía en la tarima que había en el centro de la cámara, mirando al frente, con los brazos pegados a los costados, tal como habíamos convenido. Podía percibir a Catón, percibía su olor mientras llegaba, como siempre, en último lugar. Me había prometido no mirarlo. Pero cuando pasó, nuestras miradas se cruzaron. Vi odio en sus ojos azul aguamarina (¿quién podría dudar de su bastarda sangre celta?), bajo aquellas cejas salientes, y la testa de rústico, gacha y calva.

Nuestras miradas se cruzaron y sonrió burlonamente. A1 pasar levantó el índice de la mano derecha. El signo de la victoria. Pensaba que había ganado.

Los tambores se detuvieron. Los senadores se sentaron. La voz de Fabio Pulcher, padre de la cámara, resonó:

—*Patres et conscripti*, senadores de Roma, se reanuda el juicio de los hermanos Escipión.

Un centenar de senadores se sentaban en silenciosas filas alrededor de nosotros. Detrás de ellos, con las armaduras relucientes, en posición de firmes, los soldados de la guardia senatorial rodeaban la sala. Muchos habían servido conmigo o con mi hermano. Habían luchado por mí como yo había luchado por Roma, en las montañas de Hispania y Asia, bajo cielos lejanos y extraños, en los valles y llanuras de las Galias e Italia, en los pantanos de Macedonia y en las arenas de los desiertos de África.

Nunca fui derrotado. Salvé a Roma de la venganza de Aníbal y a Cartago de la venganza de Roma. Derroté a Filipo de Macedonia y al Antíoco que llamaban el Grande. Conseguí honor para mi estirpe. Di a Roma su ejército. Sólo quería, al igual que mis antepasados desde tiempos inmemoriales, servir a la república de Roma. Conmigo, Roma ha dominado el mundo. De ser una ciudad estado, casi destruida por Aníbal, se ha convertido en metrópoli y en el mundo, y todo se lo he dado porque Roma ha sido mi vida, mi amor y mi canción.

Ahora, los que me deben incluso la capacidad de hablar, la utilizan para acusarme. La gente dice que soy un dios, mis pares que sólo un hombre. Sé que soy lo último. Y como hombre me siento totalmente solo. Las injusticias de la vida, sus absurdos, zumban en mi cerebro como moscas, fétidas y negras. He vivido la vida intensamente y ahora conozco las lágrimas de las cosas.

Fabio se levantó. El silencio era escalofriante. La luz que entraba por la cúpula, intensa. Vi, el último día de nuestro juicio, un nuevo adorno del tribunal. En una mesa baja, cercana a la tribuna del acusador, estaba la urna de los votos, y delante, en ordenadas filas, cien tablillas de boj cubiertas de cera. En ellas, cuando llegue el momento, mis pares escribirán una letra con el estilo: L para *libero*, C para *condemno*... dos vidas a merced de dos letras.

—Senadores —dijo Fabio—. ¿Cuál es hoy la acusación y quién la promueve?

Catón, con su cojera de cangrejo, avanzó desde los bancos hasta una tribuna que había a nuestra derecha. Dice que lo hirieron en una guerra. Yo no lo he visto en ninguna, y en esta época no ha habido guerra en la que yo no haya participado. Creo la anécdota de que en realidad fue coceado por una mula. Así se rompió la cadera.

Vaya piojo, pensé. Casi ni se le ve por encima del antepecho de la tribuna desde la que lanzará su acusación. Qué voz tan vulgar. Después de tantos años en Roma, habla todavía como una verdulera.

—La última acusación, oh padres, es de extorsión, y yo, Marco Porcio Catón, la presento en nombre del Senado y del pueblo de Roma.

—¿A quién acusas? —preguntó Fabio.

—A los dos hombres que hay ante ti: a Lucio Cornelio y a Publio Cornelio Escipión, a quien llaman —añadió con desprecio, mirándome, escupiendo la palabra— el Africano.

—¿Y qué pena pides?

—Por las pruebas que ya os he enseñado, padres, y por lo que diré hoy, sólo puede haber una pena. Una pena que, como exige la ley, sólo puede ser el garrote.

—Muy bien, comienza.

Hace casi un mes de todo esto. Estamos esperando el veredicto, tras dar garantías de que no huiríamos de Roma, yo en mi villa costera de Literno y mi hermano en su casa de Roma. La garantía fue la ofensa final.

—Nunca he huido de nada —dije—. ¿Huiré ahora de Roma? Quizá sepa el veredicto mañana. Quizá dentro de varios meses. El Senado tiene que escuchar la voz del pueblo. Pero después de casi treinta años de soldado, he aprendido a vivir sin miedo. Por enfermedad, por la espada o el garrote... nadie puede decir cuándo terminará mi vida.

Mi hermano busca en el vino un olvido negro. Mi solaz está en esta granja y en la historia que estoy dictando a Bostar, mi secretario y amigo. El Senado, o los dioses, me quitarán la vida. Pero no podrán destruir esta historia. Bostar la copiará cuando haya terminado y pondrá las copias a salvo.

Aunque no existiera esta historia, yo no moriría del todo. Ni el tiempo, ni el hombre, ni el hambre, ni las tormentas, ni las enfermedades pueden destruir lo que he hecho. Las hazañas de Escipión serán su erosionado y magnífico monumento fúnebre. Lo que ahora leéis es su relato. Una construcción y un desmoronamiento: la vida de Escipión antes de que le llegue la hora de la muerte.

PRIMERA PARTE

La formación

Nostra autem res publica non unius esset ingenio, sed multorum, nec una hominis vita, sed alíquot constituta saecutlis et aetatibus.

Pero nuestra República no fue fundada por un solo ingenio, sino por muchos, y no se consolidó durante la vida de un hombre, sino en el curso de los siglos y las edades.

Cicerón, De Republica, II, I, 2

Las hojas están cambiando. Desde aquí veo cómo la estación fría marchita sus venas secándolas y amarilleándolas, y acercándolas al color marrón. Y lo mismo me pasa a mí. Siento el peso de los años; el dolor de la humedad, de las heridas, de largos días y cortas noches, de demasiadas cosas dándome vueltas en la cabeza. Siento el peso de los recuerdos, llamándome desde muy lejos. Y mientras espero el veredicto del Senado y del pueblo, me siento viejo, frío y débil.

La luna crece, muere y vuelve de nuevo, y el sol, y la hierba. ¿Crece y muere también el hombre, y no vuelve nunca? Me pregunto qué habré hecho yo. O Aníbal. El me obligó a perfeccionar lo que se propuso destruir. Dicen que todavía está vivo, en Bitinia. Lo enviarán a buscar; Catón se ocupará de eso. Pero Aníbal no vendrá. Sólo pienso en cuánto amor ha tenido que perder para odiar tanto.

Aníbal odia. Yo he amado. He amado a Roma, la vida, la belleza proporcional que había. Estos pensamientos me consuelan. Considera, por ejemplo, la silla en la que me siento. Considera desde ella la clase de hombre que yo, Escipión el africano, soy.

No es una silla corriente. No es un simple trozo de haya andaluza, sin adornos. La silla procede de la ciudad de Siracusa, fruto del saqueo de esa ciudad por mi primo Claudio Marcelo hace veintiocho años. Entonces estaba yo en Hispania. Haberme perdido el asedio es una de las pocas cosas que lamento. Allí mataron a Arquímedes. Un maldito legionario le cortó la cabeza. Parece ser que estaba dibujando en la arena y no quería que lo detuvieran hasta haber terminado el teorema en el que estaba trabajando.

¡Lo que podríamos haber hecho de aquel hombre! Durante dos años había desafiado a Marcelo con sus ingeniosas máquinas. «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», decía. Bien, en Siracusa inventó una enorme grúa. Desde las murallas de la ciudad sacó del agua las galeras de Marcelo. Sus catapultas hundieron a muchas otras. Cada vez que Marcelo retiraba los barcos, Arquímedes ajustaba las catapultas para que dispararan más lejos.

Aunque era matemático (tengo varios trabajos suyos en mi biblioteca), perfeccionó la ciencia de la mecánica. Los romanos estamos orgullosos de nuestros mecánicos e ingenieros, pero la verdad es que esto también lo aprendimos de los griegos.

Mis acusadores, sobre todo Catón, dicen que dichas observaciones demuestran que soy helenófilo y no un verdadero romano. Qué estupidez. Amar lo griego no debería ser un insulto. Así como admito nuestras deudas, también digo que sólo un pueblo como el nuestro ha podido crear con ellas lo que ha creado. Sí, nuestros artesanos no podrían haber hecho una silla como ésta en la que me siento, con patas de cabeza de león, el respaldo de esfinges aladas, el asiento con incrustaciones de marfil y lapislázuli. Pero sólo nosotros tenemos el poder, gracias a la guerra, de hacer la paz. Y es durante la paz, no durante la guerra, cuando los pintores pintan, los tejedores tejen y los poetas pulen sus versos.

Para llevar esta silla a su posición perfecta tendría que adelantarla dos dedos antes de sentarme. En otra época discutía al respecto con Aurio, mi esclavo personal, como todavía lo llamo, aunque hace mucho que le di la libertad. Cada vez que limpia esta sala (sólo a él y a Bostar les permito que entren), mueve la silla y nunca la deja en su lugar exacto.

—¡Aurio, Aurio, no y no! —le decía— Ven y siéntate tú.

Y se acercaba arrastrando los pies y con la cabeza gacha.

—Siéntate. —Como siempre, vacilaba—. ¡Vamos! Siéntate como lo hago yo. Sí, con la espalda erguida. Eso es. Ahora mira por la ventana. —Siempre tenía que ladearme para hacerlo. Aurio no levantaba la vista si, al hacerlo, sus ojos tropezaban conmigo—. Aurio, ¿qué ves?

—Veo tu jardín, amo.

—Sí, sí, ¿y qué más? ¿Ves los membrilleros?

—Sí, los veo.

Y cada vez, muchísimas veces, le preguntaba:

—¿Cuántos ves?

—Tres, amo.

—¡No, Aurio, no!

Y Aurio se levantaba y se alejaba, arrastrando las sandalias, arrastrándolas por la cara de Minerva del mosaico del suelo. Y yo adelantaba la silla, tomaba asiento y miraba. Cinco membrilleros al tresbolillo donde Aurio, con la silla demasiado atrás y la vista bloqueada por la ventana, sólo veía tres.

Dejé de practicar este juego hace quizás un año. Hay cosas que no se pueden cambiar. Ahora muevo la silla yo.

El membrillero ha sido siempre mi árbol favorito. Procedentes de Creta, los planté ante mí cuando cumplí cincuenta años. Florecieron por primera vez hace tres años y pronto los veré cada día rebosantes de flores de color blanco cremoso y rojo intenso, a través del gris del frío invierno. Y luego llegará el fruto, astringente, aromático, fuerte. Me gusta que echen un poco en los pasteles de manzana que Mulca, mi cocinera, prepara tan bien. Todo esto de un árbol pequeño. Pocos hombres dan a la vez flores y frutos, y los hay que no dan nada.

Así pues, aquí es donde me siento y miro mis membrilleros. Pienso, sueño y recuerdo. Y dicto a Bostar.

Amo a este hombre. Lo amé en su juventud y lo amo ahora, en el ocaso, por su dolor y su angustia, por su vergüenza. Por supuesto que nunca se lo he dicho ni se lo diré. Decir algo le da vida y muerte. Además, el amor es polimorfo y el lenguaje no. Al menos, no el latín. ¿Qué es ego amo*? ¿Una descripción o una definición? Los griegos tienen seis palabras para decir «amor». Podría utilizar la más indicada y decírsela en griego. Pero lo entendería.*

Sirvo a Escipión desde hace casi veinte años. Ya no serviré a nadie más. Soy como las botas viejas, hechas a sus pies y que ya no servirán para otros. Llevamos dos años viviendo en Literno. Durante este tiempo, hemos ido a Roma sólo para el juicio; desde que terminó hemos seguido nuestra ordenada vida. La criada Mulca sirve el desayuno temprano: leche caliente y pastas, pan tierno, queso y fruta del tiempo. Tiene que levantarse muy temprano, aunque deje la masa creciendo mientras dormimos. Me gusta esta idea: la masa creciendo en casa de Escipión cada noche, mientras dormimos.

Hasta media mañana, Escipión está con su capataz, Macrón, viendo las tierras y, a menudo, también trabajándolas. Sé lo que va a hacer cuando veo lo que se pone. Para cabalgar por la finca, se pone una camisa de algodón azul, pantalones galos blancos y botas de piel hasta las rodillas. «Los cipos están bien, Bostar», me dice cuando vuelve

de tales excursiones. Sí, los cipos, los cipos griegos. Él los ha colocado. Bustos rudimentarios de extraños dioses rurales en las lindes de la finca.

A menudo discutimos de fronteras.

—Las señalo cuando y donde puedo —me dijo una vez—. Por eso las pongo aquí. No todo puede ser cercado.

—Pero ¿por qué pones fronteras, Escipión? Todo el mundo sabe cuál es tu tierra. Y tu vida no ha conocido fronteras.

—¡Ah! Pero las tengo. Debes entender, Bostar, que sólo he sido capaz de romper fronteras cuando he sabido dónde estaban.

Pero no sólo cuida los cipos. Cabalga por sus tierras para asegurarse de que sabe lo que está pasando: qué arroyo está seco, qué pastos están verdes, qué huerto necesita abono. Escipión es un entusiasta del abono, sobre todo en esta época del año. Le gusta ver la tierra cubierta de abono durante el invierno. Amenaza con escribir un tratado sobre el estiércol. Se me ocurren otros temas más valiosos para su pluma. En todo caso, ¿tendríamos tiempo? La sentencia se pronunciará el día menos pensado.

Si los demás fueran como él habría menos problemas en el mundo. Demasiados patricios romanos explotan sus tierras. Suben los tributos; aterrorizan a sus arrendatarios y ninguno sabe ni se preocupa de si en las granjas crece trigo o cebada... mientras sean rentables.

Escipión es diferente. Está muy interesado por la agricultura y, cuando vuelve, siempre me dice lo que está pasando. «Hoy hay que limpiar de piedras los campos de Quintucia, Bostar», o «el trigo se almacenará por la noche. Ha debido de llover mucho, pero no he oído nada», o «el vaquero Estulto tiene fiebre. Le enviaré a Aurio». Así, con estas bagatelas cotidianas a nuestro alrededor y a nuestras espaldas, sabiendo que el ritmo de la tierra prosigue inmutable, Escipión se sienta en la silla en la que está ahora y, a su debido tiempo, empieza.

Yo me siento a esta mesa, detrás de él. Siempre tengo al menos diez tablillas preparadas y estilos de reserva. He perfeccionado un sistema de escritura del que me siento orgulloso. Lo llamo taquigrafía, pero Escipión piensa que debería llamarlo braquigrafía, del griego brachys*, «breve», por oposición a* tachys*, «veloz». Es la clase de juego de palabras que nos gusta. En todo caso, se llame como se llame, me permite escribir lo que dice Escipión a la misma velocidad que él habla. Tengo que escribir un tratado sobre mi sistema. Pronto, pronto.*

Durante un rato estamos solos con nuestros pensamientos. Aurio trae infusión de mejorana, endulzada con un poco de miel de las colmenas de las colinas en las que crece el tomillo silvestre. Luego, durante dos horas o más, sin interrupción hasta la comida del mediodía, Escipión dicta y yo escribo, escribo la vida de Escipión.

Por las tardes, transcribo mis notas. Más tarde, guiándome, no por las notas sino por mi memoria, añado lo que sé y, a veces, describo el presente, no sólo el pasado. Los dos somos uno y formamos nuestro futuro. Así pues, ésta es la historia de dos vidas en una, dos pasados, dos presentes. Dejaré a las dos emerger y mezclarse como el mar agitado.

Veo el mar aquí en Literno. Siempre me ha gustado mirar el mar. Quizá fuera por mi niñez, las tormentas invernales estallando en nuestra puerta y nuestras paredes. Yo me levantaba, tiritando bajo la manta, salía y me quedaba inmóvil, miraba, sentía y oía las olas estrellándose en la playa. En el mar están todos los colores, verde, azul, negro,

rojo y gris. He visto en ellos el bermellón, el ocre, el verde jade. En él están todas las emociones, las insurgentes, las calmadas y las pasadas. He oído al mar susurrar como los amantes y rugir como los leones, acariciar la tierra, atacar. En el mar todas estas cosas son una, como han sido siempre. Pienso en Aníbal. Ahora veo el mar otra vez. Primero de joven y ahora de anciano, servidor de dos hombres que intentaban cambiar el mundo y descubrieron que el mundo tiene un equilibrio propio.

Así que ahora me dedico a mis recuerdos. Empezaré a contar las cosas que sucedieron antes de que yo conociera a Escipión, o le sirviera. Cuando pueda, las continuaré. Al escribir la vida de Escipión, quizá cuente también la mía.

Estuve inmóvil hasta que perdí el barco de vista, hasta que el brazo, estirado y con la palma al frente, empezó a dolerme y a temblarme. Entonces me senté donde estaba, una playa de Italia, y miré el mar que se llevaba a Aníbal a la patria. A pesar de todo, seguirá buscando, hasta que aprenda, pensé. Entonces hará el viaje final y pedirá a los dioses una sentencia. ¿Quién sabe lo que dirán?

Me había unido a Aníbal en Hispania, como dibujante de mapas, antes de que cruzara los Alpes e invadiera Italia, hace casi veinte años. Hasta que el odio le consumió, estuve a su lado. Ahora se había ido a Cartago porque, incapaces de derrotarle en Italia, los romanos habían invadido África. Aníbal tuvo por fin noticias de Cartago. Sus compatriotas lo llamaban. Pero yo sabía que no podía ayudarlo en el lugar a donde iba. Sólo los muertos ven el final de una guerra. Aníbal había dejado Italia. Yo me quedé; solo.

La oscuridad me rodeó mientras permanecí sentado como una gallina con las alas plegadas. No hay nada más agradable que la lenta llegada de la noche. El hombre descansa. La tierra descansa. Casi todo rejuvenece. Envuelto en mi capa, me acosté y esperé el sueño, con los pensamientos mecidos por la marejada. Soñé con él, como suele sucederme. Aquella noche soñé que Aníbal era un cometa coruscante y flameante, no una apagada y lejana estrella.

Con el rocío de la mañana de oro me alejé andando, tierra adentro, hacia el norte. Sólo tenía el morral con los mapas y unos cuantos enseres, y las ropas que llevaba puestas.

¿Imagináis lo que significa ser romano y Escipión? Significa asumir la grandeza, mamar con la leche de nuestra nodriza que, aunque tenemos derechos, tenemos también responsabilidades. Mira nuestro nombre. Quiere decir báculo. El abuelo de mi tatarabuelo era ciego. Su hijo Cornelio fue su báculo (*patrem pro baculo regebat*, dice nuestra historia) y hemos llevado el apellido Escipión con orgullo desde entonces. Hemos sido el báculo de Roma. El panteón familiar, junto a la puerta Capena de Roma, contiene los huesos de muchos, muchos Escipiones que han muerto a su servicio.

Pues sí. Entiendo que esto podría parecer prematuramente didáctico. Ya estoy dando forma a cosas que se suponen. Es el destino de los grandes. Son el báculo de los grandes sucesos, que resuenan a través de los tiempos. Y sin embargo, en casi todos los casos se limitaron a ser consecuentes. ¿Cuántos vieron y obraron? ¿Cuántos crearon historia antes de que ésta los superase? Yo, lo siento en los huesos, he sido uno de los que obraron. Roma es una de mis obras. Me pertenece y me debo a ella. Ha sido, y quizás aún sea, lo que yo quería que fuese. Roma es mía. Así que me permito el lujo de ser didáctico. Dejaré bien claro lo que creo que significa ser romano. Este orgullo es un

defecto. Los hay peores. Corrige estas frases como mejor convenga, Bostar. Pero se ha hecho algo que antes de mí estaba por hacer. Así que es mía y voy a explicarlo.

Nací en la casa de mi padre, que ahora es mía aunque ya no voy por allí. Sus ventanas están condenadas. Sus fogones, fríos. Sólo el viejo portero, Rurio, está en la casa, pues vive en ella desde hace sesenta años. Su obligación es ahuyentar a los ladrones, aunque está ya completamente sordo. La guardia de la ciudad echa un vistazo de vez en cuando. Lo arreglé para que se hiciera así. Todavía tengo amigos en Roma. Cuando Rurio muera, venderé la casa. No por el dinero, que no necesito, sino por la paz.

He aprendido a prescindir de las cosas. Me cuido de toda la belleza que he reunido a mi alrededor, las alfombras, las esculturas, los vasos. Tengo estatuillas de Nínive, joyas de plata de Capadocia, alabastro, mirra, ámbar, ébano y marfil, esmeraldas y diamantes, glossopetrae caídas de la luna, y tengo oro. Sí, tengo muchos objetos preciosos. Toco este broche de plata, por ejemplo, el que tiene forma de grifo y me sujeta los pliegues de la túnica. Es etrusco, de Preneste, tiene trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, no tiene precio. Detrás lleva la inscripción *Manios med fhefhaked numasiosi*, protolatín que quiere decir *Manius me fecit Numerio*, Manio me hizo para Numerio.

Lo miro muchas veces por semana, por muchas razones. Incluso nuestra lengua tiene raíces griegas. Bostar opina que esta inscripción es calcedonia, un alfabeto griego adoptado por los latinos primitivos, quizás a través de los etruscos de... ¿de dónde, Bostar?

De Cumas.

Sí, de Cumas. Lo sé, pero lo había olvidado. Una idea interesante. ¿No es extraño que podamos decir «lo sé, pero lo había olvidado»? ¿Cómo puede el conocimiento ser conocimiento si se puede olvidar? Platón habla de esta cuestión en uno de sus diálogos, el Menón, creo. Tengo que mirarlo antes de cenar. Recuérdamelo, Bostar.

El broche es fascinante por otras razones. ¿Quiénes eran Manio y Numerio? ¿Cómo vivieron? ¿Cómo murieron? Siento que este broche está vivo, que late con la vida del hombre que lo hizo. Siempre está caliente. Además, ahora los etruscos sólo son un nombre. Los echamos de aquí. Deberíamos perdonar a un pueblo derrotado, no destruirlo. Temo por Cartago. Temo que he fracasado. Sí, hemos conseguido mucho. ¿Hemos destruido aún más?

Con el pulgar, el índice y el corazón de la mano derecha doy vueltas al anillo que llevo en el meñique de la izquierda. Siempre lo hago cuando estoy preocupado. Siempre estoy preocupado cuando pienso en Cartago. Su destino no está muy alejado del de este sello.

Te he oído, Bostar. Siempre sueltas esa tosecilla cuando crees que divago. Lo que no sabes es lo duramente que tengo que luchar en el Senado por el simple derecho de llevar anillo, por no hablar del de Cartago a seguir existiendo. Catón repetía sin parar que los espartanos prohibieron todo menos los anillos de hierro. «Si hemos de ser griegos —dijo con desdén en el debate, mirándome a mí—, ¡seamos espartanos!»

Mi abuelo fue una vez a Esparta, con una embajada. Comió su famoso rancho público. Le preguntaron por ello cuando volvió.

«No me extraña —dijo— que los soldados espartanos no teman a la muerte.» Esparta no producía arte ni literatura ni filosofía. Era un Estado construido a base de esclavos. Y Catón quiere que seamos igual.

Bueno, Catón quería que aprobáramos una de sus innumerables leyes suntuarias que prohibían los anillos que no fueran de hierro. En eso por lo menos lo derroté. Estoy muy orgulloso de mi *ius annuli aurei* por el que yo y muchos otros podemos llevar sellos de oro. Pero con mucho gusto renunciaría a ese derecho a cambio de saber que Cartago está a salvo.

Estaba hablando de posesiones. Teógenes, mi tratante en arte, todos los meses viene de Roma con más. Pero estos objetos no me atan. La casa en que nací, sin embargo, es demasiado grande para dejarla escapar ahora que aún es mía... aunque me la quitarán cuando tengan un veredicto. Esa casa es mi último lazo con Roma y Roma ha sido mi vida.

Primero olí el humo de leña y luego oí los ladridos de los perros. Aún recuerdo aquel primer pueblo al que llegué, y su nombre, Secunio. Se asentaba en un desfiladero. Un arroyo lo cruzaba. Su estercolero apestaba y humeaba mientras lo miraba desde de la colina. Sus chozas eran pobres, sus techos inestables, sus jardines descuidados. Casi di media vuelta, pero el hambre me hizo avanzar. ¿Cuándo había comido por última vez?

Sólo perros, chuchos repugnantes de cola enroscada, me esperaban al pie de la colina. Los campesinos itálicos comen perro. Yo nunca lo he hecho: creo que la carne es impura. Esperaba que un poco de pan, o de queso, incluso un melón, bastarían.

Espanté a los perros y seguí andando. Un niño desaliñado, con el pelo grasiento y la cara llena de ronchas, me miró desde la puerta de la primera choza. Mientras me acercaba, me incliné. «Salve», dije. El chico se metió dentro rápidamente. Una cortina de pellejo de vaca se agitó tras él. Seguí andando. Las cortinas de las chozas se iban cerrando según me aproximaba, hasta que llegué al final del pueblo.

Mi estómago gruñó. Donde hay gente tiene que haber comida. . . aunque no para los perros, si había que juzgar por la perra gris y coja que estaba un paso a mi izquierda, con pus en un ojo, las costillas visibles, las ubres colgando, el costado derecho lleno de llagas. Di media vuelta y volví sobre mis pasos hasta llegar al centro del pueblo, donde los perros, perdido ya el interés, yacían recostados, se rascaban y husmeaban.

—Viator sum! *—exclamé—. Soy un viajero. He venido en son de paz. Dadme algo de comida y me iré. —Silencio. Sólo el zumbido de las moscas y el sol calentándome la cabeza. Pensé que así era Italia ahora que Aníbal se había ido. Lo volví a intentar—. Sólo quiero algo de comida. —Esperé. Nada. Vi un halcón volando en las alturas. Quizá yo también tendría que cazar—. Pues me iré y escupiré en vuestro santuario cuando me vaya.*

Todos los pueblos italianos, aunque pobres, tienen su propio santuario, normalmente con dioses locales o espíritus conocidos sólo por los que viven allí. Aníbal destruyó todos los que encontró. Quería aniquilar la mentalidad romana. Fracasó. De hecho, creo que fortaleció la fe de sus víctimas. Ofender a los dioses y pisotear las supersticiones del pueblo es ir demasiado lejos. Los romanos siempre dejan que los pueblos conquistados conserven a sus dioses.. . mientras paguen los impuestos al recaudador de Roma.

Al llegar había pasado por delante del santuario del pueblo, una semicúpula de arcilla y cañizo que llegaba hasta la cintura. Allí había una estatuilla de madera, toscamente tallada, que representaba a Príapo. Había visto muchas iguales antes. Muchas tenían una pequeña vasija de agua y un pastel de cebada ante la imagen del dios. Aquel

santuario no tenía nada. A su alrededor, sin embargo, seca, o secándose en la hierba y la tierra, había sangre.

Según pude juzgar por los huesos, era sangre de asno. Los italianos parecen pensar que el burro es la personificación de la lujuria. No lo entiendo. Para todos los demás pueblos que conozco, el burro es el símbolo de la estupidez. Obstinado, pero estúpido. Quizá pueda decirse lo mismo de Roma.

Ajusté las tiras del morral y eché a andar hacia el santuario.

—Hic! *—dijo una voz a mis espaldas, una voz de viejo, débil y gastada—. ¡Aquí, forastero!*

Luz. Lo que más recuerdo de aquella casa de Roma es la luz. Mi bisabuelo, Lucio Escipión Barbato, construyó la casa en el Palatino. Su mascarilla fúnebre todavía está allí, en una hornacina del atrio o patio central, a la izquierda. ¿O está en la que hay a mano derecha? Hay tantas mascarillas y bustos... Mi familia posee el *ius imaginum*, el derecho de estar todos representados en pinturas o esculturas durante cientos de años. Pero no he visto los bustos de cerca desde que era niño. Nunca tuve tiempo. Ahora que lo tengo, no tengo ganas.

Escipión Barbato fue cónsul, como cuatro antepasados anteriores a él. Sólo un romano puede entender lo que eso significa. ¿Lo entiendes tú, Bostar? ¿Puedes entenderlo? No, no creo que puedas distraerte de tu braquigrafía. De todas formas, es probable que lo entiendas.

Nuestros dos cónsules son los magistrados supremos militares y civiles de Roma. Su oficio es fundamental para la República, forma de gobierno que reemplazó a la monarquía hace trescientos años. Tarquino el Soberbio, un etrusco, era rey entonces, pero el pueblo se levantó contra él, lo expulsó y fundó la república romana.

La autoridad del cónsul es total. Mi abuelo, un héroe de la guerra que también había sido cónsul, habló en cierta ocasión con su hijo, mi padre, que entonces era cónsul. Mi padre estaba presenciando un desfile militar de jinetes, rodeado por sus lictores o funcionarios. Mi abuelo no desmontó cuando llegó a su altura. Mi padre se puso furioso y dijo a uno de sus lictores que mandara desmontar a mi abuelo, aunque sabía que mi abuelo tenía reuma y le resultaba muy difícil montar y desmontar. Mientras bajaba del caballo, mi abuelo exclamó:

—Te felicito, Publio Escipión. Me consuela ver que se mantiene el respeto debido a un cónsul.

Los cónsules de Roma son elegidos, no designados, aunque su deber es servir al Estado y estar sujetos al imperio de la ley. He dicho «al Estado» a propósito. Al Estado y no al pueblo. Es mayor que el Senado o el pueblo. Es la suma de todas sus partes. El pueblo tiene sus representantes, los tribunos, que también son elegidos. Ellos, los cónsules, los ediles, los censores, los pretores, todos juntos dirigen el Estado. Es cuestión de equilibrio... o lo era.

¿Y qué tiene esto que ver, diréis, con la casa en que nací y su luz? Bueno, había siempre un sentido de luminosidad, una tranquila serenidad en la casa de una familia que había servido a Roma durante tanto tiempo. Había orden y paz. Cada mañana, con la toga limpia, los clientes de mi padre llegaban para saludarlo y esperaban en el atrio a que les

llegara el turno. Todos ellos, como los sirvientes y los miembros de la casa, sabían cuál era su sitio.

Puedo verlo ahora. Cuando cumplí ocho años, se me permitió por primera vez estar detrás de mi padre, que se encontraba sentado en la sala principal de recepción, el *tablinum*, mientras, uno por uno, sus clientes se adelantaban a saludarle. Sólo los edificios de la falda de la colina impedían que toda la sala estuviera bañada por el sol de la mañana. Cuando el último de los clientes se dio la vuelta para marcharse, me puse al lado de mi padre.

—Padre —pregunté—, ¿por qué está aquí nuestra casa?

—¿Por qué aquí, Publio? No te entiendo. ¿Dónde podría estar, si no?

—En lo alto de la colina, padre. Así las casas que hay encima de nosotros no nos taparían la luz.

Mi padre sonrió. Tenía una sonrisa muy amable, que ensanchaba suavemente las comisuras de su boca. Y cuando sonreía, aparecían arrugas alrededor de sus ojos. Eran pequeñas, delgadas y tiernas. Es extraño, pero yo siempre quería tocarlas. Nunca lo hice.

—Qué chico, qué chico —dijo riendo por lo bajo. Su sonrisa desapareció—. Ponte delante de mí, Publio. —Obedecí con la espalda erguida, las rodillas juntas y los brazos a los costados, como me habían enseñado desde que empecé a ponerme de pie—. Tienes razón. Las casas más altas tapan la luz. Pero estás equivocado. ¿Por qué puede ser, Publio?

—No lo sé, padre.

Sostuve su mirada. Tenía los ojos castaños, como yo, pero el blanco de los suyos era blanquísimo.

—Mi abuelo construyó esta casa en medio de la ladera por una razón: para que la gente nunca pensara que los Escipiones estaban demasiado por encima de ellos. Los demás son muy libres de construir sus casas tan arriba como quieran. Pero ningún Escipión se levantará por encima de su condición social. —Tosió, se levantó y paseó por la sala. Se volvió con brusquedad y me miró—. Esto es importante, Publio. ¿Estás escuchando?

—Desde luego, padre.

—Puede que vivamos en el Palatino, y que los plebeyos se nos enfrenten desde el Aventino, pero somos el mismo pueblo, iguales ante los dioses y ante la ley. Recuérdalo, Publio —con una seña me despidió.

Nunca lo he olvidado. Siempre he procurado servir al pueblo. Cuando era niño, aprendí a disfrutar de la luz tal como la teníamos, la luz derramándose a mediodía por el atrio sin techo, difundiéndose por las habitaciones que lo rodeaban, los dormitorios, las despensas, los despachos de mi padre. Pero había una luz más allá. Pasado el atrio y el *tablinum*, al otro lado de las puertas de cedro y ya en el *peristilo*, nuestro jardín con columnas, sin techo igualmente... allí estaba la luz que amaba.

El suelo del claustro que rodeaba el jardín era de pórfido, de una cantera egipcia, y de mármol verde. Siempre me he levantado temprano. Una mañana de primavera (¿tenía ocho años, nueve?) en que la casa dormía, paseaba, tiritando de frío, por el jardín. De allende el *peristilo* llegaba la luz en oblicuo. El pórfido resplandecía, rojos intensos y ámbares incandescentes. El mundo estaba lleno de luz.

Me detuve y di media vuelta. Lo vi: Era pequeño, encorvado y estaba en la puerta de la última choza. Su pelo era liso, apelmazado y gris. Su camisa estaba remendada y sucia, sus calzones rasgados, sus pies desnudos. Me hizo señas de que me acercase. Di unos diez pasos hacia él.

—Salve, senex. *Salud, anciano.*

No contestó, pero asintió a modo de respuesta. Me miraba fijamente. Se escarbó la nariz.

—Armatus? *—murmuró—. ¿Vas armado?*

Levanté las manos.

—No. He venido en son de paz. Sólo quiero algo de comida y me iré.

—Lo sé. Lo sé. Te he oído, te he oído. —Con sorprendente rapidez, se metió en la choza. Le oí hablar y una voz de mujer contestó en voz baja. Volvió con dos pequeños taburetes. Le dio una patada a un chucho dormido, que se alejó gimiendo, y puso los taburetes al lado de la puerta—. Siéntate, forastero, siéntate.

Apoyó las manos en las rodillas. Ambas, vi, habían perdido los pulgares. Había oído que los italianos se cortaban los pulgares para eludir el reclutamiento, ya que, en los desesperados días anteriores a Cannas, los encargados de las levas recorrían el campo en busca de cualquiera que pudiera empuñar un pilo y un escudo.

—¿Por qué? —pregunté, señalando sus manos—. ¿No eras demasiado viejo para que te reclutaran?

Escupió y esbozó una desdentada sonrisa de resentimiento.

—¡Se llevaron a otros más viejos que yo! ¡Todos los que podían tenerse en pie fueron obligados a luchar contra ese Aníbal! —Hizo la señal contra el mal de ojo. Yo asentí y me dispuse a irme—. ¡Pero no soy un cobarde! —continuó—. Luché en Sicilia por Roma, en la última guerra contra Cartago. Fui decurión de la legión de los Vetulantes.

—Entonces, ¿por qué te negaste esta vez?

—¡No me juzgues, forastero! —dijo y me miró a la cara por primera vez. Vi fuerza y voluntad en sus ojerosos ojos—. Porque hay más cosas en la vida que la guerra. Éste es mi pueblo. Soy su jefe. Tengo mujer aquí. Tengo hijos. Mis dos hijos lucharon en Cannas. Esperamos durante meses —su voz perdió intensidad—, antes de darnos cuenta —cerró los ojos con fuerza y tragó saliva—, antes de comprender que ya no volverían.

Cannas. La gran victoria de Aníbal sobre Roma cuando los muertos, se dijo, eran demasiados para contarlos y el río Aufido corría rojo hacia el mar. Esto último es cierto. Lo sé. Yo estaba allí.

Se hizo el silencio. Las moscas zumbaban y oía el tintineo de los cencerros de las cabras en la colina y a alguien moviéndose dentro de la choza.

—Sí, he pagado mi deuda con Roma —añadió suavemente—. Pero a ti, forastero ¿qué te trae por aquí? ¿Eres un vendedor? Por tu aspecto, vienes de Oriente.

—No nací en Italia, aunque llevo aquí mucho tiempo. Dieci... —casi se lo dije. ¿Había estado Aníbal dieciséis años en Italia? ¿Realmente se había ido?—. Sí, mucho tiempo

—opté por decir—. Pero no, no soy vendedor. Soy... —me lo había preparado— pedagogo, preceptor. Me llamo Bostar. ¿Y tú?

—Sosio —dijo—. ¿Preceptor? ¿Qué enseñas?

—Lo que puedo: idiomas, astronomía, geografía. . .

—¡Bah! —escupió Sosio—. ¡Aquí no necesitamos aprender! —Se rascó la ingle—. ¿Sabes trabajar con la azada?

—Sí.

—Bueno. Entonces, preceptor, puedes quedarte. Comida, dijiste. ¡Mujer!

—¡Lista! —dijo una voz ahogada, y seguí a Sosio al interior de la choza.

Luz y sombra, profundas sombras y luz cegadora. Es lo que recuerdo de la casa en que nací. Mi dormitorio, el *tablinum* y la sala en la que estudiaba siempre estaban a oscuras. Las láminas de selenita de las pequeñas ventanas dejaban entrar poca claridad. Pero el atrio y el peristilo ardían de luz. Pensé en la luz y la sombra de la intimidad, sólo para mí.

Ahora parece cosa de risa. Pero nuestra casa era privada, miraba hacia dentro, las paredes la cerraban al mundo, las ventanas eran pequeñas, todas las puertas se abrían hacia dentro, sus habitaciones daban unas a otras. La puerta principal la guardaban día y noche un portero y mastines de fauces babeantes. Casa romana y familia romana. Así es como fui criado.

Los romanos estamos unidos por muchas cosas: nuestras leyes, nuestro sentido del destino. Somos un pueblo endurecido por las muchas guerras que nos parieron con dolor. Pero somos un pueblo formado dentro de la familia.

Fijaos, por ejemplo, en nuestros nombres. Los bárbaros se burlan de ellos en vez de pensar en la fuerza que comunican. Mi nombre es Publio y Cornelio mi apellido, el que define una rama de mi *gens* o clan; y además está Escipión. «Africano» lo podéis descontar. Es un nombre honorífico para el conquistador de África. Algunos todavía me llaman así. No me opongo, pero ya he tenido honores de sobra. Puede que el Senado me los quite un día que no tenga nada mejor que hacer.

Los clanes romanos están unidos por algo más que la sangre. Los Pinarios y Poticios, por ejemplo, se ocupaban de los ritos de Hércules en el viejo altar del mercado de ganado de Roma. Cuando, hace cien años, los Poticios traicionaron los secretos del ritual, en el plazo de un mes murieron doce familias del clan, o eso dicen. He visto lo suficiente para saber que esas cosas son posibles.

Valoro ser un Escipión mucho más de lo que valoro mi vida. Tan pronto como pude leer (¿tenía cuatro años o cinco?), mi padre me llevó a dar una vuelta. Recuerdo el calor, la multitud. El no hacía más que detenerse, con la toga blanca en un mar marrón, para saludar o ser saludado. Parecía recordar todos los nombres. «¿Y cómo está tu tía? He oído que ha estado enferma.» O a otro: «¿Y el nuevo almacén? ¿Ya está terminado?». Fue un largo paseo. Yo estaba cansado y no entendía nada.

Los goznes de la puerta de hierro del mausoleo chirriaron. El silencio fue repentino, después del ajetreo del foro, los mercados y las calles. La tumba era inmensa. Alrededor tenía figuras esculpidas que me daban miedo. Bajo las figuras había inscripciones. Mi

padre se arrodilló. Yo hice lo mismo. Se quedó en silencio largo rato. Las hormigas trepaban por mis espinillas. Quise rascarme. Pensé que no debía hacerlo.

Todavía de rodillas, dijo mi padre:

—Éstos son tus antepasados, Escipión. Reverénciales y aprende de ellos. Ahora levántate y léeme la inscripción que hay a tu lado.

No titubeé mucho. Cuando lo hacía, mi padre me ayudaba. —«He aumentado el mérito de mi raza con mis banderas en alto —decía la inscripción—. He engendrado hijos. He seguido las hazañas de mis antepasados para que se regocijen de que haya nacido de ellos. El honor dignifica mi estirpe.»

—Bien, Publio, bien. Eso se escribió por tu abuelo. Deberías alegrarte si, cuando mueras, se dice de ti . . . lo que también yo espero que se diga de mí. No lo olvides.

Nunca lo he olvidado.

Su memoria es prodigiosa. Un día tengo que preguntarle cuándo o cómo aprendió esa habilidad. La naturaleza da a algunos hombres mejor memoria que a otros, pero memorias como la de Escipión están forjadas por el uso y el arte. No sé quién escribió un tratado sobre la memoria. Un griego, como es lógico. ¿Aristóteles? Tengo que consultar la biblioteca esta noche.

—¡No, no, no! —exclamó Sosio, agitando el bastón—. ¡No tan profundo, no tan profundo!

Hacía mucho tiempo que no cogía una azada. Después de dieciséis años viajando con un ejército, y después de que el hombre al que había servido marchara a África, aquí estaba, en un pedazo de tierra de Brucio, plantando judías.

Sosio se irguió.

—Si cavas muy hondo, dejarás que el sol penetre demasiado en la tierra. Las raíces se secarán y entonces, y entonces... —Enmudeció, bajó la mirada y volvió a mirarme—. ¡Entonces, Bostar, no tendremos judías!

Ambos reímos. Habíamos comido judías, yo dando las gracias, Sosio refunfuñando.

—¿Judías otra vez, mujer?

Yo comí cuatro raciones y varias tortas de cebada. Al menos no es carne de perro, pensé.

Interesante legumbre, la judía. Pitágoras las prohibió. Quizá pensaba que si sus adeptos las comían, se tirarían pedos cuando estuvieran a punto de metempsicosearse a un sacerdote o a un hombre santo, y terminarían habitando el cuerpo de un perro. Aunque yo siempre he sospechado de la veracidad de esta historia. Los griegos utilizan las judías para votar. Me pregunto si, al prohibir la humilde judía, Pitágoras no quiso decir a sus seguidores que no se metieran en política. Si fue así, fue ciertamente un hombre sabio. Pero la primera interpretación es mucho más interesante.

Supe por Sosio de la desolada Italia. Era asombroso que Roma hubiera luchado. Sosio decía que su pueblo era típico. No habían quedado hombres de más de catorce años ni de menos de sesenta; quiero decir hombres enteros. Había uno de veinte años, llamado Ostio, creo, pero había perdido ambas piernas bajo la sierra del cirujano después de Trasimeno.

Aquélla fue una de las maniobras más efectivas de Aníbal. Los romanos estaban acostumbrados a la estocada recta con la espada, a apartar el escudo y atravesar el peto. O esto o el tajo en el cuello y en el espacio entre el peto y el casco. Aníbal hizo que sus hombres destacados en Hispania practicaran ambos golpes durante horas con muñecos de paja. Y entonces introdujo un tercero.

Recuerdo la tarde. Estábamos sentados alrededor del fuego, comiendo. Castelo, uno de los lugartenientes de Aníbal, había estado diciendo que teníamos que levantar el campamento, ya que, donde estábamos, parecía ser el centro del mundo de las pulgas. Todos teníamos.

—Sí, sí, Castelo —dijo Aníbal, distraído, dando vueltas una y otra vez a su filete en el plato:

Entonces dio un salto y lo vimos dirigirse a zancadas al campo de entrenamiento y a los muñecos. A la débil luz, lo vimos quitarse las grebas y atarlas a las piernas de un muñeco. Dio un paso atrás, concentrado, inmóvil.

—¿Qué está haciendo? —dijo Castelo—. Su cena se va a. . .

Recuerdo lo rápidamente que Aníbal sacó su espada. Nunca he conocido a nadie que pudiera hacerlo tan aprisa. La hoja brilló con los últimos rayos de luz mientras oscilaba, atrás y abajo, y luego subía como una centella para cortar la pierna del muñeco a la altura del muslo.

Aníbal sonreía cuando volvió corriendo.

—Ya está. Lo he conseguido —dijo al sentarse—. Castelo, mañana un nuevo ejercicio. Todos. Es un golpe sin elegancia, pero aprenderemos. ¡Si Aquiles hubiera sido romano, yo le habría encontrado el talón! ¡Bueno! ¿Dónde está ese filete?

Aníbal enseñó bien a sus hombres. La estocada necesitaba más espacio que otras, pero hay muchos romanos cojos que pueden decir lo bien que funcionó.

Ostio se pasaba todo el día en su choza, meditabundo y solo.

Únicamente lo vi un par de veces, andando hacia las letrinas con los brazos.

—¿De qué se alimenta? pregunté a Sosio.

—De dolor, Bostar de dolor

El otro joven que había tenía piernas, pero no manos. Era el cabrero del pueblo y apenas se le veía. La primera vez que lo vi, fue cuando vino por primavera y la mujer de Sosio le llenó la calabaza de agua, que él sujetaba con los muñones. Yo estaba revolviendo paja junto con Sosio.

—¿Y ése? —pregunté.

Sosio ni siquiera levantó la vista.

—Desertor.

—Creía que los romanos crucificaban a los desertores.

—Lo hacen cuando tienen tiempo. Habría sido mejor para él que lo hubieran tenido.

Sosio era un hombre inteligente. De él aprendí algo que no había entendido antes. Como sólo Capua se había aliado con Aníbal, yo había dado por supuesto que toda Italia era leal a Roma.

—Nunca —dijo Sosio una noche que estábamos hablando—. Yo soy brucio, no romano.

—Entonces, ¿por qué serviste a Roma?

—Porque antes de que llegaran los cartagineses, malditos sean, Roma había traído la paz. Estaba aquel pirata, Pirro, pero pronto lo ahuyentaron. Los caminos estaban limpios de bandoleros y los mares de piratas. Podíamos comerciar. El año que volví de Sicilia, esta aldea vendió doce carros de cebada. Doce, incluso después de haber pagado a Roma el correspondiente diezmo sobre nuestro grano. Ven y mira, preceptor.

Dejando a un lado la azada, Sosio se alejó. Lo seguí por el vado, pendiente arriba, hacia el norte. Anduvimos en silencio hasta la cima.

—Mira.

En la llanura que se extendía a nuestros pies, estrechándose en la distancia, había campos de cultivo. O mejor dicho, lo que habían sido campos de cultivo. Los muros se estaban derrumbando y las acequias estaban atascadas. Vi tallos de cebada, pero aquellos campos sólo daban ya malas hierbas.

—Ahora apenas podemos alimentarnos —dijo Sosio.

—Pero esto puede arreglarse –respondí.

—Tal vez, pero no en el tiempo que me queda de vida. Toda nuestra región es un páramo, preceptor. Nuestros jóvenes están muertos o mutilados. Nuestros.. . —la voz de Sosio se quebró—. Volvamos a las judías.

¿Cómo había podido combatir Roma?

La gens de un romano, su clan, no es todo. Piensa que nuestras familias están unidas incluso por el idioma. Familia no sólo se refiere a la familia cercana, sino a todos los habitantes de la casa, incluidos los esclavos: la palabra viene de *famulus*, fámulo, esclavo. *Patruus*, tío paterno, es lo mismo que *pater*, padre, pero con otro sufijo. Nuestras palabras «abuelo» y «nieto» son casi las mismas que las que se refieren a tío materno y sobrino. Daba a la mujer de mi tío paterno, Julia, el nombre de «amita», que es prácticamente lo mismo que decir «mamita». A la hermana de mi madre, Antonia, la conocía como «*matertera*», «madre» como quien dice. Todos mis primos por parte de madre eran, y algunos todavía lo son, sobrinos o consobrinos, términos vinculados con *soror*, hermana. ..

Está bien, Bostar, lo he oído. Otra vez la tos. Debería dictarte mis memorias y no un tratado sobre lingüística. ¿Por dónde iba? Aníbal estaba luchando, no contra individuos, sino contra miembros de una gens, y por tanto contra miembros de una familia. A1 matar a un miembro, atraía sobre sí la venganza del resto. Aníbal no habría ganado mientras quedara vivo un romano. Roma luchaba por los vínculos de sangre. Esta afirmación puede que sea redundante. Pero es verdad.

No sólo eso. Este pueblo posee una tozudez extraordinaria; pero ésa no es la palabra. Es más que eso; me refiero a la calidad. Es la capacidad de resistir, de seguir siempre adelante. Cualquier otro pueblo se habría rendido después de Cannas. Pero cuando la noticia del desastre llegó al Senado romano, el pretor subió a la columna rostral del Foro para decirlo al pueblo y lo único que dijo fue Pugna magna victi sumus*, «Nos han vencido en una gran batalla». No dijo nada más.*

No había nadie en Italia que no hubiera perdido un padre, un esposo, un primo o un amigo. Sin embargo, el Senado prohibió lamentarse y reclutó nuevas legiones. Cuando oímos que estaban compuestas por esclavos, Aníbal se echó a reír. Lo que no comprendimos fue que, como Escipión acaba de señalar (en realidad, mi tos era auténtica esta vez), no eran esclavos como los que conocían los cartagineses. Eran miembros de una familia. Puede que no fueran libres, pero eran de la familia. No luchaban por su libertad. Eso no importaba. Luchaban por Roma. Los que no eran esclavos, eran hombres como Sosio.

Cavábamos de nuevo. Sosio trabajaba duro, a pesar de que le faltaban los pulgares. Precisamente me había estado contando todo lo que él y su pueblo habían sufrido en la guerra.

—Pero ¿por qué tolerasteis todo esto? —le pregunté—. ¿Por qué no renunciasteis y os fuisteis?

Sosio se irguió, parpadeando a causa del sol. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Preceptor, hemos nacido para esto, hemos nacido para luchar por Roma. Mi padre luchó en la primera guerra contra Cartago. Mi tío murió en la batalla de Ausculum, pisoteado por un elefante de Pirro. Su pueblo casi murió de hambre. —Sosio dio una patada a un terrón. Las hormigas que había debajo, al ser molestadas, se alejaron correteando—. La anécdota favorita de mi padre trataba de un campesino brucio, como él y como yo. Su mujer murió al dar a luz. Sus hijos murieron en las Galias. Su cosecha fue arrasada por una tormenta de granizo. Entonces, para colmo, se incendió su choza y ardió hasta los cimientos. Cuando vio los rescoldos que quedaban, se arrodilló y elevó sus ojos al cielo. "Júpiter, Júpiter, ¿por qué a mí? —exclamó—. ¿Por qué a mí?"

»Entonces, un relámpago cruzó el cielo y Júpiter apareció en una nube. Miró a aquel hombre aterrorizado y dijo: "Porque nunca te he tenido aprecio".

»Supongo, preceptor, que por eso seguimos adelante. —Miró hacia el sol—. Vamos, una hora más y lo dejamos.

Para apuntalarlo todo, los romanos tenemos la ley, con la que incluso a mí me han juzgado. Plebeyos o patricios, todos somos iguales ante la ley y para nosotros la ley se encuentra en las Doce Tablas. Inscritas en láminas de bronce, se encuentran en el foro, donde todo el mundo puede verlas. Cuando Roma fue incendiada por los galos hace doscientos años, lo primero que hizo el Senado fue reponer las Doce Tablas. Son el alma de Roma.

Como todos los niños de Roma, cuando cumplí ocho años tuve que aprenderlas de memoria.

—Soy tu *fabro*, tu forjador —me dijo mi padre—, y lo primero que quiero es que entiendas la ley.

Encontré el aprendizaje fácil. *Si in ius vocat ito, ni it antestamino, igitur em capito;* «si un hombre llama a otro al tribunal, tiene que ir; si no lo hace, llámelo como testigo y lo tendrá. Si un comerciante estafa a un cliente, sea declarado fuera de la ley. . . ». Las leyes, más que nada, me parecen de sentido común. Aunque también creo que uno de los dichos favoritos de mi abuela es cierto: «Lo que sé sobre el sentido común es que no es común».

Oí el ruido de los cascos de los caballos, haciendo retumbar la tierra. Estaba despierto, levantado y fuera. A la media luz, los vi llegar, nueve jinetes, con barba, envueltos en pieles y armados. Mi choza era la más cercana. Me quedé fuera.

Un pilo golpeó la tierra a mis pies.

—¡Quédate donde estás! —exclamó una voz.

El primero de los jinetes se puso casi encima de mí, con el bayo puesto de manos, las flemas de su bufido aterrizándome en el pecho. El jinete era alto. Llevaba un casco galo y, bajo las píeles, un jubón de cuero. Portaba espada y hacha de guerra. Tenía los pómulos pronunciados. Aún puedo recordar su olor a rancio y a sudor.

Los nueve me rodearon formando un semicírculo.

—Muévete y eres hombre muerto gruñó el más alto—. ¿Cuántos sois?

No pude identificar su acento. ¿Ligures?

—Unos treinta —dije con claridad.

—¿Alguna mujer?

—Alguna, pero. . .

El alto hizo un ademán con la cabeza. Tres jinetes hicieron dar la vuelta a sus caballos. Los oí trotar por la calle.

—¿Has dicho pero, bastardo? ¿Pero qué? —y de repente adelantó el caballo y me puso la punta de la espada en el cuello.

—Pero son viejas —dije muy despacio. Dio un bufido.

—¡Veremos si son demasiado viejas para nosotros! Los otros cinco corearon la risa de su jefe.

Un pinchazo con la espada.

—¿Algo de oro, plata?

—No. Este lugar es pobre. Miradlo vosotros mismos.

La espada se apartó. El jefe dio media vuelta. A la luz creciente inspeccionó Secunio, sus míseras chozas, sus adormilados y famélicos perros.

—Puede que sea pobre o puede que no, lo que sí es seguro es que apesta.

Nuevo ademán con la cabeza. Otros tres dieron media vuelta. Yo me quedé quieto. El hombre que había a la izquierda del jefe, moreno y de piel oscura, sacó una bota de vino, bebió, eructó y la pasó.

No tardaron en volver los tres primeros. Trastabillando calle arriba, delante de ellos, iba la mujer de Sosio, Sulpicia, y otras cinco ancianas.

—¿Ése es el lote? —preguntó el jefe.

—Me temo que sí —contestó uno.

—¿Ni siquiera una joven?

—No.

—Maldita sea. Me gustan jóvenes. No disfrutamos de una virgen desde hace años. ¡Bueno, bueno! Veamos qué tenemos, ¿eh, muchachos? —Lanzó otro bufido—. Bueno, selecto lote —dijo a las mujeres—. ¡Desnudaos! —Sulpicia gimió—. ¡Silencio, ramera! gritó el jefe—. ¡Desnudaos!

El sol acababa de salir por la colina que se alzaba sobre Secunio. A la clara y suave luz, las seis ancianas se quitaron las ropas delante de nosotros, llorando y gimiendo de vergüenza.

Tal como nuestras familias, nuestras leyes. Tercero, nosotros los romanos estamos vinculados por nuestros dioses. Me cuesta hablar de este tema, porque ya no sé en lo que creo. Bostar y yo estuvimos hablando sobre el fundador de la escuela filosófica de Elea, Jenófanes de Colofón, hace un par de noches, después de cenar.

—Si los asnos tuvieran dioses, los concebirían como asnos —dijo Bostar.

Cuánta razón tiene. Júpiter es simplemente una manifestación de antropocentrismo. Quizá yo sea monista, como Jenófanes. O quizá crea que no hay dioses. ¿Habrá, en su lugar, una conciencia única, suficiente y eterna? Y si es así, ¿no gobernará con la razón el universo, con el que dicha conciencia se identifica?

Pero de nada serviría lanzar esto contra Catón. Es por creer estas cosas, y algunas otras, por lo que he sido juzgado. Catón y otros miembros de la brigada reaccionaria (me gustaría poder decir que son viejos, pero casi todos son jóvenes) creen realmente en el Panteón de los dioses, en Marte, Mercurio, Juno, Diana y los demás. Recuerdo la última inauguración de las Saturnales a la que asistí. Catón hacía las invocaciones en nombre del Senado. Decía con voz monótona: «*per Iovem, per divos, per astra, agimus vobis gratias, quantas possumus maximas. . .*», como si su vida dependiera de ello. Quizá sí. Yo recuerdo que pensaba en el calor que hacía y estaba deseando que terminara de una vez.

Bueno, el Panteón romano es simplemente el griego, por mucho que finjamos que lo hemos hecho nuestro. Es el único aspecto de Grecia que me deja frío. No puedo aceptar esas historias de Homero en que los dioses bajan a la tierra cada diez minutos, para entrometerse. Tiene lugar una batalla y de repente Atenea, o Ares, incluso Poseidón, o cualquier otro, aparece en medio. Absurdo. A veces, Homero incluso hace que los dioses luchen entre sí. Los dioses griegos son simplemente hombres con ganas de gresca.

No, cuando digo nuestros dioses quiero decir nuestra religión. La palabra *religio* quiere decir, después de todo, «religación», un vínculo doblemente estrecho. No lo discuto. Es uno de los aglutinantes que mantiene unidos a los romanos. Los patricios como Catón se deben creer cerca del Olimpo. Pero los dioses y la religión del pueblo están mucho más cerca de la casa familiar. Sus dioses residen en el fogón de su cocina y en el fuego de su corazón. Sus dioses son los *penates* y los *lares*, Vesta y los *manes*. Así lo entiendo yo.

Cerré los ojos con fuerza, apretando la barbilla contra el pecho. Había visto la violación de Similce, la mujer de Aníbal. No quería ver otra. Aquel recuerdo me obsesionaba. Sentí deseos de vomitar.

Oí desmontar al hombre y me llegó su olor: sudor, ajo y vino. El dolor que sentí cuando me echó la cabeza atrás, cogiéndome del pelo, fue agudo. La daga en mi cuello era fría.

—Bastardo, abre los ojos o muere.

La voz del jefe era suave. Yo había visto y hecho demasiadas cosas relacionadas con la muerte. Quería vida. ¿La quería? ¿Había una parte de mí que deseaba ver más locura humana?

Abrí los ojos lentamente. De las seis mujeres desnudas del grupo, algunas habían cruzado los brazos para cubrirse el pecho. Las dos que había delante tenían las manos sobre sus partes pudendas. Sus pechos estaban arrugados, fofos y viejos. Todas las mujeres, menos Sulpicia, estaban sollozando en silencio con las cabezas gachas.

—Traed al resto del pueblo gritó el jefe.

Empujados por pilos y espadas, Sosio y el resto, hombres viejos y jóvenes, pronto formaron otro grupo al lado de las mujeres.

—Bien, compañeros, ¿quién es la primera? No son precisamente vírgenes, pero un agujero es un agujero.

Los seis hombres que habían desmontado se agitaron inquietos. Los dos a caballo se miraron. Las moscas zumbaban. Nadie se movió. Un rubio bajo, con una gran nariz y una larga cicatriz roja que le atravesaba la frente tomó la palabra.

—Después de ti, Tercio.

Tercio apartó la daga de mi cuello.

—Muy bien, compañero. Ven a sujetar a éste. Oblígale a mirar.

La daga de cara cortada se apoyó en mi espinazo.

Tercio se adelantó, dejando caer la piel y desabrochándose la hebilla del cinturón mientras andaba.

Todas las casas romanas, plebeyas o patricias, tienen sus santuarios para los *penates* y los *lares*. Los primeros son los espíritus guardianes de la despensa familiar. Su nombre viene de *penus*, alacena. En nuestra casa de Roma, su santuario estaba en una hornacina al final del pasillo que llevaba a las cocinas. Su lámpara nunca se apagaba. Las tortas de avena votivas se renovaban cada día.

Aquella luz eterna nunca me ha dejado. En años posteriores ha estado conmigo, ardiendo sin cesar. A menudo, cuando era niño y no podía dormir, salía de la cama, atravesaba la casa dormida y me sentaba en el pasillo, ante el santuario. La luz temblorosa de la lámpara arrojaba sombras y brillos a las figuras de los dioses, dos hombres toscamente tallados en ébano. Solía preguntarme por qué su madera era negra. Llegué a ver un equilibrio en ello, en la luz y la oscuridad. ..

¿Sí, Aurio? ¿Qué ocurre? La comida, amo.

¡Vaya! ¿Ya es la hora? Dile a Mulca que vamos.

Arrastrar de pies, luego la puerta cerrándose suavemente. Soy afortunado en sirvientes, aunque supongo que, en comparación con otros amos, mis sirvientes son afortunados por tenerme a mí. Catón, por ejemplo, se enorgullece de tratar a sus esclavos como si fueran basura. En el momento en que ya no pueden trabajar, les da una patada y los echa. Es lo que hacen muchos. Yo no. Apoyo y sostengo a mis esclavos hasta que mueren.

He sido elogiado por eso, y también criticado. Las dos cosas me resultan indiferentes. Tal amabilidad viene de mi naturaleza y mi alta cuna. Tenía diez u once años. La escuela había sido dura. Estaba cansado, hambriento. Tenía que cenar con mi padre, que tenía invitados importantes. Me había enviado a su propio esclavo personal, Festo, para que me ayudara a vestirme. Estaba nervioso. Cuando clavó el broche que tenía que llevar en la tela, sobre mi pecho, lo hizo muy profundamente y me perforó la piel. Di un grito y, sin pensarlo, lo abofeteé. Festo salió corriendo de mi habitación.

Llegaron los invitados a la cena. Me llamaron. Recuerdo largas e intensas conversaciones sobre temas que no entendía. Después del último plato, antes de que sirvieran el vino, mi padre miró desde el otro lado de la estancia, se encontró con mi mirada y asintió. Me fui a la cama.

Me despertó temprano por la mañana. Llevaba una correa en la mano.

—Voy a azotarte, Publio —dijo con toda tranquilidad—. Nunca debes pegar a un esclavo ni a un sirviente. Te degrada a ti y a ellos. Pero antes de que recibas tu lección, quiero que lo entiendas. Siéntate y escucha.

Me senté con una manta sobre los hombros. Mi padre se sentó a los pies de la cama. Sus correajes crujieron.

—¿Has oído hablar de la construcción del Partenón de Atenas y de cómo todos los atenienses contribuyeron como pudieron?

—Sí, padre —dije más bien débilmente, inseguro de adónde conduciría todo aquello.

Por supuesto que recordaba la historia de la construcción del Partenón. Sin ir más lejos, el año anterior Roma había enviado una embajada a Atenas para ver cómo lo habían hecho.

—Entonces —continuó—, cuando el edificio estuvo terminado, ¿sabes qué hicieron los atenienses? Dejaron sueltas a las mulas que habían trabajado más. Las declararon libres de servicio y las pusieron a comer hierba y paja durante el resto de su vida, a cargo del erario público. Recuérdalo la próxima vez que te enfades con cualquier criatura viva. Ahora, arrodíllate a los pies de la cama.

Hice lo que me dijo y desde entonces no lo he olvidado.

Nunca supe el nombre de la mujer que Tercio cogió y tiró al suelo. Se arrodilló sobre ella, obligándola con piernas y manos a separar los muslos. Ella gemía y aullaba. No se oía nada más, salvo los gruñidos de Tercio.

De repente se levantó de un salto.

—¡Vaya mierda! gritó—. Ni siquiera con los ojos cerrados puedo soportarlo. —Dio una patada a la mujer—. Levántate, montón de mierda. Las demás, vestíos. —Sus piernas eran pálidas y peludas. Se abrochó el cinturón, mirando a sus hombres—. ¿Ni plata ni oro, compañeros? ¿Nada?

—Nada, jefe —dijo el de la cicatriz—. Hemos mirado en todos los sitios habituales.

El dolor fue tan inesperado, repentino e intenso que lo recuerdo ahora y arrugo el entrecejo. El de la cicatriz arrancó el pendiente de plata de mi oreja izquierda, el pendiente que me habían dado cuando... no importa. Pero a mi oreja izquierda le falta el lóbulo desde entonces.

Sentí el escozor, la sangre escurriéndose por mi cuello. El de la cicatriz levantó el anillo.

—¡Al menos tenemos esto! —cacareó.

—Quédate esa baratija si quieres —dijo Tercio—. Salgamos de este lodazal. Apesta.

Y se fueron tan deprisa como habían llegado.

He estado trabajando en el campo esta mañana, limpiando acequias. Macrón, mi capataz, hace muchos años que no me impide trabajar con los hombres. Sabe por mi vestimenta lo que me propongo y lo acepta con resignación. Ayer fue mi túnica de lana marrón con remiendos, mi viejo sombrero de paja y las botas. Eso significa trabajo, trabajo manual.

Primero teníamos que arreglar la noria. Me encanta ir hasta ella chapoteando por el agua fresca y en la suavidad de la mañana, cuando cantan las alondras y los gorriones.

La noria fue idea mía. La utilizamos para subir el agua por la colina hasta un depósito distribuidor. Desde allí, el agua tiene empuje suficiente para fluir directamente a través de los campos, si las acequias están limpias. Antes de que construyéramos la noria, los campos inferiores se quedaban sin agua y producían mucho menos.

Pero es, lo admito, un instrumento fastidioso que se estropea constantemente. Esta vez se había corrido el eje y los cubos apenas cogían agua. Solté la mula que hacía girar la rueda y le di las bridas a Macrón.

—Tenemos que engrasarla más a menudo —le dije—, al menos una vez por semana. ¿Tienes suficiente sebo?

—Sí, Escipión.

—Bien, dame un poco. —Cogí un tarro de sebo y anduve por el agua hasta la rueda—. Las cuñas se están resquebrajando —grité a Macrón—. Están demasiado secas. Pásame más sebo, ¿quieres?

—¿Cuánto?

—Cuatro tarros servirán: .. ¡ah!, y un martillo, por favor. Arreglé la rueda y volví chapoteando mientras las libélulas revoloteaban a mi alrededor. Me detuve en la orilla para ver girar la rueda y bailar las gotas de agua. Pensé en mi juicio, en el veredicto. ¿Cuándo llegaría? Las libélulas, pensé, bailarán. El agua seguirá mojada, indiferente.

Durante varios días, Secunio estuvo en silencio. Veía gente cuando iba al pozo o a las letrinas, pero nadie hablaba. Yo trabajaba, plantando y regando las judías. Hay una paz que viene del trabajo del cuerpo, no del de la mente. Cuando un hombre no puede pensar ni sentir más, lo único que puede hacer es quedarse en silencio y dejar que el pozo de su vida vuelva a llenarse.

Como debe de pasar en él resto del mundo, la vida de los campesinos la gobierna el ritmo de la tierra. Despertar con las primeras luces, comer, trabajar, comer, dormir un poco durante las horas más calurosas, trabajar, comer, dormir cuando el sol se pone (¿dónde se pone?).

Nunca había vivido así. Ni desde entonces tampoco. Sentía el sol en mi espalda mientras los halcones volaban encima de mi cabeza y las moscas zumbaban en mi oreja ensangrentada.

Trabajaba solo. Sosio no salía de su choza; hasta que lo vi avanzar hacia mí el cuarto día. ¿O era el quinto?

Me detuve, bajé la azada y me sequé el sudor de la frente. Sosio venía con la cabeza gacha y el paso vacilante. Había visto a otros hombres andar así cuando se emborrachaban. Mientras se acercaba, vi que su camisa estaba rasgada a la altura del pecho y que éste y su rostro estaban cubiertos de hollín. No lo entendí.

—Ven conmigo, preceptor —dijo con voz débil y balbuceante.

—Pero ¿qué. . . ?

—Ven.

Lo seguí a través del campo; el suelo que yo acababa de regar estaba empezando a echar humo bajo el fuerte sol. Otra vez en el sendero que serpenteaba entre los arbustos de acacia, las zarzas y los espinos que se aclaraban en la parte del pozo. Desde allí recorrimos en silencio la calle única que era Secunio, mísera, sucia y pobre. De estos lugares, pensé otra vez, viene la grandeza de Roma. Roma es la suma de muchas partes, vidas perdidas, corazones rotos, dolores soportados.

No había fuegos encendidos. Incluso los perros estaban quietos. Sosio pasó por delante de su choza, luego por delante de la mía, hasta el final del pueblo, donde estaban las chozas abandonadas, sin techo y destartaladas.

Se detuvo ante una. No me miró, sólo dijo:

—En ésa, preceptor, en ésa.

Entré. El cuerpo de Sulpicia todavía se balanceaba, muy lentamente, en la cuerda atada a la viga de la que se había ahorcado. Su cabeza caía hacia delante, sus miembros colgaban flojos, cual títere o muñeca de trapo.

Había visto muchos, muchos muertos. Ninguno me había emocionado tanto como Sulpicia, a la que apenas conocía. Aristóteles dice que la tragedia de Edipo es tan poderosa porque primero tememos por Edipo y luego por nosotros mismos. Aquella vieja, que no tenía nada, tenía, por lo visto, su orgullo. A cualquier soldado, comerciante o mercader de paso, la vida de Sulpicia le habría parecido una vida que no merecía ser vivida. Pero tenía corazón. Sin lugar a dudas simple, ignorante, sin complicaciones, pero todavía suyo, todavía libre en algún lugar, lejos de la estrechez de su existencia. Los invasores lo habían roto. Como era lo único que tenía, no había podido soportarlo.

Era una mujer pequeña. Su barriga colgaba al mismo nivel que mis hombros. Cogí el cuchillo de mi cinturón. Rodeé sus caderas con el brazo derecho y, estirándome, corté la cuerda.

Parpadeé cuando salí de la oscuridad de la choza, con Sulpicia muerta en mis brazos. Sosio estaba donde lo había dejado. No levantó la vista.

—¿Podrías. . . ? —Se aclaró la garganta—. ¿Podrías enterrarla por mí?

—Claro, pero...

—No podemos enterrar a... —no pudo pronunciar la palabra «suicida»—... quienes se han quitado la vida.

—Entiendo.

Sosio levantó la vista.

—Ahora estoy realmente solo. —Advertí que lloraba sin gimoteos—. Fue la vergüenza, la vergüenza. No pudo soportar la vergüenza. —Dio media vuelta y se alejó.

Pasé el resto del día enterrándola. Elegí un lugar más alto que Secunio, un saliente en la ladera de la colina. La tierra era dura y pedregosa, y tuve que cavar hondo para no dejarla a merced de los perros.

Mientras cavaba, pensaba en lo que podría hacer para dar constancia de su muerte, en lo que habría querido yo para dar constancia de la mía. Cuando me erguí para descansar la dolorida espalda, vi que los buitres ya revoloteaban en las alturas. ¿Cómo lo hacen?, me pregunté. ¿Tan pronto despedía la muerte su hedor característico o se trataba de un sentido corporal? Quizá fuera sólo cuestión de vista. Dicen que los buitres pueden ver claramente en un radio de muchas millas. ¿Podía un ave carroñera que pasaba casualmente por allí haber visto el cadáver de Sulpicia tirado junto a mí, en tierra? Hay muchas cosas que el hombre no entiende.

Cuando terminé, seguí subiendo por la colina. Allí había una arboleda de abedules y el pequeño arroyo que los alimentaba hacía que la hierba estuviera verde a su alrededor. Vi un retoño de abedul, tieso y saludable. Lo arranqué con cuidado, lo cargué y lo planté en la tierra pedregosa; encima de Sulpicia. Luego hice varios viajes con la calabaza de agua para empapar las raíces del abedul. A su tiempo, tendría abono para alimentarse.

Salí de Secunio a la mañana siguiente, con las primeras luces. Recuerdo bien lo que me llevaba: lo mismo con lo que había llegado. Las ropas que vestía, botas, calzones de algodón negro bajo las polainas dé piel, una camisa de algodón y encima una capa ligera de verano. En el morral llevaba la capa de invierno, unas sandalias, cuatro mapas de Italia, dos tablillas de cera sin usar y tres estilos. Colgando del cinturón iban el cuchillo y la calabaza de agua. Lo único que no tenía antes de llegar a Secunio eran los callos de las manos y más fatiga en el corazón.

Anduve hacia el norte, a través de los campos desolados a los que me había conducido Sosio. ¿Sabía adónde iba? No muy bien. Lejos. La vida de Secunio no era la mía. Había visto muchos hombres con problemas por vivir una vida que no era la suya, por no vivir la suya. . . aunque vivir así parece mucho más fácil. Cuando la gente se da cuenta de su error, a menudo es demasiado tarde para cambiar. En ocasiones, como cuando dejé Secunio, y no digamos cuando dejé a Aníbal, lo hice porque tenía que encontrar mi propio camino.

«Lo más húmedo es el agua —dice Jenófanes—, lo más luminoso la luz, lo más caliente el fuego, lo más tenue el aire, y lo más difícil conocerse a uno mismo.» Al igual que Escipión, envejezco aprendiendo algo de eso cada día.

Me aproximaba a un olivo, viejo y grande pero quemado. Me detuve a mirarlo. Los olivos son fuertes. A aquél ya le estaban saliendo nuevos brotes y hojas del tronco negruzco. Me pareció un símbolo de esperanza para Secunio, un símbolo también de la fuerza de Roma. Puedes quemar un olivo y destruir la cosecha de un año o de tres, pero darán fruto de nuevo. La vid es igual, tiene el vigor de la cizaña. Los olivos y las vides

tienen que arrancarse de raíz para ser aniquilados. Aníbal pensaba que con quemarlos era suficiente. Como aquel árbol y muchos otros demostraban, estaba equivocado.

Sosio salió de detrás del árbol y se puso en mitad del camino. Me detuve de nuevo. Me miró, esta vez abiertamente.

—Adiós, preceptor. Quizá no lo sepas, pero has enseñado mientras has estado aquí.

—¿Enseñado, Sosio? No lo sabía. En cambio, sé que he aprendido.

—Toma, cógelo —dijo poniéndome una bolsa en el pecho—. No lo necesito. Vale.

Lo miré hasta que desapareció tras la cima de la loma, camino de su aldea maldita. Quizá conociera de nuevo la paz y la prosperidad. Cuando desapareció, pensé que sería más fácil llevar una bolsa que dos. Así que abrí la de Sosio. Había cuatro tortas de cebada, dos quesos y una pequeña bolsa de piel atada con una correa.

Me acuclillé, deshice el nudo de la correa y puse la bolsa boca abajo. El oro cayó sobre la tierra, piezas de oro. Cogí una. Tenía pegotes de arcilla. Así que Sosio guardaba oro enterrado. ¿Dónde? Probablemente en el santuario. Nadie había pensado en mirar allí o quizá no habían querido hacerlo. Rasqué la arcilla. «Senatus populusque Romanus», ponía. Oro romano. Me reí con fuerza mientras recordaba. Aníbal me había pagado cada mes, como pagaba a todo el que le servía (cuando podía), aunque muchos le servían por amor y no por oro. Pero yo nunca había cogido el dinero; siempre le había dicho que me lo guardara. No se me ocurrió pedírselo cuando me quedé en Italia. Aníbal me había pagado de otra manera.

Mi infancia. Eso es lo que me forjó, y como yo he forjado Roma, mi versión ha de ser verdadera. Y coherente. Adelante pues con la cronología, Bostar. Tengo que atenerme al paso del tiempo y no corretear como un potro recién nacido. Aunque difícilmente podría ser un potro. Un viejo caballo de guerra, quizá, a quien han sacado al campo para que paste. Pero tengo que masticar la hierba cuidadosamente; y soñar.

Mi primer preceptor, Rufustino, parecía inmensamente alto, un gigante de feria. También era muy delgado. Mi niñera, Quinta, era todo lo contrario, oscura, pequeña y redonda. Nos quedamos atónitos cuando, años después, estando en Hispania, nos enteramos de que iban a casarse... no, Bostar, no olvido que tengo que imitar a Tucídides; o intentarlo.

Rufustino era mi *litterator* y lo habían contratado para enseñarme a leer y escribir cuando yo tenía cuatro años. Los romanos tenemos un sistema educativo claro y probado. Un *litterator* enseña las letras al *abecedarius*, el que aprende el abecé, y ése era yo. En las familias inferiores es el padre el que suele hacer de *litterator*, pero mi padre no tenía tiempo y en cambio tenía, presumiblemente, dinero para pagar a quien lo tuviera. Daba clase con Rufustino todas las mañanas, durante dos horas, en una habitación que estaba al final del patio.

Era de los alrededores de Verona. Su madre era celta, lo cual explicaba su pelo rubio y sus ojos azules. Rufustino no me lo dijo, como es lógico. Yo nunca me habría atrevido a preguntárselo. Se dedicaba únicamente a su trabajo. Lo poco que conozco lo supe por Festo, el que me ayudaba a vestirme. Sí, lo sé, Bostar. Ya lo he dicho antes. En cualquier caso, Festo me contó que Rufustino había sido secretario de uno de los sacerdotes o pontífices del Estado y que por eso era muy inteligente. Aquello significaba poco para mí. Otras cosas significaban más.

—¿Y por qué es tan alto? —pregunté una vez a Festo.

—También porque es celta, joven amo. La suya es una tierra con muchos ríos y montañas. La gente de allí tiene que ser grande para cruzar y trepar. Por Júpiter, algunos son más altos que el Aventino. Van a toda velocidad por su país, cazando animales para comer.

—¿Qué animales?

—Uros, toros salvajes, grandes como caballos y fuertes como osos; y otros animales parecidos a los toros, pero peludos y con joroba en la cerviz y que se llaman bisontes. Los matan con porras más grandes que yo y luego... —Festo me habló al oído—, se los comen crudos.

Recuerdo esta conversación porque avivó mi curiosidad. También me asustó un poco, supongo, pero sobre todo me despertó la curiosidad. Quizá fue entonces cuando desarrollé por los viajes el amor que nunca he perdido. Durante semanas soñé con celtas gigantescos, armados de porras y correteando por tierras agrestes y yermas. Pero me fue útil. Trabajé más intensamente después de aquello, y nunca hice nada que pudiera irritar a Rufustino.

Pensaba en lo que Festo me había contado. Cuando Rufustino no estaba mirando, lo observaba fijamente. Sí, era alto, pero no tanto, me dije. Así que la siguiente vez que vino Festo a vestirme, lo reté.

—Festo, dijiste que los celtas son muy altos y Rufustino ciertamente lo es. Pero no es tan alto, sólo un par de palmos más que tú.

—Lo sé, joven amo. Sin duda era el más canijo de su tribu. Ponte las sandalias...

He conocido a muchos celtas desde entonces y he viajado por sus tierras. Nunca he visto a un gigante. Quizá lo vea algún día, en sueños.

Canijo o no, encontré extraño el latín de Rufustino, gutural y áspero. Pero tenía una reputación excelente (de lo contrario, mi padre no lo habría empleado) y me enseñaba bien. Mejor dicho, creo que me enseñó bien porque aprendí a leer y escribir antes de lo que se esperaba.

Pero la verdad es que no puedo recordar cómo me enseñaba. Recuerdo palabras escritas en tablillas y puestas encima o al lado de los objetos a los que se referían. *Mensa* encima de una mesa, *cathedra* encima de una cátedra o asiento, *lucerna* al lado de una lucerna o lámpara, y así sucesivamente. A su tiempo, creo, Rufustino comenzó a ponerme las letras en el orden alfabético. Acabaron formando una figura en mi cabeza, como una canción, y todavía puedo cantarla.

Me pregunto cuántos hombres, antes de la batalla, antes de que lleguen las ansias de la muerte, cuando saben que están a punto de morir, o de perder un brazo, o una pierna, o un ojo, o una mano, cantan por lo bajo algún ripio que aprendieron en las rodillas de su madre o, si han recibido educación, incluso el abecedario. No son las palabras lo que calma el miedo, sino dejarse arrastrar por los sonidos hacia el tiempo en que el mundo era tan sencillo como un abecedario. Pero ningún camino vuelve a ese lugar.

Una mañana (debía de tener entonces cinco años) abrí la puerta del aula. Rufustino estaba al lado de la ventana. A su lado estaba mi padre. Aún puedo ver su toga blanca al lado de la marrón de Rufustino.

—Buenos días, Publio.

—Buenos días, padre. —No sabía qué hacer, aquello no había sucedido antes.

—¡Bueno, no te quedes ahí alelado! ¡Siéntate! —dijo mi padre. Cuando me senté, empezó a pasear por la habitación, entre mi pupitre y la mesa de Rufustino—. Rufustino me ha dicho que lo estás haciendo bien. Estupendo. Tan bien que pensamos que ya estás listo. —Me sonrió.

Me sentí confundido.

—¿Listo, padre? ¿Para qué?

—Para otra lengua, Publio. Hoy empezarás a aprender griego. Necesitarás el griego para la vida que vas a llevar.

—¿Qué vida, padre?

Se rió y dijo:

—Lo descubrirás muy pronto —y me dio una palmada en el hombro al salir de la habitación.

Recuerdo que me asusté. ¿Griego? Recuerdo el sudor de mis manos. Teníamos algunos esclavos griegos en casa, pero hablaban latín con nosotros. Alguna vez los había oído hablar en su lengua y pensaba que era una especie de música que interpretaban y que corría como un arroyuelo. Aquel mismo día empezó el mejor viaje que he hecho en mi vida. Como todos los de esta naturaleza, como el matrimonio verdadero o la amistad, es de los que no tienen fin.

Anduve sin cesar hacia el norte y el este. Al menos no faltaban lugares para dormir ni refugios para protegerme del sol de mediodía. Siempre había alguna choza o alguna cabaña de pastor. Brucio era un gran desierto, los campos estaban descuidados, los pueblos quemados o vacíos, testamentos de la guerra. No vi a nadie, sólo cabras vagando sin pastor. Así había continuado Roma la guerra después de Cannas, agotando las despensas vacías.

A pesar de todo, no pasé hambre. Encontraba suficientes árboles frutales y cereales. Al poco tiempo, cuando dejé el sendero y me introduje entre los arbustos para hacer mis necesidades, vi una trampa para conejos. Había atrapado un conejo hacía mucho, pero ahora sólo contenía huesos, pelados por las hormigas y blanqueados por el sol. Me guardé la trampa en el morral y me dispuse a comer mucho conejo durante las semanas siguientes. Echaba de menos el pan. Tenía debilidad por él. Pero, pensaba, volvería a tenerlo, y lo disfrutaría mucho más.

Ojos extraños en la oscuridad, un brillo ambarino. Estaba medio despierto. ¿O estaba soñando? Entonces oí el ruido, una respiración y lo supe. Perros. Perros salvajes. Me había echado a dormir en un chamizo medio derruido, refugio antaño de algún leñador, a juzgar por los listones sobre los que me había hecho la cama.

Había asado un conejo aquella noche. Aquello debió de atraerlos. Me senté. Oí un gruñido amenazador y vi dientes blancos a la media luz.. Me aclaré la garganta.

—Largo —dije sin perder la calma—. Seguid vuestro camino. Yo seguiré el mío.

Me acosté, me di la vuelta y seguí durmiendo. Pero por la mañana todavía estaban allí, al otro lado del claro, en el cobertizo de los árboles. Les tiré los huesos del conejo, me eché el morral a la espalda y seguí caminando. Había muchos vagabundos en Italia por entonces.

Desde el principio, el griego me pareció fascinante. Rufustino me enseñó primero el alfabeto. Me encantaba el dibujo de las letras, las extrañas formas de la ξ y θ, ι y μ. Las practicaba solo. Rufustino empezó a enseñarme latín y griego a la vez. Yo tenía que traducir frases sencillas de un idioma a otro. Descubrí que las diferencias entre las dos lenguas me ayudaban a aprenderlas. Era muy fácil aprender el modo optativo griego, por ejemplo, porque el latín no lo tenía. Costaba menos aprender los verbos irregulares griegos cuando había dominado algunos en latín (aunque *τίθημι* todavía se me resiste, incluso después de cincuenta años). Las palabras son de lo más caprichoso y fascinante. Cambian como las nubes. Duran como la tierra. Cuando una palabra se pronuncia o escribe, ya no es posible echarse atrás.

Bueno, quizá fue más difícil de lo que digo, y me costó mucho más tiempo. Estos recuerdos son muy lejanos. Algunos sobresalen, como los árboles altos en un bosque, pero muchos se me han confundido en la cabeza.

Era invierno, hacía frío y llovía. Nos dedicábamos a los imperfectos de *amo* y λύω. Los conjugué bien.

—Ahora escríbelos —ordenó Rufustino desde las alturas, tendiéndome una tablilla y un estilo.

Era como una cigüeña cuando acerca el pico a la tierra. Sus mejillas siempre parecían fofas y llenas. Yo tenía un sabañón en el dedo índice. La cera estaba dura. Me hice un lío con λύω. Me di cuenta.

Rufustino miró la tablilla y alisó la cera con la regla.

—Otra vez.

A la tercera negativa llegó la única vez que me enfrenté a él.

—Pero si es que no lo puedo hacer mejor —gemí, mirándome los pies, deseando que terminara la lección.

—Publio Cornelio Escipión, no me interesa lo mejor que puedas hacerlo: ¿Puedes construir una casa sin ladrillos o un camino sin adoquines? No, claro que no. Esto, ya que estamos, es una pregunta retórica. —Entonces Rufustino dijo algo que no he olvidado nunca—. Nunca olvides, joven Publio, que *potest quia posse videtur*, puedes porque crees que puedes. Ahora inténtalo de nuevo.

No lo sabía pero estaba construyendo los cimientos de lo que soy ahora. Y han resultado ser profundos y fuertes.

Escípión lleva en la cama dos días. Tiene un poco de fiebre y, mientras tenga algo en el estómago, seguirá enfermo. Aurio y yo nos turnamos para sentarnos con él. Por lo general dormita. Hablamos, aunque no sobre el juicio. Le leemos a Heródoto, aunque esta mañana ha pedido algo de Aristófanes... debe de encontrarse mejor. Mulca le prepara infusiones especiales. Cuando uno cae enfermo, es útil estar rodeado de amigos.

Me encuentro mejor, aunque débil. Siempre que estoy enfermo pienso que, precisamente por eso, me gusta estar bien. Veo las flores de los membrilleros, por ejemplo, con nuevos ojos. Muchas se han abierto desde que caí en cama. Enviaré a

buscar a Macrón. Quiero saber qué más hay en marcha. Espero que la noria todavía funcione. Y ya puedo ir a la letrina. Odio los orinales. Son tan humillantes... aunque supongo que son un mal necesario para los enfermos... y los viejos.

Los perros me siguieron durante varios días. Nunca pensé que me atacaran. No veían ningún miedo en mí, no porque yo lo dominara, sino porque no lo tenía. Me había criado entre animales. Me pusieron, cuando era muy pequeño, en un cubil de lobos. ¿O lo he imaginado? Un húmedo lamido en la noche. No somos sólo lo que somos, sino también lo que habríamos querido ser y llegar a ser; y tengo que practicar lo que predico.

De seguirme de lejos, los perros pasaron de repente a correr detrás de mí como una jauría. El pelo de la nuca se me erizó, el pene se me encogió de miedo y tensé los músculos.

—¡Calma, Bostar, calma! —me dije, respirando hondo para tranquilizarme.

Los perros doblaron hacia mi derecha, perdiéndose entre la maleza y los arbustos. Un cerdo, seguramente, pensé. Tienen que comer. Déjalos. Estaba en unas colinas altas y solitarias, cortadas por abruptos desfiladeros, difíciles de cruzar. La rica tierra roja se deshacía cuando la pisaba, a menudo haciéndome resbalar. Mis brazos y cara estaban arañados de tanto arrastrarme entre los espinos. Muchos de los cortes se habían infectado y no podía encontrar las hierbas que necesitaba para hacer ungüentos. Mi avance era lento. Era hora de doblar hacia el este, hacia un camino más fácil.

Los preparativos habían sido largos, lentos y silenciosos. Mi vida no había cambiado, pero olía y sentía el ajetreo de las cocinas, veía trasladar y subir el follaje verde para embellecer nuestra casa. Me llevaron pronto a la cama la noche anterior. Quinta me arropó y dijo:

—Ahora recuerda, no lo esperes. Sólo se acerca a los niños que están dormidos.

—¿Quién, Quinta? ¿Quién se acercará?

—Lo descubrirás por la mañana. . . si te duermes. —Después me besó en la frente y dijo—: Buenas noches.

Cruzó la habitación y cerró suavemente la puerta. Su olor, a espliego y colada, quedó flotando en el aire.

Me obligué a mantenerme despierto. Muy lejos, en el foro, oía los tambores que daban las horas. Forzaba los ojos para tenerlos abiertos. Apretaba los dientes, ponía los brazos rígidos. Me pinchaba, me sentaba derecho, apartaba las mantas para tener frío... pero me quedé dormido.

Desperté con un sobresalto. ¿Qué había hecho mal? Sí, quedarme dormido. Me levanté, corrí a la ventana y aparté la cortina de un tirón. Oía gente correteando por la casa. No era totalmente de día, pero había bastante luz para ver, cuando me di la vuelta, una mesita desconocida a los pies de mi cama. Sobre ella había cajas. Corría hacia la mesita cuando se abrió la puerta y entraron mis padres. Me contuve.

—Buenos días, padre. Buenos días, m. . .

—¡Ve, ve! —dijo mi madre riendo—. Felices Saturnales. ¡Ábrelas! —Tenía la cintura gruesa, más gruesa que la última vez que la había visto.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Quinta me lo había dicho? ¿Seis meses, cinco? Todavía no lo entendía.

Quinta me estaba acostando. Sostenía bajo mi barbilla la escupidera en la que yo arrojaba salivazos después de haberme lavado los dientes con el habitual tallo de altramuz y el *dentiscalpium*, el palillo de dientes. De pronto dijo:

—Por cierto, joven amo, pronto dejarás de estar solo.

—¿Qué quieres decir, Quinta? No estoy solo. Te tengo a ti, y a Festo, y a mi padre, y. . .

—Me refiero a un hermano o una hermana. Vas a tener un hermano o una hermana; o quién sabe, dos de cada.

Su rostro amable sonrió y las patas de gallo que rodeaban sus ojos se convirtieron en una tela de araña y, mientras asentía con entusiasmo, se agitó su doble papada.

—¿Dos de cada? —pregunté—. ¿No has querido decir uno de cada?

—Bueno, también es posible, uno de cada —dijo con acento esperanzado.

La miré fijamente. Casi sin darme cuenta me metí el pulgar derecho en la boca. Por una vez, Quinta no me lo sacó de un manotazo. Aún recuerdo que chupé con fuerza. Creo que no volví a hacerlo hasta que vi la carnicería de Cannas; entonces sí, me chupé el pulgar.

Lo siento, Bostar. Cannas pertenece al pasado, lo admito. Pero lo que me confunde es la medida en que pasado, presente y futuro son lo mismo. ¿Qué es una acción? Al formular esta sola pregunta, estoy presuponiendo mi pasado (del que adquirí la capacidad de preguntar), mi presente (en el que pregunto) y mi futuro, sin el cual perdería su fuerza.

Una acción, cualquier acción, es seguramente el resultado de quien hace algo intencionadamente. Esa intención se forma, en su mayor parte al menos, por el pasado del sujeto agente y presupone las consecuencias del futuro. Pero pongamos por ejemplo que he acercado esta silla a la ventana para tener una vista diferente. Pongamos que entra Aurio a limpiar cuando me he ido a la cama y, en la oscuridad, tropieza con la silla porque no está donde él espera que esté. Mi acción podría tener consecuencias aunque nadie podría decir que éstas son intencionadas. Quizá necesitemos una nueva palabra para designar esta clase de acción.

Pero volvamos a Quinta.

—No lo entiendo. ¿Voy a tener un hermano, una hermana, uno de cada o dos parejas? —pregunté.

Quinta dio un gritito. Desde entonces no he conocido un sonido tan seguro, salvo el del pilo cuando se hunde en la carne.

—Ya es muy tarde y hay que dormir —continuó con sus modales más bruscos—. Lo que digo es que tu madre va a tener un niño —dijo, remetiéndome las sábanas.

—¿Cuándo, mañana?

—No, Publio, mañana no. —Era todo amabilidad. Se sentó en el borde de la cama.

—Bueno, ¿cuándo?

—Cuándo, cuándo. . . , pues cuando el niño esté listo. Cuando el niño esté listo, Publio, tendrás un hermano o una hermana. O dos. —Rió por lo bajo. Vi las arrugas en sus mejillas rosadas—. Ahora tienes que dormir.

Se inclinó sobre mí, para apagar la vela de un soplido, y al rozarme con sus blandos pechos me sentí seguro y a salvo.

—¿Quinta? —murmuré, poniéndome de lado para darle la cara.

—¿Sí?

—¿Tú has tenido niños?

Se cogió las manos y las apretó.

—No, joven amo, no, no he tenido. Excepto. . .

Todavía recuerdo las mejillas de Quinta, a la suave luz de la vela, húmedas de lágrimas. Espero no haberla defraudado.

Cuando volvieron, tres estaban cojos. Otros dos tenían grandes heridas en el lomo.

—Así que no era un cerdo, sino un jabalí —dije en voz alta.

Había empezado a hablar conmigo mismo, como hacen los hombres cuando están mucho tiempo solos. Pero todos tenían la barriga llena. Habían matado.

El terreno se abría. Algunas mañanas, muy temprano, si la brisa soplaba con fuerza, olía las aguas del mar Adriático, que me quedaba hacia el este. Los perros se iban quedando cada vez más atrás, aunque siempre les daba toda la liebre o todo el conejo que no engullía yo. Pero no eran más que restos. Debían de tener hambre, como yo por entonces. Habían pasado ocho semanas, nueve, desde que había salido de Secunio. Cuando salí de Brucio, la vegetación cada vez era más escasa. Veía pueblos deshabitados, pero no entraba en ellos. Una vez llegué a un almacén de aceitunas. Comí todas las que pude y cogí todas las que podía transportar. Dejé una moneda de oro en el tonel casi vacío. Me reí por lo bajo mientras pensaba que, de aquel modo, añadía un grano de arena a las leyendas locales sobre los genios y las hadas.

El mundo necesita más de esto. Una vez le pregunté a mi padre por qué los árboles crecían boca abajo. Me refería a por qué se hacían tan altos. No se puede, por ejemplo, lanzar una jabalina a tanta altura.

Lanzó un bufido y me dijo que no fuera tan necio. Pero todavía no sé la respuesta.

Había alcanzado la cima de una loma empinada, llena de zarzas y rosales silvestres. Me detuve a recuperar el aliento y miré alrededor. Debajo de mí, en la pequeña llanura, estaba el grupo de perros, con la lengua fuera a causa del calor. El perro jefe, un gran mastín gris, se movió hacia delante y estiró el cuello, según parecía, hacia mí. Dejó escapar un largo aullido, ladró una, dos veces, se dio la vuelta y echó a correr por el camino por el que habían llegado. Los otros lo siguieron. No sé por qué, pero pensé que era un augurio, y, además, un augurio bueno.

Entraron y se sentaron en mi cama. Iban cogidos de la mano. Los veía pocas veces juntos, y no digamos de aquel modo.

—¿Qué son? —dije, señalando las cajas.

—Regalos, Publio, regalos —dijo mi padre con una sonrisa. —¿Qué clase de regalos?

—¿Cómo vamos a saberlo? —¿No son vuestros?

—No —contestó mi madre—. Son del dios Saturno. Hoy es su cumpleaños. Ha traído estos regalos, por la noche, para ti y para otros niños buenos.

—Pero si es su cumpleaños, ¿no deberíamos ser nosotros quienes le hiciéramos presentes?

Mi padre se golpeó la rodilla al oírme.

—¡Parece, Pomponia, que hemos criado a un hijo para los tribunales y no para el campo! —Y volviéndose hacia mí—: Le haremos regalos, Publio, ya lo verás. Pero vamos, abre lo que Saturno te ha traído.

Abrí primero la caja más grande. Dentro había muñecas, dos de trapo y otras dos de arcilla. Las coloqué cuidadosamente sobre la mesa, en fila.

—Son símbolos saturnales de tu infancia, Publio —dijo mi padre.

—Ya veo...

No es que lo viera, bueno, no realmente. En la caja siguiente había dos vasos, uno con agua, el otro con tierra, y una daga. Lo miré todo con perplejidad.

—Los vasos simbolizan lo que Saturno nos da, Italia y Roma. Son nuestro derecho, Publio, pero también nuestra responsabilidad. Por eso también te da la daga.

La saqué lentamente de la vaína de cuero, a la que estaba unida por una correa. Brilló a la luz. Una daga de acero brillante, con la empuñadura de madera negra incrustada de piedras preciosas. Miré interrogativamente a mi padre.

—Saturno te la da con un fin —dijo—. Nunca la uses con ira, pero tampoco la envaines cuando esté en peligro lo que tienes. Estaba tan confuso por la seriedad de la voz de mi padre como por los extraños regalos. Bueno, extraños entonces. Ahora no. Mientras fui soldado, la daga de mis primeras Saturnales estuvo desenvainada durante muchos años.

—No te pongas tan serio, Publio —dijo mi padre con voz más ligera, levantándose—. Caramba, tienes la cama dura —continuó, frotándose el trasero—. Tenemos que conseguirle otra más blanda, Pomponia.

—Muy bien, se lo diré a Festo —dijo mi madre con una sonrisa. —Bueno, hemos de darnos prisa o haremos esperar a los sirvientes. Abre las dos últimas cajas —dijo mi padre, arrodillándose a mi lado y rodeándome con un brazo. Su barba me raspó la cara. Me quedé boquiabierto cuando abrí la primera de las que quedaban. Estaba llena de monedas de oro.

—¡Por Júpiter! ¡Soy rico!

—No, no tanto, Publio. Son para que las des, tal como Saturno nos las ha dado a nosotros.

—¿Para... darlas? —balbucí.

—Sí. Ya verás. Y ahora la última.

Las primeras capas eran de la más fina lana. Debajo de ellas había un anillo. Lo sostuve en la mano para que le diera la luz. La piedra roja centelleaba.

—Está, está.. . viva. Vive cuando le da la luz —susurré.

Mi padre alargó la mano derecha. Se quitó un anillo del dedo meñique y, al ponerlo en mi mano junto a1 otro, dijo:

—Éste era de mi abuelo. Ése es tuyo. Llévalo, a su debido tiempo, con orgullo y con la bendición de Saturno.

—Y mientras tanto —dijo mi madre, acercándose a nosotros—, llévalo con esto.

Alargó una sencilla tira de cuero. Mi padre la cogió y ensartó el anillo en ella. Comprendí. Incliné la cabeza. Me la puso en el cuello. Todavía de rodillas, me abrazó y se levantó.

—Ahora, Publio, vístete deprisa. —Aún llevaba la camisa de dormir—. Te esperamos en el atrio.

Ampollas. Bueno, una, para ser exactos. Debía de habérseme metido una piedrecilla en la bota izquierda. Cuando me di cuenta era demasiado tarde. Sentí la hinchazón cuando me detuve para comer. Recuerdo las ramas de los robles agitadas por la brisa y susurrando suavemente. Meé al pie de uno, añadiendo orina humeante al moho. Pero no recuerdo aquellos robles porque fueran elegantes, que lo eran, sino por mi pie izquierdo.

Desde luego, me sentí aliviado cuando vi el camino. Me llevaría donde quería ir. Más aún, sentí una especie de terror religioso. Había cruzado la Vía Apia con Aníbal. Luego había habido muchas más cosas en mi mente. Pero estaba esta vez en las lomas onduladas que daban sobre una ciudad que suponía que era Venusia, y allí me detuve, miré, vi y me sorprendí. Recto como una regla, un ancho camino romano se extendía mucho más allá de donde alcanzaban mis ojos.

No he visto nada como estas calzadas romanas. Desde luego, son el producto de una ingeniería potente y escrupulosa. Más aún, son el producto de la mentalidad romana. Diez Aníbales con veinte ejércitos podían, con un poco de tiempo, destruir la Vía Apia. Pero, como Aníbal descubrió, no se puede destruir la mentalidad romana.

Qué perfección. El corto tramo que podía ver cruzaba algunos pantanos y después un río. Mucha gente habría evitado los primeros y utilizado transbordadores para el segundo. Los romanos no. Habían construido un tramo elevado y después un puente. Incluso en el puente conservaba la calzada sus cunetas y sus bordillos. Este camino, pensé, es el producto de un pueblo seguro de sí mismo. ¿Cómo habían llegado los romanos a ser así? La Vía Apia hace sentir que ni ella ni los que la hicieron desaparecerán nunca.

Y para un pie herido significaba una marcha más fácil. Muchos han muerto por menos.

Recuerdo el ruido, los colores y los olores: abrumadores. Platillos y tambores, flautas y timbales, laúdes y silbatos en una confusión de sonidos. Todos los edificios estaban adornados con guirnaldas de flores alrededor de puertas y ventanas. Brillantes banderas ondeaban al viento. Bailarines con trajes fantásticos, de color bermellón y ocre, azul y carmesí, índigo y violeta, daban volteretas y se contorsionaban, ajenos a todo lo demás. Y después los cantos, el griterío, las voces de los vendedores que anunciaban castañas calientes, higos, pasteles, vinos y licores. Payasos y bufones hacían de las suyas. Las risas eran fuertes; todavía me gusta oírlas, aunque ahora las oigo mucho menos. Creo

que todos deberíamos reír, incluso después de haber meditado todos los hechos. El poder de la risa es inmenso. Es inconmensurable.

El Foro estaba atestado. No sabía que pudiera haber tantos pueblos: celtas, celtíberos, ligures, lusitanos, carpetanos, hérnicos, cántabros, samnitas, brucios, volscos, baleáricos, dorios, la gente había llegado de muy lejos. Mujeres con máscaras de flores vagaban a su aire, ofreciendo besos gratis y cantando canciones que se mezclaban con el ruido.

Había negros, morenos, amarillos y aceitunados, unos tan altos y delgados como los eucaliptos, otros bajos y redondos como las sandías, parloteando en otros tantos dialectos y lenguas. Precedidos, al igual que nosotros, por sus guardaespaldas, para que les despejaran el camino, los comerciantes ricos se paseaban vestidos de rojo y oro, acompañados de mujeres de ojos negros, pechos desnudos y un perfume penetrante que quedaba flotando en el aire. Los funcionarios de los sacerdotes, vestidos de negro y golpeando grandes tambores, se abrían paso entre la multitud; detrás de ellos iban los augures haciendo muecas, con ramilletes de flores pegados a la nariz, tal como los mendigos pegaban sus muñones al pecho de los ciudadanos que pasaban. El mundo era maravilloso, estaba loco, estaba vivo.

—¡Mira, madre! —exclamé—. ¡Padre, mira eso!

Mis padres estaban hablando con unos amigos. Un volatinero se disponía a cruzar por delante de nosotros. Con calzones carmesí y una camisa dorada, caminaba boca abajo, sobre las manos, y en cada pie llevaba una pelota roja que daba vueltas, pero sin caerse. Lo miré fascinado mientras nos adelantaba y se perdía entre la multitud. Me pregunté durante varios días si las pelotas se caerían alguna vez o si se quedarían en sus pies para siempre.

Eran mis primeras Saturnales. Me dejaron un amor por las fiestas que nunca he perdido. Y di mi oro, pero no a los sacerdotes ni a los templos, cuyos recaudadores nos asediaban a cada vuelta. Mi mano caliente y húmeda le dio la caja a un joven mendigo que estaba sentado, solo y silencioso, al pie de una columna de los juzgados. Recuerdo que no tenía nariz y que sus ropas eran andrajosas y rotas. Cuando me arrodillé rápidamente y le di el regalo de Saturno, pareció sorprendido. Luego sonrió, antes de que me alejara como un madero flotando en el mar.

Cuando pisé la Vía Apia, supe que había dejado a Aníbal por fin. Estaba en un nuevo camino, y éste, al contrario que Aníbal, conducía a Roma.

¿Por qué no había atacado Roma? Lo había intentado con ahínco. Muchos me lo han preguntado. Siempre les doy la misma respuesta: falta de material de asedio y falta de apoyo de Cartago. La verdad es que después de Cannas estaba deshecho. Lo que había construido su mente estaba roto. Había apurado las pérdidas (el padre, el hijo, la mujer) hasta las heces. Cuando aquello estuvo hecho, descubrió que debajo del oropel, la furia y la cólera no había nada. Descubrió que sólo era un hombre.

El camino estaba desierto y se prolongaba, reverberando al sol, hasta donde ya no podía verse. Fuerte y segura, aquella fe en el camino era casi aterradora. Me senté en el bordillo y bebí un largo trago de la calabaza de agua. Comí higos secos. Tenía ganas de cagar, pero me sentía al descubierto y solo. El intestino, al contrario que la vejiga, es un amigo paciente. Me levanté y reanudé el camino.

Las primeras personas que encontré no me prestaron ninguna atención. Iban en dirección sur, hacia mí. Dos bueyes tiraban pesadamente del carro. Una nube de moscas revoloteaba alrededor de los animales. Me detuve para saludarlos, pero el conductor se mantuvo erguido cuando nos cruzamos. Los otros, dos hombres y una mujer, hicieron lo mismo. El crujido de las ruedas era estrepitoso y no tardé en estar solo otra vez.

Seguí la marcha cojeando. Aquella noche, como otras, dormí en un sumidero, semejante a una zorra en su cubil. Ahora tenía los dos pies cubiertos de llagas, por andar sobre las piedras.

Incluso desde mi habitación oí los golpes en la puerta. Luego ruido de voces, gente moviéndose. Estaba oscuro y frío. Bajé del lecho y tiritando busqué la túnica de lana. Medio dormido, tropecé con una silla y crucé la habitación dando traspiés, pero encontré la puerta. Había antorchas ardiendo en el corredor. Parpadeé y me froté los ojos.

Festo pasó a toda prisa con una antorcha en cada mano. Lo seguí, pasé por delante de los manes y los penates, al fondo del pasillo, como muchas otras veces. Había seis hombres en el atrio, no, siete. A1 otro lado de la habitación, delante de ellos, con el pelo revuelto, en túnica y zapatillas, y dándome la espalda, vi a mi padre. Me apreté contra la pared para verle la cara y contuve un grito; yo no había visto sangre hasta aquel momento.

—¿Que ellos qué? —gritó mi padre.

—Sí, es vergonzoso —dijo uno de los tres hombres que yo alcanzaba a ver.

Aquél y otro más joven sostenían a un tercero, medio desmayado, con la cara cubierta de sangre que brillaba a la luz de las antorchas. La veía brotar de un boquete que tenía en la cabeza. Su espeso pelo castaño era negro en aquel punto. ¿Quién dice que la sangre es roja? Lo es, pero no mucho tiempo.

—Festo, pronto, vendas y agua caliente. Pomponia, ¿dónde están las sillas? —Había un timbre desconocido en la voz de mi padre, una urgencia que no había oído antes.

—Ya vienen —oí decir a mi madre, aunque no podía verla.

—No importa —contestó mi padre, cruzando el *tablinum* y acercando un triclinio.

—Echadlo ahí.

—Pero la sangre... —dijo el más joven. —¡Olvídate de la sangre! —replicó mi padre.

Estoy seguro de que lo hizo. Era la primera vez que oía a alguien expresarse así.

Acostaron al hombre con cuidado. Mi padre se arrodilló junto a él. Festo se acercó y le dio un paño mojado.

El hombre lo apartó.

—Más tarde. —Apenas podía oírle. Se aclaró la garganta y habló más fuerte—. Lo haremos después. El corte no es muy profundo. Ya lo curaron a bordo, pero hemos cabalgado aprisa para llegar aquí. Eso ha hecho que la herida se abra de nuevo. De todas formas —levantó la vista para mirar al más viejo de los que le habían llevado—, no es vergonzoso, Ligurio.

Lo vi volver la cabeza hacia mi padre, estirar una mano y cogerlo por el brazo.

—No, no es vergonzoso. Escipión, es la guerra.

De aquella noche recuerdo la suciedad. No había existido en mi infancia hasta entonces. Todo lo que había en nuestra casa estaba siempre limpio y ordenado. Las ropas de todo el mundo eran siempre las mismas, no por su color, sino por su limpieza, y aquel olor penetrante a colada limpia es uno de los que conservo de la infancia como si todavía me encontrase en aquel lugar.

Teníamos un lavadero detrás del patio, con brillantes recipientes de cobre, y una lavandera (¿cómo se llamaba? ¿Caria? ¿Coria?), que siempre llevaba el pelo recogido y el delantal blanco y terso. Solía esconderme detrás de un banco, verla trabajar por la puerta abierta, oler aquel olor ligeramente ácido.

Aquí lavan muy bien la ropa. Mulca supervisa las operaciones. Incluso la ropa de cama, de fino algodón egipcio, es blanca, tersa y limpia. Mulca no lo sabe, pero a menudo me escondo en un recodo del pasillo, al lado del lavadero, y cierro los ojos, huelo y sueño.

Encuentro esto un poco pesado. Pero tengo que dejarle con sus recuerdos. Así que he estado haciendo otras cosas, y me permitiré una breve digresión. Siempre podré quitarla más tarde, cuando corrija este manuscrito.

Lo que he estado haciendo es renovar mi historia de amor estos últimos días. Mi historia de amor con los números. A última hora de la tarde, mientras Escipión paseaba por la finca o leía, he estado revisando las cuentas de Macrón. Un trabajo aburrido incluso para un administrador adiestrado, pero no para mí. Pagos por vallas y aceite de lámpara, facturas por corderos y grano. . . Todavía no he encontrado ningún error y Macrón es muy puntilloso. Pero me pidió como un amigo que las revisara. —Cuanto más viejo me hago —dijo—, más parecen moverse los números en el libro mayor.

A mí no me pasa; y no utilizo ábaco. Amo los números desde que era muy pequeño. Eran y son totalmente seguros, verdaderos, algo de lo que me puedo fiar. Dos y dos, en todas partes y para todo el mundo, son siempre cuatro. Las personas, por el contrario, como el mismo Escipión al interrumpirse para hablar de su dichoso lavadero, no se comportan en absoluto como los números. No son, en general, ni fiables ni independientes. Soy afortunado pues, por haber conocido números y personas. El estado ideal, creo, sería el que equilibrara a personas y números. Pues son demasiados los que tienen los vicios de los dos y muy pocos los que hacen galas de sus virtudes.

Dos esclavos trajeron las sillas por fin. Mi padre se sentó al lado del herido.

—Bien, Flavio, cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Julio? —Nunca lo había visto tan preocupado.

El hombre llamado Flavio se apoyó en el codo. Tosió, largo y fuerte.

—A... agua...

—¡Festo! Trae agua. ¿O prefieres vino?

Flavio negó vigorosamente con la cabeza.

—Esta noche necesitamos a Marte, no a Baco. Empezaré con tu permiso, Publio.

Yo estaba como clavado en la puerta del *tablinum*, rodeado por las imágenes de mis antepasados. Comprendí parte de lo que significaba ser un Escipión mientras miraba la mancha de sangre de Flavio que se extendía por el paño del triclinio en el que se había recostado.

—A1 menos el viaje nos fue bien —dijo Flavio—, sin tormentas ni piratas.

—Aunque volvimos más deprisa de lo que fuimos —añadió el más viejo, Ligurio.

—¿Embarcasteis en Ravena? —preguntó mi padre.

—No, en Ancona. Íbamos camino de Ravena cuando oímos que unos de los barcos de Paulo, ¿te acuerdas de él, Escipión? —mi padre asintió—, que uno de sus veloces barcos mercantes iba a zarpar en Ancona, rumbo a Iliria.

Flavio se detuvo, tosió de nuevo y se estremeció. Yo también.

—¡Festo, pronto, trae un brasero! —dijo mi padre—. ¡Y unas mantas! Flavio, buscaremos un cirujano que te atienda. Ligurio, encárgate del asunto, ¿quieres?

—¿A quién traigo?

—Veamos. Hay una herida en la cabeza. ¿Tienes algo más, Flavio?

—No. Al menos, no lo creo.

—Entonces, que sea Arimastis... ya sabes, el de Quíos. No, lo he pensado mejor, trae a Arcágato de Cos. Tiene el estudio cerca de...

—Sí, del cruce de Acilio. Lo conozco. Volveré pronto. —Bien.

Ligurio se perdió en la noche en el momento en que Festo aparecía con un brasero encendido y mantas blancas. Pensé en lo sucias que se pondrían y me pregunté si aquello tenía importancia.

Mi padre continuó.

—Flavio, será mejor que me lo cuentes ya. ¿Qué pasó?

La geometría también es fiable. Dibuja un círculo. Sitúa una punta del compás en la circunferencia. Describe un arco. Siempre se dividirá perfectamente en seis. O coge una cuerda y haz doce nudos equidistantes. Siempre podrás hacer un triángulo rectángulo perfecto.

De todos los libros que hay aquí, el que más me gusta es la preciosa copia, propiedad de Escipión, de los Elementos de Euclides. Hay aquí claridad y seguridad. «Un punto es lo que no tiene partes o no tiene magnitud. Una línea es longitud sin anchura. Es sólido lo que tiene longitud, altura y profundidad. . . »

Desde luego, hay problemas. Consideremos la afirmación de Euclides de que «los extremos de una línea son puntos». Es una proposición sencilla. A mí me parece que ha de probarse, en cuyo caso es un teorema, o darse por supuesta, en cuyo caso es un axioma.

Pero esto es algo que merece meditarse. Los números son, como he dicho, fiables. Una recompensa para el pensamiento más puro. Pero también son misteriosos. Piensa en el número siete. Todos los números pares, desde luego, son divisibles. De los números impares, el uno es indivisible, el tres es el primer número estable (los trípodes no caen fácilmente) y el cinco una mano llena. Pero el siete es libre. El nueve sólo es un tres

hinchado, pero el siete es tan tozudo y tan poco práctico que sin duda se hizo con mucho misterio en la mente, con un objetivo que está allende nuestro entendimiento. ¿Por qué, por ejemplo, sólo hay siete (¿o debería decir hasta siete?) sustancias sagradas, incienso, gálbano, estacte, nardo, mirra, especias y uña aromática? ¿Por qué siete? Lo ignoro.

Hay un misterio más profundo en los números. ¿Cómo sabemos que existen? Porque, como supongo que diría Euclides, son evidentes. Los hombres de la antigüedad debieron de ver, dice, los dedos de sus propias manos e inventar palabras del uno al cinco. Un estilo más otro estilo, evidentemente, son dos. Así, las verdades aritméticas se convierten en verdades de los objetos. Pero ¿qué clase de objetos?

Podría estar contando hasta el fin de mis días sin que los números se me agotaran. No lo haré, desde luego, pero la idea me reconforta. El problema es que, para contar, no habría suficientes objetos físicos o mentales. Bueno, quizá los haya, pero ningún cerebro podría abarcarlos. Y aunque pudiera, los objetos pueden ser finitos, pero los números son infinitos. Y aun en el caso de que no lo fueran, no puedo imaginar o representarme, por ejemplo, 3.476.212 objetos. Pero puedo contar fácilmente hasta ese número, si me dieran el tiempo suficiente.

¿Son pues los números entes abstractos que simplemente son? Si es así, no entiendo cómo podemos conocerlos.

Bueno, hay muchas cosas que no entiendo. La vida sería aburrida sin ellas. Tengo suerte de poder pasar de las cuentas de la granja a estas cuestiones, y, afortunadamente para Macrón y Escipión, también estoy capacitado para volver a las cuentas. Volvamos a mi pasado; y al de Escipión.

Mientras escuchaba me enteré de que Flavio y otros tres habían sido designados embajadores por el Senado y enviados a Iliria. Tenían que negociar la paz, impedir que los barcos ilirios siguieran pirateando en nuestra ruta comercial a Grecia y matando a nuestros mercaderes.

Fueron recibidos amistosamente y conducidos a caballo directamente a la ciudad de tiendas en la que gobernaba Teuta, la reina iliria.

Su tienda era lóbrega y oscura, abundante en telas preciosas y tapices, y estaba llena de espeso humo de incienso.

—Casi no podíamos ver a la reina —dijo Flavio, ya con voz más fuerte.

»—Y bien, romanos: Supongo que habéis venido con un mensaje —dijo—. ¿Cuál es?

»Habíamos acordado que Julio sería nuestro portavoz.

»—Paz, reina Teuta, entre Iliria y Roma.

»—Ah, paz. —Arrastró la palabra—. ¿Así de sencillo? —Se reclinó en el asiento. No podíamos verle la cara—. Bien, una proposición tan sencilla merece una respuesta sencilla, ¿verdad?

»Dio una palmada. Un moro gigantesco salió de las sombras y se puso frente a nosotros. Hizo una reverencia y pensé que era por respeto a nuestro rango y a nuestra condición de embajadores de Roma...

—Como es lógico y natural que sea —le interrumpió mi padre.

Flavio levantó una mano con irritación.

—Pero cuando se irguió, todo sucedió tan deprisa que cuando vi brillar la daga en su mano derecha, ya era demasiado tarde. No la habíamos visto entre los pliegues de su capa. Se la clavó a Julio en el corazón. Mientras Julio caía, otros hombres nos sujetaron por detrás. Me solté y, aunque no íbamos armados, me arrojé sobre el criminal y recibí un espadazo en la cabeza.

Advertí que mi madre había estado presente todo el rato. Me sorprendió que mi padre no la hubiera hecho salir. Ella escuchaba impasible. Quizás estaba acostumbrada a oír aquellas cosas. Siempre quise preguntarle. Nunca lo hice.

Mi padre se puso en pie. Salió de mi campo visual, pero seguí oyéndolo.

—Entonces, es la guerra.

—Y el mando tuyo, Escipión —dijo Flavio.

—Sí, Flavio, así es. Pero no te preocupes. Julio será vengado. Iré al Senado mañana por la mañana. ¿Dónde está Arcágato?

Oí el golpeteo, el martilleo, mucho antes de verlos. Antes de que apareciesen por el camino ya sabía lo que era. La caballería. Una turma, una compañía al menos, que venía detrás de mí al galope. Me planteé salir del camino y esconderme. Pero ¿dónde? El campo era llanura lisa, sin más vegetación que la hierba. ¿La cuneta? No veía ninguna. Bueno, seguiría andando. Parecía ser mi destino.

Anduve cojeando un trecho. Pero necesitaba algo. Echaba en falta un alivio, así que me detuve y me senté en el bordillo, al lado de la calzada, mientras oía acercarse a la caballería. Abrí el morral y metí la mano en un bolsillo. Saqué el último trozo de goma. Antes de que llegara el buhonero al último campamento de Aníbal en Crotona, había estado sin goma durante varios meses. Es una debilidad que me permito, al menos todavía; las hay mucho peores. Le había comprado toda la que llevaba y estaba ya a punto de acabárseme. Parecía apropiado subrayar lo que estaba a punto de ocurrir masticando el último trozo de goma.

Claro que podían no detenerse. Intenté pensar como un oficial romano de caballería. Un hombre solo, andando por la Vía Apia, sin caballo, ni carro con productos agrícolas o de otro tipo, sólo podía ser: a) un desertor, b) un vagabundo o c) un veterano licenciado. Si a o b, detención. Si c, detenerse para saludar. Desde luego, ni a ni b era probable que se sentaran en el bordillo de la calzada, a plena luz del día, cuando todo el mundo, excepto los muy sordos y los locos, podía darse cuenta de que estaba a punto de pasar un escuadrón de caballería. Pero no era probable que un oficial de la caballería romana hiciera un razonamiento de estas características. O así lo veía yo.

Cabalgaban en tres columnas, con las banderas ondeando y las armaduras despidiendo brillos. No podía ver cuántas filas había. Diez u once. En cualquier caso, no parecían muchos. En cuanto me vio, el oficial que iba al frente levantó la mano para que se detuvieran.

Hicieron alto a unos cuarenta pasos de mí. Probablemente tengan instrucciones para estas contingencias, pensé, un manual. Menos mal que estaba masticando goma. El decurión (o quien supuse que lo era, ya que cada escuadrón de caballería ha de tener

uno) hizo una seña a los dos hombres que tenía a los lados. Éstos se acercaron; el caballo del de la izquierda era un bayo joven que relinchaba con nerviosismo.

—Quis estis? *¿Quién eres? —preguntó el más alto.*

Bajo el casco se veía su pelo negro. Apenas era un hombre y casi no tenía barba. ¿Qué edad tendría? ¿Catorce años, quince? Sí, Roma había cavado hondo para luchar contra Aníbal.

Estaban inquietos. Los dos tenían las manos en el puño de la espada. Me levanté y el bayo se encabritó.

—Non armatus sum *—dije, levantando los brazos—. No estoy armado. Soy del este, un preceptor que va camino de Roma.*

—¿Un preceptor? ¡Bala! —El muchacho lanzó un salivazo. Seguí su trayectoria y vi las gotas de espuma burbujeando a mis pies. Espoleó a su caballo y lo puso a un palmo de mi cara—. Marco —dijo al otro jinete, sin volverse a mirarlo—, registra eso. —Señaló con la mano izquierda mi morral, que estaba en el suelo. Desenvainó la espada y me la puso en el cuello—. ¿Preceptor o espía?

No volví a ver a mi padre durante varios meses. Para ser sincero, ni siquiera supe cuándo se fue. Mi vida continuaba sin cambios aunque cada vez que atravesaba el *tablinum* veía la débil mancha de sangre en el suelo, un oscurecimiento de las teselas blancas del mosaico de Zeus y Hera.

Dos cosas ocurrieron en aquella época. Una es importante, la otra no. La primera es que mi madre parió una niña. Se llamó (aún se llama) Cornelia. La oía llorar o gemir a veces. Eso es todo. Bueno, no todo. Se volvió importante para mí, pero mucho más tarde, y de una manera que todavía no entiendo. Pero dejad que me ciña a la cronología de Bostar. Volveré a Cornelia a su debido tiempo.

La otra es muy diferente. Mientras mi padre estaba lejos, combatiendo en lo que luego se llamaría primera guerra iliria... ha habido otra desde entonces, y habrá más, lo profetizo, a menos que cambiemos de estilo. Pero no voy a entrar en este tema, lo hago por Bostar. Mientras mi padre estaba lejos, conocí al mejor amigo que he tenido en la vida.

Era un día gris, frío y húmedo. El viento silbaba a través de la selenita de las ventanas. El humo del fuego parecía reflejar la violencia exterior. Hasta Rufustino tenía frío. Me di cuenta de que no dejaba de acercarse al brasero después de escribir en la pizarra. La tiza, recuerdo, se fue gastando lentamente y desperdigando por sus oscuros guantes de piel hasta que fueron como una neblina blanca sobre fondo marrón. Normalmente se quedaba al lado de la pizarra, para explicar y preguntar. Aquel día no.

Yo no lo estaba haciendo bien. Recuerdo mi deseo de ponerme los calcetines de lana en lugar de los de algodón. Son cosas que no parecen tener importancia en el momento, cuando te levantas deprisa porque es tarde y te pones lo más fácil y más cercano. *Celerius agens, lentius dolens*. Obra con rapidez y arrepiéntete despacio, dice el proverbio. A menudo he comprobado que es cierto, y he tratado de cambiar en consecuencia. Puede que el soldado y el general que hay en mí salieran de aquel joven que se había equivocado de calcetines. Es posible. ¿Por qué, si no, lo recuerdo ahora?

Estábamos estudiando el comparativo griego.

—En latín, Publio, como sabes, utilizamos el ablativo en las comparaciones, *quam* más un ablativo —decía Rufustino. Asentí—. Los griegos usan el genitivo, *ἤν* más un genitivo. Así pues, traduce al griego lo siguiente —y escribió en la pizarra: *Socrates sapientior quam ceteris*.

—Es fácil —dije. Lo era.

Σωκράτης σοφώτερος ἦν τῶν ’άλλων. Sócrates era más sabio que los demás.

—Bien, Publio, bien. Pronto tendremos visita, así que sólo un ejercicio más.

—¿Una visita? ¿Quién?

—Lo sabrás muy pronto. Volvamos a los tiempos perfecto y aoristo. ¿Cuál es la diferencia entre estas dos frases? —Y escribió con su clara caligrafía: *ἡ θάλασσα λέλυκε τήν γέφυραν*: El mar ha roto el puente. *ἡ θάλασσα ’έλυσε τήν γέφυραν*: El mar rompió el puente—. Explícalo. —El aliento le salía en forma de vaho a causa del frío.

—El perfecto, *λέλυκε* describe una acción pasada cuyo efecto todavía dura. Pero el aoristo, *’έλυσε* significa que cierto día el mar rompió el puente. Quiere decir que fue un acontecimiento histórico.

—Muy bien, Publio.

En realidad no era así. Me gustó el aoristo griego desde el principio. Todavía me gusta. Creo que la habilidad para distinguir entre el perfecto y el aoristo es una de la muchas excelencias que tiene el griego sobre el latín.

Ése fue todo el progreso que hicimos aquel día.

—¡Adelante! —dijo Rufustino al oír el golpe en la puerta.

Volví la cabeza. Entró un joven. Era de mi edad y mi tamaño, y parecía inquieto y asustado. Tenía el pelo rojo y revuelto, pecas en la cara y la nariz respingona. Sus orejas, pensé, eran demasiado grandes para el resto. Se quedó junto a la puerta.

—¡Bueno, entra, Gayo Lelio, entra! —añadió Rufustino—. No te quedes ahí. Siéntate. —Rufustino señaló un pupitre que había al otro lado de la habitación. Lelio dio un paso adelante—. Primero cierra la puerta, muchacho.

Lelio se sentó. Vi que su nariz goteaba. Quizás estaba resfriado. O quizás era sólo el frío. Rufustino levantó su vara y golpeó la pizarra.

—Publio, éste es Gayo Lelio. Es el hijo de Prisco Lelio, un cliente de tu padre. Tu padre dejó instrucciones de que tenía que enseñarle junto contigo. Dicen que es brillante y está muy avanzado..

Lelio me miró tímidamente. Cuando se encontraron nuestros ojos, apartó la mirada con rapidez.

—Veamos lo que tenemos aquí —continuó Rufustino—, si un erudito o un burro. Lelio —aulló—, conjúgame *sperno*.

Lelio se puso rígido. Verbo duro de roer, aquel *sperno*. Yo probaría la vara de Rufustino si lo conjugara mal.

—*Sperno, spernere, sprevi, spretum* —dijo Lelio sin vacilar. Su voz era alta pero suave.

—¿Y *tango*?

—*Tango, tangere, te*...—vaciló—. *Tetigi, tactum*.

—Ajá —dijo Rufustino. Era un gran elogio. Yo casi disfrutaba con aquello—. ¿Cuál es el supino de lavo?

—Hay dos, señor, *lautum* y *lotum*. —¿Cuántas clases de adverbios hay?

—Adverbios de modo, adverbios relativos, de causa, de lugar, de tiempo y.. . y... —Yo tampoco lo sabía. Lelio arrugó la nariz para concentrarse y prosiguió—: de orden.

—Bien, bien. Tu padre te ha enseñado correctamente, ya lo veo. Publio, creo que este joven servirá para ponerte a prueba.

Lo hizo. Y todavía lo hace.

Había esperado aquello o algo parecido.

—Soy preceptor y voy camino de Roma.

—¿Por qué Roma?

—Para buscar trabajo.

El joven me miró con dureza. Le sostuve la mirada. Al final dijo que esperase. Dio la vuelta a su caballo y se dirigió hacia el escuadrón. Lo veía, aunque no podía oírle hablar con el oficial comandante.

Bajó del caballo, un animal del color marrón de las castañas. Había visto demasiados caballos muertos. Me alegraba ver unos cuantos vivos, aunque fuera en una mañana gris, plomiza y fría.

Volvió hacia mí.

—¿Ves algo en el morral, Marco?

—Nada. Sólo unos viejos rollos. Quizá sea cierto que es preceptor. Pero he encontrado esto —dijo, levantando mi bolsa de oro.

Mi interrogador la abrió y silbó con los dientes apretados.

—¿Dónde lo has conseguido? ¿Lo has robado?

—No, fue un regalo —dije.

—¿Un regalo? ¡Vaya regalo! ¿De quién?

—De, de... —titubeé—, de un amigo.

—Preceptor, tienes que dar muchas explicaciones. Para empezar, ¿no sabes que nadie viaja sin un salvoconducto? ¿No sabes que se está librando una guerra? Por lo que sabemos, podrías ser un espía de ese cabrón de Aníbal. Ahora, levanta las manos.

Y así fue como, atado y montando un caballo romano, continué mi viaje.

Nadie me hablaba. Mejor, porque nunca he sido muy buen jinete. Me concentré en mantenerme en equilibrio en la montura mientras íbamos a medio galope; yo iba en medio del escuadrón, por la Vía Apia. Sabía que si me caía con las manos atadas no habría manera de impedir el golpe. Y no quería romperme la cabeza contra las piedras ni bajo los cascos de los caballos. Necesitaba mi cabeza. Tenía planes para ella.

Fue Quinta quien me lo explicó aquella noche, a la hora de dormir.

—El padre de Lelio es un *homo novus*, un hombre nuevo con dinero nuevo. Lo ganó, dicen, suministrando grano al ejército. Su gente son granjeros de Brucio. En todo caso, tu padre congenia con él. Estuvo de acuerdo en ser su protector y lo nombró tribuno.

—¿Tribuno? —pregunté—. ¿Qué es un tribuno?

—Lo descubrirás muy pronto en la vida que vas a llevar, joven amo. Pero un tribuno es un oficial de estado mayor. Bueno, pues este Prisco Lelio, que así se llama —sorbió moco con altanería—, ya que ni siquiera tiene apellido, digo que él y tu padre están juntos en Iliria y por eso tenemos al joven Lelio con nosotros.

—Pero Quinta, si el padre de Lelio es tan rico, ¿por qué no tiene su propio *litterator*?

—Porque, joven amo, eso no estaría bien visto. Demasiada ostentación cuando todavía eres un simple *publicanus*. Verás, el padre de Lelio ni siquiera es todavía un *eques*, un caballero. Pero me atrevería a decir que lo será si hace en Iliria lo que se espera de él.

—¿Y qué es, Quinta?

—Bueno, para empezar, vencer. Pero ése es más el problema de tu padre que el de Lelio, que es el oficial de intendencia.

—¿Oficial de intendencia? ¿Qué es eso?

—¡Oh! Nunca ha habido un chico que preguntara tanto. La última y luego apagaré las luces. El oficial de intendencia suministra vituallas y...

—¿Te refieres a espadas y escudos?

—Sí, y también a comida caliente y tiendas secas. . .

Comida caliente y tiendas secas. Nunca lo olvidé. En grande y pequeña medida, contribuyó a lo que iba a ser yo en el futuro. Así que Lelio se convirtió en parte de mi vida. No era ni hosco ni adulador. Nunca luchábamos, jugábamos; y por eso le debo mi infancia. Antes y después de clase (conforme pasaba el tiempo, llegaba antes y se iba después) jugábamos en el patio al tejo, a las canicas y al escondite. En clase, el ritmo se aceleraba. Empezó sin saber nada de griego y pronto supo más que yo. Se iba a trabajar todos los días al caer la noche.

—¿Por qué trabajas tanto, Lelio? —le pregunté un día. Estábamos sentados en el jardín, después de las lecciones, tomando un refresco de limón.

—¿Por qué? Porque... porque mi padre me dijo que lo hiciera.

Así de sencillo. La sencillez en la vida es, creo, la clave. Sabiendo quién, por qué y qué eres. Los hombres buenos admiten la complejidad. Los grandes hombres la asimilan y hacen de ella algo sencillo.

A1 día siguiente Lelio iba a ser examinado de verbos irregulares; yo ya los sabía. Rufustino sólo había dado dos días a Lelio para que se preparara.

Los dijo correctamente, a la perfección, y la lección continuó. Después le pregunté cómo lo había hecho.

—Yo tardé dos semanas en aprender esos verbos —dije—. ¿Cómo has podido memorizarlos tan deprisa?

—Poniéndolos en imágenes.

—¿Qué quieres decir?

—Verás. Coge un verbo como *τίθημι*. ¿A qué crees que se parece?

—¿Que a qué se parece? No lo sé. No se parece a nada.

—Pues a mí me parece una especie de estornudo.

—¿Un estornudo? ¿Hablas en serio?

—¡Sí! El sonido que hace mi padre cuando estornuda es parecido a *τίθημι*. ¡Así que cuando tengo que aprender la conjugación, me imagino a mi padre estornudando! Así.

Se puso en pie y estornudó.

—A—*τίθημι* —prosiguió—, *τίθέναι, ’έθηκα, θείζ* —con lágrimas de risa resbalándole por las mejillas—, y pienso en mi padre estornudando de este modo. Lo veo, le oigo hacer ruidos, como una tormenta de invierno.

Nos reímos hasta que no pudimos más. Pero había aprendido una lección. Si quieres recordar algo, imagínalo. Cuanto más absurda sea la imagen, mejor la recordarás. Me han felicitado, por ejemplo, por recordar el nombre de una persona incluso cuando sólo la he visto una vez o brevemente. Es fácil. Simplemente piensas en una imagen cuando conoces a la persona en cuestión y la asocias con el nombre.

Por ejemplo, Timpulo, el mercader panonio, se sorprendió porque me acordaba de su nombre la segunda vez que nos vimos, después de muchos años, poco antes de que yo me fuese de Roma. La primera vez que lo vi era uno de tantos mercaderes que querían medrar tratando de conseguir un contrato con el ejército; había cientos como él. Pero, ah, su boca... Era un círculo casi perfecto, pequeño y lleno. Pensé en un pececillo comiendo y el ruidito que imaginé, aunque no lo había oído en toda mi vida, era algo así como «timp», como cuando se traga un bocado. Por este motivo recordaba a Timpulo el cara de pez, aunque recordarlo no me reportase ninguna utilidad.

Estábamos en clase. Se abrió la puerta. No habían llamado. Mi madre entró. No, no entró, se coló.

—Buenos días, Rufustino.

Casi no la había visto desde la partida de mi padre. Pasaba la mayor parte del tiempo en sus aposentos. Sabía que mi hermana había tenido problemas, que estaba débil y a menudo enferma.

Me sorprendió la belleza de mi madre. Primero, su porte y forma de estar. Compostura. Gracia. Su pelo todavía era negro como el azabache, recogido en un moño, como debía ser. Vestía una sencilla túnica de lana blanca, ceñida con un cinturón de piel y oro. Sin maquillaje. Sin perfume o por lo menos ninguno de esos horribles y apestosos cuyo olor satura el aire. Desde que era pequeño he pensado que los perfumes fuertes, esencias y aceites para el cuerpo, deberían prohibirse. Bueno, ahora soy más moderado. No prohibirse, sino desaconsejarse.

Su figura era perfecta, pero era su fealdad lo que la hacía bella. Tenía la nariz torcida, no podía negarse. Sus ojos estaban demasiado separados y su boca era demasiado grande. Pero ella lo unificaba todo, impregnaba lo imperfecto con su paz. ¿Cómo se consigue la perfección de la imperfección?

—Vas a tener que cederme a los niños, Rufustino. Pero te los devolveré. —Era típico de mi madre. Gobernándolo absolutamente todo, pero educada y regia. Se volvió hacia nosotros; nuestros pupitres estaban ya juntos—. Publio, Lelio, la guerra ha terminado. Vuestros padres están en casa. Id al Campo dé Marte a recibirlos. Festo os llevará. Pero antes id a cambiaros. Quiero que ambos os pongáis la toga pretexta.

Para los chicos de la condición social de Lelio y otras más altas era como ponerse la ropa de gala, una toga de colores cuyo borde púrpura significaba que se había nacido libre. Mi madre sonrió, con simpatía aunque de un modo casi imperceptible, y abandonó la habitación.

—Pero yo tengo la pretexta en casa —me susurró Lelio al oído.

—No te preocupes. Te dejaré una mía.

Sentía muchas cosas, todas a la vez. Un muchacho no sabe todavía cómo administrarlas; tampoco lo saben muchos hombres. El regreso de mi padre era un aliciente poderoso. Pero el Campo de Marte era, tengo que admitirlo, un motivo más fuerte, y dejar a Esquilo, el tercero en intensidad. Sus obras han acabado por gustarme. Pero ¿hay alguien que las entienda?

Sí, Aristóteles, griego sin precedentes, polígrafo sin parangón. Alejandro Magno fue afortunado por tenerlo como preceptor. Lo entendía todo. A Esquilo y, por lo que leí anoche, también la memoria. Encontré un tratado suyo sobre el tema, De memoria et reminiscentia. La biblioteca de Escipión es magnífica.

Voy a permitirme abandonar otra vez mi pasado en aras del presente. Tengo, después de todo, la mejor excusa que pueda tener un hombre: Aristóteles. Aquel sabio dijo: «Es imposible pensar sin imágenes mentales».

La memoria, continúa diciendo, pertenece a la misma parte del alma que la imaginación. Es una serie de imágenes mentales que nos vienen de las impresiones de los sentidos.

Estas imágenes mentales las compara Aristóteles con un retrato pintado, «a la última etapa del cual damos el nombre de memoria». Cree que la formación de una imagen mental es como un movimiento, como un anillo imprimiendo un sello en cera. «Algunos hombres no tienen memoria debido a la enfermedad o a la edad; es como si imprimiéramos el anillo en agua corriente. El sello no imprime nada porque ha desaparecido, como las paredes viejas de las casas o debido a la dureza de lo que tiene que recibir la impresión.»

Es muy emocionante. Tengo casi setenta años y nunca había pensado en estas cuestiones. Y aquí estoy, recordando con Escipión, sin haberme preguntado hasta ahora cómo podemos recordar o cómo recordamos.

—Seguidme de cerca, por favor —dijo Festo—. La multitud será densa y no debemos separarnos.

Festo siempre adoptaba una seriedad manifiesta. Y tenía un aspecto extraño y delgado como una judía tierna, con el pelo lacio que le caía por la frente, la cabeza puntiaguda y la piel picada de viruela. Pero en caso de necesidad era un sirviente amable y leal.

—Bien, si nos perdemos, joven amo Publio, nos encontraremos en casa de tu tío Cratino. Pregunta a cualquiera, pero escuchad los dos. Id a través del Foro; pasado el templo de Cástor y Pólux, girad a la izquierda, seguid rectos por la calle, pasad el templo de Diana, luego doblad a la derecha y luego por la segunda a la izquierda. Antes de llegar a la puerta de la ciudad, al lado mismo del estanque hay un pequeño molino de harina. El camino que lleva a casa de tu tío está detrás...

—¿De verdad crees que espera que recordemos todo eso? —me preguntó Lelio tan pronto como echamos a andar detrás de Festo.

—Creí que podrías. Traza un plano, si no —repliqué.

Al final, en lugar de separarnos, la multitud nos estrujó tanto que lo difícil era perdernos de vista. A1 principio no estaba mal, mientras bajábamos el Palatino y recorríamos el sendero que atravesaba los campos yermos que había al pie de la colina. Mientras andábamos, Lelio me preguntó:

—¿Por qué nadie ha edificado en este terreno? En otras partes de Roma hay mil personas viviendo en un espacio como éste.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—¿Por qué este terreno está vacío? —No, no lo sé. Cuéntamelo.

—Hace unos cien años, un general llamado Vitruvio Vaccus tenía aquí una casa enorme, con un gran jardín. Pero cometió traición. Estaba luchando contra una tribu del norte y fue rodeado. Se rindió a condición de que le perdonaran la vida.

—¿Y se la perdonaron?

—Se la perdonaron. Pero sus hombres fueron pasados a cuchillo. Cuando volvió a Roma, el Senado hizo demoler su casa y decretó que el lugar permaneciese vacío para siempre en recuerdo de su vergüenza. Pero...

—¡Eh, vosotros! —gritó Festo desde delante—. Daos prisa o llegaremos tarde.

Lo que leí en Aristóteles desencadenó un recuerdo. Lo busqué quizá durante una hora hasta que lo encontré: un pasaje del Teeteto *de Platón en el que Sócrates supone que hay un bloque de cera en nuestra alma (cuya calidad varía) y que es «un regalo de la Memoria, madre de las Musas». Cada vez que oímos, vemos o pensamos cualquier cosa, ponemos esta cera bajo la percepción y los pensamientos, y los imprimimos en ella, «al igual que hacemos impresiones con los anillos».*

He estado pensando la mejor manera de hacer esto. A mí me parece que utilizar esta villa (o cualquier casa grande) es una buena manera. Digamos que quiero recordar los nombres de los planetas. Sí, podría memorizar una lista escrita: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Pero sería mucho más fácil poner los cinco planetas en cinco habitaciones diferentes de esta casa. Estoy mentalmente en la puerta principal. Entro. Pongo a Mercurio en el pórtico. En la mesa del tablinum *pongo a Venus, y así sucesivamente. Cuando quiera recordar los nombres, sólo tengo que dar una vuelta imaginaría por la casa.*

Me pregunto si esto funcionaría con una lista más larga. Por ejemplo, las poblaciones de Italia. Supongo que podría utilizar los edificios anejos a la casa y las cuadras. Sólo tendría que trazar una ruta lógica para mi paseo imaginario. Lo intentaré.

Desde allí cruzamos el Foro y empezamos a rodear el Capitolino. La multitud cada vez era más densa. Pasamos entre los templos de Júpiter Capitolino y de Juno Moneta. Los edificios se hacían más compactos y los olores más fuertes. Hice una mueca a Lelio, apretándome la nariz.

—Es el barrio de los pañeros —dijo—. ¡Qué maloliente!

De repente se acabaron los edificios. Extendiéndose hacia un meandro del río Tíber estaba el Campo de Marte, un gran descampado que se llenaba rápidamente. El polvo era tan espeso que casi no podía respirar, y no digamos ver lo que estaba pasando. Alguien tiró rudamente de mi brazo derecho. Me volví. Era Festo.

—Por aquí, joven amo. —Cogí a Lelio de la manga y seguimos a Festo.

Llegamos a una especie de recinto vallado que rodeaba una pequeña elevación del terreno. Dos soldados montaban guardia, insensibles al bullicio, con las lanzas inclinadas, formando un triángulo, para impedir la entrada en el recinto. Nos pusimos detrás de Festo.

—Publio Cornelio Escipión —anunció al más alto de los guardias.

El hombre se puso firme.

—¿Y ése? —dijo, señalando a Lelio.

—Gayo Lelio.

—¿Gayo qué? —preguntó el soldado—. No es patricio. Este recinto es sólo para los hijos de la nobleza. Publio Cornelio Escipión, tú puedes pasar. Vosotros dos quedaos donde estáis.

Ni siquiera lo pensé. Aparté a Festo de un empujón y miré al soldado; la correa de sujeción del casco le ceñía las mandíbulas.

—Puede que no sea noble, pero es mi amigo. Viene conmigo. Vi que el soldado vacilaba. Sus ojos miraron a la izquierda, al otro soldado. Yo también lo miré. Miraba al frente, impasible. Volví a mirar al primer soldado.

—Bien, señor, si tú lo dices. . .

—Lo digo, soldado, lo digo.

Yo era sólo un niño, pero entonces me di cuenta de que había nacido para mandar. Ambos, Lelio y yo, entramos.

No sabía que hubiera empezado tan pronto. Lelio debe a Escipión todo lo que tiene. Creo que siempre supo lo que hacía y procuró aprovechar al máximo las coyunturas favorables. Eso es lo que no me gusta. No me importa que Lelio se beneficie de la subida de un gran hombre. Yo, después de todo, tengo gracias a Escipión mucho más de lo que he soñado en toda mi vida. Pero si él de repente se quedara sin nada, no me apartaría de su lado. Pero Lelio es un oportunista. Ha hecho una ciencia y un arte de la oportunidad. Creo que cuando deje de convenirle, abandonará, en el mejor de los casos, al hombre que lo encumbró. En el peor, apresurará su caída.

¿O es que estoy celoso y nada más? Si lo estoy, es sólo por defender a un hombre al que amo. Soy demasiado viejo para transigir con la mezquindad de los celos. He conocido lo absurdo del amor. Cualquier tonto puede ser celoso, y muchos lo son. Pero ser celoso en el momento indicado, de la forma indicada, por la razón indicada y de la persona indicada, es una buena cosa, aunque no fácil. Es una de las muchas paradojas de la vida, que la emoción sólo es útil si se controla inteligentemente.

Desde lo alto del montículo podíamos verlo todo. Yo me había quedado sin habla. Veía soldados, filas infinitas de cara a un hombre montado en un corcel negro. Era mi padre. A razón de una fila por vez, al son de los tambores, los soldados avanzaban para salvar los cien pasos que los separaban de mi padre.

Cuando estaban delante de él, se detenían. Como un solo hombre, dejaban caer el escudo en el polvo, luego el pilo y después la espada. Y volviendo a la posición de firmes, exclamaban con el brazo en alto:

—¡Salve, Escipión!

Luego se volvían y se alejaban desfilando; en orden y con orgullo cuando pasaban por delante de mi padre, y a continuación corriendo a paso ligero. Las mujeres los llamaban, agitando la mano entre el gentío.

—¡Curio, estoy aquí! ¡Antonio, por este lado!

Hasta que eran engullidos por la multitud inquieta.

Miramos durante dos horas o más, mientras el sol nos abrasaba y el montón de armas crecía y se extendía como una mancha. El sudor me resbalaba por la espalda. Recuerdo que tenía mucha sed y luego pensé que no me importaba. Roma había ido a la guerra. Roma había vuelto y un Escipión era su báculo.

Empezaba a pensar que tenía respuestas. Ahora creo que sólo tengo preguntas. Estoy seguro de que Platón y Aristóteles tienen razón... hasta cierto punto. Sí, recordamos algo cuando nos hacemos una imagen de ello. Pero ¿estamos recordando la imagen o imaginándola? Quizá la imagen que recordamos tenga una propiedad intrínseca que sólo pertenece a los recuerdos. Aunque no tiene por qué ser así, porque tal propiedad no nos dice si la imagen que tenemos del suceso en cuestión es real o imaginaria. ¿Seguro que tenemos que saber lo que ha pasado para crear una imagen? Porque en tal caso las imágenes no pueden formar, no pueden ser recuerdo. Sólo pueden corresponderse con él. La imagen me ayuda a recordar, sin duda. Pero al mismo tiempo mi cerebro está analizando. Sé que la imagen puede ser inexacta e incompleta. Yo podría calificarla o reforzarla. Pero si un recuerdo es más que una simple imagen, ¿qué es entonces?

Bueno, como diría Escipión, son aguas difíciles y profundas. Nunca he sido buen marinero. Quizá sea hora de que aprenda. En todo caso, es hora de que vuelva al pasado para no confundir a quienes lean esta historia, que no es mía, sino de Escipión.

La multitud se alejaba. Mi padre todavía estaba a caballo, ahora rodeado por otros hombres; sus oficiales, supuse.

Lelio me dio un codazo. —¿Ves a mi padre? —preguntó.

—No sé cómo es.

—Alto y con el pelo gris.

—Es imposible verlo. Pero estoy seguro de que está ahí. Lelio, ¿tienes sed?

—No. Pero me muero por orinar.

Nos dimos la vuelta para irnos. Los otros muchachos que había por allí (entonces no conocía a ninguno) se apartaron para dejarnos pasar. De nuevo valía la pena ser un

Escipión. Encontramos a Festo donde lo habíamos dejado, fuera del recinto, y desanduvimos el camino de vuelta.

Capua tiene una muralla alta y característica, con torreones equidistantes, que se alza sobre la fértil llanura que la rodea, el ager campanus *o agro campaniense.*

Había esperado ir a Roma. Cuando el escuadrón se detuvo ante las puertas de Capua, supe que, al menos por el momento, era lo más lejos que llegaría.

Me llevaron sin explicaciones a la cárcel de la ciudad y me dejaron a merced de un capuano calvo, barrigón y patizambo. Tenía los ojos legañosos e inyectados en sangre, la piel de la cara moteada, llena de ronchas y arrugas. En vez de dientes tenía una especie de piedrecillas negras.

—¿Por qué está aquí? preguntó a uno de los jinetes que me había llevado.

—Por vagabundo como mínimo.

—¿Cuándo tendrá que presentarse ante el juez?

—Cuando se te diga, capuano, cuando se te diga.

Allí nadie derrochaba amor. No era sorprendente, ya que Capua se había rebelado y se había unido a Aníbal. . . aunque no le sirvió de mucho. Pero a Roma le costó varios años de asedio recuperar Capua. Quizás aquello ayudara a Aníbal, pues ni siquiera los romanos pueden estar en dos sitios a la vez.

Gruñendo y tirándose pedos, el carcelero me empujó hacia la celda con la daga y cerró la puerta de golpe. Me pregunté qué habría sido de mi morral. La celda era oscura y húmeda. La paja del suelo apestaba a orina y a cosas peores. Era casi de noche. Me eché en un rincón y traté de dormir. Pero entonces llegaron. Las personas obran como quieren. Las ratas como deben.

Las ratas son ciertamente dignas de confianza. Hicieron desdichada mi primera noche en Capua. Lo peor son los rabos. Hay pocas sensaciones tan repugnantes como un rabo de rata acariciándote el rostro. Aquellas escamas secas. .. ¡Puf! Y la horrible frialdad de sus patas en aquella celda fétida y húmeda. Todavía me da escalofríos cuando lo recuerdo. Es una imagen que no necesito calificar ni reforzar. Toda la noche se arrastraron sobre mí. Podía soportarlas vestido, pero en cuanto me quedaba dormido me subían por la cara. Traté de sentarme, pero aun así me corrían por la espalda y los costados. Al final me incorporé y sudé, y di patadas cada tanto para tenerlas a raya.

Las ratas eran una tortura. El hambre otra. Habría soportado ésta, pero mi celda tenía un ventanuco con rejas. Era demasiado alto para asomarme, pero no para oler y oír.

El ruido era de un mercado, al principio apagado y movedizo, luego más alto y estridente, conforme subía el sol. El olor era de una panadería y el olor a pan recién hecho me traspasó como una puñalada. Contuve la voluntad, pero el cuerpo me falló. No pude impedir que la boca se me hiciera agua, lo que fue extraño, pues la tenía seca como el desierto.

A la mañana siguiente vino a verme temprano, nada más despertar. Cuando me senté en la cama, me abrazó. ¿Cuánto tiempo había estado fuera? ¿Ocho meses? ¿Nueve?

—He oído que fuiste ayer a la asamblea, Publio.

—Sí, y me sentí muy orgulloso.

—¿Orgulloso?

—Sí, padre —contesté, algo confundido.

—¿De qué?

—Pues de ti, naturalmente. Sonrió y movió la cabeza.

—¿Orgulloso de mí? Eso, Publio, es un error. Enorgullécete siempre que puedas, pero del ejército en general y de Roma. Enorgullécete, porque ganamos.

—¿Qué pasó, padre?

—Bueno, fuimos a pescar.

—¿A pescar?

—Sí, echamos las redes y luego las recogimos. —Se rió y me acarició el pelo—. Pero tengo que estar en el Senado al rayar el alba. Las consecuencias de la guerra pueden ser tan largas como la misma guerra... o más. —Sí, más largas. Lo he aprendido—. Así que durante un tiempo me verás poco. Pero sospecho que tenemos a todo un erudito en nuestras manos. Bien, Publio. Persevera. —Me apretó el hombro y abandonó la habitación.

La rutina de mi vida siguió igual. Qué extraño me parecía. Cuando eres pequeño, das por sentados la rutina y el ritmo. Te sientes confuso cuando faltan. Cuando eres adulto, tienes que trabajar con denuedo para recuperarlos. Nuestra rutina aquí en Literno es productiva, pero nos ha costado. Es el fruto del buen hacer, pero también de retractaciones y lamentos.

Una cosa había cambiado. Mi amor por Roma había crecido a raíz de mi visita a la asamblea. Por mi solo nacimiento estaba destinado a amarla como una idea; pero había aprendido por mí mismo a amarla como forma.

Debían de haber pasado cuatro o cinco noches desde la asamblea. No podía conciliar el sueño. Cuando estuve seguro de que toda la casa dormía, me levanté y me vestí. Había un pequeño postigo al final del jardín. Debería haber sabido que estaría cerrado. No había forma de eludir al portero de la puerta principal. Bueno, a él quizá pudiera eludirle, pero no a sus perros.

El muro era alto. Lo salvé. Me gustó saltar al vacío, cayendo sin peso en la negrura de la noche. Aterricé como un gato, sobre las cuatro extremidades. Luego sentí un momento de miedo. ¿Qué estaba haciendo? Habría podido pedir permiso, pero quería ver Roma solo.

Me dirigí en línea recta hacia el Foro. Me detuve en la periferia, al lado del templo de Cástor y Pólux, los legendarios gemelos que, según me había contado Rufustino, habían aparecido milagrosamente cuando estábamos perdiendo la batalla contra los latinos junto al lago Regilo. Los gemelos, montados a caballo, lucharon en el lado romano y vencimos. ¿Es fábula o realidad? No lo sé. No importa; Roma se construyó con ambas.

Los romanos se apoyan en leyendas así. Cástor y Pólux, Rómulo y Remo, los gemelos fundadores de Roma amamantados por una loba. Nunca he sabido ni leído de ningún pueblo en el que lo racional y lo irracional se combinen de tal manera. Su presente está lleno de su pasado, mitos y leyendas de fundación, anécdotas de valentía y sacrificio.

Roma, paradójicamente, es un estado de razón afianzado por la superstición. Pero ésta es, creo, su mayor fuerza.

La luna estaba medio llena. Bajo su luz, a mi izquierda, el templo de Saturno resplandecía. Detrás de él, el peristilo del templo de la Concordia desaparecía en la oscuridad. La brisa era suave y removía algunas hojas del camino. Oía susurrar a los árboles sagrados y los veía mecerse como sin duda se habían mecido desde el principio de los tiempos. Así de vieja era Roma. A lo lejos, al otro lado de la plaza, oí la llamada del vigilante nocturno. Era el corazón de Roma.

Los puestos de los comerciantes que rodeaban la plaza estaban cerrados, cubiertos y silenciosos. Dejé las sombras y seguí andando, absorto por lo que veía. A mi derecha estaba la vida política de Roma, los rostra, la tribuna de los oradores, el *comitium* donde se reunía el pueblo, la Curia de los senadores. Pero me atraía el sur, los santuarios que señalaban el final del Foro. Pasear por allí era viajar a través de los recuerdos de Roma, donde seguía viviendo lo que había sido, lo de entonces y lo de ahora; y era imaginar lo que estaba por venir. *«Memoria est thesaurus omnium rerum et custos. »* La memoria es el tesoro y el guardián de todas las cosas, solía decir Eufanto. Lo siento, Bostar, todavía no estamos con Eufanto. Pero todo llegará... a menos que el veredicto me deje en la infancia, por así decirlo.

Llegué al lugar donde estaban la higuera, el olivo y la vid. Oí el gorgoteo del agua. Era el lago de Curcio. Conocía bien la historia. ¿Qué niño romano no la conocía? Un día, hace cientos de años, el suelo del Foro se abrió de repente. Inseguros sobre lo que hacer al respecto, mis antepasados consultaron los libros sagrados de la Sibila, recibidos de manos de la misma Sibila por el quinto rey de Roma, Tarquinio Prisco.

Así se supo que la tierra se cerraría cuando hubiera recibido lo que el pueblo romano valorase más. Y desde entonces produciría en abundancia lo que recibiera.

La gente echó al abismo panes sagrados, tesoros, plata, oro, pero la hendidura no se cerraba. Finalmente, Marco Curcio, un joven soldado de caballería, pidió que le dejaran hablar al Senado. Dijo que en su opinión lo que más apreciaba Roma era el valor de sus soldados, y que bastaría con que se sacrificara uno para que la tierra produjese gran cantidad de hombres valientes.

Se puso la armadura, montó a caballo y se arrojó por la grieta. Ésta se cerró sobre él, dejando en su lugar una fuente en la que, cada año, en el punto donde yo me encontraba, Curcio seguía recibiendo las ofrendas y preces de Roma.

Estuve allí largo rato, pensando y soñando. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo que es Roma. Una ciudad, desde luego, y un pueblo. Pero no fue sólo esto lo que derrotó a Aníbal. Roma es una disposición de espíritu.

Así pues, ratas por la noche y hambre por el día. Muchos han soportado cosas peores. Lo que me resultaba más difícil de aguantar era no saber cuánto tiempo durarían. Pensaba en Sísifo, un antiguo rey de Corinto, según la leyenda griega, que fue condenado al Hades por los dioses a causa de su impiedad. Allí tenía que subir rodando colina arriba una piedra muy pesada. En cuanto llegaba a la cima, la piedra se le escapaba y bajaba hasta el pie del monte. Lo más duro de aquel castigo no era el esfuerzo en sí, sino no saber cuándo terminaría, si es que alguna vez terminaba.

Mi espera, ya que no lá de Sísifo, terminó cerca del mediodía, cuando la rejilla de la puerta se abrió de repente. Introdujeron una bandeja con un tazón de gachas y una pequeña calabaza con agua medio corrompida. Comí y bebí con gratitud. Las ratas se habían ido; no les gustaba el día. Pensé que estarían en algún lugar debajo de mí, en sus túneles y cloacas, una ciudad dentro de otra ciudad, copulando y chillando, con los ojos rojizos brillando en la oscuridad.

Me recosté, vencido por el sopor. El calor era agobiante. Me lamí los labios cortados, me levanté y puse un poco de agua en el cubo que había en el rincón. Me recité poemas de la infancia, cantos procedentes de textos sagrados, mientras iba arriba y abajo... tres pasos, media vuelta, dos pasos, media vuelta.

Para el alma no existe nacimiento ni muerte
Ni, habiendo sido, deja de ser.
Es innata, eterna, inmortal, perpetua y primitiva.
No perece cuando perece el cuerpo...

Y pensé en mi padre y en mi infancia, y me alegré. Recordé el día (yo tenía cuatro o cinco años por entonces) que mi hermano soltó a la mangosta de su jaula y organizó un alboroto. Mi madre la persiguió chillando por toda la casa. Sentado en silencio, yo me reía sin parar.

Así pasó aquel día y el siguiente. Me asqueaban las ratas. Pero fui al interior de mí mismo. No me sentí solo.

Desde aquel día me acostumbré a adentrarme en Roma por la noche, para pasear, mirar y vagabundear. Aquellos meses fueron de tranquilidad. Mi madre estaba embarazada de nuevo. Mi padre, en casa. Las lecciones con Rufustino, a punto de terminar. Lelio y yo habíamos aprendido de él todo lo que habíamos podido. Estábamos preparados para la siguiente etapa y mi padre había hecho correr la voz de que buscaba un *grammaticus*, alguien que nos enseñara, no la lengua, sino las artes: retórica, astronomía y ciencia.

Por aquel entonces, según creo, estaba más unido a Lelio que nunca. Me sentía incómodo con mi cuerpo, sus manchas, mi voz cascada y el pelo de la cara. Durante meses me inspeccioné la cara en mi habitación. El espejo de bronce enseñaba lo que yo sentía, un ejército de espinillas en la parte izquierda de la frente. ¿Por qué ahí? ¿Por qué no simplemente el grano rojo de cabeza amarilla, gordo y solitario, como en el resto de mi cara y mi espalda? Unos desaparecían. Otros crecían. No sabía qué estaba pasando. Estaba confuso. Nos habían enseñado a saber lo que pasaba en nuestra mente, pero mi cuerpo estaba haciendo cosas sobre las cuales no tenía control.

Pero Lelio también sufría el mismo problema. Me consoló este hecho.

—¡Mantente erguido cuando te hablan!

El gordo carcelero me dio un codazo en los riñones. Hice una mueca.

—Lo siento —balbucí—. Estoy muy débil. Y la luz. . .

Era deslumbrante después de la oscuridad.

El magistrado parecía estar muy lejos, nadando ante mis ojos. Su toga era muy blanca, su silla y su mesa, en la tribuna, quedaban por encima de mí.

—Así que afirmas que eres preceptor —dijo—. ¿Sabes cuál es el castigo por mentir?

—No, pero me lo imagino.

—No seas impertinente —dijo el carcelero, dándome otro codazo, esta vez más fuerte.

—¿Cómo te llamas? preguntó el magistrado.

—Bostar, señoría.

—¿De?

—De Calcedonia, en Bitinia. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Tu latín es realmente bueno —dijo el magistrado. Tenía una voz amable. Fijé la mirada en él. Un meridional, a juzgar por su piel oscura—. ¿Dónde lo aprendiste?

Había decidido dar una versión sencilla.

—Ya sabía algo, pero lo aprendí casi todo en Sagunto, en la costa oriental de Hispania. Era secretario de Cayo Sempronio, vuestro enviado en la ciudad. De esto hace dieciséis años.

—¿De veras? —Apacible y comedido. Me gustaba aquel hombre—. Podemos comprobarlo, ya lo sabes.

—Pero no con Cayo Sempronio, señoría.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque murió cuando Aníbal conquistó la ciudad.

—¿Y por qué te salvaste tú?

—Porque Aníbal sólo mataba romanos. A los demás nos dejó en libertad.

El magistrado me miró durante largo rato.

—Sí. Sé que lo que dices es verdad. —Miró a otro lado—. ¿Y después?

—Después viví durante un tiempo como los otros, como los conejos en las ruinas de una población, hasta que llegó un barco mercante.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Compré una plaza en él.

—¿La compraste? ¿Con qué?

—Señoría, por favor, ¿podría sentarme? Estoy muy débil.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Los funcionarios levantaron la vista con el entrecejo fruncido.

El magistrado me miró intensamente.

—Sí, puedes —dijo lentamente—. Soldado, trae una silla para el acusado.

Me senté.

—Gracias. —Miré al magistrado—. Compré la plaza con el oro que había ganado trabajando para Sempronio.

—¿Una plaza para ir adónde?

—El barco se dirigía a Siracusa con un cargamento de garo. Pero no desembarqué... allí no.

—¿Por qué?

—Porque durante el viaje empecé a ayudar al mercader con sus cuentas. Le caí bien. Era rudo, pero amable. Cuando llegamos a Siracusa me preguntó si quería quedarme con él. Dije que sí y durante diez años fui su ayudante. Era un hombre honrado.

—¿Honrado? —El juez se rió. El carcelero y los funcionarios lo imitaron. Sólo los guardias se quedaron impasibles, en posición de firmes—. ¿Un mercader honrado? prosiguió—. Extraño testimonio, por Hércules. Un mercader honrado es un, un... ¿cómo se denomina la yuxtaposición de los contrarios?

—Oximoron, señoría —dije.

—Eso, oximoron. Otra palabra que hemos tomado de los griegos. Así pues —el magistrado se frotó la barba pensativo—, también sabes griego. Quizá sí seas preceptor. —Su atención pareció desviarse. De repente me preguntó—. ¿Cuántos idiomas conoces?

—Ocho o nueve, señoría. Y tengo un conocimiento funcional y aproximado de algunos más.

—¿De verdad? ¿En serio? —musitó—. ¿Y cómo lo has conseguido? ¿Con libros?

—Hasta cierto punto, sí. Pero los libros son escasos y mucho más en la vida que he vivido.

—Entonces, ¿cómo?

—Escuchando. De oído. Cada lengua tiene su propia música. Quien la capta, puede llegar a entonar la melodía.

—Ya veo, ya veo —dijo—. En todo caso, honrado o lo que fuese, has dicho que el mercader «era». ¿Qué le pasó?

—Murió, señoría, en paz y en la cama, ya viejo. Su viuda me despidió. Según dijo, ya no tenía necesidad de mis servicios ni de los negocios de su difunto marido. Quería trasladarse al interior, lejos del olor a pescado y a mar.

—Y el mercader, ¿cómo se llamaba?

—Publio Aponio, señoría, de Brindisi... aunque no solía parar por allí.

—Y su primer barco transportaba garo. ¿Comerciaba con garo?

—Principalmente, sí, pero también con todo lo que tuviera que ver con peces, en salazón, en escabeche, en barrica. Esturiones del Caspio, sardinas del Tirreno, lucios de los lagos orientales —El magistrado levantó la mano para detenerme.

—¡Alguacil! —bramó.

El hombre se adelantó, andando con muletas. No tenía piernas. Un veterano romano, deduje. El Estado siempre trataba de buscar trabajo a los que habían quedado discapacitados por servirle.

El magistrado señaló la puerta con la cabeza. El alguacil se retiró cojeando.

Lo entendí. Los archivos. Nunca ha habido un pueblo con tal pasión por los archivos y registros. El sistema fiscal era la clave, y había un impuesto por cada movimiento de mercancías, la cantidad cuidadosamente escrita, con copias enviadas a cada capital de provincia. Habría tenido que saberlo. Aponio siempre se quejaba. «Estos impuestos —murmuraba—. Pero al menos los mares son seguros, a pesar del sanguinario Aníbal. »

Había cambiado el orden de los sucesos por razones propias, pero lo que había dicho era verdad. El alguacil iría a los registros de Capua y comprobaría los de Publio Aponio. Lo único que me preocupaba era la posibilidad de que unos registros tan antiguos no se hubieran conservado, pues yo había servido a Aponio, no después de servir a Sempronio, sino antes. Así que estaba nervioso, pero no sufrí ningún sobresalto cuando el magistrado dio un golpe con el martillo y dijo suavemente:

—Se levanta la sesión.

Las palabras contienen lo que hemos perdido. Ahora debo utilizarlas.

Durante varios días, la mesa había estado en el atrio con ofrendas votivas para Lucina, la diosa de los nacimientos. Pastelillos cubiertos de miel y semillas de amapola, pequeñas copas con aceite de oliva y vino de Lucerna que se cambiaban cada día. El plazo de mi madre se había acabado. Habría una fiesta cuando diera a luz y esta vez yo era lo bastante mayor para ir. Mi toga más nueva estaba limpia y preparada en mi habitación, y tenía sandalias nuevas con tiras doradas. Esperaba un hermano. A Cornelia apenas la veía. La educaban en los aposentos de las mujeres. De qué modo, no lo sabía.

No había oído nada por la noche. Me levanté más tarde de lo normal, a juzgar por la luz que se filtraba por los bordes de la cortina. Algo iba mal. ¿El qué? No había ruido. Desde mi dormitorio siempre se oía algún ruido, de los sirvientes moviéndose, de voces en la cocina. Aquella mañana había tanto silencio que resultaba incluso ruidoso. Me levanté de un salto, me vestí y, descalzo, salí del cuarto.

No había nadie en el *tablinum*, ninguna mesa con el desayuno. No olía a pan. Seguí andando. Nadie en el atrio. ¿Dónde estaban los clientes? Era su hora. Tendrían que haber estado por allí, cambiando saludos y chismes antes de entrar a ver a mi padre. Entonces lo vi. Sobre la mesa de Lucina había un sudario negro.

Se levantó una suave brisa. Trajo con ella un sonido nuevo para mí, retazos de gemidos, un ululato incesante. Venía de los aposentos de las mujeres, al otro lado de la columnata. Recuerdo el sudor. Empezó como una sensación pegajosa en los sobacos y las ingles. El sudor del miedo, conocido por los soldados desde el principio de los tiempos. Di media vuelta para buscar el origen del lamento, por el atrio, en la columnata.

Lo vi en el jardín, en un banco medio oculto por una parra, sentado y encogido, con los brazos sobre la cabeza, asustado, solo, mi padre. Me agaché a su lado. Tenía la expresión ida y sus mejillas estaban llenas de lágrimas. Sollozaba entre convulsiones y apretaba los dientes. Recuerdo que pensé: ¿Cómo puede llorar? Es mi padre. ¿Cuántas veces ha dicho que los hombres no lloran?

Así que, a la edad de quince años, perdí a mi madre, Pomponia. Murió al dar a luz. Había ganado un hermano, pero no lo festejamos. Durante años, mi padre ni siquiera soportaba mirarle. A menudo me pregunto cómo le afectaría aquel rechazo y si fue el motivo de que se convirtiera en lo que es. La vida es costumbre, hábito y voluntad, pero también suerte. ¿Qué dice el poeta Simónides?

«No siendo más que un hombre, no puedes decir lo que el mañana traerá; tampoco sabes, cuando ves obrar bien a alguien, durante cuánto tiempo será así. Porque el batir de las alas de la libélula no es más rápido que el destino de un hombre.»

Qué poeta, Simónides. De la pequeña isla cicládica de Ceos. Cómo me gustaría ir allí y ver el lugar donde nació. Quiero ver si puedo entender de dónde sacaron los griegos la quintaesencia de la vida. ¿Del azul y el verde de su mar, de su luz etérea? Pero ahora, por supuesto, no puedo ir a ningún sitio. Se me han denegado esas cosas que deberían acompañar a la edad madura. La paz del lugar, la recompensa del descubrimiento, la compañía de amigos y familia, el consuelo de una vida bien vivida; no debo hacer planes sobre estas cosas mientras espero el veredicto. He captado igualmente la metástasis, la inversión violenta de la metáfora de Simónides, y las lágrimas inundan mis ojos; pero no debo permitirme ser sombrío. El veredicto puede dejarme libre. Entonces iré en busca del espíritu de Simónides.

Es curioso que lo mejor de Grecia, buena parte de lo mejor de Grecia, nos llegara, y nos siga llegando, no de las ciudades originales, sino de sus colonias e islas. Me pregunto si también sucederá así con Roma... y cuándo; y si tendremos poetas que empiecen a competir con los griegos.

No es que mi hermano matara a mi madre. Pero podría haberlo hecho, tal fue el precio que pagó. Los romanos no necesitamos a una madre más que para que nos eche al mundo, aunque un día, espero, cambiarán las cosas. Lloré a mi madre, no por ella, sino por el amor perdido de mi padre. Por la herida que se infirió a sí mismo entonces, por la que infirió a mi hermano y, sin quererlo, también a mí. Cuando las alas de la libélula de Simónides bailaban y mi madre murió aquella noche, la suerte dio forma a muchas vidas.

—Me voy, Publio.

Parecía cansado y ojeroso. Profundas arrugas cruzaban sus mejillas y su piel parecía gris, incluso a la suave luz de la mañana.

—¿Cuándo volverás, padre?

—No lo sé. —Se hurgó la nariz y luego se la rascó—. Volveré cuando vuelva.

—¿Adónde vas?

—A la guerra, en el norte. —Parecía casi aburrido.

—¿Contra quién?

—Contra quiénes, Publio, contra quiénes. No... —Ignoro lo que iba a decir, pero cambió de idea. Suspiró—. Contra dos tribus galas del norte, los boios y los ínsubros. Luego quizá tenga que ir a Hispania.

—¿A Hispania? ¿Por qué?

—Demasiadas preguntas. De todas formas, tienes derecho a saberlo. Porque las tribus hispánicas, al igual que las galas, son incansables. Hemos oído que hay problemas cerca de Sagunto. ¿Sabes dónde está?

Sentado en la cama, rodeándome las rodillas con los brazos, asentí. Era una ciudad romana, en mitad de la costa oriental de Hispania, entre Tarraco y Cartago Nova.

—Pero hay algo más, o eso creemos. Los cartagineses están extendiéndose por el sur. ¿Has oído hablar de Amílcar?

—Sí. Se rindió en Sicilia.

—Los cartagineses no se rinden, Publio. Sólo ganan tiempo. Amílcar nunca se sometió al yugo. De todas formas, ahora está muerto. Pero tiene un hijo llamado Aníbal. Tendré

que ir y ver lo que está pasando. No sé por qué, pero creo que seguirá hablándose de Aníbal. —Parecía cansado y viejo. Levantó las manos y se frotó la cara.

—Padre —dije—, ¿puedo ir?

—No, Publio. —Dio un gruñido. ¿Estaba enfadado? Miró a otro lado. Finalmente habló de nuevo—. No, no puedes venir. Te quedarás aquí y trabajarás con el *grammaticus*...

—¿Has encontrado alguno? —interrumpí—. ¿Cómo se llama?

—¡No me interrumpas, criatura! —exclamó casi gritando. Aspiró aire y su nariz se dilató. Con voz más tranquila, añadió—: Se llama Eufanto, Eufanto de Olinto. Empezarás mañana con él. ¿Alguna pregunta?

—¿Estará Lelio conmigo?

—¿Lelio? —Parecía haberlo olvidado. Yo no había visto a Lelio durante las semanas de duelo, oscuros días de aburrido silencio en mi cuarto—. Sí, Lelio estará contigo. Trabaja, chico, trabaja duro.

Tras decir esto, mi padre se dio la vuelta y se fue. Caí en una especie de sueño, recordando las palabras de mi padre: «Creo que seguirá hablándose de Aníbal». Extraño nombre, Aníbal: me pregunté qué querría decir. Si yo era el báculo de Roma, ¿qué era él en Cartago?

Volvieron a llevarme ante el tribunal. El magistrado dio golpes con el martillo. Los funcionarios se levantaron de los pupitres, alerta, con el estilo en guardia.

El magistrado se aclaró la garganta.

—Bostar de Calcedonia, eres libre de irte. El carcelero gruñó a mi lado:

—Eres libre de irte.

¿Libre? Nunca había entendido la libertad. La gente dice que un esclavo, por ejemplo, no es libre, pero un senador sí, o un capitán de barco, o un mercader. ¿Lo son?

Soy libre, seguramente, cuando hago algo que podría haber hecho de otra forma. Al menos, pienso que mucha gente estará de acuerdo en eso. En ese sentido, el esclavo ciertamente no es libre. Pero no es suficiente decir que la libertad reside en la capacidad de elegir. ¿Qué da forma a la capacidad y a las opciones? ¿Y si todas nuestras acciones son el efecto de causas anteriores? Si es así, nuestro futuro es tan inalterable como nuestro pasado, y entonces casi nadie es libre. Así pues, el único hombre que es libre es el que reconoce que no lo es.

Además, relacionar la libertad con la capacidad de elegir no es suficiente. ¿Qué es la capacidad de elegir? Es voluntaria y sin embargo no lo es. Un caballo y un niño son capaces de acciones voluntarias, pero no de una elección razonada. Las cosas que hacemos guiados por el impulso del momento son voluntarias, pero no elegidas. Así pues, ¿podemos llamarlas libres?

El otro día estaba mirando a una de las cocineras, que jugaba con un gatito en el patio. Tenía un ovillo de cordel y cada vez que lo desenrollaba, el gatito se ponía a jugar con él. Una reacción instintiva en un juego tan viejo, imagino, como el hombre, o como los gatos. Pero, pensé, ¿ y si yo estuviera allí y alguien tirase un ovillo de cordel delante de mí? ¿ Saltaría tras él? No. Como soy un ser humano, miraría a ver de dónde había salido y quién lo había tirado. Inevitablemente, buscamos la causa de cada suceso. Las

leyes de la causalidad, seguro, están profundamente enraizadas en nuestra naturaleza. Así que, ¿cómo podemos ser «libres» de hacer cosas, cuando, si nos tomamos el tiempo suficiente, buscamos causas detrás de todo lo que hacemos?

Bueno, el magistrado dijo que yo era «libre». No estaba de acuerdo con él, pero sabía lo que quería decir.

Así pues, me hice adulto antes de haber terminado de ser niño. Supongo que nunca he recuperado aquellos años que perdí, que nunca he crecido y todavía no salgo de mi asombro. He hecho lo que he hecho sobre todo por falta de equilibrio. ¿He intentado cambiar el mundo sólo porque, desde la época en que mi madre murió y mi padre se fue, me he sentido siempre incómodo en él? Quizá. Si es así, me alegro. A Aquiles le dieron la oportunidad de elegir entre una vida corta y gloriosa y otra larga y anónima. Eligió la primera. ¿Es mejor ser un cerdo satisfecho que un Sócrates insatisfecho? Nunca he tenido dudas.

Lo primero que me impresionó de Eufanto fue su dulzura. Su pelo era de un castaño rojizo. Sus rasgos, completamente anónimos. Casi todas las caras masculinas difieren entre sí, me he dado cuenta, por la forma de la mandíbula y la línea de la frente. Contra estas dos características dominantes se levanta una nariz pequeña o grande, ancha o estrecha, una boca fina o carnosa, y así sucesivamente. La mandíbula de Eufanto y la línea de su frente eran delicadas. Su estatura era normal, su túnica de lana de un verde oscuro que no llamaba la atención. Incluso sus sandalias eran sosas. Me quedé en el umbral. Lelio ya estaba sentado en su pupitre.

Eufanto estaba al lado de la ventana. Nos miramos. Con voz suave, firme y de intensidad media, dijo en impecable latín:

—Tú debes de ser Publio. Publio Cornelio Escipión. Ya veo, ya veo. —Por alguna razón, me ruboricé. Hizo un mohín—. Bueno —añadió—, te llamaré Cornelio. No Publio, porque eso sería muy familiar. No Escipión, porque sería muy formal. —Parecía contento, casi satisfecho de sí mismo, como si hubiera resuelto el enigma de la Esfinge. Se frotó las manos. De repente, cambió su tono de voz. Casi cortante, me preguntó—: ¿Cuál es la figura?

—¿Qué figura? —Yo no entendía nada.

—La que acabo de utilizar.

—Ah, bueno, pues, pues, pues, un.. ., una... —balbucí.

Eufanto se sentó en su taburete. Miró al suelo. Yo me quedé en el umbral, indeciso y sintiéndome torpe. Cuando levantó la vista y habló, había un tono casi tierno en su voz.

—Cornelio, y tú también, joven Lelio, nunca volváis a utilizar el «pues, pues, pues» conmigo. Cuando os haga una pregunta, pensad. Si no sabéis la respuesta, quedaos en silencio y pensad. No tengáis prisa. No podéis apresurar el conocimiento. —Se levantó rápidamente, paseó por la habitación—. No, no podéis apresurar el conocimiento. Aprender es algo que dura toda la vida y la educación, siendo importante, no ha de ser inquietante. ¡Sí, eso es! —De nuevo el frotamiento de manos, la expresión casi de alegría—. Cuando sepáis la respuesta, decidla. Si no la sabéis, confesadlo. —Se detuvo de repente—. ¿Y cuál era la figura, Cornelio?

—Una antítesis, señor.

—¡Bien! —estaba sinceramente contento—. ¿Y cuál sería la figura contraria, Lelio?

—Una síntesis, señor. —Lelio siempre era rápido.

—Vamos, Cornelio, pasa de una vez, cierra la puerta y siéntate. Tenemos que inventarnos una síntesis.

Volví a la prisión. Si era libre, lo primero que quería era un baño. ¿Era este deseo libre voluntad? Sí, desde luego. También podría haber deseado no darme un baño. Pero ¿por qué quería darme un baño? Porque me picaba la piel, incluso podía asegurar que apestaba. Ninguna de las dos era una circunstancia que yo hubiera elegido libremente. ¿Era pues libre la volición?

El carcelero, al verme, no puso buena cara.

—¿Qué quieres? —dijo.

Se rascó la horcajadura. A pesar de mi hedor, podía oler su aliento. Podría ser una nueva forma de tortura oler aquello, pensé. No habría que tocar al prisionero, bastaba con hacerle oler aquel tufo.

—Sólo quiero mi morral —contesté.

—¿Morral? ¿Qué morral? —Eructó con fuerza.

—El que llevaba cuando llegué.

—Aquí no tienes ningún morral, comemierda...

Me acerqué hasta quedarme a dos dedos de su cara. Olía a rancio y agrio. Lo miré directamente a los ojos de cerdo inyectados en sangre. Me sostuvo la mirada. Pensé que resistiría más. Se le descolgó la mandíbula. Señaló a su espalda con un pulgar gordo.

—Mira en la guardia.

Bebí las enseñanzas de Eufanto como la tierra seca bebe la lluvia. Su saber era prodigioso y su inteligencia la más aguda que he conocido. ¿Inteligencia? ¿Qué es eso? Algunas de las personas más inteligentes que he conocido han sido, desde el punto de vista cotidiano, las más necias. No sabían contar, ni escribir, ni probablemente razonar. A lo que me refiero cuando hablo de inteligencia es a una hidra con demasiadas cabezas para encerrarlas en una sola palabra. Pero, en todas sus formas, creo que se apoya en la empatía.

Casi todo el mundo considera la inteligencia como una facultad cognitiva. Creo que es un error. Creo que la inteligencia reside en la capacidad del individuo de estar en equilibrio con un par de entornos. Y lo que es crucial: que la persona inteligente está en relación empática con la cosa o las cosas que hace mejor. Es lo que la hace destacar. Los individuos muy inteligentes están capacitados para empatizar con muchas cosas distintas. Tuve un decurión en Hispania, el mejor que he conocido para tratar con los animales. Casi podía hacer que una mula diera volteretas. Pero también era un brillante estratega, un jefe inspirado para sus hombres y, por lo que decía, un buen agricultor en su casa.

La cuestión es que Eufanto tenía tanta inteligencia que daba miedo. También tenía curiosidad. Su mente estaba siempre abierta, nunca se cerraba. Además, como todas las mejores inteligencias, la suya estaba ligeramente gastada.

Acabábamos de leer un pasaje del «Himno a Deméter» de Homero. Yo estaba extrañamente conmovido por la historia de la hija de Deméter, la joven Perséfone, conducida al mundo subterráneo por Hades, hermano de Zeus y Poseidón, y rey de los muertos.

—Bien, ¿alguna pregunta antes de que nos centremos en la gramática? —preguntó Eufanto.

—Sí —contesté—. Me gustaría saber qué es el mundo subterráneo.

—Y si existe —dijo Lelio.

Lo miré. Yo había estado a punto de decir lo mismo.

—Sí, Eufanto —muy pronto nos había pedido que lo llamáramos por su nombre en lugar de «señor»—, exactamente. ¿Existe un mundo subterráneo?

Sentado en su taburete, frente a nosotros, envuelto en la capa de manera que sólo le asomaba la cabeza, Eufanto sacó de repente un brazo. Levantó la mano y empezó a acariciarse la barba. No contestó, perdido en sus pensamientos.

Se levantó y anduvo, o mejor dicho, salió disparado hacia la ventana. Se quedó allí en silencio, mirando el exterior. Yo miré a Lelio y él a mí. Luego ambos miramos el papiro que habíamos estado leyendo. Leí en silencio. Me gustaba (y todavía me gusta) el ritmo de los hexámetros. Hay muchos versos más complejos y sutiles, pero ninguno tan puro.

Eufanto rompió el silencio. Dándonos la espalda dijo:

—¿Hay un mundo subterráneo? —dijo. Luego, bruscamente—: Venid aquí los dos. —Nos levantamos del pupitre y cruzamos la sala. Eufanto se apartó—. Mirad por la ventana. Decidme lo que veis. Cornelio, tú primero.

Miré. Todo me resultaba archiconocido.

—Veo el jardín, la columnata, la fuente, el cielo...

—¿Y los cuervos? ¿Ves los cuervos?

—Sí.

Tres cuervos dando saltitos a la derecha de la fuente, picoteando de vez en cuando la tierra, buscando hormigas, supuse, o gusanos.

—¿Tú también ves los cuervos, Lelio?

—Sí, los veo.

—Bien, volved al pupitre.

Mientras nos volvíamos a sentar, Eufanto se puso a dar vueltas. —¿De qué color eran los cuervos?

—¿De qué color? —pregunté confuso.

—Eran negros —dijo Lelio.

Eufanto aplaudió con entusiasmo.

—¡Exacto! Eran negros. Cornelio, ¿has visto alguna vez un cuervo que no fuera negro?

—No.

—No, claro que no. Pero ¿quiere eso decir que todos los cuervos son negros?

—Pues claro que todos los cuervos son negros.

—No, no, no —exclamó Eufanto casi gritando—. Inténtalo con más fuerza. Deja volar la imaginación. —Se inclinó en el pupitre. Sus ojos brillaban y estaban alerta—. Piensa. ¿Puede haber un cuervo blanco? Que nosotros tres sólo hayamos visto cuervos negros no quiere decir que no existan los blancos. Y eso, Lelio, es mi respuesta a tu pregunta sobre el mundo subterráneo. Ahora, volvamos al texto.

Es lo que he querido decir al hablar de la inteligencia de Eufanto.

«Mantén la mente abierta. Nunca dejes que se cierre», decía.

Lo he intentado.

Fuera de la cárcel, en un rincón de la plaza, abrí mi desgastado morral. La bolsa del dinero estaba todavía allí. La justicia romana es justa. Si me hubieran declarado culpable, el carcelero se la habría quedado. Un joven pasó empujando un carro de naranjas y melones. Tenía hambre. Tenía necesidad de lavarme. ¿Baño o comida? Las dos cosas, pero ¿cuál primero? Sentí un cosquilleo en la ingle. Piojos.

—¡Chico! —dije, deteniéndole—. ¿Dónde están los baños? Señaló el otro lado del mercado.

—Por allí.

Estaba metido en el agua caliente, con las extremidades relajadas. El vapor flotaba y caracoleaba a mi alrededor y dejé que mi mente hiciera lo mismo. Sombras vacilantes iban y venían, imágenes de Sosio, de la muerte y de Aníbal.

El ruido de una persona que entró me distrajo. No podía verla a través del vapor. Me senté, busqué la piedra pómez y la estrígila. Me limpié los pies cuidadosamente. La piel del talón donde me había salido la ampolla estaba dura y callosa. La raspé con suavidad. Me sumergí otra vez y me deslicé bajo el agua. Me encantaba sentirme sin peso. Entonces volví a sentir el picor. Tenía que haber desaparecido ya.

De pie y desnudo en la antesala; me miré. Advertí que incluso el vello púbico se me estaba volviendo gris. Pero no sólo tenía allí una compañía de piojos. Tenía todo un ejército. Recordé a Similce despiojando a Aníbal en plena campaña y sonreí. ¿Fue aquélla la única época en que el ejército de Aníbal parecía contento, antes de que a su jefe empezara a consumirle el odio? Fui a la puerta. El encargado estaba allí, en la garita. Levantó la vista. Recorriendo toda la parte derecha de su cara había una cicatriz roja y fea. Otro veterano, pensé. ¿Están en todas partes?

—Una navaja, por favor, y jabón.

El encargado asintió y se inclinó con la mano estirada.

Estuve casi dos años con Eufanto. Deberían haber sido más. No habíamos sabido nada de mi padre, aunque por los sirvientes tenía noticias indirectas. Había derrotado a los boios y a los ínsubros. Había ido, decían, muy lejos, hasta los Pirineos, las tenebrosas montañas que hay entre Hispania y las Galias. Se hablaba de prepararle un triunfo, un desfile. En público, yo estaba orgulloso. En privado, herido. ¿Me había olvidado? Había perdido a su mujer, pero todavía tenía un hijo. Dos, en realidad; y una hija. Entonces llegó la carta.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién será? —pregunté en voz baja. Luego, en voz audible—: ¡Pasa!

Era Festo. Inclinó la cabeza hacia Eufanto.

—Disculpa, Eufanto, pero tengo una carta del amo para el joven amo...

—¡De mi padre! —exclamé, medio levantándome del pupitre.

—¡Moderación, Cornelio, moderación! —recitó Eufanto. Se volvió hacia Festo—. Gracias, Festo. Cornelio, abre la carta y léela. Luego vuelve. Podrás hablar de su contenido conmigo o con Lelio, pero después de clase. Ahora, Lelio, ¿por dónde íbamos?

Festo me dio un rollo de papiro gris, anónimo, gastado por los bordes. Pero no había la menor duda de que el sello de cera era de los Escipión. Claro y orgulloso, el báculo de los Escipión. El báculo de Roma.

Con el corazón acelerado y la carta en mi mano sudorosa, alcancé a Festo en mitad del pasillo.

—Festo —pregunté con tranquilidad—, ¿quién la ha traído?

—Un centurión, joven amo, de la guardia personal de tu padre.

—¿Has hablado con él?

—No. Tenía prisa. Dijo que tenía cartas urgentes que repartir.

—Entonces, ¿no te dijo nada?

Festo torció su cara bondadosa y sencilla. A pesar de su edad, apenas tenía arrugas.

—Joven amo, le pregunté cómo estaba el amo. Pero no se detuvo. Lo único que dijo, mientras daba la vuelta al caballo, fue: *«Scipio exercitusque valemus»:* Escipión y su ejército estamos bien.

—¿Crees que es verdad, Festo?

—No sabría decirte, amo, no sabría decirte.

Volví al mercado de mal humor: me había hecho un corte en la ingle al afeitarme. Pero, aunque mis ropas estaban sucias, yo estaba limpio. El sol era brillante y el cielo azul.

El mercado estaba abarrotado. En los puestos se vendía de todo. Pollos macerados, desplumados, socarrados y ensartados. Viejos mustios con túnica de lana y rodeados de canastas de mimbre vendían loros chillones de colores vistosos, cuello amarillo, pico negro, el iris de un verde llameante y en las pupilas una mezcla de ébano y naranja. Las cabras balaban, los corderos gemían y las mujeres regateaban. Había puestos en los que se vendían ánforas y aceites, fruta y ropa, joyas y especias orientales. Me deleité con los colores y los olores.

Vi lo que buscaba en un puesto situado a mi izquierda. Ciertamente, no era lo mejor que había saboreado en mi vida. El cocido estaba lleno de pelotas de grasa y la carne era puro tendón. El encargado del puesto tenía cara de pocos amigos. El pan estaba duro y rancio. Pero se agradecía y además era barato. Tenía el dinero que me había dado Sosio, menos el que había dado por las aceitunas y los dos denarios del baño. Pero no sabía cuánto duraría.

—Cincuenta denarios —dijo la mujer.

Había elegido una capa nueva.

—¿Cincuenta? Te daré veinte.

—¡Veinte! Tócala, hombre. Es de la mejor lana. Todas las que encuentres de esta calidad te costarán más de ochenta. Pregunta a cualquiera. ¡Fulco! gritó al tendero que estaba al otro lado del pequeño pasáje—. ¡Háblale a este idiota de las capas que vende el ligur!

Aboné los cincuenta. Pero me regaló una camisa de algodón.

Llevé la carta al jardín y me senté en un banco. Respiré hondo para calmar el temblor de las manos. Recuerdo que había libélulas revoloteando, verdes y rojas, con las alas trémulas. Rompí el sello y abrí el rollo de papiro. La letra no era de mi padre. Supuse que se la había dictado a un amanuense.

«Espero que estés bien, como yo lo estoy. Sólo el excesivo calor que hace aquí [¿aquí? ¿dónde?] molesta a los soldados y a los caballos. Estoy descubriendo lo que significa servir a Roma.

»Es algo para lo que tú también has nacido. Habrás aprendido mucho, estoy seguro, de Eufanto. Ya es hora de que aprendas cosas que él no te puede enseñar. Así que con la próxima luna nueva empezarás el *triconium fori*. [¿Cómo? ¿El aprendizaje público? ¡Un año antes de tiempo! El corazón se me aceleró.]

»He escrito a Fabio Pictor y acepta la misión. Yo hice mi aprendizaje, como sabes, con su padre, y los Fabios son una de las cinco grandes familias de Roma. Tú eres miembro de otra. A través de Fabio llegarás a conocer a las otras tres familias: los Claudios, los Emilios y los Valerios.

»Ve pues con Fabio. Recuerda que eres un Escipión. Pon en práctica lo que has aprendido. El saber es un medio para llegar al fin, no un fin en sí mismo, aunque como medio es vital. Fabio, como sin duda sabes, no es sólo un hombre de Estado sino también un erudito. Está escribiendo una historia de Roma. Míralo y óyelo todo, pero aprende a tener la boca cerrada. Por algo tenemos dos ojos, dos oídos y sólo una boca. Haz todas las preguntas que quieras, pero sé cauto con las respuestas.

»Por las tardes, cuando el Senado haya levantado la sesión, irás a la escuela de Lanisto, donde aprenderás a cabalgar y a luchar. Cuando me entere de que estás preparado, enviaré a buscarte. Tu padre, Publio Cornelio Escipión, cónsul de Roma.»

Mi corazón se hinchó. De orgullo, de miedo, de confusión, de emoción, todo a la vez. Me guardé la carta en el bolsillo interior. Fui a orinar y volví a clase. Eufanto no dijo nada. Lelio siguió leyendo en voz alta.

Traté de escuchar, pero mi mente estaba muy lejos.

Limpio, despiojado, vestido y alimentado. Necesitaba una cosa más, una cama para pasar la noche, o mejor dicho, un refugio. Pensé que una cama de verdad me resultaría incómoda después de tantos años durmiendo en el suelo con el ejército de Aníbal. Pero tampoco iba a dormir en un callejón de Capua. Si la guardia no me encontraba, lo harían los cortadores de gargantas.

Pregunté a un vendedor de melones.

—¿Por dónde se va al barrio de los albergues?

Me miró con sonrisita de salacidad.

—¿Albergues? ¿De chicos o de chicas?

—Ni de unos ni de otras, gracias. Sólo quiero un techo y una cama limpia, sin pulgas. ¿Conoces algún albergue?

Me miró fijamente. Le devolví la mirada.

—Está la casa de la vieja viuda Apurnia —dijo por fin—. Limpia y no muy cara. Pero no hay bebida.

—Suena bien. ¿Dónde está?

—Junto a la puerta del oeste. Encima de una fragua. No tiene pérdida.

—Gracias. —Di media vuelta para irme—. Ah, y quiero dos melones.

—Pero ¿cuándo te veré? —preguntó Lelio.

Habíamos estado jugando a la pelota en el jardín después de la lección.

Como siempre, había ganado él. Yo daba puntapiés a la pelota con más fuerza, pero Lelio la colocaba mucho mejor... una lección que pondría en práctica a lo largo de mi vida.

—Bien, no estaré más contigo en clase, pero te veré cuando regrese de la escuela de ese tal Lanisto.

—Pero ¿por qué tengo que quedarme con Eufanto en casa de tu padre?

—Porque no te han dicho que no lo hagas. ¿O sí? ¿Has sabido algo de tu padre?

—No, nada. Ni mi madre tampoco. Espero que esté bien.

—Lo estará; si no, te habrías enterado.

—Supongo que sí.

Lelio dio un sorbito al zumo de naranja. Yo no había tocado el mío. La barba de Lelio estaba creciendo más espesa. Lo mismo, supuse, pasaba con la mía. Pero todavía tenía manchas en los pómulos. Las de Lelio habían desaparecido. Yo me había prometido no mirarme en un espejo hasta que las mías también se hubieran ido.

Lelio se relamió. Me puso una mano en la rodilla. Supongo que debería admitirlo. Temblé.

—Bien, Publio, será mejor que me vaya.

Me quedé sentado hasta mucho después de que se hubiera ido, preguntándome si él sentía lo mismo; si debería habérselo comentado.

Recuerdo que tenía aquella sensación desde hacía algún tiempo. Oscuros deseos por la noche. Recuerdo haberme despertado con la piel húmeda y pegajosa a la altura del ombligo. El deseo estaba en mis sueños. Su prueba era real. Quería hablar con Lelio, pero en cierto sentido parecía demasiado... ¿demasiado qué? No personal, no repulsivo. Demasiado natural, supongo, en un mundo por lo demás completamente ordenado. Y

sin embargo, allí estaba mi cuerpo, comportándose de una forma que yo no podía controlar. No había plan para aquello. No lo entendía.

Se llamaba Hispala, como supe más tarde. Era una esclava. Nunca había hablado con ella, pero la había visto por la casa. Tenía aire de tristeza, pelo oscuro y ojos melancólicos. Era más o menos de mi edad, quizás un poco más joven.

Una noche, después de cenar, estaba recostado en la cama, jugando solo a las damas. Llamaron a la puerta.

—Entra —dije. La puerta se abrió. Era Hispala, con un montón de ropa limpia. No habló—. Ah, sí. El baúl está ahí. —Señalé el baúl de la ropa, que estaba al lado de la cabecera de la cama, y continué jugando.

Fue su olor, creo, una ligera vaharada a sudor, y también a mujer (me recordó a mi madre), lo primero que me llamó la atención, mientras se inclinaba a mi lado para abrir el baúl. A1 hacerlo, vi dos pechos perfectos, en forma de pera y de color miel, con pequeños pezones colorados, semejantes a frambuesas pálidas. Quise tocarlos, para comprobar lo suaves que eran, para sentir sus curvas. Sentí un escalofrío en el estómago y en el pene. Aparté el tablero y me eché de espaldas para observarla. Su pelo se movía en oscuros rizos. Quería esconder mi cara en él y acariciarlo, olerlo.

Cerró el baúl. Al ponerse en pie, su pelo me acarició la cara. Estiré la mano y le cogí la muñeca. Se quedó totalmente inmóvil y me miró, abiertamente, sin miedo. Vi que las ventanas de su nariz se abrían y cerraban al respirar, vi la delicadeza de su cuello y sentí la suavidad de su piel.

Sujetándola aún de la muñeca, bajé de la cama, me puse en pie y la besé. No sabía que las bocas pudieran ser tan suaves. Sentí que se me endurecía algo en la ingle. Lentamente recorrí sus costados con las manos. Sentí la languidez de sus curvas y supe que deseaba que dejase huella en mí.

Luego, escarbando con los dedos centrales, metí las manos bajo su vestido y las subí lentamente por sus muslos y, temblando, hasta su trasero, palpando las curvas de las nalgas y la superficie cubierta de carne de gallina. Se echó ligeramente hacia atrás y me apartó las manos. Retrocedió un paso. Jadeando un poco, me miró. En el exterior chilló un búho. Los grillos cantaban. Con un movimiento rápido, se quitó el vestido por la cabeza. Di un respingo cuando la vi formar un tercer triángulo con los brazos levantados. Nunca había visto nada tan bello. Quería recorrer con los dedos todo su cuerpo y palpar sus audaces curvas.

Yo también me estiré para quitarme la camisa de dormir. Cogiéndole ambas manos, me senté en la cama y la atraje hacia mí, sin que ella opusiera resistencia ni pronunciara queja alguna. Así de sencillo fue.

Un largo callejón conducía por mi izquierda al otro lado del mercado. Miré el sol y parpadeé. Sí, el callejón llevaba al oeste, a mi albergue. Después del mercado, resultaba tranquilo. Unos perros olfateaban desechos abandonados. Los cerdos chapoteaban en la inmundicia. Aparte de eso, estaba solo.

Oí pasos rápidos siguiendo los míos. Anduve más despacio; lo mismo hicieron ellos. Aceleré; ellos también. No me atrevía a mirar atrás. Las casas de ambos lados estaban silenciosas y con las ventanas cerradas. ¿El carcelero o sus hombres? ¿Quién más sabía lo de mi oro?

Enfréntate a tu destino o él se enfrentará a ti. Di media vuelta y vi a un hombre a unos cien pasos. Se detuvo y se quedó clavado en el lugar. No era ni un vendedor ni un ladrón callejero. No vi a nadie con él. Llevaba toga romana. Aunque no se veía muy bien, la tela de la prenda no era basta. Entre nosotros sólo había una cerda gruñendo, con las tetas hinchadas y colgando hasta el suelo.

—Soy Bostar de Calcedonia. ¿Por qué me sigues?

—Tengo un... —Los retoños de la cerda se aproximaban. La cerda pasó corriendo entre nosotros. El desconocido dio varios pasos hacia mí—. Tengo un mensaje que darte —dijo.

—¿Un mensaje? Nadie me conoce por aquí. Pero acércate y dime tu nombre.

Se acercó sorteando melindrosamente los baches y la porquería que alfombraban la calle. Vi una frente alta, una cara bien afeitada, pómulos separados y nariz ganchuda, ojos amables y una forma de moverse que. . . sacudí la cabeza. No podía ser. Había pasado mucho tiempo. La cara de aquel hombre era más bien puntiaguda. La cabeza era demasiado pequeña para la frente, y la nariz y las mejillas parecían querer salirse de ella. Pero el hombre parecía amable y sensible. Alrededor de los treinta años, pensé.

Se detuvo a una respetuosa distancia.

—Perdona si te he asustado.

Dormí varias veces con Hispala durante aquel verano. Nunca hablaba. Yo tampoco. Venía ya avanzada la noche. Por la mañana, cuando me despertaba, ya se había ido. Sólo quedaba su olor, ligero y débil, pero que llenaba la habitación. Y a veces una pequeña mancha de los dos en la sábana. Me arrodillaba en la cama, olía la mancha medio seca y sonreía. Aprendí a controlar aquella pasión más fuerte que un terremoto o una tempestad, la repentina eyaculación salvaje de los jóvenes, y sí, por desgracia, también de los no tan jóvenes. Lo sé. He sido soldado. Lo he visto.

Aprendí a buscar su pequeña dureza con la lengua, a hincharla a base de frotaciones, hasta que, mientras ella gemía y se retorcía, yo saboreaba su calor húmedo, sal sin la aspereza del agua del mar, dulzura que no empalaga. Aprendí el encanto de las caricias suaves, como una tierna brisa en una piel húmeda. Aprendí el poder del calor femenino, floreciente y fundamental, de esa mansión de la que venimos todos.

Y entonces dejó de ocurrir. Pasó una semana, otra. Yo casi no estaba en casa durante el día, así que no la veía apenas. Entonces, una noche, llamaron a la puerta, con más fuerza de lo que yo recordaba.

—¡Entra! —La puerta se abrió. Era Festo.

—Tus ropas, joven amo.

Me sentía confuso y no sabía qué decir.

—Ah, sí. Bueno..., ya sabes dónde colocarlas. —A1 menos mi voz dejó de chirriar como un laúd roto.

—Lo sé.

Cruzó la habitación, hacia mí. Se agachó con dificultad. ¿Cuántos años tendría? ¿Había conocido alguna vez la blandura de la carne de una mujer o simplemente un gruñido en la oscuridad?

—Buenas noches, joven amo. —Se detuvo al lado de la cama para hacer una reverencia.

—Espera un momento. Hay una joven que suele traerme la ropa. ¿Dónde está?

Festo removió los pies con inquietud.

—Ella, bueno. . .—se aclaró la garganta—. Joven amo, la joven está embarazada. Se ha ido de aquí.

—Embara. . . —Recordé que yo era un Escipión. Me estaba permitido sentir emociones, pero no expresarlas—. Entiendo. Gracias, Festo. Buenas noches. —Festo estaba ya casi en la puerta—. Por cierto, ¿cómo se llama la joven?

—Hispala, joven amo. ¿Algo más? —Gracias, Festo. Puedes irte.

Así supe su nombre, el de un amor hallado, perdido y nunca reencontrado. Eros, el amor carnal, puede, según Platón, elevar las almas al paraíso. Hoy sé que nos lleva a un lugar diferente, pero el paisaje es viejo y archiconocido. Es nosotros mismos. Nunca volví a ver a Hispala. Nunca pregunté.

En la actualidad sigo pensando en ella; si estará viva, seguramente en cualquier colonia del norte, donde el viento aúlla y los impuestos son elevados, vendida a bajo precio como esclava embarazada; y la visión beatífica de mi juventud se convierte en una anciana decrépita y encogida por el frío. Ahora pienso en ella y los ojos se me llenan de lágrimas. Nunca la he mencionado hasta ahora y no volveré a hacerlo. Pero nunca la olvidaré.

Estaba nervioso, muy nervioso. El murmullo de voces se detuvo cuando crucé el vestíbulo del Senado. Deseé haber tomado el desayuno, pero había mirado la comida y luego la había apartado de mi lado.

El grupo de hombres, algunos jóvenes pero la mayoría viejos, interrumpió sus conversaciones y me miró. Entré. Se apartaron para dejarme pasar, con un crujir de blancas togas.

En el extremo más alejado del vestíbulo, al otro lado de las baldosas blancas y negras, había dos guardias. Fui hacia ellos, consciente de las miradas que me acribillaban por la espalda.

—Soy Publio Cornelio Escipión —dije al más alto de los dos—. Fabio Pictor me está esperando.

Saludaron. Casi no veía sus caras bajo la sombra de los cascos, ya que, aunque era media mañana, el gran vestíbulo estaba casi a oscuras.

Mi toga nueva picaba, sobre todo bajo los brazos. Y me venía demasiado grande.

«Recuerda que eres un Escipión», decía la carta de mi padre. Sí, sí, incluso ahora lo recuerdo. Pero entonces no sabía del todo qué quería decir, y todos tememos lo que no podemos entender.

—Por aquí, señor —dijo el soldado.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y entró. Yo lo seguí.

—No te disculpes. Dime quién eres y qué quieres.

—Me llamo Artijes y no quiero nada. Como he dicho, traigo un mensaje para ti.

—Sí, lo has dicho. ¿De quién?

—Del hombre a quien sirvo.

—¿Y quién es ése?

—Labieno, Tito Licinio Labieno.

—No lo conozco.

—Claro que sí.

Artijes sonrió. Vi que tenía la dentadura completa y muy blanca.

—Es un extraño juego de suposiciones para que lo juegue con un desconocido en un callejón —dije—. ¿Cómo es que conozco a ese hombre?

—Acaba de ponerte en libertad.

—Ah, el magistrado romano. ¿Un mensaje, has dicho?

—Sí. Labieno pregunta si te importaría cenar con él esta noche.

Me reí por lo bajo. De la prisión al triclinio. Pero nunca había dado la espalda a lo nuevo ni a lo desconocido.

—Por favor, di a tu amo que Bostar de Calcedonia acepta encantado, aunque será difícil que lleve la ropa adecuada. ¿Dónde está la casa de tu amo?

—Un esclavo irá a buscarte. ¿Dónde estarás?

—Espero alojarme con la viuda Apurnia.

—Amigo mío, creo que lo conseguirás.

—¿Cómo lo sabes?

Fue él quien esta vez rió por lo bajo.

—Labieno dice que tienes una mente rápida. Pero no, no es que tenga poderes de adivinación. Te aceptará, aunque sólo sea porque su madre también es de Calcedonia.

—Sea su madre de donde fuere, no podrá alojarme si no tiene habitaciones.

—Tendrá habitación. La ciudad está tranquila y seguirá estándolo hasta la festividad que se celebrará dentro de nueve días. Bien, Bostar de Calcedonia, un esclavo irá a buscarte a la casa de la viuda Apurnia. Ve en paz.

Dicho esto, se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, evitando la cerda que daba de mamar entre la basura y la porquería del callejón.

Seguí la antorcha del esclavo, cuya llama oscilaba sacudida por el viento nocturno. La viuda Apurnia me había alojado, aunque no habló de Calcedonia. Vi su sangre en su piel oscura, en su pelo como ala de cuervo y en sus ojos almendrados. Mi cuarto era pequeño y estaba amueblado con sencillez, pero con pulcritud. Una cama. ¿Cuánto tiempo hacía?

Recorrimos el mercado desierto, en dirección al Foro. Los edificios eran elegantes y altos. El dinero nunca había sido un problema en Capua. Sus banqueros y sus comerciantes eran famosos.

La calle se ensanchó. Los bloques de viviendas se convirtieron en casas unifamiliares. Una litera pasó en dirección contraria, portada por cuatro esclavos, y oí tintinear sus cascabeles mientras desaparecía en la oscuridad. Luego, cuando la calle empezó a empinarse, las fincas fueron cada vez más grandes, rodeadas por altos muros. Al llegar a la tercera o cuarta mansión de la izquierda, el esclavo se detuvo y llamó a un postigo. Se abrió un ventanuco.

—Traigo a Bostar de Calcedonia, tal como me ordenaron —dijo el esclavo.

La puerta se abrió. El esclavo dio un paso atrás, elevó la antorcha y me indicó por señas que entrara.

El corredor era largo y ancho, y el techo se perdía en la oscuridad. Las botas del soldado pisaban con fuerza en las losas. Pasamos por delante de puertas y de pasillos menores que desembocaban en el principal, también con chisporroteantes antorchas en las paredes. El soldado se detuvo por fin y llamó bruscamente a una puerta.

—¡Entra! —dijo una voz ahogada. El soldado abrió la puerta y entró.

—¡Publio Cornelio Escipión! —exclamó.

Dio un paso atrás, me hizo un saludo militar y se alejó. Me adelanté.

Su cabeza era enorme, tenía la frente más despejada que había visto en mi vida. Estaba casi calvo, pero tenía la barba larga y completamente blanca. Levantó la vista hacia mí desde el escritorio, sus ojos brillaron bajo las pobladas cejas.

—Publio Cornelio Escipión, sé bienvenido —dijo con voz de bajo—. Entra y cierra la puerta.

Pasé los diez meses siguientes con Fabio Pictor. Crecí de muchas formas, además de la física. Era su sombra. Leía cuando él leía, escribía cuando él escribía. Cuando hablaba en el Senado, me sentaba y escuchaba, sabiendo lo que quería decir porque habíamos hablado antes de cómo iba a decirlo.

Supongo que la mayor revelación de aquellas primeras semanas fue lo vulgar y cotidiano que resultaba (y resulta) casi todo el trabajo del Senado. Impuestos, nombramiento de funcionarios menores, suministro de agua, solicitudes de constructores de viviendas, ofertas de mercaderes para vender grano, clavos, botas o grebas al ejército. Los asuntos relevantes ya estaban acordados. Roma estaba creciendo.

Desde entonces he conocido a muchas personas que pensaban que nuestra expansión se hacía únicamente a base de conquistas, que Roma era y es una potencia militar. Gracias al *triconium fori* supe que no era cierto. Roma creció y crece aún gracias al comercio. Somos un pueblo mercantil pacífico. Luchamos cuando tenemos que hacerlo, como un medio para llegar a ese fin. Pero nuestra naturaleza presupone el orden.

Hice uso de todo lo que había aprendido de Rufustino y Eufanto. Fabio me hizo trabajar en serio. Leía informes y despachos, y preparaba resúmenes para él. También pasaba mucho tiempo elaborando borradores de sus discursos. La primera vez que me indicó que le preparase uno estábamos, como de costumbre, en su despacho del Senado, él ante su gran escritorio, bajo la ventana, y yo ante el mío, más pequeño, contra la pared.

—Tengo una pequeña misión para ti, Publio —dijo, rompiendo el silencio. Levanté la vista de los papiros—. Quiero que me hagas un borrador para un discurso.

—¿Un discurso? ¿Sobre qué?

—Oh, es sólo una idea que he tenido. Quiero proponer la creación de un servicio de correos.

—¿Un servicio de correos?

—Has oído perfectamente. ¿O es que estás sordo? —Fabio podía ser muy quisquilloso. No le gustaba repetir las cosas.

—Pero los correos privados funcionan bien —dije.

—Ah, ¿sí? ¿De qué manera?

—Bueno, hay tantos correos, y todos compitiendo entre sí, que...

—Que los precios se mantienen bajos y la eficiencia alta. ¿No es eso lo que ibas a decir?

—Sí, Fabio.

—Bueno, pues eso son tonterías. Tienes que aprender a mirar más allá de la superficie, joven Publio. —Se levantó y empezó a pasear por la habitación, acariciándose la barba—. Si te doy un despacho ahora y te indico que lo lleves a la oficina del prefecto de la ciudad, ¿qué harías?

—Lo llevaría a la antesala, donde esperan los correos, e indicaría al guardia que vocease el lugar de destino.

—¿Y después?

—Entonces los correos dirían en voz alta lo que cobran, y el guardia daría el despacho al más barato.

—¿Variarían los precios?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Bueno, pues, pues. . .

—Estoy harto de tus «buenos» y de tus «pues». ¿Cuánto? ¿Un poco? ¿Mucho?

Agaché la cabeza.

—No lo sé, Fabio. En realidad, nunca me he preocupado por saberlo.

Fue a zancadas a su escritorio, raspando el suelo con las sandalias, y cogió un despacho.

—Bien, es hora de que te preocupes. Toma. Es para el edil plebeyo, pero esta vez presta atención. —Me levanté y fui hacia él—. No, la vida es demasiado breve. Lo siento, joven, no quería ser tan brusco. En teoría he de acelerar tu aprendizaje, así que te ahorraré el esfuerzo. Hay una diferencia de unas monedas entre un correo y otro. Conoces los *collegia*, las sociedades mercantiles, ¿no?

Asentí. Claro que los conocía. Los últimos cuatro debates del Senado habían versado sobre ellos, y en particular sobre cómo dar por terminada la huelga de uno de ellos, ni más ni menos que el colegio de flautistas. Se negaban a tocar si no les aumentaban la paga. El Sumo Sacerdote, o pontífice máximo, se había negado a dirigir los rituales previstos sin el necesario acompañamiento musical. Y los carniceros se quejaban también porque el colegio sacerdotal no ordenaba el número acostumbrado de animales para el sacrificio; y así iba la cosa.

Fabio hizo reír a todo el Senado cuando habló del tema. Tomó la palabra después de uno de los Valerios, que había clamado al cielo y dicho aproximadamente que todos los flautistas debían ser ejecutados.

—Se trata, colegas senadores, de un asunto ciertamente serio —dijo Fabio—. No es menor porque demuestre una de las leyes inmutables de la vida: que las pulgas más grandes tienen pulgas más pequeñas en la espalda. Y las pulgas más pequeñas tienen pulgas más pequeñas, y así hasta el infinito.

Lo siento, Bostar. Volvamos al correo.

—Todos estos colegios tienen una cosa en común —dijo Fabio—. Los correos no son diferentes. Son ellos quienes fijan los precios, así de simple. Ésa es una de las razones por las que necesitamos un servicio de correos del Estado. Piensa en otras razones y escríbeme el discurso.

A mí izquierda estaba el cuartucho del portero. Vi un brasero encendido, una silla y una mesita baja con un plato de peltre y los restos de una comida.

—Todo recto, todo recto —gruñó el portero.

El camino era de grava blanca, con un seto a cada lado, más allá del cual los arbustos y los árboles se perdían en la oscuridad. Percibía el aroma de un huerto, de higos y granadas, que traía la brisa; hacía mucho tiempo que no me sentía tan seguro y dueño de mí mismo.

Delante de mí, las blancas columnas de mármol reverberaban a la luz de las antorchas que rodeaban el porche. Subí el primer tramo de cuatro escalones y a continuación el segundo.

Un hombre dio un paso al frente.

—Bienvenido, Bostar. Me alegro de encontrarte en un lugar más limpio.

Sonreí y lo miré.

—Lo está, Artijes, lo está.

Un chillido resonó en el jardín, un horrible sonido estrangulado que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Me di la vuelta. Artijes me puso una mano en el hombro.

—No es más que un pavo real. Son animales muy ruidosos, pero a Labieno le gustan.

—¿Tiene pavos reales en el jardín?

—Y gallinas de Guinea, incluso avestruces, aunque están enjaulados. Pero ya los verás... o quizá no. Mientras tanto, entra. Labieno te espera. Sígueme.

El comedor estaba iluminado por lámparas. Su luz era más suave que la que daban las antorchas del atrio que acabábamos de cruzar. Labieno estaba recostado en un triclinio al fondo de la habitación. Se levantó cuando entré detrás de Artijes.

—Bienvenido, Bostar. Me alegro de verte en... circunstancias diferentes.

Su voz era cálida y sincera, como su apretón de manos. No era más alto que yo, aunque en el tribunal lo había parecido.

—Pasa y échate a mí lado. En ese triclinio. ¿Tomarás vino para acompañarme? ¿Y tú, Artijes?

Me trataba como a un igual. ¿Qué querría aquel hombre?

La comida fue memorable, si es que a uno le gustan estas cosas. A mí no. La encontré demasiado rica y abundante. Lo que yo aprecio es la habilidad de los cocineros, no sólo en el preparado de la comida, sino en la presentación. Los romanos han hecho una ciencia y un arte de ambas cosas.

Acababa de recostarme cuando los esclavos trajeron el primer plato. Lo esperaba: es el estilo romano. Para descubrir lo que Labieno se proponía tendría que esperar. Cuando los romanos de su clase comen, no hablan. Comen. Bueno, eso da a entender que hozan como los cerdos, pero no me refiero a eso. Quiero decir que saborean y disfrutan la comida.

Éramos tres, Labieno, Artijes y yo.

—Buen vino, ¿verdad, Bostar? —Fue lo único que me dijo Labieno antes de comer.

Tomé un sorbo. Nunca he tenido paladar para el alcohol. Me nubla el entendimiento.

—No soy el más indicado para responder, Labieno. Es un tema del que no sé nada.

—Es una pena. Quizás aprendas. Pero empieza por el olor, no por el sabor —Agitó su copa y se inclinó para oler el contenido. Artijes hizo lo mismo—. Delicioso. —Arrugó la frente y cerró los ojos—-. Huelo a frambuesas, a moras y a. ..

—A vainilla —dijo Artijes.

—¡Sí, exacto! —dijo Labieno, que había abierto los ojos—. Es un buen falerno. Debería haber comprado más. —Ambos bebieron y olieron en silencio—. ¿Qué opinas, Artijes? Yo lo encuentro mejor incluso que la cosecha de Setia.

—Sí, posiblemente —musitó Artijes—. Aunque me gustaría probar otra vez el fundano antes de dar una opinión. —Yo pensaba que todo aquello era casi ridículo—. Y el vino de Signia es difícil de superar —continuó—. Dicen que incluso es bueno para las tripas.

Labieno se rió.

—¡Tú y tus tripas, Artijes! Yo pienso más en mi paladar. Sí, sí que es un buen vino. ¡Ah!

La entrada de los esclavos me salvó de seguir oyendo digresiones enológicas.

—No es malo —dijo Fabio cuando terminó de leer—. Puedo aprovechar este discurso. —Se levantó y se puso a pasear, como era su costumbre—. Sí, Publio, me gusta. Bien hecho.

Creo que empecé a ruborizarme. Era un gran elogio.

—Me gustan tus tres puntos sobre coste, fiabilidad y eficiencia. Se pueden poner tres puntos, quizá cuatro, en un buen discurso, sabiendo que el público olvidará al menos dos. —Se detuvo ante mi escritorio, puso las manos en el borde y se inclinó hacia mí. Su voz era más alta ahora—. ¿Qué recordarán los oyentes, Publio?

—Bueno, si olvidan al menos dos puntos. . .

—¡No! —Lo había dicho con brusquedad—. ¿Qué recordarán?

Me miró. Vi las venas del blanco de sus ojos, las arrugas de sus mejillas, las señales de la edad.

—Yo . . . yo no lo sé.

—¡Bah! —Se irguió y dio, media vuelta—. Recordarán, Publio, lo que todo público recuerda. No lo que dices, sino cómo lo dices. —Volvió a su escritorio, cogió mi borrador y vino hacia mí con él en la mano—. Y bien, ¿cuáles crees que son las virtudes de un buen discurso?

—Tiene que ser claro —dije.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—No debe divagar.

—¿Qué quieres decir?

—Debe ceñirse a su objeto u objetos. No debe ser discursivo.

—Sí, estás cerca. Pero supongo que estoy aquí para enseñarte todo lo que puedas aprender. Déjame contestar a mi propia pregunta. Las virtudes de un discurso, Publio —su voz era más suave ya—, son tres. —Se aclaró la garganta, se irguió y me miró. Siempre lo recordaré—. Claridad, lucidez y eufonía. ¡Repite! —bramó.

—Claridad, lucidez y eufonía —dije.

—¡Sí, Publio, sí! Ven y siéntate a mi lado.

Crucé la habitación, me pasó una mano por los hombros y me envolvió una suave calidez. Y de aquel modo fuimos hasta el escritorio de Fabio.

El primer plato consistía en sendas fuentes de erizos de mar, ostras crudas, mariscos surtidos y espárragos. Al lado de cada triclinio había un esclavo en cuclillas con un cuenco de agua caliente y una toalla. El que tenía junto a mí era moro, de un negro que parecía bañado en leche, con una elegante nariz ganchuda. Traté de captar su mirada cada vez que sumergía mis dedos en el cuenco, pero estaba bien educado y mantenía la vista en el suelo. Ni oía ni veía: el esclavo romano perfecto.

Labieno y Artijes no emitían más sonidos que exclamaciones de apreciación. Los observé. Artijes comía con ganas, pero Labieno, al igual que yo, picoteaba y bebía vino.

Labieno tocó una campanilla que había a su lado, en el suelo. Silenciosos esclavos descalzos se llevaron los platos. En una mesa larga y baja que había entre nosotros, otro esclavo, más viejo (el cocinero, deduje), trinchó un jabalí mientras lo mirábamos. Tenía gran habilidad, pero por entonces yo no era precisamente un adepto a aquellas cosas. Uno por uno, primero a mí, nos sirvió un plato de carne humeante, cubierta por una salsa grisácea.

—Todo está en la salsa —dijo Labieno, sin dirigirse a nadie en particular. Lo miré mientras inclinaba su plato y con una cucharilla de plata, se llevaba algo de salsa a los labios—. Otra vez el olor, Bostar. —Sus fosas nasales se dilataron—. Mmmmm. Creo que ha salido bien, Artijes. —Se metió la cucharilla en la boca y saboreó el contenido moviendo la lengua—. Sí, ha salido bien. El ligústico la hace diferente.

—¿Ligústico? —me atreví a preguntar.

—Una hierba —respondió Artijes—. Labieno las estudia para hacer sus famosas salsas. Ésta ha debido de hacerse con pimienta, ligústico, una pizca de asafétida, almendras, dátiles, miel, garo. . .

—Basta, Artijes, basta —le riñó Labieno—. Comamos, no hablemos. Tú más que nadie deberías saber que hablar enturbia los vapores de la barriga.

—Claridad y lucidez, Publio, son las más fáciles de las tres —dijo Fabio, con la cara a un palmo de la mía—. Muchos oradores las dominan, como tú en este discurso. Pero la eufonía es otro tema. ¿Qué crees que es?

—Que algo suene bien. La prosa debe construirse para complacer el oído del que escucha.

—¿Para «complacer»? Más que eso. Para suspender el ánimo, para fascinar. Para subrayar unos puntos y enmascarar otros. ¿Cómo crees que conseguiríamos eso?

—Por el tono y la inflexión de la voz. Acelerando o frenando el discurso —repliqué.

—Bien, muy bien. Tu padre estaría orgulloso de ti, y eso que es un orador memorable. Pocos saben convencer como él. Bien, para empezar, quiero este discurso con anotaciones en los márgenes. Dos líneas gruesas en el margen cuando pienses que el discurso debe ser rápido. Una línea delgada para ir despacio. Dos líneas onduladas para la voz alta, una para la voz baja... al menos, ésas son mis claves, y soy demasiado viejo para cambiar. ¿Entendido?

—Sí, Fabio. Me parece un buen sistema.

—Es sencillo; las mejores cosas siempre lo son. Pero ahora viene la parte más difícil. ¿Qué sabes de las figuras?

—Algo. Las estudiamos con Eufanto.

—Ah, sí. Tu *grammaticus*. He oído decir que es bueno. Mi primo Marcelo lo contrató para que enseñara a sus hijos. ¿Qué es un asíndeton?

—La ausencia de conjunciones.

—¿Y dónde lo utilizas? ¿En los pasajes rápidos o en los lentos?

—En los rápidos, lógicamente.

—Exacto. Por ejemplo, en una serie de verbos...

—Bueno, un ejemplo que nos ponía Eufanto era: *abiit, excessit, evasit, erupit*... marchó, partió, huyó, se fue... utilizados por alguien que según Eufanto puso pies en polvorosa.

—¡Me gusta, joven Publio! —Fabio me dio una palmada en la espalda—. ¿Y qué me dices de la prosopopeya?

Estaba en terreno conocido.

—Personificación. Se utiliza cuando uno se refiere a una abstracción.

—¿Como cuál?

—Como la esperanza, la juventud, la memoria.

—¿De qué manera?

—Como si fuera una persona.

Y así continuamos hasta media tarde, pasada ya la hora nona, cuando, normalmente, yo tenía que irme con Lanisto para recibir lecciones de equitación y practicar con la espada, y Fabio se quedaba continuando su trabajo de historia.

Oí el cambio de la guardia, el anuncio de las horas. Estudiamos las figuras retóricas que conocía y otras que no conocía. Las metimos, como el hondero la piedra, en el discurso de Fabio hasta que, por fin, estuvo satisfecho. Eufonía, eufonía, eufonía. La misma palabra (breve, breve, larga, breve: un peón, o un pirriquio y un troqueo) es un sonido dulce. Pero aprendí de Fabio que la verdadera facilidad en los discursos viene del arte, no de la suerte.

Estaba saciado después del primer plato. El tercero, pato asado, pescado de río en conserva y pasteles de miel, me habría alimentado durante un mes.

—Comes frugalmente, Bostar de Calcedonia.

Tal fue el único comentario que hizo Labieno cuando, por fin, retiraron los platos, cambiaron la jarra de vino y los esclavos desaparecieron.

—He observado que tú haces lo mismo, Labieno.

—Sí. Prefiero el arte a la comida. Y mucho más ahora que Aníbal se ha ido.

—Pero he oído decir —escogí con cuidado mis palabras— que Capua se ha unido a Aníbal.

Labieno se irguió como si le hubieran abofeteado. Sus ojos se encogieron.

—Bostar —dijo lentamente—, puedes hablar de lo que quieras en esta casa. Pero no de eso. ¿Está claro?

¿Qué secretos teníamos allí? Bueno, no tentaría al destino.

—Sí, muy claro.

—Bien. —Labieno expulsó el aire y se repantigó—. Ahora vayamos a los negocios. Yo... No, un momento. Antes he de hacer mis necesidades. —Se levantó—. A fin de cuentas, es preferible expulsarlo todo y que corra, ¿verdad?

Todavía se reía de su propio chiste cuando abandonó la habitación.

Ésas eran las cosas que me enseñaba Fabio Pictor para mi formación, hasta que llegara el momento de hacerlas yo, hasta que... Sí, ¿qué ocurre, Aurio? Sabes que no debes molestar cuando estoy trabajando. ¡Vamos, no te quedes ahí! ¿Qué pasa?

Una carta, amo. ¿De quién?

De Teógenes, amo, tu tratante en arte.

Sí, Aurio, ya sé quién es Teógenes. Entonces debe de ser importante. ¿Quién la trae?

El esclavo personal de Teógenes. Ah, Teófilo. ¿Dónde está?

Se ha ido, señor. Dijo que tenía que volver enseguida a Roma.

Muy bien, Aurio, has hecho bien en traerla. Dámela y vete. Bostar, voy a leerla ahora. La leeré en voz alta para que puedas tomar nota de lo que dice mi viejo amigo... sobre el veredicto, sin duda. ¿Quién sabe? Quizá la historia que he estado dictando haya llegado a su fin.

Bien. Veamos. Ni siquiera los parabienes habituales. Y escrita en griego por el mismo Teógenes. Hum. Debe de ser importante. Le gusta despachar la correspondencia dictándola cuando está en el baño. De todas formas, veamos. «Se dice —escribe— que

el Senado decidió tu absolución por un margen de votos muy estrecho. El voto de la plebe fue decisivo.» Por favor, escribe esto al pie de la letra, Bostar. Llegamos a la parte crucial.

«Pero Catón solicitó una apelación. Su solicitud tuvo éxito. Ha pedido tres cosas: el testimonio de tu amigo Lelio (no sé por qué ni he podido averiguarlo), el de Escribonio a propósito de la época en que fue tribuno tuyo en Siria, y una declaración del senado cartaginés sobre las negociaciones que hiciste con ellos durante la guerra. Todo esto tardará algún tiempo. Lelio está en Roma, como es lógico, y por cierto, se le ve mucho con tu hermano, pero Escribonio, como sabes, es gobernador de la Hispania occidental. Se le ha emplazado. Así que quédate donde estás. No hay nada que puedas hacer. En ninguna circunstancia debes venir a Roma. Tienes muchos amigos aquí, pero también muchos enemigos y, por desgracia, los celos y el odio son más activos que los vínculos amistosos. Temo por la seguridad de tu hermano. Nubla sus días con bebida y podría, pienso, recibir el cuchillo del asesino. No, yo no menospreciaría a Catón. Está desesperado. Su odio hacia ti le consume. Así que destruye esta carta cuando la hayas leído. Arriesgo mi vida y la de Teófilo al enviarla. O lo que es peor, arriesgo mi fortuna. Pero no te quepa la menor duda de que te la manda tu amigo de verdad.»

Bueno, bueno, Bostar. Cuánto echo de menos a Teógenes y sus chistes. Seguro que está más preocupado por su fortuna que por su vida. Esperaba encontrar tiempo para pasar alguna velada con él, el tiempo que no tuve cuando estaba al servicio de Roma. Bueno, ya llegará la ocasión. Y lo mismo digo de Lelio. Ni bajo tortura, ni aunque le fuera la vida en ello diría nada que me complicara, a pesar de las muchas cosas que sabe. En cuanto a Escribonio, no traicionará mis secretos y quizá Catón arda como un cometa y se pierda como una estrella fugaz. ¿Quién sabe lo que revelarán los cartagineses? El viejo Hanón, con el que traté, hace mucho que murió. Así que tenemos más tiempo, Bostar, quizás el suficiente para terminar esta historia. Tendremos que vivir entre la sombra de la muerte y la luz de la vida. Para mí no es nada nuevo.

Mira qué bien se quema el papiro de Teógenes en el brasero. Sólo lo mejor de él. Bueno, ¿por dónde íbamos?.

Estabas hablando de tu temporada con Fabio Pictor.

Escribiré esto en el margen cuando ponga mis notas en limpio. Debo consignar mis dudas y mis miedos. No puedo compartir la confianza de Escipión en Lelio. Las dudas me acosan en el profundo silencio del pensamiento. Pero es la historia de Escipión, no la mía.

Ah, sí, ya me acuerdo. Aquellos días fueron largos y solitarios. Después de las lecciones de Lanisto, iba a casa y comía, a veces con mi hermano pequeño, pero normalmente solo, atendido por Festo. Luego caía en un sueño profundo y de agotamiento. No veía a Lelio. No supe nada de él ni él de mí.

¿Qué más recuerdo?

Una noche, después de cenar, en lugar de irme derecho a la cama, salí al jardín. Quería ver las estrellas. Me tendí al lado de la fuente, mientras las ranas y los grillos cantaban, y contemplé sus miríadas silenciosas, brillando y titilando en la lejanía. Un sonido me distrajo, repetido. Un gemido, y luego otro; dos voces. Me levanté y busqué el origen del ruido.

Teníamos una casa de verano (teníamos, tengo, todavía está allí) en la parte de atrás del jardín, rodeada de arbustos. Había una abertura entre la parte de atrás y el muro del jardín. Me acerqué de puntillas. De allí salían los sonidos, más rápidos, más claros, más insistentes.

Me arrodillé y aparté los arbustos. Las piernas abiertas de la joven (supuse que era una de nuestras esclavas) brillaban como el alabastro en la oscuridad. Encima de ella había un hombre con la túnica sofaldada y sus nalgas subiendo y bajando. El hombre gruñía y la joven seguía gimiendo.

Debería haberme levantado para detenerlos. Los esclavos no pueden copular sin permiso. Pero por el contrario me quedé arrodillado, observando y temblando. Deseé que hubiera habido más luz y que los dos hubieran estado desnudos. Noté que se me ponía tieso el pene. Me deleité pensando en el pene del copulador y en su cabeza roja, en la humedad de la vagina de la joven. Sus embestidas se hicieron más rápidas, sus jadeos más rítmicos. La rodeó con sus brazos, se detuvo y, tras un último empuje, se desplomó y sus gruñidos se convirtieron en murmullos. Me habría gustado meter la mano dentro de la vagina y palpar lo que el hombre había derramado.

Pero me fui, consciente de que estaba cubierto por un ligero sudor. En mi habitación, a oscuras, en la casa pero sin casa, me acaricié solo, arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que con un estremecimiento espasmódico salió la semilla. Caí de espaldas, agotado, pensando en aquella mujer y en mi vergüenza.

Mi túnica estaba cubierta de semen. Recuerdo el pánico. ¿Dónde podía poner la vestimenta manchada? Sólo cuando ideé una estratagema pude deslizarme en un sueño reparador. Soñé con ellos, con miles, fuera, bajo las estrellas y bajo techado, en naves y en albergues de mala muerte, en el suelo y en la cama, embistiendo, empujando, bombeando y gritando, porque al terminar se sentían muy solos.

Guardé la túnica en la bolsa. Al día siguiente fui al Senado más pronto de lo normal, a la media luz del alba, cuando el mundo está inmóvil y los miedos nocturnos han dejado paso a la mañana. Dejé atrás el grupo de árboles y arbustos, fresnos, abedules, pinos y matorrales que habían crecido entre los cimientos ruinosos de la casa de Vitruvio Vacco. Me agaché y cogí una piedra. Abrí la bolsa, envolví la piedra con la túnica, hice una pelota y la tiré. Era una de las cosas que no podía discutir con Fabio.

—Buenos días, Fabio Pictor —saludé, como hacía siempre, cuando entré en la habitación.

Como siempre, incluso aquella mañana, estaba allí antes que yo.

—Buenos los tengas tú también, Publio —replicó, volviéndose a mirar por la ventana—. Bonita mañana, aunque un poco fría para esta época del año. Bueno, ven y siéntate... tráeme un vaso de agua, ¿quieres? Tengo un trabajo para ti que te va a gustar.

—¿Cuál es? —pregunté, poniendo el agua a su lado.

—Pensar.

—¿Pensar? ¿Eso es un trabajo?

—Sí. No hay ninguno más difícil —dijo—. Cualquier tonto sabe hacer cosas. Pocos saben pensar.

—Si necesitas ir, Bostar, la letrina está pasado ese arco, al fondo del pasillo a la izquierda —dijo Labieno cuando llegó y tomó asiento.

—No, gracias.

Oí que Artijes se recostaba en el triclinio en el momento en que Labieno se inclinaba hacia delante.

—Bueno —dijo Labieno, mirándome fijamente—, sin duda querrás saber por qué te he pedido que vinieras. ¿Por qué un patricio romano te ha pedido que cenes con él?

—Como imaginarás, me lo he estado preguntando.

—Desde luego.

Labieno se sentó con el tórax erguido, balanceando los pies muy cerca del suelo. Yo me quedé como estaba, recostado pero vuelto hacia él

—¿Dónde piensas ir? —Su voz era dura, inquisitiva.

—Pensaba, Labieno, que ante la ley romana era un hombre libre.

Me sostuvo la mirada, luego la apartó y sonrió.

—Lo siento, Bostar. Paso tanto tiempo en el tribunal que, como a menudo me recuerda Artijes, adopto una actitud forense sin que ésa sea mi intención.

—Entiendo.

—Claro que eres un hombre libre. Puedes ir donde gustes... aunque, en estos días, no debería sorprenderte que te volvieran a encerrar. Las patrullas están muy inquietas.

—Eso tampoco debería sorprendernos —añadió Artijes—, con Aníbal por aquí. Me pregunto si Escipión sabrá estar a la altura de las circunstancias.

—Vaya —dijo Labieno con sorna—. No subestimes a Escipión, Artijes. Es el mejor general que ha tenido Roma, desde mi punto de vista. Y Aníbal tiene que estar cansado, sí, muy, muy cansado. ¿Tú que opinas, Bostar?

—Yo... bueno, prefiero ceñirme a cosas que entiendo. Como he dicho, sólo soy un pedagogo. Conozco los movimientos de las estrellas, las leyes de las matemáticas y las lenguas, pero no cómo son los hombres o las guerras.

Labieno pareció satisfecho.

—Muy bien. De todas formas es de esas cosas de las que quiero hablar. Verás, con Aníbal en Italia... Artijes, ¿cuántos años lleva aquí?

—Dieciséis, Labieno.

—¡Dieciséis! Y con cien romanos por cada cartaginés. ¡Sorprendente! De cualquier modo, gran parte de este tiempo la vida ha estado muy lejos de ser normal. Comercio interrumpido, pleitos interrumpidos, y por lo que a mis hijos se refiere, Bostar, educación interrumpida.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos. Dos varones. Pero al gramático que había contratado lo llamaron a filas.

—¿Qué edad tienen? pregunté.

—Dieciséis y dieciocho. Pero son... —Labieno miró a otro lado—. ¿Cómo debería decirlo, Artijes?

—Permíteme. Son analfabetos. Labieno se puso como un tomate.

—No puedo llevarte la contraria. Su madre murió hace doce años. La maldita guerra. No tuve tiempo. Estaba demasiado ocupado tratando de sacar adelante mis negocios.

—¿Qué negocios? —pregunté.

—Soy, como lo fue mi padre; procurador de la flota meridional de Roma. Les suministro comida, ropas, velas, todo. Pero permite que repita mi pregunta: ¿dónde piensas ir después, Bostar?

—Como ya te dije, Labieno, aunque en otras circunstancias, me dirijo a Roma.

—¿Para qué?

—Para enseñar. ¿Qué otra cosa podría hacer un pedagogo?

—Estupendo. Pues bien, Bostar de Calcedonia, te he llamado para hacerte una propuesta. —La esperaba desde hacía rato—. Enseña. Pero aquí. Quédate y enseña a mis hijos.

—Quiero que pienses —dijo Fabio— en la administración del Estado. —Debí de poner cara de sorpresa—. Verás, en mi historia de Roma he llegado al momento en que se funda el segundo consulado plebeyo. Quiero situarlo en su contexto. Quiero que pienses en una forma mejor de gobernar. ¿Cómo juzgarías a un gobierno, Publio?

—Por sus resultados. ¿Por qué si no?

—¿Cuáles deberían ser?

—Con un buen gobierno, prosperidad, orden, igualdad ante la ley.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Y con uno malo?

—Lo contrario. Pobreza, desorden, desigualdad.

—¿Y qué me dices de la guerra?

—Eso depende de qué la cause. Una guerra civil refleja un mal gobierno.

—Sí, pero si una nación está en guerra, ¿quiere decir que está mal gobernada?

—No necesariamente. Sólo podemos afrontar y ganar guerras si estamos bien gobernados.

—Sí, aceptaré eso. —Fabio se había levantado (cómo atesoro estos recuerdos) y se paseaba acariciándose la barba—. Como sabes, Publio, nuestra constitución es única. Posee equilibrio. Háblame de otros gobiernos sobre los que hayas aprendido y que admires.

—Hay dos.

—¿Sí?

—El de Minos, en la antigua Creta, y el de Solón de Atenas.

—Bien. ¡Muy bien! ¡Te han enseñado muy bien!

Seguimos charlando durante la comida del mediodía. Siempre pienso en Fabio cuando me siento cansado o hambriento. *Vita vigilia est*, solía decir. La vida es vigilia. Hablamos de Minos y de Solón. Admití la opinión de Fabio (aunque nunca la dijo

directamente: me guiaba con preguntas a sus propias conclusiones) de que ambos gobiernos eran defectuosos. Ambos hombres eran dictadores benévolos.

Minos murió y su sucesor no fue digno de él. Solón, tras reformar las leyes y la constitución de Atenas, dimitió voluntariamente. Nuestra constitución, convinimos, ejemplifica el equilibrio que Solón trató de encontrar... pero el ateniense fracasó porque dio demasiado poder al pueblo.

El pueblo debe tener voz. Y también los patricios. El pueblo y los patricios deben ser iguales ante la ley pero si se cede demasiado poder al pueblo, se da a personas que no tienen tiempo ni capacidad (ni, a menudo, educación ni inteligencia) para reflexionar sobre el bienestar general.

Anoche estuve leyendo en la cama esa sección de la historia de Fabio. «Así, con la designación de dos cónsules, uno plebeyo y otro patricio, con ese equilibrio la constitución de Roma coronó la del mundo e hizo posible la gloria de la República», había escrito. Aprendí ese equilibrio del primero que lo había puesto por escrito. Es algo que he luchado por defender; con mi vida.

—Me siento honrado, Labieno, muy honrado.

—Bien, ¿aceptas?

—Creo, Labieno —interrumpió Artijes—, que Bostar, o quien sea, querrá tiempo para pensarlo.

—Sí, sí. Muy bien. Hasta mañana. Artijes, por favor, explícale mis condiciones a Bostar. Bostar, he de irme a la cama. No me gusta trasnochar. Pero espero que aceptes mi oferta.

—Te lo diré mañana, Labieno. Mientras tanto, te doy las gracias por tu hospitalidad.

Nos levantamos. Estreché la mano de Labieno.

—El placer ha sido mío —dijo—. Pero si vuelves, creo que preferirás un menú más sencillo.

Riendo para sí, nos dejó. Me gustaba aquel hombre. Pero ¿era el mío un camino diferente?

Artijes y yo estuvimos hablando otro poco. Mejor dicho, él habló y yo escuché. Dinero, obligaciones, condiciones.

—Estarás muy cómodo aquí, Bostar.

Mi cuerpo sí. Pero ¿y mi mente?

—Gracias, Artijes. Tendrás la respuesta mañana. —Me levanté para irme. Un esclavo esperaba en las sombras, supuse que para guiarme hasta la casa de Apurnia, aunque habría encontrado el camino solo—. Ah, Artijes, ¿cómo llegaste a esta casa?

Se rió.

—Eso, Bostar, es para una hora más temprana. Vamos, te acompañaré a la puerta. Decidas lo que decidas, recuerda el dicho griego: «La culpa es del mensaje, no del mensajero».

Ya en casa de la viuda Apurnia (me había dejado una lámpara encendida en la ventana), me tendí en el lecho. Me sentí extraño después del tiempo transcurrido. La cama crujía. Me di la vuelta y me quedé dormido al momento.

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue ir al tribunal. Un alguacil me llevó a regañadientes hasta el despacho de Labieno. Estaba enfrascado en unos documentos cuando entré, imaginé que preparando un caso. Pero sus ojos brillaron cuando levantó la vista y me vio.

—Y bien, Bostar de Calcedonia. Perdona, pero he de ser breve. ¿Me traes buenas noticias o malas?

—No estoy seguro de traerte nada, Labieno. Pero he tomado una decisión.

—¿Y? .

—Acepto tu oferta con placer. Enseñaré a tus hijos lo mejor que pueda.

—¡Excelente! ¡Excelente! Estoy encantado. —Labieno saltó hacia mí y me estrechó la mano con fuerza. Parecía cansado. Demasiadas cosas en la cabeza—. ¿Cuándo empezarás?

—Artijes me dijo anoche que estaba todo preparado... una habitación para mí y un aula para tus hijos.

—¿Entonces?

—Propongo, si estás de acuerdo, trasladarme mañana y empezar las clases pasado mañana. Pero necesitaré...

Labieno sacudió una mano.

—Díselo a Artijes. Él se encargará de todo lo que te haga falta. —Detrás de nosotros, el alguacil tosió—. Sí, Sentio, ya voy

Y así fue como el cartógrafo de Aníbal se hizo preceptor. El preceptor fue cosa de Labieno. El resto, en consonancia con el veredicto, según se verá, fue cosa mía.

Habíamos pasado la mañana en la sala de debates. Acababa de comer mi acostumbrada comida del mediodía, caldo con pan y dos manzanas recién cogidas. Como he dicho, Fabio era un hombre frugal. Había mordisqueado una pera. Yo estaba, francamente, adormecido en el escritorio mientras Fabio escribía. Lanisto me había hecho trabajar duro. Me encontraba cansado la mayor parte del tiempo, conforme los músculos se acostumbraban a sujetar el escudo y a lanzar el pilo. Medio me preguntaba, mientras estaba sentado en el despacho de Fabio, por qué el pilo romano era tan pesado. Para traspasar la armadura, era evidente. Pero ¿había tratado alguien de reducir el peso, se había probado? ¿Y si se utilizaba madera de cornejo para el mango? ¿No era más ligera que la de fresno que se utilizaba entonces?

¿Tenía que ser triangular toda la cabeza del pilo? ¿Por qué no solo la punta? Si, al ser más ligera, se puede arrojar el pilo con más velocidad, ¿no traspasaría la armadura igualmente?

Una conmoción producida en el pasillo interrumpió mi ensueño. Los guardias gritaban. ¿En aquel lugar venerable? Miré a Fabio. Incluso él había levantado la vista. La puerta se abrió de golpe. Entró (bueno, más bien cayó dentro) algo parecido a un soldado: estaba tan cubierto de polvo que costaba ver sus rasgos.

—¿Qué significa... ? —tronó Fabio, ofendido.

—¡Sagunto... Sagunto, señor! —consiguió decir.

—¡Sí! ¿Qué pasa en Sagunto?

—Ha sido...

En aquel momento entraron corriendo dos guardias con las lanzas en ristre.

—Lo siento, señor —barbotó el primero—. Ha pasado como una flecha. Dijo que no tenía papeles, ni sello.

El guardia se movió para ponerse entre Fabio y el hombre. El otro guardia bajó el pilo y desenvainó la espada.

—¡Basta! —gritó Fabio—. ¡No habrá muertes aquí! Soldado, apártate. Tú. Has dicho Sagunto. ¿Qué ocurre allí?

—Ha caído, señor, la han saqueado —balbució el hombre.

—¿Caído? ¡Imposible! ¿Cuándo?

—Hace cuatro días. Escipión dijo.. .

—¿Escipión? —dije—. ¿Mi padre?

—¡Cállate, muchacho! —tronó Fabio, dirigiéndome una mirada furiosa—. Vamos, soldado, cálmate. ¿Qué ha ocurrido?

—Me envía Escipión. Dijo que no había tiempo para despachos ni para sellos. He agotado cinco caballos para llegar aquí.

—Por última vez —dijo Fabio, casi en un susurro que me produjo un escalofrío— te lo pregunto: ¿qué ha pasado? Publio, si no puedes sujetar la lengua, al menos dale a este hombre un vaso de agua.

Los ojos del soldado mostraron gratitud. El goteo de sus cejas trazaba senderos en el polvo que le embadurnaba la cara. Se lamió los labios, se estremeció y se puso firme. Con voz uniforme, dijo:

—Sagunto ha caído, señor. Aníbal el cartaginés ha saqueado la ciudad después de un corto asedio.

—¿Y dónde estaban Escipión y su ejército? —preguntó Fabio.

—A1 este del Ródano, señor, persiguiendo a los ínsubros, que se habían rebelado.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

—Sí, señor. Creemos que fue una treta. Cogimos algunos prisioneros.

—¿Y?

—Y descubrimos que tenían oro cartaginés.

—Entiendo, entiendo.

Fabio se sentó. Yo me quedé donde estaba. ¡Mi padre!

—¿Y dónde está Escipión ahora, soldado?

—Se dirige hacia el suroeste, señor. Levantó el campamento en cuanto nos enteramos de lo de Sagunto. Tiene intención de cruzar los Pirineos para salir al paso de Aníbal. Yo tengo que llevarle las instrucciones del Senado tan pronto como sea posible.

—Bien. ¡Publio! —exclamó Fabio—. Ve y dile a mis colegas que como padre de la cámara convoco una sesión plenaria... enseguida, ¿lo has entendido? Envía mensajeros. Quiero a todo el mundo aquí antes de una hora. —Miró la candela graduada que ardía en su escritorio—. ¡Ah! El viejo Claudio tiene gota. Envíale una litera.

Asentí con la cabeza. Mientras me daba la vuelta para irme, el soldado me detuvo.

—¿Eres Publio Cornelio Escipión? —El mismo.

—Entonces, con tu permiso, Fabio Pictor, tengo otro mensaje para ambos.

—¿De quién? —preguntó Fabio.

—Del padre de este joven.

Fabio asintió con la cabeza.

—Adelante.

—Te da las gracias y espera poder hacerlo en persona en otra ocasión. Dice que está seguro de que nadie podría enseñar mejor a su hijo, pero que ya da igual porque a partir de este día el *triconium fori* de Publio Cornelio Escipión se suspende. Comienza su *triconium mílitiae*. Publio Cornelio Escipión, tu padre me envía a buscarte. Tienes que reunirte con él en el ejército, al servicio del Senado y del pueblo de Roma.

Corrí por el pasillo. Mi corazón ardía. Era joven y los jóvenes aman la idea de la guerra.

Aquella noche, mientras dormía a pierna suelta, con el equipaje hecho y preparado para irme con la primera luz del alba, soñé con trompas de guerra y alarmas, con marchas, batallas y gloria. Ahora que soy viejo, cuando vuelven esos sueños me levanto cubierto de sudor y temblando. Como ya se verá si tengo tiempo, he conocido el horror de la guerra. Vidas que terminan. La vida sigue. Es un gran misterio.

SEGUNDA PARTE

La prueba

Par est fortuna labori.

La suerte es inseparable del esfuerzo.

Proverbio romano

Habían pasado cuatro días. Llegó la orden de que teníamos que partir. Así que el quinto día fui a mi habitación después de desayunar pan (sí, después de casi cuarenta años todavía lo recuerdo), queso e higos y leche tibia de cabra con una pizca de canela. Releí la carta a Lelio que había dejado sobre la cama, la carta que Festo tenía que llevarle cuando me hubiera ido. Una vez más, revisé mis alforjas. Frontino, el soldado que había traído el mensaje de mi padre, me había dicho lo que tenía que llevar: «Lo menos posible».

—¿Puedo llevarme mis mejores sandalias? —pregunté.

—Por lo que a mí respecta, señor, te puedes llevar a tu misma abuela, pero... —Mis ojos lo hicieron callar. Yo era un Escipión, nacido para mandar. Él lo sabía y su mirada bajó lentamente hasta los pies. Luego, en voz más baja, continuó sin mirarme—. No hay muchas ceremonias en el campamento, señor. Lo mejor que puedes llevarte no puedes empaquetarlo.

—¿Y qué es, Frontino?

—Tu salud.

Todos los miembros de la casa estaban en la calle para verme partir, una muchedumbre informal e inquieta, una familia, pensé mientras cruzaba la puerta y los miraba, una familia huérfana de madre y, durante varios meses, huérfana de padre; y ahora yo también me iba. Sentí un nudo en el estómago.

Lo busqué con la mirada. Vi a su niñera, envuelta en un chal para combatir el frío de la mañana. Estaba aprendiendo a hablar, según había sabido por Festo. Lucio, mi casi desconocido hermano menor, estaba jugando con guijarros a los pies de su niñera. Me agaché a su lado. El niño levantó la vista y se apartó de mí, abrazándose a las piernas de la niñera. Alargué los brazos para cogerlo. Se apartó.

—Adiós, hermano. Te prometo... —¿Qué promesas podía hacerle?—.Te prometo que te traeré un regalo de allende los mares.

De su nariz salía un hilo de moco. El pequeño se lamió los labios y miró fijamente al suelo.

Mi hermana Cornelia estaba delante del grupo, tranquila y reservada. En las raras ocasiones en que la había visto siempre tenía un aire de autocontrol. La miré. Su pelo era espeso y tenía, pensé, algo del lustre del de nuestra madre.

—Adiós, hermana —dije.

Cornelia inclinó la cabeza y sonrió, no sólo con la boca sino con los ojos. ¿Cuántas mujeres de la gens Escipión habían visto a sus hombres partir hacia la guerra?

Oí pasos detrás de mí. Me di la vuelta. Era Festo, con un zurrón de piel de cabrito.

—Es para el viaje, amo.

Me di cuenta de que ya no anteponía el «joven» al «amo».

—¿Qué hay dentro, Festo?

—Sólo comida. Para ti y el soldado. He oído que las posadas que hay a lo largo de vuestro camino son pobres.

Sabía dónde íbamos y, probablemente, por qué. Dicen que el viento es veloz y así son las noticias. Siempre lo mismo: si quieres saber lo que está pasando, pregunta a los esclavos de la casa de un patricio.

Cogí el zurrón y me pasé la correa por el pecho.

—Gracias, Festo. Yo...

Se hizo un silencio expectante; todos los ojos estaban fijos en mí. No había pensado ni una sola vez en aquello. Festo, Quinta, todos los esclavos y sirvientes, los mozos de cuadras y los jardineros, las lavanderas y las criadas, cuyo nombre no siempre conocía, estaban reunidos allí porque otro Escipión se iba a la guerra.

Me aclaré la garganta.

—Familia —comencé—, yo. . .

Todavía me pregunto qué habría dicho. Era un rito de paso, y yo lo sabía. El ruido de los cascos de dos caballos, uno pesado y otro ligero, vino a decir que el momento había quedado atrás. En un blanco corcel, y tirando de un mulo gris, apareció Frontino. Así que el mundo se acababa de perder otro discurso. Frontino desmontó al estilo militar, pasando la pierna por encima de la cabeza y el cuello del caballo, y se dirigió a la puerta, donde había dejado mis alforjas. En silencio, las llevó hasta el macho y se las colgó del lomo. El mulo, protestando por el peso inesperado, se removió y coceó. Alarmado, el grupo se echó hacia atrás.

Frontino me miró. Montamos.

El humo salía en espirales perezosas de los fogones de la cocina. Empezó a caer una llovizna uniforme. Todos los ojos estaban fijos en mí.

—*Valete* —dije con voz cansina—. Cuidaos.

Mientras le daba la vuelta al caballo, oí la respuesta colectiva de los presentes:

—*Et tu, vale*. Cuídate tú también.

Me desperté al sentir el olor de la comida, guisado, quizás, o potaje, y los martillazos de la fragua de abajo. El sol estaba alto y brillante. Mi espalda estaba entumecida por la extrañeza de la cama. Debajo del lecho encontré un bacín. Mi orina era muy amarilla, imaginé que a causa del vino que había bebido la noche anterior

«Eres lo que comes», dicen los pitagóricos, y lo que bebes, me dije. En un rincón había una palangana. Me lavé la cara y, con los pulpejos de las palmas, me froté los ojos para despejarme la modorra.

Me até el cabello y salí de la habitación en busca del origen del olor. Era extraño que después de una cena desacostumbrada y copiosa tuviera hambre.

La viuda Apurnia levantó la vista del fuego cuando entré. Señaló una silla.

—Siéntate ahí. —Su latín era fluido, pero su voz no. Al dirigirse hacia mi con un plato de guisado, vi claramente su cara por primera vez. Llevaba la pena como una máscara, en las tirantes arrugas que rodeaban sus ojos y su boca. Su cara era la propia de quien ha viajado mucho pero no ha llegado a ninguna parte—. ¿Quieres pan? —preguntó.

—Sí.

Sacó un pan del horno que había encima del fogón y me lo entregó junto con un cuchillo; luego volvió a la chimenea y se sentó, dándome la espalda, en un taburete.

—Come, extranjero, come —murmuró.

Corté una rebanada de pan, lo mojé en el caldo y me lo comí.

—Delicioso —dije.

—Más sencillo que lo que comiste anoche —contestó, dando vueltas con una larga cuchara de madera al puchero que tenía delante.

Seguí comiendo. El guisado estaba delicioso. Cabra, pero no muy fuerte y ligeramente sazonada con algo parecido al cardamomo. Hacía mucho tiempo que no había comido nada parecido. Cocinar era una de las mayores habilidades de mi madre; me detenía entre cucharada y cucharada y recordaba, con ese extraño anhelo que sentimos por algo que hemos perdido y no podremos encontrar otra vez. ¿O es que su único valor reside en el hecho de haberlo perdido?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —me preguntó Apurnia de repente, con brusquedad—. Hay una feria dentro de tres días. Necesitaré tu habitación.

—Ya sé lo de la feria. Me iré esta misma mañana.

—¿Has aceptado el trabajo?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo? —dijo con sorna—. Esto es Capua, forastero. La gente sabe lo que vas a hacer antes de que lo hagas. Hay un refrán que dice que en Capua los secretos sólo pueden contarse una vez —dijo con aire de amargura—. ¿Más guisado?

—No, gracias. Es mucho más de lo que acostumbro a comer. Está muy bueno, por cierto.

—Hum. Hombres. Agradecimientos. Pero cuando tienen el vientre contento, el de arriba o el de abajo... —Se volvió hacia mi con el entrecejo fruncido. Luego su mirada se dulcificó. ¿O fue un efecto de la luz?—. ¿De dónde eres? He oído que procedes de Calcedonia.

—Eso he oído yo también de ti.

—Nací allí, eso es todo. He pasado toda la vida aquí.

—¿Cómo es eso?

—¿Quieres decir que no lo has oído? Debes de ser la única persona en Capua que no lo sabe. Vine como esclava. Mejor dicho, como hija de una esclava.

—Pero ahora eres libre. Esta casa...

—¡Libre! —había angustia en su voz—. ¿Libre? ¿Para tener marido? ¿Para criar dos hijos?

—¿Dónde están? pregunté con amabilidad.

Golpeó el borde del puchero con la cuchara, produciendo un estremecimiento en la grasa de la superficie.

—Están donde van los hombres después de esta vida.

—¿Quieres decir que han muerto?

—Sí, están muertos, forastero, los tres, muertos por Roma. —Se levantó secándose las manos en el delantal de piel que llevaba a la cintura, y se volvió hacia mí—. Bien, deja el dinero y vete.

Yo también me levanté. Entonces me di cuenta de lo que resultaba tan extraño en su cara. Tenía una frente grande, pero prácticamente cubierta de pelo; en los lados, el pelo le crecía casi desde las cejas.

—¿Qué estás mirando?

—Tengo el morral en la habitación, lo cogeré y seguiré mi camino.

—Hazlo.

—Pero una cosa. Has dicho que viniste como hija de una esclava. Pero ahora, obviamente, eres una ciudadana libre. ¿Cómo.. . ?

—¿Cómo sucedió? No es asunto tuyo. Y si lo es, no debería serlo.

Fui a coger el morral y dejé encima de la cama más dinero del que me había pedido. Di las gracias a Sosio por el oro. Me había dado libertad de elección entre trabajar para Labieno e irme. Bajé las escaleras y salí a la calle; había dado unos pasos cuando oí que una puerta se abría detrás de mí. Me di la vuelta. Era Apurnia.

—Ya que te vas, forastero, será mejor que oigas la historia de mis labios. Fue Labieno quien compró mi libertad.

Me acerqué a ella.

—Probablemente oigas decir que fue por... —vaciló—, por los servicios prestados. — Dijo estas últimas palabras con cuidado.

—¿Y no fue por eso?

—No en la forma que muchos insinúan —Dijo esta vez con pasión—. Fue por... no importa. Lo descubrirás cuando lleves algún tiempo aquí.

—Haces que parezca una casa extraña.

—¿Una casa extraña? —Casi había tristeza en su voz—. No, aunque es más extraña de lo que parece.

Me di la vuelta para irme y tropecé con un muchacho gordo de unos doce años, que se dirigía a la puerta de Apurnia.

—Perdón —dijo. —No, ha sido mi...

Me quedé boquiabierto y se me fue la sangre de la cara. Tenía que ser él. Sólo podía ser él. El aspecto era demasiado extraordinario, el pelo del mismo negro carbón, la misma nariz de águila, los mismos ojos salvajes y penetrantes. Pero era imposible.

—Entra, Hannón —dijo Apurnia con dulzura—. Llegas tarde.

Con la misma rapidez de movimientos que tan bien conocía, el chico se encogió para cruzar la puerta junto a la mujer.

—¿Hannón? pregunté a la viuda, recobrando la compostura—. Es un nombre cartaginés.

Apurnia asintió.

—Sí lo es. Pero en Capua hay gente de muchas naciones. Vete en paz, forastero.

—¿Podría. . . ? —me froté la cara. No podía ser. Sí podía. Tenía que preguntarlo—. ¿Cuál es el nombre de su madre?

—¿Su madre? —Se mordió el labio—. Ya que lo sabe toda la ciudad, bien puedo decírtelo —se irguió—. Soy yo.

—Pero dijiste...

—¿Que tenía dos hijos y los dos muertos? —Asentí con la cabeza—. Es cierto. Eran los hijos nacidos de mi matrimonio. Después tuve a Hannón. Pero él, como te dirá cualquiera, es hijo bastardo.

—Pero tenía un padre.

Sonrió con ironía.

—Vaya. Sabes demasiado.

—¿Quién fue?

Dio unos pasos para alejarse de la puerta.

—Forastero, ése es un secreto en Capua que está y seguirá estando a salvo conmigo. Ahora vete.

Nunca me ha gustado montar a caballo; prefiero andar. Lanisto me había enseñado bien, pero creo que para ser un verdadero jinete hay que haberse educado con los nobles brutos. Yo había aprendido a cabalgar, cierto, pero como un técnico. Me faltaban la soltura y el sentido de la empatía que ha de tener un auténtico jinete.

Los jinetes como yo son como los alfareros romanos que copian los vasos griegos. Saben copiar, pero no pintar ni crear. Tales habilidades, como montar bien a caballo, o se nace con ellas o se aprenden de joven.

Incómodo en mi mulo, seguí a Frontino mientras subía y bajaba, subía y bajaba. Cruzamos el foro, casi desierto todavía, bañado por una débil luz que brillaba a través de la llovizna y que reverberaba en las húmedas losas del suelo, en las que resonaban los cascos de los animales. Mi macho estaba ya tranquilo, supongo que porque intuía que yo era más un viajero que un jinete.

En cuanto dejamos el Foro y nos adentramos por las estrechas callejas del barrio de los tejedores, miré hacia atrás. Vi las casas del Palatino, los recientes bloques de viviendas que se apelotonaban al pie de la colina, y luego, tan viejo como la misma Roma, el templo de Júpiter Capitolino al otro lado del Foro y el lago de Curcio.

Devoré la vista como si fuera comida para el viaje, pues no sabía cuándo volvería a contemplarla; recuerdo haber pensado cómo me gustaba la variedad de lo viejo y lo nuevo, de la arquitectura funcional y la religiosa. Los edificios de Roma son tan variados como la vida de los hombres.

Había oído hablar de la construcción de la Vía Flaminia, el nuevo camino de Roma hacia el norte. Me lo había contado Fabio. Su constructor, el censor Gayo Flaminio, era amigo suyo, aunque Flaminio era, como el padre de Lelio, un *homo novus*. Fabio había conseguido que la ley del nuevo camino se abriese pasó en el senado, una misión, bromeaba a menudo, más difícil que la construcción de la misma vía. Como de costumbre, estaba la cuestión de la propiedad de los terrenos afectados, los derechos de tránsito, las compensaciones, la letra de la ley.

Nada de lo que había oído me había preparado para lo que vi cuando atravesamos la puerta Capena. Recto y largo, el camino se dirigía hacia el norte y sus adoquines

brillaban al sol y bajo la lluvia que caía en oblicuo. A la izquierda estaba el camino viejo, la Vía Salaria, usada desde tiempos inmemoriales para transportar sal. Pero la Vía Salaria estaba sin empedrar y llena de socavones. Flaminio y el Senado pidieron un nuevo camino para enviar a nuestros soldados a toda prisa si había problemas con los galos. Al menos ésa fue la razón oficial. Estoy seguro de que había otras, pero no sé cuáles eran.

Frontino, delante de mí, se había detenido.

—No hace falta que mires ahora, señor. Tendrás tiempo de sobra más adelante —dijo mientras me acercaba a él.

—Es sorprendente, Frontino.

—Y recién terminada —dijo con orgullo—. Uno de los ayudantes de los ingenieros era primo mío.

—¿Hasta dónde llega?

—Hasta Arímino, por Narnia, Mevania y Nuceria. En Nuceria tendremos que desviarnos y coger el viejo camino de la sal.

—¿Tan malo es?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque el avance será más difícil y más lento. Yo lo sé bien. He estado a punto de romperme el cuello en varias ocasiones, yendo hacia el sur. Pero no podemos permitirnos llevar los caballos al paso.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque las instrucciones de tu padre son que vayamos a toda prisa. Debemos dirigirnos a Massalia a buscarlo. Ir a toda prisa significa ir por mar, no por tierra. Así que nos detendremos en Populonia y si no hay ningún barco allí, lo intentaremos de nuevo en Pisa. Bueno, vamos a comprobar los nudos de tus alforjas. Luego, señor, cabalgaremos.

Lo que más me gustaba era la pasividad. Lo único que tenía que hacer era sentarme allí, estarme quieto y tratar de olvidar al muchacho que había visto. El barbero quiso trabar conmigo su habitual conversación chismosa, pero como no le respondí, lo dejó pronto. Era la primera vez en muchos años que me cortaban el pelo. Los romanos sienten un profundo desprecio por los pelos largos. Debe de venirles de su arraigado temor a los galos, que nunca se cortan el pelo ni la barba, y que desde hace tiempo es el único pueblo que planta cara a Roma. Llaman al país Galia Comata*, la Galia de la cabellera, o al menos lo llamaban así antes y, sin duda, las niñeras todavía asustan a los niños con cuentos sobre los galos peludos que irán a matarlos por la noche.*

Vi tirados los mechones de mi pelo, de color negro mezclado con gris, y sonreí. Me gustó el pensamiento de que no sólo el vello púbico que me había afeitado era gris.

Pasamos de andar al paso a un ligero trote y luego al medio galope, exactamente como me había enseñado Lanisto. Pero me habían enseñado sobre arena. Allí, sobre piedras, mis huesos se resentían.

Mi caballo se limitaba a seguir a Frontino, corriendo sin guía ni dirección. Traté de ajustar mis maniobras al ritmo de su paso. Supongo que es una canción que cantan los caballos, pero aquellas primeras horas fueron desagradables, me temo.

Suspiré de alivio cuando nos detuvimos en la primera posada y desmontamos.

—Sólo agua para los caballos —dijo Frontino— y un poco de paja.

Cuando volvimos a montar, sentí las escoceduras que tenía en los muslos. Frontino vio la mueca que hice y sonrió.

—Si me permites que te lo diga, señor —dijo mientras cabalgábamos a la misma altura—, es por las piernas. Rígidas en la subida, flojas en la bajada. Tú las pones rígidas en ambos casos.

Durante aquel primer día casi no hablé con él. Conforme dejé de preocuparme por el caballo, me puse a pensar. Mi actitud pareció gustar a Frontino, que no intentó entablar conversación.

De todas formas, hablar sólo habría sido posible durante los ratos que íbamos al paso. Así que mientras cabalgábamos por la Vía Flaminia, pensé en todas las pequeñas cosas que me habían preparado para lo que acababa de empezar, las personas, factores e influencias que me habían convertido en lo que era. Rufustino, Eufanto, mi amor por la luz, Quinta y su bondad, Lanisto... una vida compuesta de muchas partes. Hispala cruzó mi mente. Ahuyenté el pensamiento. Yo me dirigía hacia la guerra.

Cambiamos los caballos en una posta, una serie de cobertizos y cuadras destartalados que había al lado del camino. El mozo nos puso mala cara.

—¿Qué le ocurre? —pregunté a Frontino cuando el joven se alejó bruscamente, según dijo, para ver a su amo.

—Esperaba dinero y una buena propina.

—Pero le pagaremos, ¿no?

—Sí, claro, pero no de la forma que él quiere.

—¿Cómo entonces?

—Le pagaremos con esto.

En la mano estirada de Frontino había una pieza rectangular de mármol blanco. Descifré las palabras grabadas: *senatus populusque romanus*.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un salvoconducto. Del mismo Senado. Por encima de todo, somos, mejor dicho, soy —dijo dando palmadas en el pequeño zurrón de piel que llevaba cruzado en el pecho— mensajero del Senado, con instrucciones para tu padre.

—¿Y el salvoconducto?

—Es para que la posada envíe la factura al Senado.

—Lo que significa que cobrarán.

—Sí, pero no antes de un mes por lo menos. Y el recaudador se llevará un porcentaje. Dos buenas razones para que prefieran cobrar en efectivo. Me reuniré contigo dentro. Primero quiero pasar por la letrina.

Después del barbero, anduve por el mercado durante un rato, mirando y escuchando. Me gustaba ver que la vida seguía su curso. La normalidad, sea lo que fuere, estaba allí. Me sorprendió la variedad de los productos que había a la venta. Claro que hacía seis años que Aníbal había quemado las fértiles tierras que rodeaban Capua. Tiempo más que suficiente para recuperarse; pensé en el viejo Sosio, plantando sus judías en el ruinoso Secunio, porque, ocurra lo que ocurra, a semejanza de las estaciones, la vida no se detiene. El viento siempre soplará, la lluvia caerá, los hombres nacerán y morirán. Si Sosio, destrozado, dejaba la azada y pasaba hambre, otro, en alguna otra parte, la empuñaría de nuevo.

También me llamaba la atención la variedad de productos importados. El comercio de Roma no se había interrumpido, lo cual decía mucho de la gran flota de Cartago. ¿Qué impedía a los cartagineses interrumpir el comercio romano? Podían haberlo hecho sin mucho riesgo. Veinte o treinta barcos piratas habrían bastado.

Entonces descubrí lo que había estado buscando, mi único preparativo para la casa de Labieno. En un rincón de un puesto de especias, realzado con los colores de la casia, el clavo, el jengibre, la nuez moscada, el macis, la cúrcuma, el cardamomo y la canela, encontré un bloque gris de goma. Lo compré (yo mismo lo cortaría en tiras) y me lo guardé en el morral, me palpé la cabeza sintiendo la extrañeza del pelo corto, y seguí paseando.

Cabalgábamos ya por colinas. El camino estaba lleno de hierbas y flores. Muchas las conocía, pero había muchas más que no había visto en mi vida. Estuve a punto de parar a Frontino para preguntarle si las conocía él; la verdad es que, aunque las hubiera conocido, no era momento para lecciones de botánica. Entonces pensé en Lelio y en la carta que le había dejado. Estaba seguro de que ya la habría leído, incluso podía estar leyéndola mientras cabalgábamos. Supongo que no es importante para mi historia, pero entonces me pareció que sí. Aquella carta era la única ancla que había dejado atrás. Me había despedido de Roma y de mi infancia, y al irme había dejado un amigo.

La carta era breve; era la primera que había escrito en mi vida. Le decía a Lelio que lamentaba no haberlo visto durante mucho tiempo; que iba a reunirme con mi padre y que, por lo tanto, también con el suyo y que esperaba que al final el mismo Lelio se reuniera conmigo. Se lo pediría a mi padre y luego enviaría por él. Estuve un rato sin saber cómo terminar la carta. Deseaba y no deseaba mostrar mis sentimientos. Así que al final firmé «tu querido amigo», aunque pensé que las letras tenían un aspecto feo en la cera.

A1 llegar a la siguiente posta, Frontino volvió a detenerse y bajó del caballo.

—Los caballos aún no están cansados, Frontino —dije—. Ni siquiera los hemos llevado al galope.

—Los caballos son como las personas, señor. No hay dos iguales. El mío está bien, pero mira el tuyo. —Sentado encima, rodeado por una nube de moscas zumbantes, mi montura, una yegua, descansaba apoyándose ora en una pata, ora en la otra—. Eso quiere decir que está agotada —dijo Frontino—. Son sus cascos. Puede que el nuevo camino sirva para que desfilen hombres calzados con botas, pero no caballos. No quiero que el animal reviente y que tengamos que utilizar nosotros las piernas, así que lo cambiaremos.

Cabalgamos entre el polvo dorado, con el sol poniéndose por la izquierda, y sentí que la brisa secaba la lluvia matutina de mi capa. Dormimos en colchones de paja, en el suelo de una posada cochambrosa.

—Gracias, Festo —dije para mí, mientras hacía a un lado el plato de gachas rancias y apestosas, a la media luz de la mañana siguiente, y sacaba del zurrón una manzana y un queso teóricamente comestible—. ¿Quieres un trozo? —pregunté a Frontino.

—No, gracias —replicó, engullendo una cucharada de gachas—. He comido mejor, pero también peor. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Lleno de agujetas.

—Ya se te pasarán. Te habrás convertido en jinete antes de que encuentres a tu padre.

—¿Cuándo será?

—No lo sé, señor. Depende de dónde esté ahora.

Llamé tres veces a la puerta de Labieno. Oí que quitaban trancas y descorrían cerrojos. Esta vez no miraron por el ventanuco. La puerta se abrió. Entré. El portero apareció detrás de la puerta. Era viejo y encorvado, distinto del anterior. Supuse que sería el portero de día. Su cara era casi invisible detrás de una inmensa barba gris y bajo el pelo revuelto. Labieno da a sus esclavos más libertad que muchos, pensé. Pero las ropas de aquel hombre estaban limpias y no olía mal.

—Buenos días. Te esperan —dijo—. Soy Fulvio, el portero principal. —Me sonrió, sin dientes, pero con cordialidad.

—Y yo soy Bostar de Calcedonia —contesté.

—Lo sé. Me lo dijo el amo en persona. Dijo que vendrías esta mañana, así que te esperaba. ¿Hay bolsas? —añadió.

—¿Perdón?

—¿No traes bolsas?

Miró a mi alrededor.

—¿Bolsas? —dije—. No, ninguna.

Eructó y se llevó una mano nudosa a la boca. Los nudillos estaban rojos e hinchados. Artritis. Quizá permitiera que le curase.

—Entonces, mira —señaló el sendero que iba hacia la casa—. Artijes te está esperando. El amo no está. Se ha ido. Al tribunal, así que volverá. . .

Sin dejar de farfullar, Fulvio se metió en su pequeño cobertizo y yo tomé el camino que había recorrido ya dos veces.

Esta vez a la luz del sol, vi que la casa era inmensa, toda pintada de blanco. Rodeándola por tres lados, el jardín se extendía más allá de mi vista.

El segundo día tuvimos que cabalgar más despacio, casi siempre al paso y nunca al trote. El camino aún no estaba empedrado y los adoquines sueltos eran una mala superficie para los cascos de los caballos. A ambos lados del camino había torres de adoquines preparados para instalarse y montículos de arena y piedra para retirar.

—¿Por qué esta parte está sin terminar? —pregunté a Frontino.

—Estaban trabajando aquí cuando fui hacia el sur —contestó—. Pero llevaba un despacho de tu padre pidiendo más hombres al Senado. Me inclino a creer que a los que estaban en este tramo se les está pasando revista en este momento y los están preparando para partir.

—¿Más hombres? ¿Cuántos ha pedido mi padre?

—Eso no lo sé, señor. Soy un soldado, no un general.

—¿Cuántos tiene en este momento?

—Bueno, cuando me fui, tres legiones de treinta manípulos cada una, aunque hay una porción de hombres de baja a causa de las fiebres. Pero está el otro cónsul, Sempronio, en el sur, en Brucio, creo. Quizás el Senado envíe a buscarle. Lo que sí sé es que, en el momento de mi partida, partió otro mensajero de tu padre para que viera a tu tío, que tiene el mando de la guarnición de Placentia, para indicarle que acudiera al oeste. Eso quiere decir al menos cuatro legiones.

—Veinte mil hombres, en ciento veinte manípulos.

—Menos los que tu tío deje para defender Placentia. Pero hay que añadir a las tropas auxiliares. Tu padre ha hecho reclutas.

—¿En Hispania?

—No, en las Galias, entre las tribus leales.

—No sabía que hubiera ninguna.

Frontino me miró y sonrió.

—Las hay cuando vamos ganando y les pagamos. Pero tu padre también tiene al menos una compañía de honderos baleáricos y he oído decir que tu tío tiene otras dos.

—¡Así que es una guerra de verdad!

—No, todavía no. A1 menos, no oficialmente. Aníbal ha saqueado Sagunto, pero recuerda que no es una ciudad romana, al menos oficialmente. De modo que, por sí mismo, no es un *casus belli*. El Senado no va a declarar la guerra sólo por eso... al menos yo no lo creo.

—¿Qué hará?

—Aún no lo sé, señor. Aunque imagino que la respuesta a tu pregunta está en los despachos que llevo a tu padre. Supongo que protestarán ante el Senado cartaginés y exigirán que Aníbal se ajuste al tratado.

—¿El que limita la influencia cartaginesa al sur del *Iberus*?—Gracias, Fabio, pensé. He sido bien enseñado—. Pero Sagunto está al sur del Iberus.

Frontino pareció impresionado.

—Sí, señor, tienes razón en lo del tratado y en lo de la situación geográfica de Sagunto. El caso es que es un aliado de Roma, un *socius*, aunque esté al sur del *Iberus* y por lo tanto en territorio cartaginés. Así que Aníbal tendría que haber dejado la ciudad en paz. Pero todo esto es teoría.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, los tratados y las alianzas reflejan lo que se quiere que ocurra. Pero he hablado con algunos reclutas de Hispania que están a las órdenes de tu padre. Parece ser que Aníbal no es un simple bandido: ha derrotado a varias tribus hispánicas importantes. Su ejército está increíblemente bien entrenado y no se apoya en los elefantes. Aníbal tiene un apodo entre las tribus de aquellas tierras.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es?

—Algo así como El Imprevisible, señor. Siempre hace lo que menos se espera, según dicen. Señor, yo sólo soy un soldado que obedece órdenes, pero me parece que no sabemos qué fin persigue el tal Aníbal. ¿Por qué se dirige tan al norte? Está a millas de Cartagonova, la última colonia cartaginesa, por no hablar de las minas de plata que tienen cerca de Gades. Pero lo que realmente me confunde es que no puede ir a ningún lado. La costa está bloqueada por nuestra flota. Y aun en el caso de que cruzara los Pirineos y consiguiera atravesar el ejército de tu padre, encontraría el de tu tío y quedaría atrapado.

—¿Atrapado? ¿Por qué?

—Entre nuestros ejércitos y los Alpes.

—¿No podría cruzar los Alpes?

—Disculpa, señor, pero eso es imposible. ¿Cruzar los Alpes? Espera a verlos. No. —Frontino se echó a reír—. No, no puede hacerlo nadie... excepto un mago o un águila.

Nos quedamos en silencio. Me pregunté qué aspecto tendría El Imprevisible y qué sería lo próximo que hiciera. Continuamos cabalgando.

Artijes me recibió otra vez en el porche. Su sonrisa era cálida y sincera. A la luz del día parecía aún más joven de lo que me había parecido, alrededor de treinta años.

—Bienvenido, Bostar de Calcedonia. Me alegro de verte. Labieno me ha contado tu decisión.

—Bueno, probaré a sus hijos al menos durante un trimestre... y, como es lógico, ellos me probarán a mí. ¿Dónde están? Me gustaría conocerlos.

Artijes pareció confuso. Su mirada vaciló.

—Me temo, Bostar, que están durmiendo. Se levantan tarde, ¿sabes?, porque. . .

—¿Porque pasan toda la noche fuera?

—Exacto. Hombres, ya se sabe cómo son. —Soltó una carcajada más bien hueca—. Pero a la hora de la comida estarán levantados. Entonces los conocerás. Mientras tanto te enseñaré tu habitación.

—Y el aula, no lo olvides.

—Desde luego. ¿Dónde están tus cosas? ¿Las traerá Fulvio?

—Mis cosas, Artijes, están aquí. —Abrí los brazos.

—¿No tienes libros, ni mapas, ni otras ropas?

—No, pero hay unas cuantas cosas que me gustaría que me compraras antes de empezar las clases mañana. Labieno dijo que tú te ocuparías del asunto.

—Desde luego. ¿Sandalias nuevas? ¿Camisas?

—No, no —dije riendo—. Soy preceptor, no sastre. Sólo unas cuantas herramientas necesarias para el ejercicio de mi profesión.

—¿Estuviste cómodo en casa de la viuda Apurnia? —preguntó Artijes cuando atravesábamos la casa.

—Sí, mucho. Aunque es una mujer extraña. —Noté que Artijes se ponía rígido. Me detuve y lo miré—. Tiene un hijo llamado Hannón.

—Ah, sí, el bastardo.

—¿Qué sabes de él?

Artijes se ruborizó y se aclaró la garganta.

—Bostar, ése es un tema que no deberías tocar en la casa de Labieno.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque. .. —Se acarició la barba, tal vez nervioso—. Bien, te lo contaré, pero no vuelvas a hablar del tema. Apurnia sirvió aquí. Su hijo bastardo, Hannón, fue concebido en esta casa. Luego ella, bueno... se fue para hacer lo que hace ahora. ¿He respondido a tu pregunta?

—Casi. ¿Cuántos años tiene el chico?

—Doce.

—Otra cosa. ¿Quién es el padre? Artijes se sobresaltó.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me recuerda a alguien que conocí.

—¿Sí? Bueno, en eso no te puedo ayudar.

—¿Por qué no?

—Por la mejor de las razones: no lo sé. Bien, ¿podemos continuar?

Continuamos, aunque sabía que estaba mintiendo.

Pasó el segundo día, y el tercero. Nos detuvimos en Populonia, pero no encontramos barcos ni noticias de ninguno.

—Pero tiene que haber alguien esperando —preguntó Frontino al encargado del puerto.

—Ya sabes lo que pasa —contestó—: Cuando los mercaderes oyen que puede haber guerra, desaparecen.

—¿Guerra? ¿Quién lo dice?

—¿Quién no lo dice? Es la comidilla de la ciudad.

—¿Y nuestra flota? ¿No hay rastro de ella?

—A1 otro lado del mar, joven, es lo último que he oído, patrullando (¿o debería decir vigilando?) la costa desde Emporion hasta lo que queda de Sagunto. Maldita Hispania. En mi opinión no ha sido más que un problema. Y mis viejos huesos presienten que hay más problemas en curso.

Comimos, bebimos y continuamos viaje. Me encontraba ya más a gusto sobre el caballo.

—Dime, Frontino, ¿de dónde eres? —pregunté.

—De un pequeño pueblo del sureste de Roma, señor. No habrás oído hablar de él.

—¿Y tu familia?

—Son agricultores. En su mayoría se dedican a la aceituna y tienen algunas cabras. Pero yo era el más joven de seis hermanos, así que no tenía mucho futuro allí. Un día llegó una patrulla reclutando mozos. Acababa de cumplir diecisiete años y me fui con ellos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Siete años, señor, así que me quedan nueve para licenciarme.

—¿Y después?

—Cobraré la paga y la pensión, y me compraré un pequeño terreno.

—¿Y harás algo en particular?

—Bueno, me gustaría casarme, claro, y tener hijos. Todavía seré joven y, si Júpiter quiere, con capacidad. Y me gustaría tener abejas.

—¿Abejas?

—Sí, señor. Me gustan. Ordenadas, industriosas. . .

Había verdadera vida en su voz. Y mientras el sol avanzaba a nuestras espaldas, Frontino me habló de abejas. Raramente he conocido a una persona que no tuviera una pasión u otra. Sólo hay que preguntar hasta descubrirla. Frontino no sólo tenía pasión por las abejas, sino un don especial. Otros tenían que ponerse gasas, máscaras, guantes y sombreros para recoger la miel. Frontino no. De pequeño había descubierto que las abejas no le picaban.

Paramos para que descansaran los caballos, y nosotros con ellos, a la sombra de un viejo roble cuyas ramas se alargaban como los años.

—Así que te hiciste legionario.

—Eso hice. Dos años de astero.

Lógicamente, yo conocía los tres rangos del soldado romano, que reflejaban nuestra formación bélica en tres cuerpos. Los asteros, los más jóvenes, formaban la línea delantera, armados con astas, lanzas o pilos. Luego estaban los principales y, detrás de ellos, las tropas más experimentadas, los triarios. La teoría decía que los asteros paraban el golpe del ataque, pero tenían detrás a los principales y a los imperturbables triarios, literalmente empujándolos. Si se rompía la línea de los asteros, los principales intervenían; éstos no necesitaban pilos a una distancia tan corta. Si se rompía la línea de los principales, entonces les tocaba a los triarios.

¿Y si esta línea se rompía también? Sólo había ocurrido una vez, hace doscientos años, cuando los galos rompieron nuestra última línea en la batalla de Alia y saquearon Roma. Desde entonces, el ejército de Roma ha sido invencible... bueno, si exceptuamos a Pirro, pero fueron sus elefantes los que rompieron nuestras líneas y aun así seguimos luchando. Todo el mundo sabe, según me habían enseñado, que el ejército romano no puede ser derrotado. Entonces, ¿qué estaba haciendo Aníbal? Alejé este pensamiento. Si se dirigía hacia el norte, se encontraría con nuestro ejército y, como muchos otros, tendría suerte si podía escapar dando media vuelta.

—¿Por qué no te enrolas en la caballería, Frontino? Seguro que te has criado entre caballos.

—En principio, señor, porque no me lo ofrecieron. Segundo, y con tu permiso, porque no nos tomamos en serio a la caballería. Sólo hay trescientos jinetes por legión, y siempre dando vueltas como si fueran tábanos. Realmente, lo único que hacen es explorar.

—Quizá sean buenos en eso.

—No lo creo, pero no soy yo quien tiene que decirlo, señor. Pronto lo verás tú mismo.

—¿Cuándo fue la primera vez que entraste en batalla?

—En la de Telamón, contra los galos. —Escupió—. Había hordas de galos salvajes, gésatas e ínsubros, boios y tauriscos, muchos desnudos y cubiertos de pintura brillante... ¡Uf! —Se estremeció.

—Parece que no te gustan los galos, Frontino —dije—. A mí me educó uno. Bueno, en realidad era celta.

—¿Gustarme? No quiero faltar al respeto a tu maestro, pero son animales. Han sido criados para la guerra. Los galos se beben la sangre del primer hombre que matan en una batalla. Después llevan ante sus reyes las cabezas de todos los hombres que han matado. Si no hay cabeza; no hay botín. Luego arrancan la piel de las cabezas y las curan y engrasan como si fuesen cuero, y las cuelgan de las bridas de sus caballos. Bueno, un soldado romano prefiere suicidarse a ser capturado por los galos. .. Pero sigamos, señor. He hablado demasiado. Será mejor que continuemos.

El cuarto al que me llevó Artijes era grande, luminoso y aireado; las paredes eran blancas y el suelo de baldosas de arcilla. Estaba en la parte trasera de la casa, al final de un largo pasillo que nacía a la derecha del atrio, y las ventanas daban a un estanque ornamental, cubierto de lirios y lotos. Las libélulas bailaban sobre el agua y las mariposas caían en picado y remontaban el vuelo. Era precioso y lo dije.

—Me alegro —contestó Artijes—. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Los pavos reales, me temo. Les gusta venir a beber aquí. Cuando estuviste ayer, me di cuenta de que encuentras su graznido desagradable.

—Más bien insufrible.

—En todo caso, he hablado con el jardinero principal.

—¿El jardinero principal? ¿Cuántos hay?

—Bueno, unos diez. Es que es un jardín muy grande. Ya lo verás. Quizás incluso llegues a enseñar en él, como... ¿cuál era aquel filósofo griego?

—Epicuro.

—Sí, Epicuro, el que enseñaba en un jardín. Bien, el jardinero principal dijo que acotaría esta parte del jardín, pero tardará unos días. Esos animales pueden volar, hasta cierto punto al menos, así que la valla tendrá que ser alta.

—Muy amable, Artijes. Estoy seguro de que sobreviviré si los veo sólo durante unos días. Más, no te lo garantizo. Quién sabe, quizás incluso sea bueno para mí —y nos echamos a reír.

—Dejaré que te instales. Hay un lavabo a tu izquierda. Te esperaré en el atrio y te enseñaré dónde darás las clases a los hijos de Labieno.

Tenía una cama, un baúl, una mesa y una silla, varias lámparas y candiles, cortinas. Incluso había un espejo de bronce, colgado en la pared. Tenía, por lo visto, un empleo. Y tenía planes propios. Cerré los ojos y pensé en Aníbal. ¿Su destino también estaba en curso? ¿Dónde estaría, y en qué situación?

Me senté en la cama y salté suavemente. No era la típica cama romana, con un armazón de correas de piel y un colchón de paja encima que se limita a colarse por los agujeros y a criar gibas, como bien había descubierto la noche anterior en casa de Apurnia. Era extraordinario que los romanos pudieran organizar flotas y ejércitos, construir caminos y grandes edificios públicos y no pudieran hacer una simple cama. Aquélla, sin embargo, era una cama de madera maciza con colchón de lana. Podría acostumbrarme a ella.

—Cuéntame más cosas de la batalla de Telamón —dije a Frontino mientras seguíamos cabalgando; por primera vez nos cruzamos con un grupo de carros que iba hacia el sur.

—Es muy sencillo, señor. Ganamos.

—Oí algo parecido a mi padre una vez. Lo que quiero saber es cómo fue.

—Soy el menos indicado para responder a esa pregunta. Harías mejor en preguntar a cualquiera de los oficiales que estuvo allí. Hay varios con tu padre.

—Pero quiero oírtelo decir a ti.

Negó con la cabeza.

—Ya lo descubrirás, señor. Verás, un soldado no sabe lo que está ocurriendo. Lo único que procura es seguir vivo. Hay hedor, sudor, sangre, gritos y un ruido increíble, y se perfora, se corta, se mata al hombre que hay delante, luego al siguiente, y alguien quiere meterse por un lado, duelen los brazos, se oyen martillazos dentro de la cabeza y ni siquiera se puede ver con claridad porque el sudor se mete en los ojos por culpa del maldito casco, y la batalla transcurre a un ritmo frenético.

—Pero seguro que sabes si vas ganando o perdiendo.

—No, al menos en ese momento. Tu manípulo puede que no se rompa. Incluso puede que esté avanzando, y no tienes ni el menor indicio de lo que ocurre en los otros manípulos de la línea.

—¿No?

—No quiero ser irrespetuoso, señor, pero te queda mucho por aprender. En la batalla, la vida y la muerte están a la distancia de un brazo a la redonda. En Telamón yo estaba en el flanco derecho. No sabía lo que estaba sucediendo en el central, ni en el izquierdo. Sólo cuando los galos que tenía delante de mí empezaron a dar media vuelta y a correr comprendí que estábamos ganando.

—¿Así que rompisteis sus líneas?

—No. Sólo los tuvimos a raya. Sólo más tarde me di cuenta de por qué se habían retirado. Fue el flanco izquierdo el que los hizo retroceder, a un estadio de donde yo me encontraba.

—Entonces los galos se dieron cuenta de que estaban rodeados y por eso huyeron, ¿no?

—Supongo que sí, señor. Pero a eso es a lo que me refiero cuando digo que tienes que preguntar a un oficial. Ellos se quedan fuera de la lucha, o lo intentan. Así ven lo que sucede.

—¿E imparten órdenes, adelantan reservas o caballería?

—Bueno, lo intentan. Pero no puedes ni figurarte el ruido que hay. No se oye nada. En Telamón hacía mucho viento, lo que empeoraba aún más las cosas. El único toque que creo que oí allí fue el de carga.

Bueno, yo estaba aprendiendo. Allí había mucho alimento para la mente. Caballería y órdenes. ¿Qué más habría que cambiar?

—En todo caso, Frontino, ganamos... y sobreviviste.

—Así es, señor, aunque por los pelos. —Yo cabalgaba a su izquierda. Se levantó la camisa para enseñarme el muslo izquierdo. Encima de la rodilla tenía una cicatriz larga y roja—. ¿Ves? Malditos galos. Buscan nuestros tendones. Se ponen frente a ti con una espada, luego se agachan, adelantan el otro brazo y te clavan un puñal. Si hubiera sido un palmo más abajo —dijo señalando la herida—, no estaría ahora aquí contándotelo.

—Pero seguro que un corte en un tendón no habría acabado con tu vida.

—Si caes al suelo en la batalla, señor, herido o empujado, créeme, estás muerto.

Sí, tenía mucho que aprender.

El aula, que se encontraba en una construcción independiente de la parte trasera, era mucho más que adecuada; estaba bien iluminada y era sencilla, con una mesa y una silla para mí, y una mesa más grande con dos sillas para mis alumnos, una pizarra en la pared y un buen surtido de tizas. Artijes había salido a buscar todo lo que necesitaba. Me senté en el aula y pensé en el plan de estudios que seguiría y en lo que esperaba cobrar. El equilibrio debía estar en aprender mientras enseñaba.

El sonido de un gong interrumpió mis meditaciones. Me levanté y salí; Artijes se acercaba por el sendero.

—Lo siento, Bostar, tendría que haberte prevenido —dijo riendo por lo bajo—. Sólo es el gong para comer. ¿Tienes hambre?

—Bueno, sí, pero...

—¿Pero qué?

—No creo que pueda comer erizos de mar y ostras.

Artijes se rió y su elegante dentadura despidió destellos.

—No te preocupes. Solemos comer caldo, pan y queso, y alguna ensalada.

—Eso no parece propio de Labieno.

—No, probablemente no le guste mucho, aunque en realidad, como notarías anoche, es un comensal frugal. Su lema es cualidad, no cantidad.

—¿Y el tuyo?

—¡Ah, el mío! —Volvió a reírse—. ¿Qué dice el oráculo de Delfos? Nada en exceso. Soy como el hombre de la anécdota favorita de Labieno, la del ilustre magistrado que siempre opta por navegar por la estrecha línea que separa la parcialidad de la imparcialidad. —Me reí por lo bajo—. Bueno, vayamos al asunto. Tus alumnos ya han debido de levantarse.

—¿Y se reunirán con nosotros?

—Suelen comer. Todas las, digamos, actividades necesitan la energía que proporciona la comida.

—¿Y Labieno?

—No, él come en sus aposentos. Tiene dos habitaciones privadas. No lo verás hasta la noche.

—Entonces, ¿ya has terminado tu temporada con los asteros, Frontino?

—Sí, aunque por suerte no ha habido más batallas contra los galos. Bueno, hubo unas cuantas escaramuzas después de Telamón, pero yo no estaba allí.

—¿No? ¿Y dónde estabas?

—En la enfermería, y luego en casa.

—Claro. Recuperándote de la herida. —Me avergonzó darme cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo tardaba en curarse una herida así—. ¿Y luego?

—Luego me reincorporé a la legión y a la primavera siguiente me pasaron a los principales.

—¿Dónde estabais apostados?

—En Placentia. Nuestra misión era defender el río Po.

—¿Y lo hicisteis?

—No, en realidad no. Publio Furio y Gayo Flaminio eran cónsules aquel año. Ya estaban hartos de las incursiones galas. Nuestros colonos no dejaban de quejarse de que les incendiaban las granjas y les robaban ganado. Los recaudadores de impuestos no dejaban de quejarse porque, como resultado, no había dinero para recaudar, mientras nosotros hacíamos instrucción y marchas, y nos entrenábamos tras los muros de Placentia.

—¿Y después?

—Fuimos hacia el oeste y cruzamos el río Clusio, atacamos a los cenomanos y quemamos las granjas de los ínsubros, al pie de los Alpes.

—Haces que parezca muy sencillo.

—Lo fue. Habíamos tomado la medida a los galos. Lo único que teníamos que hacer era aguantar su primera carga. Si no rompían nuestras líneas con ella, lo dejaban y se retiraban.

—¿Y cómo lo conseguíais?

—Fue idea del cónsul Flaminio, señor. Los asteros, en vez de atacar con los pilos, se arrodillaban cuando cargaban los galos y levantaban el escudo. Los galos tropezaban con un muro de escudos y los principales arrojaban sus lanzas por encima de los asteros.

—Parece ingenioso.

—Bueno, funcionó. .. al menos durante un tiempo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que los galos aprendieron a frenar aquellas carreras suicidas. Desde entonces se limitaron a pincharnos. Nuestros exploradores informaban de la proximidad de una partida de guerra, formábamos para la batalla, y en lugar de cargar, los galos lanzaban a una docena de hombres contra los flancos o la retaguardia y desaparecían.

—Entiendo.

Hasta entonces había pensado en la guerra como si fuera algo estático, como una partida que se juega con las reglas y las tácticas de los manuales militares. Pero parecía que las reglas y las tácticas estaban cambiando. Bien por el cónsul Flaminio. Me pregunté qué reputación tendría mi padre entre la soldadesca. No me atrevía a preguntar.

—Y ahora perteneces al estado mayor de mi padre. ¿Cómo lo has conseguido?

—No es exactamente el estado mayor de tu padre, señor. Recuerda que tenemos un nuevo cónsul cada año. Estoy adjunto al estado mayor del cónsul en funciones. Por eso nos llaman los «veletas».

—¿Veletas?

—Sí, señor. —Se echó a reír—. Los cónsules mandan en días alternos... en el caso de que sus dos ejércitos estén juntos. Así que los que pertenecemos al estado mayor tenemos que acostumbrarnos a la forma de obrar de dos hombres, no de uno, y girar según sople el viento.

—Ya veo. ¿Y quién decide quién servirá a los cónsules?

—Los centuriones más antiguos, señor. Lo deciden juntos y nombran a dos representantes. Una especie de puente, en realidad, entre el ejército y los mandos. Como sabes, cada cónsul tiene su propio legado, sus tribunos y otros oficiales.

No lo sabía, pero pensé que debería haberlo sabido. Quizá si hubiera tenido más tiempo o me hubieran advertido de que estaba a punto de comenzar el *triconium militae*, me habrían enseñado aquellas cosas. Así, he tenido que aprenderlas, como muchas otras, de primera mano. No sé si ha sido para bien o para mal. Me hizo lo que he sido.. . y, al menos durante un tiempo, según sea el veredicto, lo que soy.

—Así que fuiste centurión veterano.

—Efectivamente, señor —respondió con calor y orgullo—. Me he abierto camino a través de las clases de tropa, a través de los triarios. En realidad fui pilo primero, y centurión veterano, antes de pasar a mi actual destino.

Pensé rápidamente. Treinta manípulos, de ciento sesenta y seis hombres cada uno, suman una legión. Dos centurias, mandadas por un centurión, forman un manípulo. Así que hay sesenta centuriones en cada legión. Ser el más antiguo, el pilo primero, era un honor. Miré a Frontino con otros ojos; sólo tenía veintitantos años.

—A propósito, Artijes, ¿cómo se llaman los hijos de Labieno? pregunté mientras entrábamos en el comedor.

—Ah, sí. Perdona. Debería habértelo dicho. Córbulo y Rulo. Estarán aquí enseguida. De todas formas, empecemos a comer.

Esta vez no había triclinios. Una larga y estrecha mesa de madera de haya, con un banco a cada lado. Me senté junto a Artijes. Un esclavo trajo un cuenco de agua caliente y una toalla. Artijes y yo nos lavamos y secamos las manos. Acabábamos de empezar con la sopa cuando entró un joven desgarbado y torpe. Su cabello castaño estaba revuelto, pero llevaba la toga limpia. Un horrible acné le cubría la cara. ¿La alimentación? ¿La edad?

—Buenos días, Córbulo. Me preguntaba dónde estarías. Éste es Bostar, tu nuevo preceptor —dijo Artijes.

—Sí, sí, padre ya nos habló de él.

—¿De él? —dije rápidamente—. ¿Te refieres a mí? —Se detuvo confundído en mitad del comedor Se ruborizó ligeramente. Bien. Tontorrón, pero maleable—. Preferiría que en lo sucesivo te dirigieras a mí directamente.

—Muy bien, muy bien —dijo Córbulo sentándose enfrente de mí. Artijes me miraba con las cejas enarcadas. Le devolví la mirada y le guiñé un ojo.

Rulo fue el siguiente. No era tan alto como su hermano, pero sí más gordo. Su barba, a diferencia de la de Córbulo, era casi cerrada. Era con mucho el más atractivo de los dos, con altos pómulos y, al revés que su hermano, ojos separados. Al menos tuvo la cortesía de dirigirse a mí mientras se sentaba, frotándose los ojos.

—Qué tal. Supongo que eres el nuevo preceptor ¿Podrías repetir tu nombre?

—Bostar.

—Ah, sí, Bostar. Nombre curioso. Tírame el pan, Córbulo.

Dimos la primera lección aquella tarde. Nunca la olvidaré. No enseñé nada, pero aprendí mucho. Los dos jóvenes llegaron tarde. Así que cuando entraron y se sentaron, me quedé exactamente donde estaba, en mi mesa, mirando por la ventana. Oí los susurros, las sillas raspando el suelo, un bostezo.

Finalmente, Córbulo dijo:

—Ejem, estamos esperando, preceptor.

—¿Esperando? —respondí sin darme la vuelta—. Analízame eso.

—¿El qué?

—Analiza «esperando».

—¿Qué quiere decir analizar?

—Quiere decir definir morfológicamente una parte de la oración. ¿Qué es «esperando»? ¿Un verbo, un sustantivo o un adjetivo?

—Es un verbo —dijo Rulo.

—¡Bien! —dije, dándome la vuelta para quedar cara a cara—. ¿Qué modo verbal?

Silencio. Rulo frotó el suelo con los pies.

—¿Infinitivo?

—Estás perdiendo el tiempo, preceptor. No sabemos nada de esas cosas —dijo Córbulo.

—¿Qué sabéis entonces?

—Bueno —dijo Rulo—, podemos decirte dónde encontrar el mejor corredor de apuestas de la ciudad.

—Y el mejor burdel —añadió Córbulo—. Hay uno al lado de la puerta oeste, con chicas negras. Algunas tienen los pechos más grandes que hay en el mundo, ¿verdad, Rulo?

—Así pues —dije—, juego y burdeles. La vieja Capua. Empecemos por el juego. ¿Qué sabéis de él?

Aquello los dejó confundidos.

—¿Qué quieres decir con qué sabemos? —dijo Córbulo.

—¿Cuándo empezó? ¿Por qué juegan los hombres? ¿A qué juegan? Esas cosas. Decidme todo lo que sepáis.

Así fue mi primera lección como preceptor en Capua. Mis alumnos resultaron estar muy bien informados. Fue una tarde interesante.

En Pisa tuvimos suerte, no sólo porque encontramos un barco sino por la marea. Ambos estaban a punto, aunque el patrón del barco nos trató con impertinencia. Era de la isla de Cerdeña, del pueblo de Tharros, adonde se dirigía con un cargamento de vino.

—Y Tharros, por si no lo sabéis, no es exactamente Massalia. Pero os llevaré allí. Y guárdate el maldito salvoconducto de mármol, centurión o lo que seas. No pienso pasar factura al Senado. Ya he hecho tratos con Roma antes. Primero te mandan el dinero y luego, antes de que te des cuenta, a los inspectores de hacienda.

Frontino se encogió de hombros.

—Como quieras. —Nos sentamos en cubierta, rodeados de rollos de cuerda, entre extraños olores a salitre y brea—. No has estado antes en el mar, señor. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—No, no he estado.

—Bueno, al menos es otoño. La travesía no será mala. Quizás algo movida, una vez que hayamos pasado Córcega. Pero si te mareas será mejor que te quedes en cubierta. Respira hondo. Ahora, si me disculpas, señor, voy a dormir. Es una ley del soldado, señor: duerme cuando puedas.

Mi mente era un torbellino: demasiadas cosas nuevas. ¡E iba a reunirme con mi padre! Mis pensamientos, sin embargo, seguían volviendo al ejército y a lo que había aprendido de Frontino. ¿Qué imaginaba? Supongo que una breve campaña contra aquel Aníbal, con mucha disciplina, órdenes claras y hombres como Frontino que las obedecían sin cuestionar. Luego, con mi padre, volvería a Roma. Después, más *triconium fori* y luego completar el *triconium militiae*, como han hecho otros, en alguna parte de Italia... El barco crujía y avanzaba, rumbo al oeste a través de la noche.

—Dime, Frontino, ¿cuál es la cualidad más importante de una legión? —1e pregunté a la mañana siguiente, mientras desayunábamos pescado seco, pan, higos y agua salobre.

Su respuesta fue rápida y firme.

—Su ánimo, señor. No importa lo bien entrenada que pueda estar una legión. Su ánimo debe ser elevado.

—¿Quieres decir que tienen que querer luchar?

—No. Claro que la legión quiere luchar, cuando tiene que hacerlo. ¿Acaso no hemos jurado lealtad al Senado y al pueblo? Pero yo me refiero a cómo lucha. Tiene que hacerlo como un solo hombre.

—Pero dijiste que en Telamón te sentías completamente solo.

—Se está solo y no se está. Recuerda los escudos, señor. Las filas están cerradas, señor. Tu escudo te protege a ti, pero también el costado derecho del hombre que hay a tu izquierda, al igual que tu costado derecho está protegido por el hombre de tu derecha. Luchamos como individuos, pero como una sola línea.

—¿Y si algo falla en la línea delantera?

Frontino se rió.

—¡Si falla! ¡Sería mejor decir cuando falla! Cuesta mantenerse vivo y de pie, por no decir herido... o muerto.

—¿Por qué?

—Por la sangre, señor. En Telamón no llevábamos mucho tiempo luchando cuando la sangre nos llegaba ya a los tobillos. Estaba por todas partes. Nos chorreaba por los brazos y nos subía hasta la nariz. Teníamos tanta en las manos que se nos escurría la espada. Bueno, después de Telamón estuvimos tres días enteros limpiando el campo de batalla.

Nunca había pensado en aquello. Un hombre tiene, según dicen, alrededor de diez heminas de sangre. Doce heminas son un congio y ocho congios un ánfora, un ánfora como las que llevamos en este barco, altas como un hombre y más anchas. Los galos perdieron en Telamón, me había dicho Frontino, nueve mil hombres. Pongamos que cada uno de los muertos perdiera sólo la mitad de su sangre mientras estaba tendido en el campo de batalla. Eso daría cuarenta y cinco mil heminas, es decir, tres mil setecientos cincuenta congios, casi quinientas ánforas de sangre, derramada en una pequeña área.

Frontino estaba sentado, afilando el puñal con una piedra.

—Frontino, ¿este barco es grande? A mí me lo parece.

—Casi tan grande como el que más... aunque yo diría que éste va sobrecargado. Eso es una nave sarda. Mercancía pesada, vino. Esperemos no encontrar mal tiempo.

—¿Cuántas ánforas crees que transporta?

—No lo sé. Sesenta, quizá setenta. No más, o se hundiría. ¿Por qué lo preguntas?

—No importa —le sonreí—. Era sólo una idea. ¿Me dejarás la piedra de afilar cuando termines?

Aquella noche soñé con cinco barcos, cada uno con cien ánforas a bordo. Se dirigían al puerto de Pisa, pero la marea estaba baja y el puerto sin agua. Uno por uno, vaciaron las ánforas y pronto todo el puerto fue un mar de sangre. La sangre de Telamón. Me pregunto cuántos océanos ha llenado mi vida.

Estaba en mi habitación, tomando notas sobre el trabajo (no lo llamaré enseñar) de aquella tarde. Como he dicho, aprendí. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dije.

Era uno de los esclavos.

—Mi amo dice que vayas a verle. Quiere hablar contigo a solas. Está en su estudio.

—¿Dónde está?

—Sígueme.

Llamé a la puerta ante la que me dejó el esclavo. Abrió Labieno. Parecía enfadado.

—Sí, Bostar —dijo al instante—. Acabo de hablar con mis hijos. Me han dicho que habéis pasado la tarde hablando de juegos y apuestas, ¿es cierto?

—Lo es, Labieno.

—Entonces será mejor que te expliques. ¿Qué te propones?

—Algo que aprendí del mejor maestro de todos los tiempos.

—¿Quién era ése?

—Sócrates, naturalmente.

—¡No estarás diciéndome que Sócrates enseñaba a hacer apuestas!

—No, te estoy diciendo que Sócrates empezaba siempre sus enseñanzas con algo que la gente ya sabía. No tengo ni idea de lo que puedan saber tus hijos sobre matemáticas, astronomía o retórica.
—¡Eso es exactamente lo que se supone que tienes que enseñarles!

—Sí y no. La enseñanza debería ser orientadora y no apremiante. Un diálogo y no una serie de conferencias. De todos modos, tus hijos son demasiado mayores para que les dé discursitos.

—Quizá, pero ¿por qué el juego?

—Por dos razones. Primero, porque quiero empezar con algo que tus hijos conozcan. Quizá no deberían conocerlo, pero es así. El juego tiene una historia y enseña muchas lecciones importantes.

—¿Y la segunda razón?

—Tus hijos y yo, Labieno, tenemos que llevarnos bien si quieren aprender algo de mí. No tengo que gustarles, pero tenemos que llevarnos bien.

—Y pensaste que podrías empezar compartiendo sus pasiones.

—Exacto.

—¿Algo más?

—Sí, Labieno. Me interesa mucho más cómo piensa la gente que en qué piensa. Habré cumplido con mi obligación si consigo que tus hijos piensen en las cosas, en cualquier cosa, como es debido.

—¿Y cómo se debe pensar en las cosas?

—Con claridad, coherencia y sinceridad. Con la mente abierta a lo que hay detrás de las cosas y no a su apariencia. También con curiosidad, supongo.

—¿Y qué me dices de los hechos, Bostar? Soy magistrado. Las leyes son hechos. Dicto sentencia de acuerdo con las leyes, no con mi opinión, ni con curiosidad —añadió con ironía—. ¿Cómo calculas, por ejemplo, una circunferencia o la densidad de un cuerpo? Estos son hechos y quiero que mis hijos los aprendan.

—Y yo les enseñaré todo lo que sé sobre esas cosas; cuando estén preparados.

Su irritación se evaporó. Parecía, como siempre, cansado.

—Entiendo —dijo, y se dirigió a su escritorio. Allí se detuvo y dio media vuelta para mirarme—. ¿Sabes, Bostar? Eres un misterio, una incógnita. No sé lo que hay detrás de ti, y sé poco de lo que aparentas. ¿He sido imprudente, necio o —lanzó un bufido— sólo curioso?

—No soy yo quien debe decirlo, Labieno. Pero si quieres que me vaya, lo haré.

Nos miramos a través de la habitación; personas diferentes, diferentes razas, diferentes vidas, reunidas por casualidad.

—Muy bien, Bostar —dijo sonriendo—, pero no quiero que mis hijos te pillen apostando... ni tú a ellos. Tienes tus métodos, obviamente. Poco convencionales, pero así son las circunstancias. Te concederé tiempo, para que triunfes o para que fracases. —Su cara se iluminó—. Dejemos esto. He tomado una decisión y la mantendré. Te veré en la cena.

El puerto de Massalia era inmenso y estaba lleno de barcos cuando entramos en él. Mercantes como el nuestro, con dos velas, esquifes, barcas de pesca, falúas, gabarras, veleros como los que había visto en el Tíber, embarcaciones con el ancla echada o de paso. Alrededor de todos ellos pululaban barcas de remos con jóvenes que ofrecían fruta, flores, camisas, dulces, pasteles de miel y vino. Y entonces las vi, amarradas en el muelle: dos galeras romanas, largas y siniestras; en la popa, brillando al sol, se veían los grandes tambores encargados de dar a los remeros el ritmo de la navegación.

—¡Excelente! —dijo Frontino a mi lado, inclinándose sobre la borda.

—¿Qué? —pregunté.

—Las galeras, señor. El prefecto sabrá dónde está tu padre exactamente. No creo que esté a más de media jornada a caballo.

—Explícate.

—La marina y el ejército trabajan juntos, cuando pueden. Los barcos transportan el suministro de los soldados y los soldados ocupan sus puestos en los barcos cuando está a punto de haber un combate.

—¿Los soldados? ¿Y los remeros?

—Los remeros, señor, reman. Son esclavos, no soldados.

—¿Y si las galeras no tienen tiempo de embarcar a los soldados?

—Sus órdenes son huir. Pero si no pueden, entonces es preferible embestir al enemigo y esperar lo mejor.

—Yo pensaba que las galeras siempre se embestían entre sí.

—Cierto, señor, lo hacen cuando entran en combate. Pero ¿ves esa pasarela elevada que hay en ambas galeras, en el centro?

—Sí.

—Bueno, eso es el cuervo. Cuando estemos más cerca, verás que cada cuervo tiene un largo espolón en la punta. Y toda la pasarela oscila gracias a unos goznes. Cuando las galeras llevan soldados a bordo, embisten a los barcos enemigos y bajan los cuervos. Con un poco de suerte y buen juicio, el espolón se clava firmemente en el casco del enemigo. Entonces los soldados cargan y luchan. ..

—¡Como si estuvieran en tierra!

—Exacto, señor. Nuestras galeras imitan a los barcos cartagineses que capturamos en la última guerra. Pero el cuervo es una invención romana, creo que de nuestro admirado Régulo.

—Sí, he oído hablar de él. Fue capturado por los cartagineses y enviado a Roma con las condiciones del armisticio. El Senado dijo que no las aceptaba y Régulo volvió con la respuesta a Cartago. Cuando oyeron lo que tenía que decir, los cartagineses le cortaron la lengua, le sacaron los ojos y lo devolvieron a Roma.

—Cierto. ¿Sabes quién le cortó la lengua?

—No. ¿Quién?

—Amílcar Barca.

—El caudillo cartaginés. He oído hablar de él. Mi tío abuelo Cornelio era cónsul y jefe militar de Sicilia cuando Amílcar se rindió y dio por terminada la guerra.

—¿Rendirse? No se rindió, señor. Se fue. No se sometió a1 yugo. Pero ésa no es la cuestión. ¿Sabes quién es hijo de Amílcar?

—No, dímelo.

—Aníbal. —Frontino estaba mirando en línea recta hacia el muelle—. Como te dije, yo soy sólo un soldado, pero cualquier hijo de Amílcar sentirá un odio antinatural por Roma.

—Pero, Frontino, el saqueo de Sagunto no es la guerra.

Se había puesto serio.

—Quizá sí, quizá no. —Dio media vuelta para mirarme. Su voz era más baja cuando añadió—: ¿Quién sabe? Quizá sólo sea mi sangre campesina, pero hoy me duele la cicatriz. Vamos, señor, tenemos que prepararnos para desembarcar.

Aunque con los ojos quizás algo legañosos, Córbulo y Rulo se presentaron en clase a la mañana siguiente a la hora señalada. Era una victoria silenciosa que Labieno notaría. Estos indicios formales no significaban mucho para mí, pero para él sí. Muchos hombres viven y mueren por tales cosas. Yo no era mejor; sólo diferente.

Tenía preparado el tema de la clase: la prostitución. La educación, después de todo, se ocupa de los seres humanos. Pocas profesiones son más humanas que la más antigua del mundo.

Después de las habituales cortesías, anuncié el tema y (mientras se quedaban boquiabiertos) comencé al mejor estilo socrático con una pregunta:

—¿Por qué, caballeros, creéis que hay prostitutas en el mundo?

—¿Por qué? —dijo Córbulo—. ¡Por los lascivos como éste! —Y dio a su hermano un codazo en las costillas.

—¡Bien! —dije—. La necesidad masculina. Los marineros, por ejemplo, que pasan meses en el mar y necesitan descargar sus fluidos. Los hombres como vosotros, que sois patricios y tenéis grandes responsabilidades encima, pero que a pesar de todo sois hombres. ¿Verdad?

Ambos asintieron apreciativamente.

—Pero ¿es eso todo? ¿No puede haber otras razones?

—¿Como cuáles? — preguntó Rulo.

Había captado la atención de ambos, era evidente.

—Bueno, ¿qué tal la religión?

—¡Si! —dijo Rulo—. ¡He oído decir que las vírgenes vestales son las rameras peores! He oído que, por el precio adecuado, puedes tenerlas.. .

—¿A todas? —dijo Córbulo.

Se imponía cambiar la orientación del tema.

—Caballeros, considerad que en Egipto, en Fenicia, en Asiria, en Caldea, en Canaán y en Persia, la adoración a Isis, Moloc, Bel, Astarté, Militta y otras deidades comporta la prostitución.

—¡Ahí va! ¡Cuánto coño! —dijo Córbulo.

—Por favor preferiría que no utilizáramos, el... lenguaje vulgar en esta aula.

Así avanzó la mañana, tal como yo quería, más despacio que el sol. Así fue el lento aprendizaje que comencé en la casa de Labieno. Pero mi camino había comenzado.

Encontramos la oficina del prefecto con facilidad, en una casita situada un poco más arriba del puerto. El gordo, calvo y sudoroso escribiente parecía asustado.

—Bueno, pero ¿dónde está?

—Se. . . se ha ido a Roma —balbució el hombre.

—¿Quién le autorizó?

—Nadie. Al menos, eso creo. No había nadie a quien preguntar. Las noticias de Sagunto eran terribles. —El hombrecillo se inclinó sobre el escritorio y nos miró con intensidad—. ¿Sabéis? Dicen que Aníbal no es un hombre, sino un. . .

—¡Cierra el pico, imbécil! —exclamó Frontino. Empezaba a ver algunas de las cualidades que le habían llevado a ser pilo primero—. Con o sin tu prefecto, necesito caballos, comida y ropas limpias. ¡Y por encima de todo, necesito saber dónde está Escipión! El escribiente retorció el estilo con nerviosismo.

—Desde luego, señor, desde luego. Puedes coger todo lo que necesites. El almacén y las cuadras están en la parte de atrás.

—¿Y Escipión?

—Perdóname, señor, pero ¿a cuál te refieres?

—¡Idiota! —gritó Frontino.

Pensé que iba a golpear al escribiente. Alargué la mano y le toqué la espalda.

—La verdad, Frontino —dije con calma—, es que ha sido una buena observación. —Di un paso hacia la mesa—. Escribiente, soy Publio Cornelio Escipión. —El hombre tragó saliva y pareció aún más alarmado—. Hemos venido a reunirnos con mi padre, que se llama igual que yo, y no con mi tío Cneo Cornelio. ¿Dónde está mi padre?

—Bueno, señor, puedo ayudarte. Para empezar, los dos son uno.

—¡Habla en latín, maldito escribiente, no con acertijos! —bramó Frontino.

—¿Quieres decir que los dos ejércitos se han unido? —pregunté.

—Exacto, señor, exacto.

—¿Y dónde?

—Nos ha llegado un despacho esta misma mañana, señor, en las galeras que, sin duda, habrás visto en el puerto. Buenos barcos, ¿no creéis...?

Me incliné hasta que mi cara estuvo a un palmo de la suya.

—¿Dónde?

—Tu padre el cónsul, señor, y tu tío el legado. ..

—¡Ya sabemos qué cargo tienen, cretino! —dijo Frontino con un silbido peligroso.

—Tus ilustres parientes, señor, están cerca de la desembocadura del Ródano.

—¡Por Hércules! Se mueven rápido —exclamó Frontino—. ¿A qué lado de la desembocadura?

—Al este.

—¿Y nuestra flota? —pregunté.

—La mitad con tu padre, señor, la otra mitad en Sagunto. —Entonces debemos darnos prisa —dijo Frontino—.Vamos, señor, vamos.

Repasamos los aspectos religiosos de la prostitución. Hablé a mis alumnos, por ejemplo, de los grandes jardines que rodean el templo de Bel en Babilonia y de que todas y cada una de las babilonias, tanto de alta como de baja cuna, tienen que perder la virginidad allí y recibir dinero a cambio para poderse casar. Esto, expliqué, es prostitución ritual, aunque religiosa. Como tiene lugar en los jardines del dios, significa que el dios posee a la mujer primero y por lo tanto no estará celoso, sino que bendecirá el matrimonio.

Tal como esperaba, el asunto interesó a los muchachos. Tuvimos una conversación sustanciosa. Al menos pensaban en algo más que en su propio placer.

—¿Todas las mujeres encuentran cliente? — preguntó Rulo.

—Deben hacerlo —contesté.

—¿Por qué? — preguntó Córbulo.

—Porque para casarse tienen que tener un certificado de desfloración, firmado por un sacerdote del templo.

—¿Quieres decir que un sacerdote las inspecciona después del acto?

—Sí.

—¡O hace el trabajo él mismo, seguro! —dijo Rulo.

—Seguro que sí, a veces.

—¿Y qué pasa con las feas, con los adefesios impresentables? —Córbulo era el más reflexivo de los dos.

—No lo sé —contesté—. Quizá tengan que pagar para tener a alguien a quien, bueno... a quien comprometer, antes de recibir ellas mismas la tarifa concertada.

—Quizá —intervino Córbulo— sobornen a los sacerdotes para que les den un certificado.

Y así seguimos durante varios días. Del aspecto religioso de la prostitución pasamos al legal y, finalmente, al médico. Ninguno de los dos, o eso dijeron, había cogido nunca purgaciones; quizá les ahorré la experiencia. Así pues, en unos días, gracias al tema de la prostitución, había introducido la religión, la ley y la medicina en un plan de estudios informal pero efectivo.

El almacén del prefecto era grande y estaba bien provisto. Tenía cajas de quesos, jamones colgando de las vigas y grandes cántaros llenos de vino.

—Mira a ver si puedes encontrar galletas, señor —dijo Frontino al entrar, mientras nuestros ojos se acostumbraban a la débil luz—. Yo miraré por ahí —añadió señalando la izquierda.

—¿Galletas?

—Sí, señor. Raciones normales. Tortas de cebada, quizá, para ti.

—Pero podemos comprar pan en el mercado...

—No hay tiempo para eso, señor, ni para cambiarnos de ropa. Un jamón, un queso, unas galletas y nos vamos. ¡Ah! Y necesitaremos un pellejo de agua cada uno. Veo algunos ahí encima.

—Haces que esto parezca un viaje difícil, Frontino.

—¿Difícil, señor? No. Sólo apresurado. Y estamos en las Galias: no encontraremos postas aquí.

—Dicho esto, desapareció al fondo de un pasillo, entre las filas de estanterías.

Una vez fuera, entorné los ojos para evitar la brillante luz del sol. La brisa nos traía los ruidos y olores del puerto, más abajo. El zurrón que Festo me había dado estaba lleno otra vez, y también las alforjas de Frontino.

—Ahora vayamos a las cuadras. Por aquí, señor —dijo Frontino rebuscando dentro de sus alforjas.

Me dio una galleta rectangular, marrón, y dura. Me metí una punta en la boca, haciendo una mueca.

—¡No, así no, señor! —exclamó Frontino—. Te romperás los dientes. Hay un chiste militar que dice que este sano alimento se utiliza como lastre. Chúpalo, no lo muerdas.

Así que, chupando galleta, subimos la colina en dirección a las cuadras. Había doce caballos en los pesebres. Me quedé en el umbral mientras Frontino iba de pesebre en

pesebre. Cuando revisó el último, se volvió hacia mí, escupió al suelo, puso los brazos en jarras y exclamó:

—No sirven, señor. ¡Malditos prefectos!

—¿Qué quieres decir, Frontino? A mí me parece que son magníficos.

—Sí. .. para un desfile. —Había vuelto a mi lado—. Son animales de lujo, señor, ideales para los prefectos y para los recaudadores, incluso para los mercaderes, para exhibirlos. Pero no tienen lo que necesitamos.

—¿Y qué es?

—Fuerza y paso seguro. Estos están criados para que tengan buen aspecto. Sus patas, por ejemplo. Son como agujas. Se romperán en el primer tramo de terreno abrupto que encontremos. Y tienen las patas flojas debido a toda esa paja que pisan. No, señor, no tienen ninguna utilidad para nosotros. Iríamos más rápidos recorriendo a pie todo el camino. Pero sé lo que necesitamos.

—¿Qué, Frontino?

—Mulas, señor, necesitamos mulas.

En un solar que había detrás de las cuadras encontramos unas cuantas pastando.

—¡Mira! —dijo Frontino irritado—. Mira eso, señor. El pilar está seco. Dan a sus caballos de lujo paja, heno y avena, pero ni siquiera se molestan en dar agua a las mulas.

Echó el contenido de su pellejo en el pilar. Las cinco mulas se acercaron corriendo y empujándose.

—Elegiremos las dos que lleguen antes, señor. Dame tu pellejo. Cuando se fue a llenar los pellejos, observé las mulas. Se espantaban las moscas con las orejas y el rabo mientras bebían. Otra lección, un nuevo aprendizaje. No ha sido, me dije, la sangre campesina de Frontino lo que le ha hecho solidarizarse con las mulas. Ha sido la práctica de la supervivencia y la guerra. Sacaría a relucir el tema de las cuadras del prefecto cuando hablase con mi padre.

—¿La mula, señor, o el burdégano?

—¿Qué?

—¿Cuál de los dos prefieres montar?

Me sentí confuso.

—A mí me parecen iguales. —Lo eran. Ambos de pelo castaño, de cabeza pequeña y gruesa, las orejas largas, las costillas estrechas, patas cortas—. ¿Cuál es la diferencia?

—Lo de la izquierda es un burdégano, lo otro una mula.

—Pero las mulas son mulas, ¿no? ¿Qué es un burdégano?

Sonrió.

—No es por faltar al respeto, señor, pero ¿qué os enseñan a los patricios en Roma? Una mula nace de un asno y una yegua, y un burdégano de un caballo y una burra.

—¿Cómo puedes notar la diferencia?

—Mira la línea del cuello. ¿Ves el burdégano? Más despatarrado, más tieso. ¿Ves lo que quiero decir?

—No puedo decir que sí, Frontino.

—No importa, señor, ya aprenderás. Bien, yo montaré la mula. Soy más pesado que tú, y ellas son más fuertes. Aunque yo prefiero los burdéganos.

—¿Por qué?

—Pregunta a cualquier mulero. Mucha resistencia. Nunca se rinden. Los burdéganos trabajan hasta que se caen. A una mula no la puedes obligar tanto. Se ponen patitiesas cuando están cansadas y sólo un incendio las puede mover. Pero vamos, señor. Será mejor que nos pongamos en camino. —Miró al sol—. Haremos un buen trecho hoy, si nos damos prisa.

Así pues, en lo que para mí eran pese a todo dos mulas, partimos de Massalia. Mientras cabalgábamos hombro con hombro a lo largo de la calle principal, en dirección al oeste, la gente nos miraba. Los herreros dejaron de martillear, los comerciantes de regatear; los niños detuvieron sus juegos en la calle.

—Parece que no les gustamos mucho a esta gente, Frontino —dije.

—Tienen sus razones —contestó.

—¿Por qué? Nunca hemos luchado contra Massalia.

—Los massaliotas nunca luchan contra nadie. Lo único que quieren es dinero. Bueno, comerciarían con el mismo Plutón si pudieran sacar algún provecho.

—Pero Roma les proporciona comercio. Somos aliados. Entonces, ¿por qué son hostiles?

—Porque somos soldados. Traemos la guerra más a menudo que la paz y la guerra es mala para el comercio de casi todo el mundo.

—¿De casi todo el mundo?

—Bueno, los mercaderes que suministran a los ejércitos y a los barcos se enriquecen, desde luego. Pero nadie más.

—¿Quién dice que traemos la guerra?

—Quizá no lo digan. Son marinos. Intuyen las cosas, como yo.

—Bueno, estoy seguro de que Aníbal está ya muy lejos de aquí, camino del sur. Dentro de un mes, estarás en tu guarnición de Placentia y yo habré vuelto a Roma. Quién sabe, si vuelvo a mi escuela de equitación, quizás incluso aprenda a cabalgar.

Era, supongo, un mal chiste. Un sentido que Frontino no tenía en abundancia era el del humor. A mí siempre me había gustado reír. Ahora me está abandonando, a la sombra del veredicto que espero, al igual que en otoño se debilita la luz. ¿Cuándo sabremos algo?

—La mejor forma de aprender, señor, es practicar. Lo estás haciendo bien. Bueno, ya casi estamos fuera de la ciudad. ¿Listo para trotar? —Asentí—. De todas formas, tengo la extraña sensación de que practicarás más de lo que esperas.

El camino que partía de Massalia estaba lleno de polvo, pero era bueno. Cabalgamos sin cesar y sin hablar. Me fui acostumbrando al soporífero ritmo del burdégano. El paisaje estaba dominado por los arbustos. Aquí y allá, una nube de humo o el débil ladrido de los perros revelaba la presencia de un pueblo o de una aldea, aunque no veíamos

ninguno. A la izquierda, las salinas se extendían hasta el mar, con las cañas agitadas por la brisa. Seguimos el sol poniente.

Frontino, que iba delante, tiró del bocado y desmontó.

—Acamparemos aquí para pasar la noche, señor —dijo mientras yo me detenía igualmente.

—Pero todavía queda una hora de sol por lo menos. Creía que teníamos prisa.

—Sí, señor, pero mañana no verás otra como ésa. —Seguí la dirección de su brazo estirado y vi la fuente—. Será la última vez que encontremos agua potable antes de llegar al Ródano. Y las mulas necesitan beber a gusto.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira las manchas blancas de sus hocicos. Quieren decir que están sedientas. Ni hablar de seguir adelante. Incluso las mulas se agotan, señor. Les daremos de beber y luego las dejaremos pastar, y nosotros comeremos y dormiremos para ponernos en marcha con la primera luz. Nos reuniremos con tu padre a media mañana, si está donde creo que está.

Un codazo a medianoche me despertó a medias. Otro y abrí los ojos. Las estrellas brillaban en lo alto y la brisa era fría. Sentí una mano apretándome el brazo. Vi la cara de Frontino junto a la mía, en el suelo, donde se había tendido. Con la mano libre señaló el grupo de jóvenes eucaliptos donde había atado las mulas. Vi las sombras que arrojaban los árboles y oí el susurro de las hojas y la fuente que había detrás de nosotros, nada más.

Abrí la boca para preguntar «¿qué pasa?», pero intuí tanto como vi la intensidad de su dedo en sus labios. Iba pese a todo a decir algo cuando la capa bajo la que Frontino había estado cayó al suelo y lo vi en pie y corriendo. Débilmente, en la oscuridad, oí un gruñido, luego un grito ahogado de dolor y yo también me levanté; desconcertado, corrí hacia los árboles y hacia el ruido. Tropecé con algo y caí. Alargué la mano. Toqué la barba de un hombre y retrocedí. Tenía la mano pegajosa. Lamí la humedad con la punta de la lengua. Salada: sangre. Me estremecí, doblé la rodilla y corrí.

Oí que Frontino decía:

—¿Quién eres? —Yo estaba aturdido, sin aliento, con el corazón dando saltos, entre los árboles. Entonces oí, en voz más alta—. Responde o muere.

Tropecé con ellos en un pequeño claro. A la luz de las estrellas vi una daga brillar en la garganta del hombre y, mientras me acercaba, cayó sobre mí, con los ojos saliéndosele de las órbitas, atónitos, abiertos y con la sangre corriéndole por el pecho. Cayó de rodillas y, lentamente, se desplomó en el suelo.

Frontino dio un paso adelante.

—¿Estás bien, señor? —Se inclinó para limpiar la daga en la espalda del muerto.

—¿Bien? Estoy... ¿qué ha pasado?

—Ladrones, señor. .. o peor.

—¿Peor? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya no lo sabremos. Pero podían ser espías o. . .

—¿Espías? ¿Y qué querían?

—Esto, señor.

Frontino puso la mano derecha en el zurrón que llevaba colgado. Los despachos del Senado para mi padre.

—¿O?

—¿Perdón, señor?

—Has dicho «espías o».

—O asesinos.

—¿Asesinos? ¿Y por qué iban a querer matarnos?

—¿Matarnos? Tienes razón. A nosotros no.

—¿A quién, entonces?

—A ti, señor. ¿No te llamas Escipión? Vamos, coge tu bolsa y la mía, hazme ese favor. Recogeré las mulas y nos iremos.

—Pero aún está oscuro.

—Hay suficiente luz para matar, por tanto hay suficiente luz para cabalgar. No me fiaría de un caballo, pero las mulas tienen el paso muy seguro.

—¿Por qué no esperamos a que amanezca?

—Porque los problemas, señor, son como los cardos. Aparecen en grupo.

Así, bajo la luz de las estrellas, seguimos cabalgando, hombro con hombro. Tenía hambre y sed y estaba conmocionado. El camino llevaba hacia el interior. Empezó a subir y bajar, y los árboles que lo flanqueaban se espesaron y parecían amenazarnos en la oscuridad. Frontino se detuvo. Yo también.

—No me gusta esto, señor —dijo en voz baja—. Había olvidado que esta zona estuviera tan arbolada. Necesitamos terreno abierto.

—¿De verdad crees que puede haber más asesinos?

—Quizá sí, quizá no. —Era su expresión favorita. Silbó suavemente—. Bien, tenemos que arriesgarnos. Vamos a cabalgar a medio galope. Tú ven detrás de mí. Ante cualquier problema, galopa, señor, espolea al burdégano y corre. No te detengas ni me esperes si nos separamos.

—¿Que corra? ¿Hacia dónde?

—Sigue por el camino. Hasta el Ródano. El campamento de tu padre debe de estar en la desembocadura.

—¿A qué distancia está?

—A dos o tres horas. Bien, señor. Primero, quiero que cojas esto. —Frontino cogió el zurrón que llevaba y me lo dio. Me pasé la correa por la cabeza y me lo puse en el pecho—. Recuerda, señor, que es sólo para los ojos de tu padre. —Asentí. Mi burdégano se agitaba inquieto—. Segundo, ambos tenemos que comer y beber.

Cogió el pellejo de agua que llevaba detrás, lo destapó y echó un largo trago antes de pasármelo. El agua estaba fría, me dio dentera y sentí un escalofrío. No acabó con la sequedad de mi boca. Había gente que quería matarnos y allí estaba yo, en un burdégano en medio de la noche... Frontino me pasó un trozo de queso. Lo mordí, pero ya no tenía apetito.

—No puedo comer, Frontino.

—Debes hacerlo. Ya te he dicho que los soldados duermen cuando pueden. Lo mismo pasa con la comida —dijo masticando.

Lo intenté de nuevo. Mi burdégano se puso a cagar y oímos el impacto blando de las boñigas contra el suelo.

Frontino rió por lo bajo.

—Ya ves, señor, la vida sigue. Aprende la lección de la mula. —Acarició el cuello de la suya—. La vida sigue... aunque siempre es útil que tú quieras que siga. ¿Dónde está tu puñal, señor? Supongo que tienes uno.

—Está en mis alforjas.

—Pues sácalo.

Lo hice, sentí el frío de la empuñadura de la daga de mis primeras Saturnales, y recordé las palabras de mi padre cuando me la dio. No sabía dónde ponerla. Frontino se percató de lo que pasaba.

—Así, señor —dijo levantándose la túnica hasta el muslo. A la débil luz, vi una daga sin vaína, sujeta a su pantorrilla derecha, inmediatamente por encima de la bota—. Deja la vaína en las alforjas. —En el aire inmóvil, se oyó claramente el ruido que hizo al rasgar el borde de su capa. Me lo tendió. Átate la daga a la pantorrilla, como yo. Y en una pelea, señor, déjala ahí todo el tiempo que puedas.

—¿Que la deje? Pero yo pensaba...

—Muchos bajan la guardia cuando creen que están luchando con un hombre desarmado. —Sonrió; vi sus dientes en la oscuridad—. No estés tan preocupado, señor. Saldremos de ésta. Sólo estamos tomando precauciones. ¡Venga, estaremos con tu padre para la comida de mediodía! ¿Listo?

Me froté la cara con las manos.

—Sólo una cosa más, Frontino.

—¿Sí?

—La daga. —Me molestaba en la pierna.

—¿Qué le pasa a la daga?

—Con Lanisto sólo aprendí a manejar la espada y el pilo. ¿Cómo se utiliza una daga?

—Como se pueda, señor. Las corvas, el cuello y el corazón son los mejores blancos. Pero espera al momento oportuno. Frente a una espada, ataca inmediatamente después de la primera estocada. Agáchate o desvía la estocada, luego échate contra el otro, rápido.

—¿Me enseñarás?

—Me gustaría mucho, señor... en el campamento. Ahora —dijo abrochándose el cinto de la espada—, cabalguemos.

Esperé hasta que Frontino se perdió de vista en la oscuridad, hasta que oí que su mula pasaba al galope ligero. Entonces espoleé a la mía e hice lo mismo. Los árboles impedían casi por completo que se filtrara la luz de las estrellas, pero el aire de la noche era frío y mi cara lo agradecía, y el ritmo del galope pronto fue el mío.

Oí chocar acero contra acero antes de ver las sombras y mi burdégano relinchó alarmado. Las acciones fueron muy rápidas y he de retroceder mucho para recordarlas. Mi burdégano redujo la velocidad. Vi a dos hombres montados en sendas jacas, con las espadas desnudas, dando vueltas alrededor de Frontino. Recuerdo que me quedé boquiabierto y que el queso que había comido comenzó a repetírseme. Estaba soñando. El grito de Frontino me despertó, me salvó.

—¡Sigue, señor, sigue adelante!

Espoleé con violencia al burdégano y éste dio un salto, relinchó y cambió de posición tan rápidamente que casi me tiró al suelo. Salté hacia atrás, hacia delante, apretando con fuerza los muslos para mantenerme encima, soltando las riendas y abrazándome al crinado cuello del animal. Corrimos hacia ellos, pasamos por su lado y uno de los asaltantes, gritando, me interceptó el paso con su jaca. Pasé tan cerca de él que pude olerle y mi pierna izquierda rozó el hocico de la jaca. Medio oí los gritos, perdidos en el viento.

El dolor fue rápido y agudo, breve y punzante. Todavía estaba inclinado sobre el cuello del burdégano cuando algo, un pilo probablemente, me rozó la paletilla izquierda, rasgando la capa y la camisa, y creo que lo oí estrellarse contra los árboles que había detrás de mí mientras seguía corriendo. Galopé con la cabeza dándome vueltas y viendo manchas delante de los ojos, cabalgué hasta que la oscuridad empezó a desaparecer y los árboles dejaron pasar la luz, y no cabalgaba, sino que me dejaba llevar por aquella antigua sabiduría de los animales que aconsejaba correr más que el miedo.

El dolor de los dedos, aferrados a la crin, me detuvo, y la respiración jadeante del burdégano. El galope cambió al trote y rápidamente al paso. Me ardía la espalda. Me enderecé lentamente, me toqué la cara y la sentí húmeda, blanda y pegajosa. Me miré la mano, sorprendido. Babas de burdégano, con sus diminutas burbujas destellando a la luz. Me pasé la mano por el pecho hasta llegar a la espalda. Volvió roja. Recuerdo que sentí un retortijón y la boca tan seca que pensé que iba a ahogarme; tenía que continuar... ¿y si me perseguían?... y una y otra vez espoleaba al burdégano. Reacio y sin ganas, el animal empezó a trotar de nuevo, redujo la marcha y lo espoleé otra vez, y otra, y otra.

Estaba medio dormido. El camino estaba despejado y desierto. Íbamos al paso, yo tirado sobre el cuello áspero y sudoroso del burdégano. Sentía el sol en la espalda y oía el zumbido de las moscas a mi alrededor y sobre mí. La montura titubeó y la espoleé; sólo era consciente de la voluntad de seguir adelante.

Comprobé que las lámparas estaban llenas de aceite. Había una en mi mesa. Puse otra y despabilé las dos. Desempaqueté el bulto de objetos que Artijes me había comprado. Compás, escuadra; estilos, las mejores tablillas de cera de abeja, cinco pedazos de vitela, cinco plumas de ave, un frasquito de tinta con tapón de corcho. Había especificado que quería sepia, el líquido negro que se saca de la jibia. La tinta barata, que suele estar hecha de carbón o de hollín, la conocía demasiado bien. A los pocos años, desaparece.. . y tal es el motivo por el que la prefieren los mercaderes, que difícilmente pueden pagar impuestos por cuentas que nadie puede leer. Abrí el frasco y me lo acerqué a la nariz. Sí, sepia, el único olor más fuerte que el del garo que había sentido durante los años que estuve con Publio Aponio. Como ya dije, era un hombre honrado.

Examiné cuidadosamente la cera de las tablillas en busca de impurezas. No las había. Cerré los ojos un momento y la imagen del hijo de Apurnia, Hannón, llenó mi mente. ¿Era posible? Aparté el pensamiento. Estaba listo para empezar.

La idea se me había ocurrido mientras me llevaban a Capua detenido. Mis manos estaban atadas, así que no podía sujetar las riendas. Pero había observado a los jinetes romanos que me rodeaban. Gobernaban a sus caballos, como era de esperar, con las riendas. Y las riendas llevaban al freno y al bocado. ¿Qué guía entonces al animal? No son, pensé, las riendas, ni el freno ni el bocado. Es el ángulo preciso del brazo del jinete en relación con las riendas, el freno y el bocado. En la base de todo estaban los ángulos, y esto era lo que quería investigar. El ángulo del bocado con el freno, el del freno con la quijada y el cuello del caballo, y el del antebrazo con el brazo del jinete. Parecía una cosa y era otra, y volví a la geometría, una pasión de mí infancia, una pasión de mi padre antes de... pero ya hablaré de esto, supongo. A su tiempo. Ahora sólo diré: antes de que llegaran y se me llevaran.

Estaba sentado, repantigado en la silla. Tenía un respaldo cómodo y acolchado de pelo de caballo, cubierto de piel. La casa de Labieno era muy cómoda. Llamaron suavemente a la puerta.

—Venite*. Adelante —dije en voz alta, dando media vuelta. Era Artijes.*

—Ah, estás trabajando, Bostar.

—No, iba a ponerme ahora, Artijes. Pero pasa. Siéntate en la cama. —Me levanté y giré la silla hacia él.

—Gracias. Sólo he venido a ver cómo estabas. Siento haberme perdido la cena. Pero tuviste a tus alumnos de compañía, ¿no?

—Sí, y a Labieno.

—¿Fue bien?

—Sí, muy bien. Los chicos entretuvieron a su padre con anécdotas sobre la prostitución.

Artijes emitió una risa discreta.

—Vaya, siento habérmelo perdido.

—Oh, estoy seguro de que es un tema sobre el que Rulo y Córbulo volverán. Pero ¿dónde estabas entonces?— pregunté.

—Fuera.

—¿Fuera? Eso es más bien misterioso, Artijes. El enigma de la casa de Labieno se hace mayor.

—No por lo que a mí respecta, Bostar. Estaba fuera visitando a un paciente.

—¿Eres físico?

—Lo soy O así me llaman. Traté a Labieno a causa de la gota hace algunos años y luego me pidió que me quedara.

—¿Y quién era tu paciente esta vez?

—Un sastre. El de Labieno, entre otros. Tiene buenos clientes y trabaja mucho... o trabajaba.

—¿Trabajaba?

—Sí. Ahora hace varias semanas que no hace nada.

—¿Por qué?

—Un caso de mucho por poco. Muy común, me temo. Se clavó una aguja en el índice izquierdo, pero la herida se infectó y ahora su sangre está emponzoñada. Está muy enfermo.

—¿Fiebre?

—Sí.

—¿Alucinaciones?

—Sí.

—¿Cómo están sus iris?

Artijes sonrió y sacudió la cabeza. La vi oscilar, entrar y salir de la luz de la lámpara.

—Vaya, hay más en ti de lo que pensaba, Bostar de Calcedonía. Así que eres físico además de maestro.

—No, pero me interesa la medicina. He visto muchas enfermedades, del cuerpo y de la mente, en la vida que he llevado.

Estaba a punto de responder, pero cambió de idea. Bostezó y se frotó los ojos.

—Lo siento. Estoy cansado. Tendremos que continuar esta conversación por la mañana. En fin, ¿tienes todo lo que necesitas?

Me puse en pie.

—Gracias, Artijes. Todo lo que necesito y más. Buenas noches.

—Hasta mañana, entonces. Buenas noches.

Sonrió, se levantó, se fue y cerró la puerta suavemente tras de sí. Era un hombre del que quería saber más. ¿Se aproximan los humanos entre sí por medio de ángulos? Una ocurrencia. Tendría que empezar con algo más sólido.

Sentí el retumbar de la tierra, venía hacia mí. Escóndete. Tenía que esconderme. El burdégano no necesitaba estímulos para pararse. Desmonté, caí y me puse en pie tambaleándome. El ruido estaba más cerca; venía del oeste. Cogí al animal por el freno y tiré con fuerza. Había carrizos al lado del camino; allí podríamos escondernos. El burdégano tensó las patas y relinchó suavemente. Luego, empujándome, se tiró al suelo, jadeando con fuerza. Yo. . . ¿por qué no podía tumbarme también, y dormir, y soñar, y volver a Roma, y volver con Hispala, boca abajo, piel sobre piel? Sentí que me corrían las lágrimas, de frustración, de fatiga, de confusión, de dolor.

«Recuerda que eres un Escipión», me había dicho mi padre. Todavía estoy convencido de que se salió con la suya. No había simpatía: sólo el hecho. Era y soy un Escipión y así como ahora aguardo el veredicto del Senado y del pueblo de Roma, así entonces asumí lo que soy en mi ser y en mi sangre.

Me sacudí. Cogí el pellejo de agua del lomo de la montura, comprobé que todavía tenía el zurrón con los despachos y noté la daga en la pantorrilla. Titubeando, fui hasta los carrizos mientras el ruido de los cascos se acercaba y, al mirar hacia atrás, vi la nube de polvo que levantaban los jinetes que se acercaban.

Vi un tronco caído desde hacía mucho, de un viejo roble, medio hundido en el barro. Me agaché detrás y sentí dolor en la espalda. No podía escapar de unos hombres a caballo. ¿Dónde estaría Frontíno? ¿Estaría vivo, herido o muerto? Pensamientos desordenados e imágenes flotaban en mi cerebro como desperdicios en el Tíber. La larga y recta Vía Flaminia. Las ánforas del barco que nos había llevado a Massalia. Sangre. Hombres anegados en sangre en Telamón. Los quisquillosos dedos de Eufanto escribiendo en la cera. Me concentré en el camino. Las formas que veía danzaban ante mis ojos. Volví a encogerme. Vi sus colores. Eran de la caballería romana.

Me puse en pie.

—¡Aquí! —quise gritar, pero sólo me salió un graznido, ya que mi garganta estaba seca. Los labios me picaban; me los lamí—. ¡Aquí! —conseguí decir, levantando el brazo derecho.

No creo que me oyeran, pero me vieron. La turma, treinta caballos y treinta jinetes, se detuvo. El polvo se arremolinó a su alrededor, sus armaduras brillaban al sol mientras yo correteaba entre los carrizos, chapoteando.

Dos corrieron hacia mí, quitándose los cascos al acercarse.

—¿Eres Escipión hijo? —dijo el más alto.

—Sí.. . —tartamudeé—. Sí, lo soy.

Ya estaban a mi lado.

—Yo soy Silvio, señor, decurión del ejército de tu padre. Nos ha enviado a buscarte.

—¿Cómo... cómo lo sabía? —conseguí decir.

—Por los prisioneros, señor. Eso nos dijo. Pero tu padre te lo explicará. ¿Puedes montar a caballo?

—Sí.

—Pero estás herido.

Me toqué la espalda haciendo una mueca.

—Un rasguño.

—¿Dónde está Frontino? —preguntó el segundo jinete.

—No lo sé. Atrás. —Me daba vueltas la cabeza—. Hubo lucha, la segunda emboscada...

—¿Segunda? —interrumpió Silvio.

—Sí. Frontino me dijo que siguiera adelante. No he parado desde entonces.

—Mala cosa, Antino —dijo Silvio al otro jinete—. Coge a diez hombres. Retrocede y busca a Frontino. —Antino se dio la vuelta—.Ten cuidado.

—Lo tendré. No te preocupes.

Silvio me rodeó con un brazo y me condujo hacia los jinetes, diez de los cuales, con Antino, ya estaban volviendo grupas hacia el este y levantando polvo.

—Bien, señor. Te llevaremos al campamento. ¿Puedes cabalgar?

—Sí, pero mi animal está muy cansado.

—Por lo que veo, señor, más que cansado. Montaremos los dos en el mismo caballo. ¿Cómo está esa espalda?

—Me duele.

Silvio se paró y examinó la herida a través de la capa, la túnica y la camiseta.

—No es nada. Un arañazo. Pero hay que limpiarlo bien o se infectará. Ya lo haremos en el campamento. —Se secó el sudor con el brazo—. Ah, otra cosa, señor. Frontino traía despachos para tu padre.

Me palpé el costado.

—Están aquí. Bajo la capa.

Silvio se chupó las mejillas por dentro y asintió con la cabeza.

—Entonces tu padre estará doblemente contento.

Los otros jinetes estaban esperando en el camino. Me miraron impasibles. A un lado estaba mi mula, echada de costado, jadeando con fuerza, desesperada por respirar. Fui hacia ella. Silvio me puso una mano en el hombro.

—No hace falta, señor. Yo me ocuparé del animal.

Dio tres pasos y se arrodilló ante la mula a la que yo debía la vida. Muy rápido, todo fue muy rápido. El blanco relampagueo de una daga, el repentino chorro de sangre y, mientras me ayudaban a subir al caballo de Silvio, vi al pobre bruto sacudirse, su vida yéndose con la sangre roja del cuello, que manchaba la tierra. ¿La sangre de Frontino estaría haciendo lo mismo?

Trotamos sin parar, en filas de a tres. Creo que me dormí, con los brazos alrededor de la cintura de Silvio, y la vaína de su espada rozándome y bailando en mi muslo; mis alforjas iban en el caballo de al lado. Nos detuvimos una vez y todos los hombres empinaron el pellejo de agua, y comieron cecina y las tortas de cebada que Frontino me había enseñado. Me dirigí hacia unos arbustos para mear. Silvio me acompañó.

—No estamos muy lejos ya, señor —fue todo lo que dijo mientras nuestra orina salpicaba las hojas secas y crujientes.

Cuando volvimos a montar, miró hacia atrás. Yo quise hacer lo mismo, pero mi espalda se quejó.

—¿Antino? —pregunté.

Silvio negó con la cabeza. Estaba circunspecto y malhumorado. —Por Júpiter, ojalá supiera lo que está pasando. ¡Pelotón! —gritó—. ¡Adelante!

El aire olía a sal. A la izquierda, la tierra era una llanura que se extendía hasta el mar. Aquí y allá, las salinas abandonadas despedían brillos cegadores. Las gaviotas volaban en círculos y chillaban en el aire agitado. Subimos un alto, al paso, y Silvio volvió la cabeza y dijo:

—Ahora, señor, lo verás.

A1 otro lado de un valle, brillante como la plata, una ancha cinta blanca parecía correr por la tierra. Era inmensa, y se extendía hacia el norte, más allá de la vista.

—¿El Ródano? —pregunté a Silvio.

—Sí, señor. Y allí —señaló la desembocadura con el dedo— está el campamento de tu padre.

Lo vi, alzándose orgulloso en medio de la explanada. Era un cuadrado perfecto. Distinguí la lona grisácea de las tiendas y humo de múltiples hogueras. Inmediatamente

detrás estaba el gran río metiéndose en el mar. Vi barcos, ¿galeras?, que parecían hojas flotantes.

Venciendo el dolor, volví la cabeza al norte y al este. Algo brilló y resplandeció a la luz. Me froté los ojos y miré otra vez; esta vez estaba seguro de haberlos visto, grandes formas blancas bailando, destellando, reflejando el sol, en las nubes que surcaban el cielo azul. No cabe duda, pensé, de por qué los llamábamos «los albos»; blancura de sacerdotes, blancura de dioses, blancura de aquellas montañas.

Silvio advirtió lo que miraba.

—¿Es la primera vez que los ves, señor? —Asentí con la cabeza—. Sí, menudo paisaje, los Alpes. Dicen que el río nace allí, señor, alimentado por toda aquella nieve. Sin embargo, a mí me parece que nunca se derrite.

—¿Has estado alguna vez allí, Silvio?

Escupió.

—No, señor, gracias a los dioses. Ni quiero: se me congelarían las partes. Sólo los galos locos suben allí. Por eso tienen tanto pelo. Pero los Alpes tienen un fin, eso seguro.

—¿Cuál?

—Mantienen Roma a salvo, señor, de occidente, mejor que una muralla, una puerta y una llave. —Volvió el torso y miró hacia arriba, hacia los Alpes. Vi que fruncía los labios por debajo del casco y se estremecía—. Entonces, ¿qué intenta hacer ese Aníbal? —murmuró, casi para sí. .

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre te lo explicará mejor, pero esa emboscada.. .

—¿Sí?

—El los envió.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé.

—No es eso lo que contaron los prisioneros que cogimos. Tiene una red completa de espías e informadores, desde las Galias hasta Hispania. Y les paga bien.

—Pero ¿para qué?

—¡Exacto! Dímelo, señor. Ya has visto los Alpes. Sólo puede dirigirse hacia el sur. Ni siquiera tiene flota. Nuestras galeras han rastreado la costa hasta las Columnas de Hércules. Así que, ¿a qué viene esto?

—No lo sé, Silvio. Dímelo.

—¿Yo, señor? ¿Qué sé yo? Sólo soy un decurión. . . que ha sido enviado para buscarte, no para hablar de cosas que no entiende. —Se aclaró la garganta, dio media vuelta y cogió las riendas de nuevo—. ¡Pelotón, al campamento, al galope!

En teoría, sabía lo que me esperaba. Primero el foso y luego la rampa, levantada con la arena de la excavación y reforzada con matas y estacas de madera. Al aproximarnos, vi ambas cosas y, más allá de la rampa, entre el campamento y el río, vi las mulas y los caballos, y el ganado pastando. Parecía un lugar perfecto. Hierba, agua y terreno despejado en varias millas a la redonda, sin ningún obstáculo desde el que pudiera llegar un ataque. Mientras cabalgábamos, una bandada de cigüeñas levantó el vuelo a orillas de la desembocadura y se alejó pausadamente.

Sonaron trompas. La puerta del campamento se abrió. Entramos. No estaba preparado para aquel orden. Frente a mí se extendía la calle principal, con avenidas que se cruzaban con ella. Las tiendas estaban colocadas en líneas uniformes. A la izquierda, entre la rampa y las tiendas, había un campo de maniobras. Ninguna flecha incendiaria, ninguna jabalina podía llegar a las tiendas. Oí los martillazos que daba contra un yunque un herrero que reparaba armas. A la derecha, en otro espacio despejado, vi lo que deduje que serían las cocinas, a juzgar por la leña y los barriles de agua que había fuera de la tienda, larga y baja. Allí había orden y paz. Es, me dije, donde está mi padre.

Así pues, ángulos. Pero a los ángulos les damos números y en eso fue en lo que empecé a trabajar aquella noche. Quería ir de la simple cantidad de los números a lo que según mi idea era su cualidad. Podemos hablar de cinco manzanas y de tres peras. ¿Pero qué son el cinco y el tres, aparte de las manzanas y las peras?

Eso, pensaba y pienso, es lo que quería decir Pitágoras cuando dijo: «Todo está ordenado de acuerdo con el Número». Sí, la «dosidad», la «tresidad», la «cuatridad», etc., están compuestas por dos, tres y cuatro unidades respectivamente. Pero también son totalidades, unidades en sí mismas. Así pues, un ángulo recto, por ejemplo, lo describimos diciendo que tiene noventa grados. Ésa es su cantidad. ¿Cuál es su cualidad?

Consideremos una esfera que gira. Cuando la vemos, pensamos instintivamente en su eje. Cruzando esta esfera hay una línea sin existencia objetiva, pero que no por eso es menos real. Podemos determinar cualquier cosa referente a esa esfera, como su inclinación o su rapidez de rotación, sólo considerando esta línea inexistente. La calidad del número es, pues, comparable a ese eje inmóvil e invisible. Lo que no es, es. Apliquemos esta comparación a un plano bidimensional. Tomemos un círculo y un cuadrado. Démosle valor al diámetro del círculo y al lado del cuadrado. La diagonal del cuadrado siempre será un número sin cantidad finita. Pero tampoco por ello es menos real. Y en el caso del círculo, si le damos valor I a su diámetro, la circunferencia será siempre un número infinito. Por eso los matemáticos griegos no le dan un número, sino un símbolo, π.

Así pues, en Capua estudié los números. Todo debe tener un contrario. No habría frío sin calor, no habría algo sin nada. ¿Cuál es el opuesto del número 1? Nadie que yo conozca tiene la respuesta. Los egipcios, los babilonios, los caldeos, los cartagineses, los griegos, incluso los asirios y los hititas, todos tenían números mucho antes que los romanos, pero todo empieza con 1. ¿Qué es, entonces, el «no. 1»? Quizás el «no. 1» no pueda existir. ¿Por qué?

Pero éstos son temas para un tratado, no para la biografía de Escipión el africano, el romano más grande que ha existido. Sin embargo, su historia está desarrollando unas necesidades propias a las que mis digresiones prestan un flaco servicio. Dejemos que los posibles lectores de esta historia me vean durante los dos años siguientes instalado en la casa de Labieno de Capua, enseñando a Rulo y a Córbulo, trabajando en teoremas aritméticos y geométricos, y practicando la medicina con Artijes.

Hay otras materias dignas de recordar: las que se refieren a la viuda Apurnia, por ejemplo, y a su hijo, Hannón. Puede que haya tiempo para eso, puede que no. Y aunque son importantes, los dos años siguientes estuvieron para mí llenos de vidas ordinarias. Las encontrarás, diferentes en forma pero no en sustancia, en cualquier ciudad, en cualquier parte del mundo, ahora y en los años venideros. La vida de Escipión, sin

embargo, empieza ahora a dar forma al mundo. Así pues, como no sé cuánto tiempo tenemos, dejemos a Bostar de Calcedonia en silencio durante la mayor parte y dejemos a Escipión con sus recuerdos.

Además, Escipión ya no pasea por la finca. Antes me dictaba durante dos o tres horas al día; ahora lo hace durante siete u ocho. Al principio me dolían los dedos de tanto escribir, pero ahora me he acostumbrado. Hay en Escipión una urgencia desesperada que me conmueve, un profundo sentimiento de que algo acaba. Ya no parece necesitar la meditación, como una luna de plata que descansa reflejándose en un estanque silencioso. Y sin embargo, en todas estas batallas y políticas, no puedo oír ni sentir la calidez y la bondad del hombre al que amo. Ya llegará. Lo veremos. Además, cuando dos montan un mismo caballo, uno debe ir detrás. Así pues, silencio, Bostar, habla poco y déjate llevar. Los viajes tienen sus propios fines.

Silvio tiró del freno y desmontó. Yo hice lo mismo.

—Bien, señor. Te llevaré con tu padre.

Lo seguí por la calle principal, con la sed y el entumecimiento olvidados ya y el corazón martilleándome. Tenía que ser la tienda del cónsul, la más grande con diferencia, apartada, con el azul consular ondeando lánguidamente en un asta clavada en el suelo. Ya casi estábamos allí cuando la cortina de la tienda se abrió. Silvio se hizo a un lado.

Salió con la armadura puesta; su pelo estaba más gris, su barba con mechones blancos. Echó un vistazo y me envolvió con sus ojos antes de dar tres pasos rápidos, ponerme una mano en cada hombro y decir suavemente:

—Bienvenido, hijo mío. —Sufrí un estremecimiento. Se dio cuenta. Su expresión se puso rígida de preocupación y dijo—: ¡Estás herido! —Luego bramó—: ¡Silvio!

Silvio se puso firme dando un taconazo. —¡Señor!

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre.

—Señor, así es como lo encontramos.

—¿Y Frontino?

—No lo sabemos, señor. Antino lo está buscando. Hubo una emboscada.

—¿Una emboscada? ¿Dónde?

—En los bosques, después de Massalia, señor. Pero tendrás que preguntar. . .

—Está bien, padre —interrumpí—. Yo te lo contaré. Pero antes tienes que leer esto. —Busqué bajo la capa y con la mano derecha me quité el zurrón por la cabeza.

Su mirada era penetrante y clara.

—¿Del Senado?

—Sí, padre. Lo llevaba Frontino, pero . . .

—No importa. Es una lamentable recepción para mi hijo. —Se volvió hacia Silvio—. Quiero un informe completo. Para la próxima guardia. Ahora trae a los esclavos del baño y al físico. Luego ocúpate de tus caballos. —Silvio saludó y se dio la vuelta—. Ah, Silvio. Quiero ver a Antino en cuanto regrese. Tráelo directamente a mi presencia.

—Sí, señor.

—Bueno, Publio. —Mi padre sonrió—. Vaya, te has convertido en un hombre desde la última vez que te vi. Entra.

Los dos guardias que había a ambos lados de la puerta no se movieron cuando pasamos. Debían de ser de piedra.

La tienda era fresca y aireada. Vi un cofre que reconocí por haber estado en nuestra casa de Roma, una cama baja, un palanganero, una mesa y cuatro sillas y, en el rincón más alejado, espadas y armaduras, pilos y bridas. Pero más que nada, vi a mi padre.

Me acompañó hasta una silla.

—Siéntate, Publio. Echaremos un vistazo a esa espalda. —Se inclinó para quitarme la capa.

—Está bien, padre. ¿No deberías leer antes los despachos?

—¿Y no hacer caso de un hijo herido? Vamos, dame la camisa. —Observó atentamente el corte—. Vaya, Fortuna te ha sonreído, Publio Cornelio Escipión. Es un rasguño. No hay daño, pero hay que limpiarla. ¿Dónde está ese físico? Es cretense, creo. Los cretenses siempre llegan tarde. Siempre andan rezando a algún dios o preparando pociones bajo la luna llena. De todas formas, es bueno. ¿Qué fue? ¿Un pilo?

—Sí. Pero estaba oscuro. Todo pasó muy deprisa. Creo que Frontino me salvó la vida. Yo me limité a cabalgar —barboté.

—Lo primero es lo primero. Apresúrate, pero despacio. Bebida, comida, un baño y el físico. Luego hablaremos. No hay ni rastro de ese maldito Aníbal. Tendremos tiempo para hablar antes de que nos hagan volver a Roma.

Mi padre echó agua de una jarra de bronce en un cáliz de oro y me lo pasó. Fue bruscamente hasta la cortina de la tienda y asomó la cabeza.

—Un plato de cocido —dijo—.Y pan. Ración doble. —Dio media vuelta para mirarme y sonrió—. Me alegro de verte, Publio. Quiero saber todo lo que hiciste este tiempo con Fabio y quiero saberlo todo sobre el viaje.

—¿Y Aníbal, padre?

—¿Qué pasa con él? Como he dicho, ha desaparecido. Admito que estaba muy preocupado cuando lo de Sagunto. Pero se ha ido. Tu tío y su ejército han estado buscándolo durante días: nada. Probablemente haya vuelto a Gades o al lugar de donde saliese.

—Pero nos dijeron que el tío Cneo estaba contigo.

—Cierto. Estaba. Vino a marchas forzadas desde Placentia y tan pronto como llegó lo envié a explorar..., según parece en vano.

—Pero ¿y la emboscada?

—Galos, diría yo. Hacen cualquier cosa por oro.

—¿Has cazado alguno?

—Sí. Con un poco de... persuasión, nos lo contaron todo. Por eso envié a Silvio a buscarte.

—Pero ¿no les había pagado Aníbal?

—Lo hizo, pero eso no significa mucho. Tomé un sorbo de agua.

—Entonces, ¿qué se propone, padre?

—Estamos en tierra fronteriza, Publio, tierra de bandidos. Siempre hay alguien creando problemas. Cuando no son las interminables tribus de Hispania son los cartagineses. Cuando no son los cartagineses, son los galos. Entusiasmo juvenil. Es todo lo que sé sobre las intenciones de Aníbal. Probablemente he movilizado a todo el mundo para nada. El saqueo de Sagunto debió de ser una travesura. Es joven. Ya se calmará, volverá al otro lado del Iberus, y nosotros volveremos a Roma. Todo esto se acordó ya, recuérdalo, después de la última guerra. Hay un tratado. Aníbal debe respetarlo, de lo contrario...

Entraron dos esclavos con grandes lebrillos de agua humeante y luego otro con una bañera de estaño. Cruzaron la tienda y fueron detrás de una cortina de algodón.

—Bien —dijo mi padre—. No es exactamente a lo que estás acostumbrado, Publio, pero servirá. Pasa. Leeré los despachos mientras te bañas. Ellos te ayudarán.

Estaba sentado, algo avergonzado, en la pequeña bañera, mientras uno de los esclavos me lavaba suavemente la espalda con un paño, observando la luz que atravesaba la lona de la tienda y manchaba la hierba. Demasiado para asimilarlo de una sentada, para entenderlo.

Mi padre gritó:

—¡Por todos los dioses! ¡Publio, no me lo creo! —y cruzó la cortina.

En la mano llevaba un rollo de vitela. Reconocí al momento la cuidadosa caligrafía de Fabio Pictor. Me puse en pie con esfuerzo. Un esclavo me envolvió con una túnica.

—¿Qué ocurre, padre?

Recordaré hasta el día de mi muerte de qué modo, allí de pie, goteando agua en una bañera barata de estaño, dentro de una tienda, al lado de la desembocadura del Ródano, oí la noticia que dio forma a mi vida.

Mi padre estaba muy serio. Tenía la voz estrangulada y la expresión hermética.

—Es muy sencillo, Publio. Hemos declarado la guerra.

—¿A Aníbal? —pregunté—. ¿O a Cartago?

—A ambos. Mis órdenes son buscar a su ejército, dondequiera que esté, y exterminarlo. Mientras tanto, el Senado planea lanzar un ataque contra Cartago desde Sicilia, a las órdenes de mi colega Sempronio.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Hablaremos sobre la marcha.

—¿Levantamos el campamento?

—Dentro de una hora. Vístete. Hay ropas limpias en el cofre. Ah, será mejor que te pongas una armadura en cuanto el cretense te haya vendado la espalda. Y come. Volveré por ti enseguida.

Dio media vuelta y salió de la tienda; oí el ruido de sus pasos alejarse y desvanecerse.

Había dejado el despacho de Fabio encima de la mesa. Lo cogí. Lo habría leído, pero en aquel momento entró el físico. Me estaba abrochando un peto cuando volvió mi padre con dos hombres, ambos con armadura y sin casco, sudando y con aspecto preocupado.

—Y bien, Publio. ¿Cómo está esa espalda?

—Mejor, padre. El físico dice que cicatrizará pronto.

—Es una excelente noticia. Presiento que todo irá bien, Publio. Si Fortuna sigue sonriendo, pronto tendremos a Aníbal donde se merece, ¿verdad, Prisco? Ah, perdóname, no conoces a mi hijo. Publio, éste es uno de mis tribunos y clientes, Prisco Lelio.

—Me alegro de conocerte. Tu hijo es amigo mío.

—Sí. Ya sé lo de vuestras lecciones con Eufanto —dijo Prisco, algo incómodo, con una sonrisa hueca y forzada.

Era bajo y gordo, y totalmente distinto de Lelio. Tenía la nariz aplastada, las fosas nasales anchas, los ojos demasiado juntos y la frente pequeña.

—Y éste, Publio, es mi primer tribuno, Escribonio.

—Bienvenido al campamento, señor —dijo Escribonio.

—Gracias —respondí.

Me gustaba su aspecto: rubio, ojos azul claro que miraban directamente, y piel fina. Tenía una cicatriz que le cruzaba la frente. ¿Espada o pilo?'

—Bien —dijo mi padre—. Ya tendremos tiempo para cortesías cuando termine este paseo. Escribonio, ¿cuándo podemos irnos?

—La vanguardia ya ha partido, señor. El resto del ejército lo hará en la cuarta guardia.

—¿Así que podremos llegar al vado al final de la tarde?

—Sí, señor.

—Bien, ocúpate de eso, Escribonio. Acamparemos allí y cruzaremos el río por la mañana.

—¿Y por qué no lo cruzamos en barco? —preguntó Prisco.

—Por el tiempo, amigo mío. Recuerda que la mitad de la flota está en Sagunto. No, utilizaremos el vado. Además, acabo de enviar un mensaje al almirante diciéndole que vaya a toda prisa a Sicilia. Sempronio necesitará todos los barcos que pueda dirigir.

Escribonio, envía a los jefes de campamento en cabeza. Nada de aventuras esta noche. Nada de fosos. Sólo una empalizada a la derecha del terreno. Y quiero que vaya un mensajero a buscar a mi hermano y su ejército. Deben de estar a un par de horas de caballo. Dile que se reúna conmigo. Nos dirigiremos hacia el sur.

—¿Hacia el sur, señor? —La voz de Escribonio denotaba sorpresa—. Lo último que oímos de Aníbal era que estaba al noroeste de aquí.

—Y desde entonces, ¿qué hemos oído? ¿Eh? —Tanto Escribonio como Prisco se miraron los pies—. Exacto. Nada. ¿Adónde iríais si estuvierais atrapados entre el ejército romano y los Alpes? No, ha tenido que volver hacia el sur. Unos pocos aliados más para cortarle el camino de vuelta. Lo cogeremos.

Oímos que se levantaban voces airadas fuera de la tienda.

—... que informar...

—No puedes. El consejo...

Mi padre se acercó a la cortina.

—¡Antino! Está bien. Dejadle pasar. El jinete Antino entró.

—Silvio me dijo que te informara, señor —dijo.

Tenía los dientes apretados. Sus ojos llameaban. Sentí su angustia, su dolor.

—¿Y bien? —dijo mi padre.

—Hemos encontrado esto, señor. —Antino sacó una espada rota que escondía en la espalda—. La conozco, señor. Es de Frontino.

—¿Eso es todo?

—No, señor. Encontramos un galo muerto, un caballo con una pata rota y sangre que se perdía entre los árboles.

—¿Seguisteis el rastro?

—Tan lejos como pudimos, señor. Pero la maleza se volvió muy espesa.

—Ya veo. Bien, vete. Vosotros también, Prisco y Escribonio.

A1 irse, Antino me miró. Y por primera vez en mi vida sentí el odio de otra persona.

Cuando hubieron salido todos y mi padre estaba abrochándose las grebas, le dije:

—Padre, Antino parecía muy preocupado por Frontino.

—Sí, lo estaba, ¿verdad? Claro que es su obligación.

—¿Por qué?

—Porque Frontino es su hermano. O quizá debería decir «era», por lo que sabemos.

Mi padre en un caballo ruán y yo en una yegua baya, nos dispusimos a conducir fuera del campamento a la vanguardia. Me sorprendió lo rápida y silenciosamente que habían levantado las tiendas, cargado los carros, agrupado los animales y adoptado el orden de marcha. Fila tras fila, detrás de nosotros, en el espacio ya sin tiendas, quince mil soldados romanos permanecían en formación, impasibles bajo el sol otoñal, cada uno con las armas a cuestas, un zurrón, una estaca para la empalizada y una pala. Detrás de ellos, contra la rampa trasera del campamento, se pasaba revista a las *turmae* de caballería, diez por legión, novecientos jinetes en total. Pensé en lo que había dicho Frontino. Para explorar, eran suficientes. ¿Eran suficientes para alguna otra cosa?

Cerca de mí, en cinco manípulos, estaban los hombres más raros que había visto en mi vida. Su piel era casi negra y su pelo corto y rizado. No llevaban armadura, sino jubones de cuero y una especie de falda de piel de animal: no llevaban botas sino sandalias de piel gruesa. Todos llevaban un cinturón con una bolsa colgando, y en la mano lo que parecía una correa de piel.

Mi padre vio que los miraba.

—Sí, mis honderos baleáricos son todo un espectáculo. Pero espera a verlos en acción, Publio. Han derrotado a los galos sin que tuviéramos que lanzar ni un solo pilo. Con sus hondas pueden abrirle la cabeza a un hombre a trescientos pasos. Tienen una puntería increíble... aunque tardan semanas en escoger las piedras que más les convienen. Sacan de quicio a Escribonio. Pero mira el resto del ejército. Incluso después de veinte años, todavía me dan escalofríos, Publio. No me extraña que los hombres teman a Roma.

—¿Cómo pueden tantos hombres estar listos en tan poco tiempo?

—Yo pensaba que esta vez habían sido algo más lentos. Claro que ha sido inesperado. Pero son rápidos porque han practicado. ¿Notaste lo silencioso que estaba el campamento? ¿Qué pocas órdenes se dieron?

—Sí, padre. Lo noté.

—Así es como tiene que ser. El ejército romano siempre sabe lo que tiene que hacer. . . como pronto averiguará Aníbal.

—¿Cómo es eso, padre?

—Práctica, instrucción y ejercicio. Después de todo, eso es lo que entendemos por la palabra «ejército». ¿Es que no te enseñó etimología Eufanto? —Sonrió.

Yo me ruboricé ligeramente. Lo sabía, pero lo había olvidado. Sí, lo sé, Bostar, otra vez lo mismo. Pero ya no hay tiempo para digresiones. ¿Quién sabe cuándo llegará el veredicto? Así que deja que vaya deprisa, como los acontecimientos de entonces.

Mi padre levantó el brazo y espoleó a su caballo. Yo cabalgaba a su lado con quince mil hombres, a la guerra y. . .

—¡Maldición! —exclamó mi padre.

—¿Qué pasa, padre?

—He olvidado las libaciones. Debería haber dejado que los sacerdotes hicieran sus cosas. Vaya. ¿Recuerdas la historia de tu tío bisabuelo materno en la primera guerra púnica?

Claro que la recordaba. Antes de la gran batalla marítima de Ecnomo, Manlio Vulso, como requería la costumbre, había consultado los pollos sagrados en el puente de mando. Les habían echado cebada. Si se la comían, era un buen augurio y tendrían que atacar; si no la comían, no. Los pollos ni siquiera tocaron la cebada. Mi tío hizo que los tiraran por la borda, diciendo: «Ya que no quieren comer, que beban».Y atacó.

—Ganó la batalla, Publio —continuó mi padre—, y ganamos la guerra. Aun así, a los legionarios les gusta que se consulten los augurios.. . sobre todo cuando son favorables. Recuérdalo.

Lo recordé.

La unidad se prolongaba detrás de nosotros a la menguante luz del sol otoñal.

—Padre, ¿qué decían los despachos?

—Ya te lo dije. Guerra.

—Sí, pero ¿por qué?

—Al parecer, el Senado mandó enviados directamente a Cartago desde Ostia, en un barco rápido.

—¿Rápido, padre? ¿Cuánto tiempo tarda?

—¡Cuántas preguntas! —Se echó a reír—. Se tarda, Publio, un día y una noche, día y medio si el viento es propicio y los remeros vigorosos.

—Entiendo. Así que por eso esperé cuatro días.

—¿A qué te refieres?

—A nada, padre. Estabas diciendo.. .

—Sí. —Me miró con extrañeza y continuó—. El Senado dijo a nuestros enviados que ofrecieran a los ancianos cartagineses paz o guerra. Ha habido muchos problemas como éste. Ilirios, galos. Tenemos que dar ejemplo con Aníbal. Con la paz queremos decir la restitución de Sagunto, un nuevo tratado y Aníbal entre rejas. Bueno, los cartagineses escogieron la guerra. Así de simple.

—¿Y el tratado de paz que se firmó después de la última guerra?

—No sirve para nada. De todas formas, los cartagineses nunca lo respetaron. Están comerciando en todas las rutas en las que habían acordado no hacerlo. Sus piratas han estado causando problemas a nuestros barcos mercantes, sobre todo en Oriente, y llevamos años protestando.

—¿Los cartagineses han atacado nuestros barcos?

—No. A1 menos, todavía. Exigen aranceles, esas cosas. Ésa es la clave de los cartagineses, Publio. Su único interés es comerciar y ganar dinero. Hace tiempo que pienso que deberíamos actuar. Se lo habría dicho al Senado si no me hubieran entretenido los ilirios y después los ínsubros.

—¿Actuar, padre? ¿Qué quieres decir?

—Ya te dije que ésta era una tierra de bandidos. Con el tiempo podríamos hacer una provincia hasta el Iberus, y quizá más allá. Es una buena tierra, además. Crece buen grano. Así que, gracias a los cartagineses ahora podemos reclamar el sur de las Galias y el norte de Hispania y hacer provincias, poner orden... una vez que hayamos despachado a Aníbal y a su presunto ejército.

—¿Por qué «presunto», padre?

—Porque sólo son chusma mercenaria cartaginesa. Sin disciplina ni táctica. En la última guerra aprendimos a tratar con ellos. Como mi padre estaba mirando, por encima del hombro, hacia la unidad que guiábamos, fui yo el primero en ver los jinetes que venían: dos al galope, con las capas ondeando y los pilos oscilando.

—¡Mira, padre! —exclamé.

—¡Ah, exploradores! Me pregunto qué habrán encontrado.

Cabalgaron directamente hacia nosotros cruzando la llanura pantanosa. Los patos levantaban el vuelo a su paso y graznaban mientras dejaban caer excrementos. Mi padre levantó el brazo derecho para detener la unidad. Mi yegua agitó las patas.

—Salve, cónsul. Y tú, señor —dijo el primero de los dos, deslizándose hasta el suelo por el cuello del caballo.

—Ah, eres tú, Calvo —dijo mi padre. Aquél era el padre que yo conocía, siempre recordando el nombre de las personas—. Publio, te presento a Calvo. El mejor explorador que tenemos.

—Gracias, señor.

Calvo sonreía de oreja a oreja. Estaba tan cubierto de polvo que casi parecía negro. Era delgado y bajo, con la nariz corta y ancha y poco mayor que yo.

—Bien, Calvo. ¿Qué nos traes?

—¡El campamento, señor, el campamento!

—¿De quién?

—De Aníbal, señor. . . bueno, es del único que puede ser. Vimos elefantes y los oímos.

—¿Dónde?

—A1 otro lado del río. A tres horas hacia el norte, señor.

—¡El norte! —exclamó mi padre—. Maldita sea. ¿Cuántos dirías que hay?

—Es difícil de decir, señor. El campamento está en una meseta. No pudimos acercarnos. No había puntos de observación.

—No importa. Si nos superan en número, no será por mucho. Bien, Calvo, cambia los caballos y ve a buscar a mi hermano. Dile que se reúna conmigo allí. Dile que quiero que se aproxime al campamento por el norte. Y tú —al otro explorador—, ¿cómo te llamas?

—Marco, señor.

—Bien, Marco. Tú nos guiarás. —Dicho esto, mi padre se volvió a su estado mayor, que estaba detrás de nosotros—.Trompeta, toca paso de marcha. Prisco, retrocede con dos manípulos y ocúpate de los carros, los animales de reserva y los enfermos. Por cierto, ¿cómo se encuentran los hombres que tenían fiebre? No importa. Espéranos en el vado. Me atrevería a decir que estaremos de vuelta mañana por la noche.

Atravesamos el vado y seguimos marchando. No había ruido, sólo el rumor de pies de muchos hombres y cascos de caballos. No se hablaba ni se cantaba. Aquello era una máquina.

Mi padre iba y venía por las formaciones, dando ánimos y elogios. Escribonio y yo cabalgábamos hombro con hombro a través de las silenciosas y fantásticas colinas. No hablábamos. Por encima de nosotros, los buitres planeaban y caían en picado. Las piedras y la tierra que nos rodeaban eran de color rojo oscuro. Conforme nos alejábamos del río, la tierra se volvía seca y dura. Había poca vegetación y la que había estaba quemada por un verano de sol implacable.

La luz cambiaba ya. Mi padre ordenó paso ligero y caballos al trote.

—Bien, Escribonio. Aquella elevación nos servirá, aunque no haya agua. Acamparemos allí durante la noche.

Escribonio asintió.

—Correré la voz.

Espoleó al caballo para dar media vuelta y nos dejó a mí y a mi padre de nuevo en vanguardia.

—Perdóname, padre, pero has dicho acampar. ¿No deberíamos seguir la marcha y dormir al aire libre esta noche?

—¿Qué? —Me dio una palmada en la espalda. Me hizo daño. Creo que no lo manifesté—. ¡Cachorro descarado! —dijo riendo—. Aunque demuestra que quieres pensar. Eso era lo que tenía que inculcarte Fabio. —Miró alrededor y luego de nuevo a mí—. No, no debemos seguir la marcha. Entiende esto, Publio. Orden general: todos los ejércitos romanos hacen un campamento decente cuando están marchando, todas y cada una de las noches. Recuérdalo.

—Lo recordaré, padre. Pero...

—¿Pero qué?

—¿No hace mucho más lento el avance?

—Sí, pero eso no importa. Al final llegaremos, como llegaremos hasta Aníbal y su chusma, y nuestros hombres estarán descansados y seguros. No somos bandidos galos, ni bandoleros cartagineses que merodean por ahí. Quizá no tengas una tienda esta noche debido a este ritmo, pero estaremos en un campamento decente. Ahora vamos, te echo una carrera hasta la meseta.

Me senté y vi cómo se formaba el campamento a mi alrededor. Un trozo de Roma en una elevación sobre el Ródano. Primero los soldados construyeron una empalizada con las estacas del equipo y acarrearon tantos matorrales y madera como pudieron encontrar. Mi padre les ahorró el foso. Luego cavaron unas letrinas y les pusieron mamparas. Después los tribunos y los centuriones trazaron las secciones del cuadrado, una por manípulo, y los decuriones de las turmae de caballería colocaron las cercas para las monturas.

Los hombres estiraron los sacos de dormir al lado de los zurrones, se quitaron la armadura y, cuando el día moría ya y la luz se debilitaba, comenzaron a hacer la cena.

Vagué entre las hogueras. Pensaba en Frontino y en sus galletas de cebada. ¿Habrían bastado o era más importante una comida caliente? Cualquiera que estuviese a varios estadios a la redonda sabría ya dónde nos encontrábamos. ¿Importaba eso si teníamos una empalizada? ¿Y al coste de cuánto tiempo? El ejército romano funcionaba como lo había hecho durante siglos: ¿era hora de cambiar? Las semillas se estaban formando en mi mente.

Mi padre y yo nos sentamos juntos aquella noche por primera vez después de casi un año, al lado del fuego, comiendo una especie de potaje y luego higos secos; bebimos de los odres de agua. Lo que comía uno, lo comían todos. Así era el ejército de Roma.

Hablamos de Roma y de nuestra casa, de mi hermano y de mi hermana, de Fabio y de otras cosas que no importan en este momento. De mi madre y su muerte no dijimos nada. Incluso ahora, treinta y siete años después, cuando he visto y conocido casi todo lo que hay bajo el sol y en el corazón inquieto del hombre, la pérdida de mi madre es algo de lo que no sé nada.

—¡Vamos, cabeza dormida! —dijo la voz burlona de mi padre, y sentí un golpe débil.

Abrí los ojos y me senté. Todo el mundo que me rodeaba estaba vestido, con la armadura puesta, muchos alrededor de las hogueras, encima de las cuales humeaban los pucheros de hierro en el aire frío de la mañana.

—¿Cómo está esa espalda hoy? —preguntó mi padre.

—Bien —dije, frotándomela.

La verdad es que me dolía y daba punzadas, aunque pensé que más por dormir en el suelo pedregoso que por la herida. Aparté la capa bajo la que había dormido y me puse las botas. Me levanté con la túnica puesta.

—¡Un gran día para estar vivo, Publio! —dijo mi padre—. Hoy verás el poder de Roma, dirigido, como muchas otras veces, por un Escipión. Bien, ¿quieres gachas?

—Enseguida, padre. Ahora voy a la letrina.

Los soldados con los que me crucé me miraban con curiosidad. A1 lado de las letrinas ya estaban quitando las estacas de la empalizada. El sol todavía tenía que aparecer por las colinas del este, pero el ejército de Roma ya casi estaba listo para marchar.

La marcha fue más dura aquella mañana, al menos para los legionarios. El terreno era mucho más abrupto y, para pasar por los bosquecillos de carrascas que crecían en las colinas, a menudo había que romper la formación.

Mi padre estaba cada vez más impaciente.

—¡Ve y ordénalos, Escribonio! —gritó por encima del hombro—. ¡Ponlos en columna!

Miré atrás.

Escribonio espoleó a su caballo y se puso a la altura de mi padre.

—¿En fila, señor? —preguntó.

—¡Ya me has oído!

—Pero eso alargará la formación. ..

—Unos tres estadios, diría yo. No importa. ¡A1 menos llegaremos esta mañana y no las Saturnales del año que viene! Sólo la vanguardia saldrá al encuentro a Aníbal. Adelanta los manípulos de principales. Ellos se encargarán de esa banda de mercenarios.

Me pareció ver una ceja enarcada en la cara educada y rubia de Escribonio.

—Sí, señor —dijo y dio media vuelta.

—Padre, ¿por qué Escribonio ha puesto en duda tus órdenes? —pregunté mientras cabalgábamos.

—Por las emboscadas. Una línea larga y delgada se rompe fácilmente. Por eso solemos marchar de diez en fondo. Pero no en esta maldita tierra. ¡Mira allí!

Seguí su mirada y, a lo lejos, por debajo de nosotros, en un claro, vi un puñado de chozas, con las paredes de ramas, los techos de matas, y a la derecha algo parecido a minas de carbón.

—Esta gente no podría tender una emboscada ni a un niño —añadió.

—Pero no parece que haya nadie.

—¿Qué? ¿Niños? —Ambos reímos.

Mi padre inspeccionó la aldea y los árboles que la rodeaban.

—No hay nadie. Yo diría que han huido asustados. Ah, mira. Ahí viene Calvo.

Calvo y otros dos hombres bajaban por la falda de la colina que teníamos delante y a la derecha; los caballos pisaban con cuidado, con las riendas colgándoles por el cuello. Mi padre frenó el caballo, detuvo la formación. Una espesa nube de moscas cayó sobre nosotros mientras esperábamos a los exploradores.

—¿Ves eso? —dijo, espantando las moscas—. Buenos jinetes. En una ladera abrupta como ésa, Publio, préstale la cabeza a tu caballo.

Calvo tenía cara de preocupación mientras recorría trotando los últimos pasos, con sus colegas detrás.

—¿Y bien, Calvo? —preguntó mi padre. Calvo negó con la cabeza.

—Se han ido, señor.

—¿Que se han ido? ¿Qué quieres decir con que se han ido? ¡No pueden haberse ido!

—Lo han hecho, señor. Han levantado el campamento y se han ido.

—¿Dónde?

—Hacia el norte, señor. Seguimos sus huellas hacia el norte. Pero el terreno se volvió muy accidentado. Cruzaron y volvieron a cruzar muchos arroyos que desembocan en el Ródano.

—¡Así que los habéis perdido! —Era más una afirmación irritada que una pregunta.

—No, señor, pero pensé que era mejor volver para informar.

—Calvo... —Por un momento pensé que mi padre iba a perder la compostura, pero respiró hondo y expulsó el aire—, has hecho bien... y tus hombres también. Pero los perseguiremos. No pueden haberse ido hace mucho, dos horas como máximo.

—Más, señor, mucho más —dijo Calvo con voz muy seria; su latín me pareció áspero, gutural y extraño.

—¿Qué quieres decir?

—Hacía rato que se habían apagado las hogueras y las brasas estaban totalmente frías. Y...

—¿Y qué?

—Y los... los zurullos, señor. —Uno de los exploradores que estaba detrás de Calvo dejó escapar una risa sofocada.

—¡Cállate o estarás limpiando letrinas el resto del servicio militar! —exclamó mi padre. Luego, ya con más calma—: ¿Qué pasa con los zurullos?

—Incluso las boñigas de los elefantes, señor. Enormes, del tamaño de la cabeza de un hombre.

—¿Qué pasa con ellas?

—Estaban frías también. Así que yo diría. . .

—¿Dirías que hace ocho, diez horas que se han ido?

—Sí, señor.

Casi añadí: «Mientras estábamos tranquilamente en el campamento». Pero mira, escucha y cierra el pico. Estaba allí para aprender.

—¿Levantaron el campamento a medianoche? En el nombre de Juno, ¿qué hacen dirigiéndose al norte? Bien. Perseguiremos a esos cobardes. Los tenemos cogidos. —Mi padre se dio la vuelta en la silla e hizo una seña a Escribonio para que se acercara.

—Otra cosa, señor.

—¿Sí, Calvo?

—No estoy seguro, pero creo que nos han estado observando... y probablemente lo sigan haciendo.

—¿Habéis visto a sus exploradores?

—No, señor. Los hemos presentido. —Miró al suelo y casi murmuró—. Sólo es una corazonada.

—Calvo, Calvo —canturreó mi padre—. No me defraudes. Quiero de ti algo más que corazonadas. ¡Quiero hechos! —Se dio la vuelta—. Escribonio.

Dio las órdenes rápidamente, con claridad. Todas las turmae de caballería menos cinco, adelante. Todos los infantes a comer, a beber y a vaciar la vejiga. Que Escribonio tomara el mando del cuerpo principal y nos siguiera tan rápido como pudiese. Que Calvo nos guiara y los otros dos exploradores se quedaran con Escribonio. Media turma volvería al vado e informaría a Prisco Lelio. Tenía que reforzar el campamento y ampliarlo para dar cabida a los prisioneros.

—¿Prisioneros, señor? —preguntó Escribonio.

—Por supuesto. Quiero llevar a Roma a ese revoltoso de Aníbal y algunos como él. Harán un buen espectáculo. Bien, ¿alguna pregunta?

Escribonio negó con la cabeza.

—Está muy claro, señor.

—Bien. Calvo, otra cosa. ¿Alguna señal de mi hermano y su legión?

—No señor. Ni rastro.

—Qué raro. Me pregunto dónde estará. Espero que no me quite de las manos a los cartagineses. Sería una pena. Sí, estropearía la diversión.

Cabalgamos durante el mediodía, cada vez más despacio, pues el terreno se hacía más abrupto, y galopábamos cuando podíamos. Pero pasado lo que Calvo decía que había sido el campamento de Aníbal, aunque no puedo decir que yo lo viera, el terreno se convirtió en un pedregal de granito, cruzado por arroyos cubiertos de espuma. Redujimos la marcha. Teníamos que avanzar con mucho cuidado; de vez en cuando Calvo señalaba la boñiga seca de algún caballo, o la huella de una bota. Conforme el sol cruzaba el cielo, el camino entre las rocas se hacía cada vez más difícil; y desmontamos.

—Tenemos que llevar a los caballos de la brida por esta parte, Calvo —dijo mi padre—. No quiero que se queden cojos.

—Está más practicable después de aquella altura, señor —contestó Calvo, señalando un risco de granito en lo alto de la colina, alrededor del cual graznaban los cuervos y sacudían las alas.

Seguimos adelante. De repente vimos prados y llanuras cubiertas de hierba.

—Un barranco, señor —dijo Calvo—, luego otra cuesta.

Había una cuesta después del barranco, luego otra, más empinada que la anterior, luego otra igual. El agua de los arroyos que cruzamos estaba helada. Mis pies estaban doloridos, los ojos me picaban por culpa del sudor que se me deslizaba por la frente. A lo lejos, al oeste, muy lejos de nosotros, los Alpes brillaban bajo el cielo.

—Quiere que cantemos y bailemos —dijo mi padre jadeando cuando nos detuvimos a respirar en la cima de la cuesta—. Me estoy haciendo demasiado viejo para esto, Publio.—Se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano.

Más abajo, extendiéndose por la ladera de la colina, subía el resto de la unidad.

—No me gusta esto, señor —dijo Calvo guiñando los ojos al cielo.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Está demasiado silencioso. Ni siquiera hay pájaros.

Miré a mi alrededor. Calvo tenía razón. No me había dado cuenta. Durante toda la mañana habíamos visto halcones y cuervos, buitres e incluso palomas. Mientras

subíamos había gorriones volando de roca en roca y los tordos se habían escabullido aquí y allá. Ahora, nada. Incluso el rastro de Aníbal y su ejército había acabado por esfumarse.

—Mira los caballos, señor. Habría habido que fortalecerles las patas semanas antes de afrontar un terreno así.—Señaló la caballería que se acercaba y vi que al menos la mitad de los caballos iba cojeando.

—Ya no tiene remedio. —Mi padre anduvo unos pasos, se detuvo e inspeccionó el lugar—.A1 menos hay agua de sobra —dijo, casi para sí, cuando volvió—, aunque poco pasto. Pero servirá. Bien, Publio, Calvo, más adelante, al oeste, hay una altura de cima llana. Acamparemos allí esta noche.

Yo estaba demasiado cansado para preocuparme.

El día siguiente fue muy parecido. Subir, explorar, sudar. Aquel día aprendí el valor de las galletas de cebada cuando se chupan despacio. Mi padre hablaba cada vez menos. Aquella noche se fue a dormir con un escueto «Buenas noches». Hacía frío. Los hombres dormidos se agitaban, daban vueltas y murmuraban, lo mismo que yo, envolviéndose en la capa, bajo la brillante y estrellada noche.

El retumbar del puño de una espada contra un escudo me despertó a la media luz del amanecer, luego los relinchos de los caballos sobresaltados, atados en hilera. Por instinto, me levanté; mi padre ya lo había hecho y se dirigía hacia los gritos que resonaban en las colinas: Lo seguí hasta el límite de la cima y oí claramente las voces:

—*Romani sumus*, de la legión que manda Cneo Cornelio Escipión.

Esperamos, tiritando, los hombres apiñados y nerviosos. Así fue como en la cima de un cerro del sur de las Galias volví a ver a mi tío, mientras el sol salía convirtiendo el blanco de los Alpes en rojo fuego y doloroso.

—Nos encontramos de nuevo, en circunstancias inusuales, sobrino —dijo con una débil sonrisa.

Así es como lo recordaba de mi infancia: comedido, escrupuloso, casi afectado. Había perdido todo el pelo y las gotas del sudor que le había producido el ascenso brillaban en su cabeza calva.

—Hermano, habría preferido que fueras Aníbal —dijo mi padre, ¿o bromeó?, mientras los tres caminábamos hacia las fogatas— y no un huésped inesperado. Y bien, ¿qué noticias hay?

—Ninguna, salvo caballos agotados y hombres cansados y hambrientos.

—¿Quieres decir que no hay rastro de él?

—Sí, hermano —dijo mi tío—, eso es exactamente lo que quiero decir. Y francamente, ha sido como en nuestros juegos infantiles, cuando me enviabas con un mensaje destinado a alguien que no estaba allí.

—¿Qué haces entonces, vagando de noche con una de mis legiones?

—Los caballos estaban nerviosos. No podíamos acampar ni dormir. Pensé...

—¡Así que los movimientos de un ejército romano los dictan los caballos!

—¡Soy tu legado, no tu siervo! —contestó mi tío, enfadado—. No he dormido como se debe durante días, ni he comido... ni mis hombres tampoco. Se ven cosas en esos montes tan altos. Mejor dicho, no se ven. Se oyen voces, hay sombras extrañas. ..

—¡Maldita sea, hermano! —gritó mi padre—. Por todos los dioses, ¿dónde ha ido?

Mi padre ordenó a toda la legión de mi tío que diese media vuelta, aunque se quedó con sus trescientos jinetes. Cuando se encontraran con Escribonio tenían que construir un campamento adecuado y salir en busca de comida.

—¿Comida, Cornelio? —preguntó mi tío—. ¿Has visto algún ciervo por aquí?

—No, Cneo, no he visto ninguno. Pero he visto muchos conejos y liebres; servirán. Quiero que las raciones secas de tus soldados se distribuyan entre la caballería.

—¿Quieres decir que continuamos?

—Por supuesto. Tengo órdenes. Nunca he fallado a Roma.

Así reanudamos la marcha, dos días de calor y escoceduras, dos noches de frío. La segunda, mi padre dividió la unidad.

—Seguramente se ha colado a nuestras espaldas. Vamos a ir otra vez hacia el sur, Cneo. Yo me quedaré en el centro con cinco turmae. Tú te desplegarás hacia el este, Escribonio hacia el oeste. Lo encontraremos.

No lo encontramos. Había desaparecido. Volvimos al campamento que habían construido Escribonio y la legión de mi tío. ¿Cómo podía haber desaparecido Aníbal? ¿Y los elefantes? Había visto elefantes en Roma, utilizados por los constructores para transportar materiales. Los hombres pueden esconderse en barrancos y en cañadas, pero ¿y los elefantes?

El campamento estaba inquieto. La comida era escasa, para nosotros, desde luego, pero aún más para los caballos. La cena consistía en un poco de avena en el fondo de un cuenco, espesada con grasa de guisado de liebre. Recorriendo la empalizada en dirección a las letrinas, vi que los caballos sólo tenían un poco de hierba seca y mohosa, mezclada con semillas de cardo.

Aquella noche nevó. Nos despertamos con la capa y el suelo cubiertos. Alrededor de las fogatas, los hombres daban patadas en el suelo y se golpeaban los brazos. El viento del norte atravesaba la ropa, metiéndose hasta los huesos. Sin embargo, el sol brilló en la vasta blancura de los Alpes.

La asamblea de guerra fue breve.

—Estoy seguro —dijo mi padre—. Lo hemos perdido. El movimiento hacia el norte fue una estratagema. Habrá dado la vuelta, esquivándonos, y estará dirigiéndose ahora hacia los Pirineos.

—¿Cómo puedes estar seguro, hermano? —preguntó mi tío.

—Tiene que pasar el invierno en alguna parte, ¿no? —contestó mi padre con sarcasmo—. Mira a tu alrededor. Esto es acogedor en comparación con lo que ha de venir. No, creo que acelerará la marcha antes de que lleguen las nieves de verdad. Bajará en zigzag por la costa y pasará el invierno en Cartagonova. ¿No estás de acuerdo, Escribonio?

—Eso, señor, es lo que yo haría —contestó Escribonio; a la defensiva, pensé.

—Bueno, entonces levanta el campamento. Volvemos con Prisco Lelio y a un campamento bien hecho.

—¿Y desde allí, hermano? —preguntó mi tío, encogido por el frío.

—Consultaré al Senado, pero mi intención es pasar el invierno en Placentia. Desde allí aconsejaré al Senado que me permita dirigir un ataque en pleno en Hispania en primavera. Llevar la flota directamente a Cartagonova. Hacer las cosas bien de una vez para siempre. Los hermanos Escipión atacarán Hispania y Sempronio, Africa. Brrrr, qué frío hace. Pensándolo mejor, creo que me cambiaré por Sempronio y disfrutaré del sol africano una temporada. ¿Alguien se apunta?

Nadie rió. Desanduvimos lentamente el camino hecho. Estaba oscureciendo.

—Menos de una hora de marcha, Publio —dijo mi padre, que iba a mi lado—. Luego un baño caliente, una cena decente y una cama en una tienda. Prisco es muy bueno para esas cosas. Es el mejor intendente que he tenido. —Estábamos en un barranco—. Desde aquella cuesta, si no recuerdo mal, veremos el vado y el campamento. Me vendrá bien poner en remojo estos viejos huesos. Y —añadió, frotándose los labios con la mano— saborear una copa de vino.

Llegamos a la cima de la cuesta. Más abajo, el río resplandecía con las últimas luces. Pero encima flotaba una masa espesa, oscura, serpeante, una nube, pensé al principio. Luego un olor ácido y amargo me llenó la nariz y la boca.

Mi padre se puso rígido.

—¡Por todos los dioses! —dijo con los dientes apretados. Miró con furia a su alrededor—. ¡Escribonio! ¡Que me sigan diez manípulos! ¡Al galope! —espoleó a su caballo con saña y se fue galopando colina abajo.

Yo fui detrás, más despacio. Lo encontré, todavía montado, al lado del vado. Entre nosotros y la otra orilla, el río fluía amenazador y oscuro. La luz había desaparecido del agua. Imitando a mi padre, miré hacia lo que había sido nuestro campamento. Sólo quedaba parte de la empalizada. Aquí y allá brillaban los blancos fragmentos de las tiendas destrozadas y todavía llameaban rojas lenguas de fuego en el montón de carros calcinados.

Oí a lo lejos el gemido del ganado y otro sonido, el de animales sufriendo.

A nuestras espaldas oí el paso rápido de los manípulos que se acercaban. Mi padre se volvió hacia ellos. Quizás era la luz que se desvanecía, pero su cara parecía cenicienta y agotada.

—Bien, hombres —dijo—. Que dos manípulos se queden aquí hasta que los demás hayan cruzado. El resto, en marcha. Luego formad en la otra orilla en columna de a tres. ¿Quién es el centurión más antiguo?

—Soy yo, señor —se oyó una voz.

—Vuelve atrás. Trae a los honderos. Los quiero en mitad de la ladera de la colina, protegiendo nuestro avance y el. . . , el. . . —titubeó—, el campamento.

Obligamos a los caballos a entrar en el agua, con los soldados siguiéndonos. El campamento, o lo que quedaba de él, estaba a unos cien pasos de la orilla. Pero los primeros cadáveres estaban mucho más cerca. Parecían en paz, caídos de costado, boca arriba o boca abajo, y de su vientre, su pecho y su cuello manaba sangre, oscureciendo la hierba y mojando la tierra.

En medio de un silencio escalofriante entramos a caballo en el campamento. En el centro vimos un hombre atado a un carro carbonizado ya. Mi padre se detuvo.

—¡Es Prisco!

Espoleó el caballo, desmontó y echó a correr, resbalando por el suelo ensangrentado. Yo también desmonté y avancé despacio, sintiéndome vacío, irritado, solo, mareado. Pisé un soldado muerto, luego otro, sin armas, todavía con la túnica, algo de barba en las mejillas, pero los intestinos le cubrían todo el vientre y llegaban hasta el suelo.

Mi padre se agachó junto a la rueda del carro carbonizado. Detrás de mí, los soldados formaban un semicírculo irregular.

—Padre, ¿qué es?

Empezó a encogerse, a retorcerse. Esperé. Se puso en pie y me miró con ojos salvajes. Envainó la espada que llevaba en la mano.

—Publio —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Acércate, hijo. Le han sacado los ojos y le han cortado la lengua.

No me acerqué. No podía. A cuatro, cinco pasos de distancia veía la sangre, la sábana roja y marrón que una vez había sido el padre de mi amigo.

Como un perro que sale del agua, mi padre se sacudió.

—Trompeta, toca adelante para el resto del ejército. Vosotros, un manípulo de guardia. El resto, a cavar.

Y eso fue lo que hicimos, grandes fosas al otro lado de la empalizada, y llevamos a los muertos allí durante toda la tarde y hasta ya entrada la noche. Yo también participé. Nadie hizo comentarios. El sentimiento de los hombres era de rutina. Los romanos habían sufrido muertes, emboscadas y asesinatos desde el origen de Roma.

Mi padre había ido a la desembocadura del río para hablar con el almirante de la flota y hacer planes para embarcar. Yo me limité a trabajar manualmente.

Finalmente, hambriento, sediento, dolorido, con todos los hombres enterrados, me tumbé a dormir en la tierra, ensangrentada sin duda, pero al menos la sangre estaba seca. A lo largo de la empalizada las fogatas ardían en la noche, alimentadas por los restos de los carros, y los centinelas decían las contraseñas y las horas.

Pensé que acababa de dormirme. Entreabrí los ojos. Un soldado estaba a los pies de mi padre, a mi lado. Casi había amanecido.

—Siento despertarte, señor. Vienen hombres del este.

—¿Hombres? ¿Cuántos?

—Seis, señor, a pie.

—¿Armados?

—No. Señor, creo que son de los nuestros.

Así volvieron los supervivientes del campamento del Ródano, dos cocineros, un herrero y tres muleros. Tenían frío, hambre y confusión. El interrogatorio de mi padre fue amable, casi ligero.

El ataque había sobrevenido en mitad de la noche anterior, flechas de fuego primero. Ellos estaban fuera del campamento, de guardia, con los bueyes, las ovejas y las cabras. Cuando vieron las llamas y oyeron el ruido, corrieron.

—Pero al mirar atrás los vi, señor —dijo el herrero, gordo como un tonel, casi sin cuello y con las piernas cortas y arqueadas—. Los vi perfilados contra las llamas.

—Sí, hombre —dijo mi padre pacientemente—, pero ¿a quién viste?

—Galos, señor, eran galos. Casi desnudos, con mucho pelo y unos extraños escudos pintados. Exactamente iguales que aquellos contra los que luchaste en Placentia... los insu... los insubrios.

—Los ínsubros, Flaco. —El herrero se sorprendió al oírse llamar por su nombre—. Sí, te conozco.

Mi padre bostezó. Las bolsas de sus ojos legañosos eran casi negras a aquella luz inclemente.

—¿Cuántos eran, Flaco? ¿Lo viste?

—No, señor. Lo siento. Sólo eché un vistazo y corrí hacia aquellas rocas.

—Gracias. Eso es todo. —Se sentó apoyando la barbilla en las manos, mirando a lo lejos.

—¿Los perseguimos, padre? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Vamos a perseguir a los ínsubros?

—No tiene sentido. No los cogeríamos. —Se estiró, se levantó—. Voy a lo que quede de la letrina. Escribonio, forma a los hombres.

—¿Para qué, señor?

—Para embarcar. Volvemos a los cuarteles de Placentia. Este estúpido juego del escondite ya nos ha costado demasiado caro. Encárgate de todo. —Con un gesto de la cabeza, mi padre se fue. Escribonio dio media vuelta para irse.

—Escribonio, ¿tú irías detrás de los ínsubros? —le pregunté.

—¿Si yo iría, señor? Es una extraña pregunta, con tu permiso. Yo obedezco órdenes. Pero ya que lo preguntas, no, creo que tu padre tiene razón. Yo no los seguiría... si es que son ellos.

—¿Qué quieres decir con ese «si»?

—He sido soldado durante quince años. Extraño país. Lo que crees que ves no es lo que parece. Ahora, si me disculpas, tengo que formar a los hombres.

El viaje por mar fue directo y sin escalas. Bordeamos la costa. Me alegré, pues en alta mar vimos tormentas salvajes que encendían el cielo. En una ocasión vino una hacia nosotros, pero la flota se refugió en las islas Estécades hasta que pasó. Sólo resultaba desagradable aquel hacinamiento, con cuatro legiones enteras, más los caballos, en unos barcos pensados para transportar la mitad. El resto de la flota todavía estaba patrullando la costa de Hispania y tenía que pasar el invierno en Massalia.

A veces, cuando el viento era ligero, cuando las velas estaban flojas y los remeros hacían todo el trabajo, el olor de tantos hombres era insoportable. Así que durante aquellos largos días aprendí a encontrar intimidad en mí mismo. Mi padre, mi tío y yo hablábamos a veces. Pero la mayor parte del tiempo estaba cada uno por su lado. Encontré la paz en los bancos de los remeros y mirando durante horas el mar nervioso y farfullante. Oía a los hombres contar chismes sobre Aníbal. Casi todos estaban seguros,

como lo estábamos nosotros, de que se había dirigido al sur, pero que lo encontraríamos y lo derrotaríamos en Hispania en primavera. Muchos de los comentarios eran sobre Placentia y los permisos, los burdeles y los mesones. Podían haber enterrado a hermanos, primos y amigos en el Ródano, pero los soldados siguen viviendo.

Desembarcamos en Pisa y atravesamos la cuenca del río Po. Si cuento poco del invierno en Placentia es porque eso es lo que recuerdo. Frío, gris y lluvia. Recuerdo haber dormido mucho, instrucción y más instrucción, montar a caballo bajo la lluvia, despachos que iban y venían entre mi padre y Roma. Sus planes manifiestos eran, al parecer, los del Senado. Y en primavera Sempronio y sus dos legiones invadirían Africa. Nosotros sólo teníamos que esperar, como hago yo ahora con el veredicto, que pasan los días y no llega.

Alguna vez hablaba con mi padre, sobre todo de sus planes militares, pero también sobre lo que haría al verano siguiente, cuando su consulado terminara. No conseguí conocerlo mejor. Era mi padre y yo su hijo. Ambos éramos Escipiones sirviendo a Roma. Eso era todo. Supongo que estas relaciones tan superficiales eran lo normal.

Perfeccioné la espada y el pilo; aprendí a montar un caballo en movimiento; jugué mucho al ajedrez. A1 principio pensé en escribir a Lelio para hablarle de su padre y decirle que lo sentía mucho. Pero sabía que se lo habrían notificado oficialmente. No sabía qué podía añadir yo. La muerte es algo ante lo que las palabras se debilitan y pierden fluidez.

Placentia era, y sin duda todavía lo es, una ciudad sosa, poco más que un puñado de chozas y barracones cuartelarios tras sus poderosas murallas. Sólo la casa del prefecto estaba construida con piedra. Estábamos destinados allí. El prefecto era un hombre furtivo y escurridizo, adulador con mi padre y con mi tío, y un gran bebedor. Yo lo evitaba todo lo que podía... lo que por desgracia no sucedía en las comidas. Parecía que lo que comíamos era como Placentia: siempre gris.

Hasta el mercado era monótono y triste. La gente decía que sólo el verano traía algo de comercio. Una vez fui a un burdel con mi padre y mi tío. Ambos se retiraron a habitaciones privadas. La joven que me asignaron apestaba a almizcle. Su cara estaba pintada como la de una muñeca, su labio inferior colgaba y su túnica tenía manchas de grasa. Me dio asco. La rechacé y volví a mi cama bajo la lluvia.

La llegada de la primavera era lenta pero segura. Cada día, la oscuridad de la mañana era menor. Empecé a oír cantar a los pájaros. Delante de la casa del prefecto, los capullos de los cerezos estaban rojos e hinchados. Los castaños que rodeaban el barro del campo de maniobras se iluminaron con las hojas verdes. La savia subía. Cada día, en los patios de las cuadras, oía los relinchos de los sementales y las yeguas. Todavía teníamos violentas tormentas y un mediodía incluso cayó nieve, pero las fraguas estaban atareadas, haciendo y reparando espadas, arados y azadas.

Una mañana, después de desayunar gachas grises y manzanas arrugadas, ácidas y pasadas, mi padre dijo:

—Bien, Publio. Veo que el sol calienta la tierra. Ejército viene de ejercicio, ¿recuerdas? Creo que ya es hora de que empecemos, ¿no?

—Sí, padre, ¿cuándo?

—Hoy, si el tiempo lo permite. Deberíamos empezar con la caballería y luego con los hombres. Tenemos cuarenta *turmae* de caballería, más o menos. Hoy sacaremos veinte

y probaremos la tierra; no quiero verlas hundidas hasta el corvejón en el barro. Ve y di a los decuriones que se preparen.

Salí corriendo, entusiasmado, hacia las cuadras. La mayor parte de aquel día montamos a caballo y dimos vueltas por los prados llenos de hierba. El río Po bajaba todavía revuelto, furioso y gris, pero por otra parte el mundo era maravilloso, verde, limpio y pletórico de vida primaveral.

Al día siguiente lo mismo. El tercero, cogimos las cuarenta *turmae*, mil doscientos hombres. Paramos para la comida del mediodía, raciones frías de los zurrones. Yo estaba con la espalda apoyada en el tronco de un roble y mi padre a mi lado.

—Es hora de que veas algo más del país, Publio, y quiero que los caballos se acostumbren a un terreno más duro. ¿Ves aquellas colinas al norte? Coge la mitad de las fuerzas y ve a hacer un reconocimiento. No es que vayas a ver mucho, pero quiero que aprendas a utilizar los ojos como los exploradores. Cuando vuelvas, te preguntaré cuántos sitios de acampada has visto y me los describirás. Y ten cuidado. Conozco bien el terreno. Nosotros cabalgaremos hacia el oeste un poco, hasta el río Ticino, y nos veremos cuando vuelvas.

Estaba emocionado por mandar un escuadrón romano. Era mi derecho por nacimiento y por nombre, pero incluso eso es un momento que me definía, y no menos por lo que siguió.

Llegamos a las colinas al trote. Redujimos la velocidad mientras nos aproximábamos a las rocas, miré atrás, al oeste y al sur. Vi un brillo repentino, como el de una armadura al sol, por el oeste, por donde había ido mi padre. Hasta el día de hoy sigo sin saber qué fue lo que me impulsó a actuar, pero di la vuelta a mi caballo y grité:

—¡Escuadrón, al galope, seguidme!

Y me lancé en diagonal por el camino por el que habíamos llegado.

El terreno, aún cubierto de hierba, se inclinaba hacia el Ticino, un afluente del Po, cuando los vi. A todo galope, espoleé a mi caballo con furia y los jinetes que me rodeaban hicieron lo mismo. Recuerdo los relinchos de los caballos protestando, pero sobre todo las exclamaciones de asombro, las maldiciones de seiscientos hombres formados. Me froté los ojos y miré otra vez. Imposible. Fantástico. Tenía que ser un sueño.

En la otra orilla del Ticino, en la llanura situada a muchos estadios de distancia, viniendo hacia nosotros en diez columnas (era, y sigue siéndolo en mi mente, increíble) había un ejército de miles de hormigas que resplandecían al sol, cambiando de matices y colores que contrastaban con la hierba verde sobre la que marchaban. ¿Qué pensé? No eran ínsubros ni boios. Ni todos los celtas o galos que habían desfilado juntos alguna vez eran tantos. Los pensamientos se amontonaron, tropezaron y se embrollaron, como sueños en la noche. Recordé a Escribonio, sus dudas tácitas, el desdén de mi padre. Aquello era el ejército de Aníbal el Imprevisible, que no se había dirigido hacia el sur, sino que había cruzado los Alpes en mitad del invierno y ahora estaba en Italia, inimaginable, inconcebible pero real.

En nuestra orilla del río, muy por delante del ejército principal, entre éste y la unidad de mi padre, marchaba un inmenso cuerpo de caballería. Miré la cuadrada formación que había ordenado mi padre: seiscientos hombres. Las fuerzas de Aníbal eran cuatro o cinco veces superiores. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? Un escalofrío me recorrió

el pene y me subió hasta el cerebro. Placentia. ¿Debía volver a Placentia a toda prisa y llamar a las legiones? ¿Por qué no había vuelto mi padre y hecho lo mismo?

Mientras mi caballo se apoyaba en una pata y en otra, vi algo extraordinario. Como un solo hombre, la caballería cartaginesa se detuvo. Sólo las dos primeras filas continuaron, equivalentes en tamaño a las que mandaba mi padre, o tal vez inferiores. Quizás había mil pasos entre las dos unidades; los cartagineses se movían ante mis ojos con perfecta precisión y cambiaban la línea a punta de flecha y del paso al trote y al galope. En la punta de la flecha vi a un hombre vestido de negro, pequeño, sobre un gran caballo blanco. Si llevaba armadura, debía de ser una coraza de piel negra, que contrastaba vivamente con las brillantes armaduras de los jinetes que capitaneaba.

Vi que el brazo derecho de mi padre se elevaba y bajaba. Su escuadrón se adelantó en línea recta, en columna de tres, pasando al trote. Ambas fuerzas cambiaron al galope; los colores de mi padre ondeaban al viento. Con las palabras que utilizo, lo que sucedió parece haber ocurrido muy lentamente, pero lo que más recuerdo es la velocidad.

Poco antes de que las dos fuerzas chocaran, el hombre de negro estiró el brazo izquierdo y, como el vuelo de un pájaro, con la facilidad y la belleza de un arco iris, su formación en flecha se ensanchó para formar una sola línea envolvente.

—¡Cuidado, padre, te rodea!

Creo que grité para avisarle, pero mientras lo hacía, vi al hombre de negro dirigirse directamente hacia mi padre y agacharse bajo su pilo levantado. Vi la espada brillar y moverse, a mi padre caer, y espoleé a mi caballo, solté las riendas y por primera vez cabalgué realmente, bajé la colina flotando, sentí el viento soplando hacia mi padre caído y sus colores; tres hombres, cuatro, cinco, desmontaron, le rodearon, defendiéndole, dando estocadas, arremetiendo con los pilos.

La lucha de los mil doscientos se había convertido en grupos confusos de dos o tres, unos todavía a caballo, otros a pie y peleando en tierra. Tres veces mientras me acercaba vi al hombre de negro, todavía a caballo, atacar al grupo que rodeaba a mi padre. Tres veces vi las puntas de las lanzas obligando a dar media vuelta y retroceder al hombre que sabía que tenía que ser Aníbal. Y entonces, cuando llegué y bajé del caballo, sentí a los otros conmigo, uniéndose al círculo, con los pilos plantados en el suelo. Me arrodillé al lado de mi padre. Sus ojos estaban húmedos y la sangre le corría por el costado. Lo levanté sin saber cómo, alguien me ayudó, y lo colocamos a lomos de mi caballo. Volví a montar, cogí las riendas, espoleé al caballo y di media vuelta.

Con el rabillo del ojo vi al hombre de negro, que había desmontado, a dos docenas de pasos, con la espada empuñada con las dos manos por encima de la cabeza. Gritó: «¡Barca, Barca!», sus hombres le imitaron y él se acercó hacia nosotros, sus gritos de «¡Barca, Barca!» retumbando como un tambor. Con un movimiento circular de la espada derribó a los jinetes que le bloqueaban el paso. En medio de aquella algarabía, cogí a tres jinetes conmigo y nos alejamos al galope.

Recuerdo los gruñidos de mi padre. Sólo una vez miré hacia atrás y vi la estela roja de su sangre en la hierba. Nadie venía detrás, sólo mis jinetes. Atravesamos las puertas de Placentia al galope y grité «¡Cerrad, cerrad!» a los asombrados guardias.

Todavía respiraba.

—¡El físico! ¡Ayudadme a llevarlo al físico! —grité a los hombres que había a mi lado.

El cretense que me había atendido a mí había muerto en el Ródano. El otro físico era también griego; pequeño, triste y de ojos bondadosos.

La respiración de mi padre era rápida y ronca. Gotas de sangre salían burbujeando por sus labios.

—¿Vivirá? —pregunté al físico.

—Pregúntamelo más tarde —contestó.

Me incliné sobre el brocal del pozo del centro y me enjuagué la cara con agua una y otra vez. Me pareció oír una voz lejana:

—¡Publio, Publio! ¿Qué ha pasado?

Me volví con el agua cayéndome desde la frente. Era mi tío Cneo.

—An. . . —mi voz no quería salir. Lo volví a intentar—. Aníbal. —Supongo que mi mirada era fija, extraviada.

—¿Tienes fiebre, Publio? ¡Aníbal! No seas ridículo. ¿Qué le ha pasado a mi hermano?

—Te lo estoy diciendo, tío, es Aníbal. ¿No es Barca su apellido? —El canto todavía resonaba en mis oídos—. ¡Lo oí, lo vi por mis propios ojos! ¿Lo entiendes? ¡Aníbal Barca! —grité. Me sentía débil. Me senté en el brocal del pozo—.Y un ejército inmenso —añadí en voz baja.

—¿Dónde?

—Al oeste. En el Ticino.

El color desapareció lentamente de su cara.

—No puede ser. Es imposible —balbució—. Si es él. ..

—¡Por los dioses, tío! —estaba irritado—. ¿Si es él? Te estoy diciendo que es Aníbal. Con un gran ejército; muchos más hombres de los que he visto en mi vida.

—Pero ¿y los Alpes? ¡Y en invierno! ¿Cómo...?

—No sé cómo lo hizo, pero lo hizo.

Con semejante falta de respeto comencé, ahora lo veo, a ser un hombre.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pensaba que eras el legado de esta guarnición. Primero, quiero pasar revista a todos los hombres. Segundo, enviaré un despacho al Senado. Tercero, pediré que envíen aquí a Sempronio y a sus tres legiones.

—¡Sempronio! No te precipites, Publio. Puede que Aníbal haya cruzado los Alpes, pero tenemos cuatro legiones aquí.

—Y él las duplica, te lo he dicho.

—¿Cincuenta mil hombres han cruzado los Alpes? ¡Ridículo!

—¡Ridículo pero cierto, te lo estoy diciendo!

—Bien, iré y lo veré por mis propios ojos. ¿Has dicho al oeste?

—Sí, a menos de media hora a caballo.

—Llevaré una legión. Tú ocúpate de tu padre.

Mi padre seguía dormido y respiraba irregularmente. Las vendas que envolvían su pecho estaban rojas de sangre y amarillas por los emplastos. El físico me indicó por señas que me fuese. Fui a mi habitación, me quité la coraza, me cambié de túnica, volví a ponerme la coraza, regresé con mi tío, que ya estaba montado en el patio de armas, listo para partir.

—Voy contigo —dije.

—¿Y tu padre?

—Vive. El físico está con él.

—Muy bien. Daré el mando a Escribonio.

Mi tío era un jefe cauto. En esta ocasión tenía motivos para serlo. No teníamos exploradores ni caballería. Nadie había vuelto del Ticino. ¿Por qué no me habían seguido? ¿Dónde estaban? En su lugar, mi tío puso a los honderos. Cada diez minutos hacía un alto y esperaba que llegaran los honderos corriendo. Su mensaje siempre era el mismo: nada que informar.

Llegamos a la elevación desde la que yo había observado. Estaban donde habían caído, cuarenta turmae de caballería romana, las veinte de mi padre y las mías, cadáveres revueltos, algunos todavía sangrando, la tierra roja de sangre, el Ticino rojo debido a los cuerpos amontonados en la orilla. Mi tío y yo recorrimos en silencio aquella carnicería, entre las moscas zumbantes y molestas, y entre el olor, que empezaba a ser dulzón; penetrante y nauseabundo.

No había heridos. A los que habían recibido una cuchillada en la pierna, en la cara, en la espalda o en el brazo les habían cortado la garganta. Sólo vi caballos muertos. Supuse que se habían llevado los supervivientes. No había espadas, ni escudos ni pilos ni cascos, salvo que estuvieran inservibles.

Mi tío se dio la vuelta con la cara gris y descompuesta.

—No quiero ver más.

En mitad de la cuesta, los manípulos habían formado cuadros de defensa.

—Diez manípulos, que caven y entierren —ordenó mi tío—. Otros diez, tomad posiciones en la orilla de allá, y otros diez que vuelvan a la cima. Todos con los ojos bien abiertos. En cuanto se mueva cualquier cosa que no sea un conejo, que toquen la trompa.

Habló tan bajo que aseguraría que sólo las primeras filas lo oyeron. Pero quizá sabían lo que había que hacer. No era la primera vez, pensé, que Aníbal castigaba a Roma. Había sido él, estaba seguro, en el Ródano. Ataque sorpresa y huida, como allí. Huida. ¿Hacia dónde?, me pregunté. Y con cerca de mil caballos frescos y descansados, y un magnífico arsenal, ¿para quién?

Durante semanas, los únicos ciudadanos que salieron de Placentia fueron las patrullas de exploradores y mensajeros, los últimos siempre de noche, para llegar a Pisa y coger un barco hacia Ostia al amanecer. Las patrullas no encontraban nada y los mensajeros volvían, al principio incrédulos y luego cada vez más desesperados, con las respuestas del Senado. El primer despacho senatorial decía que era imposible que un ejército cruzara los Alpes, y mucho menos en invierno. ¿Estábamos seguros de que era Aníbal el cartaginés? Mi tío contestó, con paciencia. Yo añadí una nota para Fabio Pictor diciendo que había visto a Aníbal por mis propios ojos.

Nuestros soldados en Placentia estaban retraídos y malhumorados, aunque los entreteníamos haciendo ejercicios. Oí hablar de magia y vi que, al oír el nombre de Aníbal, los hombres hacían signos contra el mal de ojo. Lentamente llegamos a admitir que había hecho lo imposible. Lo cual no hizo que dejáramos de preguntarnos dónde estaría ahora, y qué iba a hacer.

La herida de mi padre estaba cicatrizando, aunque todavía guardaba cama y tenía una tos profunda y seca. Su colega el cónsul Sempronio había pospuesto el viaje a Sicilia y pronto llegaría con sus tres legiones. Más caballería había llegado ya de Roma sin haber visto ni a un cartaginés en el camino. Aníbal no había ido hacia el sur.

Le pregunté a Escribonio sobre esto una mañana que nos reunimos en el comedor de oficiales.

—Estará descansando, supongo, en las colinas que quedan al norte —dijo.

—Pero ¿por qué esta maniobra falsa contra Placentia?

—Reconocimiento, nada más. Para ver a qué se enfrenta. Bueno, además está el miedo... según estamos descubriendo.

—¿Qué quieres decir, Escribonio?

—Todavía tiene ventaja. Ya ha hecho lo que ningún hombre soñó que fuera posible, luego da un picotazo y desaparece. Nuestros soldados luchan contra hombres, no contra magos, señor. Ya has oído a los hombres. Aníbal les asusta porque es algo que no entienden.

—Entonces, ¿por qué no se aprovecha de esta ventaja? No entiendo por qué no nos ataca aquí, por ejemplo.

—Traiga lo que traiga tras haber cruzado los Alpes, no es maquinaria de asedio, señor. Y en todo caso, aunque ha conseguido cruzar, sus pérdidas habrán sido muchas. Él, sus hombres y sus animales tienen que estar cansados, muy cansados. Los hombres cansados no luchan a menos que sea necesario.

—Entonces, ¿deberíamos atacarle nosotros?

—Sí, seguramente, cuando llegue Sempronio.

—¿Tú lo aconsejas?

—Si me lo preguntaran, señor, diría que sí. Pero antes tenemos que encontrarlo. No será muy difícil, pero eso no quiere decir que presente batalla.

—¿Por qué?

—Bueno, no lo sé, señor. Pero personalmente creo que este Aníbal no luchará en nuestro terreno. Luchará en el terreno que él escoja o no luchará. —En aquel preciso momento sonó una trompa en el campo de maniobras—. Discúlpame pero tengo que entrar de guardia. Por cierto, señor, me han contado lo del Ticino.

—¿Qué te han contado? ¿A qué te refieres?

—Que salvaste la vida a tu padre. Los hombres dicen que mereces una corona.

Me sentí turbado.

—No lo creo, Escribonio. Instinto, eso fue todo. De todas formas, si mi padre me debe la vida, yo debo la mía a Frontino. Me pregunto si todavía estará vivo.

Escribonio me miró mientras se volvía para irse. ¿Había un respeto desconocido en sus ojos?

—¿Frontino? Yo también me lo pregunto, señor, yo también. Júpiter sabe que Roma necesita soldados como él. —Saludó y se fue.

A1 día siguiente llegaron las órdenes del Senado para mi padre, claras y concisas. Tan pronto como estuviera listo para viajar, tenía que volver a Roma para recuperarse allí y para dar su consejo.

—Publio, quiero que vengas conmigo —dijo después de leer el despacho.

—Pero padre...

Tosió profundamente y levantó una mano.

—Publio —dijo con voz resollante—. Te debo la vida. Ahora más que nunca quiero hacer algo por ti. Sempronio y tu tío destruirán a Aníbal antes de la próxima luna llena. No será una batalla, será una derrota y las auténticas decisiones se tomarán en Roma. Estaremos allí.

—Si Aníbal fuera un enemigo tan dócil, padre, ¿por qué fue su espada la que te hirió?

—¡No! —Volvió a toser. Le di agua de la jarra que había al lado de la cama—. Gracias —dijo en cuanto recuperó la voz—. No vuelvas a mencionarlo, Publio. Creí que lo habías visto. Se agachó por debajo de mi pilo, como si no estuviera allí. Eso no es un soldado, es un cobarde.

Cuando me retiré para dejarle descansar, yo no estaba tan seguro.

Sempronio y sus legiones llegaron a la mañana siguiente. Toda la ciudad resonó con el estrépito de las trompas. Mi padre estaba durmiendo. Me senté en un taburete, al pie de su cama, esperando que el ruido no lo despertara. Se agitaba y murmuraba a causa de la fiebre y vi gotas de sudor formándose y secándose en su frente.

La puerta se abrió. Supe quién era mientras entraba. Alto y delgado, tenía el pelo largo y amarillento. Su nariz era larga y estrecha, los ojos demasiado pequeños para aquella cabeza. Los soldados le llamaban el Zancos. Entendí por qué. Las piernas parecían llegarle hasta el pecho, que sacaba como un gallito.

—Así que aquí está mi heroico y herido colega de consulado —dijo atravesando la habitación. Su voz era aguda y nasal—.Y tú...

—Por favor —dije levantándome—. Está durmiendo.

Sempronio se detuvo. Se rodeó la barbilla con la mano. Parecía una cigüeña, como las que había en la desembocadura del Ródano.

—Debes de ser su hijo, del mismo nombre.

—Lo soy.

—He oído decir que la famosa piedad filial de los Escipiones sobresalió hace unas semanas —dijo con sarcasmo—. ¿Realmente crees que rescataste a tu padre de la espada de Aníbal?

—¿Que si lo creo? No.

—¿Entonces qué? —Su actitud era arrogante y zumbona. Le sostuve la mirada.

—Sempronio, no lo creo: lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes?

—Que era Aníbal.

—Como también lo sé yo, Sempronio —dijo mi padre, detrás de mí. Me volví. Estaba sentado en la cama. Un rayo de sol cayó en su cara y vi lo viejo que parecía, lo profundas que eran las arrugas de su frente y las que rodeaban sus ojos—. Otra cosa, estimado colega cónsul, no quiero que interrogues a mi hijo como si fuera uno de tus esclavos.

—¡Bueno, bueno! Estás mejorando, colega cónsul. —Sempronio esbozó una sonrisa altanera al dirigirse a la cama de mi padre—. De todas formas, sea quien fuere, le daré su merecido y emprenderé el viaje a Sicilia. Tenemos una buena flota allí, ya lo sabes.

—Sí, eso hemos oído —dijo mi padre débilmente, apoyándose en un codo.

—De hecho, estaría en África ya, aplastando Cartago, si no hubiera sido por esta, ejem..., distracción

Vi que la boca de mi padre se ponía rígida.

—Esto, Sempronio, puede ser algo más que un paseo por tu finca rural —dijo.

—Ya lo veremos. Pero ahora necesito comer y beber. Joven, hazme el favor —añadió, volviéndose hacia mí—, tráeme cualquier cosa que este miserable lugar pueda proveer.

Fui hacia la puerta, que Sempronio no había cerrado, y grité:

—¡Casca!

La mujer debía de haber estado sentada en el pasillo, porque sólo había dado unos pasos cuando la oí entrar detrás de mí. Casca era una buena criada. Mi confianza en ella había ido aumentando durante los meses que habíamos estado en Placentia. Pero era muy baja, casi una enana, y gorda. Tenía una pierna más corta que la otra, y los pies torcidos hacia dentro, y se arrastraba al andar. Su labio inferior estaba deformado y por él le colgaba un hilo de baba. El labio superior estaba cubierto de vello y tenía los ojos hundidos.

Observé a Sempronio cuando la miró.

—¿Qué es este monstruo? —dijo en son de burla—. Se supone que esto es una guarnición, no un circo.

Casca se estremeció. Sentí rabia y un calor que me subía a las mejillas. Fuera cual fuese su aspecto, aquel «monstruo» había atendido a mi padre con ternura y paciencia, cambiándole de ropa, vaciando su orinal, alimentándolo con una cuchara. Al principio había dormido en una silla, al lado de su cama.

—Sempronio —dije con tranquilidad—, te presento a la mujer que ha cuidado de mi padre. Roma está en deuda con ella.

—¡Bah! —dijo Sempronio con desdén—. Si a mí me cuidara una cosa así, me pondría bueno pronto. Muy pronto. —Se acercó a una silla que había al lado de la cama y se sentó—. Bueno, tenemos trabajo que hacer. Quiero tus mapas, Escipión, y una descripción del terreno. He recorrido un largo camino muy aprisa. Quiero ajustarle las cuentas a ese Aníbal o quien sea y estar en Sicilia antes de que termine el mes.

—Casca —dijo mi padre con amabilidad—. Tráele comida a mi colega cónsul. Publio, por favor, ve a buscar a mi hermano. Dile que se reúna con nosotros.

Mientras cerraba la puerta, oí la voz chillona de Sempronio. Dejamos Placentia a la mañana siguiente; a mi padre lo llevaban seis esclavos en una litera. Yo cabalgaba a su lado. Delante y detrás de nosotros marchaban dos manípulos, con órdenes de acompañarnos hasta que embarcáramos en Pisa y de volver a continuación. Por los flancos iban los exploradores a caballo. Mi padre había asignado dos *turmae* para que formaran cadenas de mensajeros y en Placentia mi tío estaba preparado con dos legiones para venir tras nosotros a la primera señal de que hubiera problemas.

Todo el mundo estaba tenso y nervioso. La llanura de la costa parecía amenazadora e inmensa. El aire estaba cargado de salitre, sin viento y pesado. Seguimos avanzando.

Una vez embarcados, miré hacia atrás, hacia Placentia. Recordé los gritos de «¡Barca, Barca!» que nunca han abandonado mis sueños. Me estremecí cuando los remos del barco se hundieron en las aguas al son de los tambores.

Fui a reunirme con mi padre en el puente de mando. Los marineros habían levantado un toldo para protegerle del sol.

—Va a ser una lenta travesía, Publio, si no tenemos viento —dijo con aspecto cansado.

—Sí, pero no tenemos prisa, padre.

—Eso es cierto. —Se irguió y tosió—. Ojalá se pudiera decir lo mismo de Sempronio.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo viste. Tienes que aprender a juzgar a los hombres, Publio. Sempronio siempre ha sido de sangre caliente.

—¿Quieres decir que cometerá un error?

—Estoy seguro. Muchos. ¿No presentiste que nos observaban durante el viaje a Pisa?

—Sí, lo presentí, padre. Pero eso es imposible. Los exploradores no vieron nada.

—¿Imposible? También lo es cruzar los Alpes.

—¿Crees que Aníbal luchará contra Sempronio y contra el tío Cneo?

—Sí, lo creo. Creo que sabe exactamente lo que está pasando.

—¿Y ganará?

Una ligera sonrisa cruzó los labios de mi padre.

—¿Ganar? No, Publio. Eso es imposible. Con la legión que se unió a él mientras marchaba, Sempronio tiene cinco. Son hombres con experiencia, preparados y descansados.

—Sí, pero ¿y su ánimo?

—¿Su ánimo, Publio?

—Es algo que me enseñó Frontino. Me pregunto si estará vivo todavía.

—Si alguien puede estarlo, es él. Es el mejor soldado que he conocido en mi vida.

—Le debo la mía, padre.

—Lo sé, Publio, lo sé. —Estiró la mano y me tocó el brazo—.Yo también te la debo a ti.

Cuando nuestras miradas se encontraron, una brisa agitó el aire. Pasó el momento de intimidad. La voz de mi padre cambió.

—Bien, el físico griego dijo que debía darme el aire del mar en la herida.

Se levantó la camisa. Yo no había visto la herida desde hacía tiempo. La cicatriz atravesaba el estómago, roja y rabiosa, con ramificaciones. A lo largo de la línea se veían pústulas amarillentas que sobresalían.

—Hum. Todavía está infectada. Pero va mejorando. Puede que tengamos que sajar las bolsas de pus cuando lleguemos a Roma. Se reclinó.

—Quiero dormir ahora, Publio. Un poco más de brisa y pronto navegaremos a todo trapo.

—¿Quieres que te traiga alguna cosa?

—Sí. Agua, por favor. Luego ve y trata de ver delfines. Son un buen presagio. Suele haber muchos por esta costa.

Hice lo que me había dicho. Busqué delfines. No había ninguno. Sólo mustias enredaderas de algas que iban a la deriva por el mar.

Ya en mi casa, la vida continuó como si nunca hubiera salido de allí. Quizá sea eso la patria, el lugar donde las cosas son siempre iguales. Recuerdo la paz que sentía, la seguridad de estar de nuevo entre los mismos muebles, los mismos sirvientes, el mismo ritmo que había conocido. Y los mismos amigos.

Fui a ver a Lelio al día siguiente de nuestro regreso. A1 principio estuvo reservado y cohibido. No había cambiado, aunque tenía la barba más cerrada. Así, supuse, estaría la mía.

—Lelio, lo siento —dije en el atrio de la casa que había sido de su padre y que ya era suya.

—¿Qué sientes?

—Lo de tu padre.

Se mordió el labio.

—Ah, eso. El Senado nos ha concedido una pensión. Y parece que ahora soy rico. Mi padre dejó mucho dinero. No tengo ni idea del éxito que tuvo en sus inversiones, ni de la cantidad. ¿Y tú? He oído que salvaste la vida de tu padre. ¿Cómo se encuentra?

—Recuperándose, gracias. Estará bien en una semana. La herida ya casi ha cicatrizado.

—Y dicen que viste a Aníbal. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—Yo... realmente no lo sé, Lelio. Todo sucedió muy rápido. Yo...

—Pasa al jardín. Nos sentaremos allí y hablaremos.

Conversamos durante varias horas.

Cuando volví a casa, fui a ver a mi padre a su cuarto. Estaba sentado en la cama, leyendo papiros llenos de números.

—¿Qué estás leyendo, padre?

—Sólo cuentas. Festo ha hecho un buen trabajo mientras he estado fuera. ¿Has visto a Lelio?

—Sí.

—¿Qué tal estaba?

—Bien.

—¿No estaba afligido por lo de su padre?

—Si lo estaba, no lo dio a entender.

—Bien. Un verdadero romano.

—Padre, estuvimos hablando de un asunto.

—¿Sí? —preguntó, dejando los papiros en la mesa que había al lado de la cama—. ¿De qué?

—Lelio y yo lo discutimos. Dije que te lo preguntaría.

—¿Que me preguntarías qué?

—Bueno, supongo que continuaré el *triconium fori* con Fabio.

—Sí. Recuerda que ya lo hablamos en el barco. ¿Qué ocurre con eso?

—Pues bien, padre, ¿podría Lelio hacerlo conmigo?

—Yo... pero si ni siquiera es un équite. No sé cómo se sentiría Fabio.

—Fabio me enseñó, padre, a juzgar las cosas por la sustancia, no por la forma.

Mi padre me miró fijamente.

—Muy bien. Tienes mi permiso para consultarlo con Fabio. Al menos le debo eso a Prisco. De todas formas, pensaba pedir al Senado que ascendiera de categoría la casa de Lelio. La muerte de Prisco se merece eso y mucho más. Puedes hablarle a Fabio de mis intenciones. ¿Irás al Senado mañana? —Asentí con la cabeza—. Saluda a Fabio de mi parte.

—Lo haré, padre.

Así fue como Lelio se reunió conmigo todos los días en el Senado. Nos manteníamos aparte de los otros que hacían el *triconium fori*. Veía las miradas de curiosidad que nos dirigían. Pero mi posición era elevada (había salvado la vida de mi padre) y Lelio recibía el respeto debido a cualquiera cuyo padre hubiera muerto por Roma. Ese respeto podía haberse concedido con reticencias en su caso, pero estaba allí. Más tarde, cuando el Senado aprobó el decreto que ennoblecía la casa de Lelio, hubo risitas y muecas de complicidad.

Señalé que era lo menos que podía esperarse. Después de todo, dije, sucedió sin duda lo mismo cuando el primer Escipión reclamó el mismo honor. Todas las familias nobles comienzan de alguna manera.

—Supongo que tienes razón —dijo Lelio con indiferencia—. Sólo que a la mía le ha costado trescientos años más que a la tuya.

Tengo que interrumpir, a pesar de mi intención de no hacerlo. He de recalcar la importancia de lo que Escipión acaba de dictar. El no lo sabe. No lo comprendió

entonces. Ni lo comprende ahora. Pero los celos comenzaron en aquel momento. Temo por los frutos que todavía puedan dar en el testimonio de Lelio.

Así continuó nuestra vida. Mi padre estaba bien otra vez e iba al Senado todos los días. Pasaba las últimas horas de la tarde con un entrenador, reforzando los músculos que se habían debilitado. Lelio y yo pasábamos el tiempo juntos en el Senado o con Fabio, o en los baños, o adiestrándonos con Lanisto. Este último señaló que había aprendido a cabalgar durante mi viaje. Y esperábamos. Los despachos de Sempronio, leídos cada mañana en la cámara del Senado, eran breves, seguros y coherentes. Estaba «buscando al enemigo» (nunca lo llamaba Aníbal) y confiaba «en la victoria final».

En e1 Senado, el problema era el dinero. El oro fluía hacia Sicilia, para construir allí los aparatos (catapultas, arietes, torres, escalas y máquinas de flechas) que embarcarían y zarparían para el sitio de Cartago. El rey Hierón de Siracusa era, al parecer, un verdadero aliado de Roma. El Senado incluso había pedido un préstamo a los banqueros privados, convencido (eso decía Fabio) de que se multiplicaría cuando se saqueara Cartago o cuando concluyeran las negociaciones de paz y las indemnizaciones. El Senado estaba decidido. El asombro ante el hecho de que Aníbal hubiera cruzado los Alpes había dado paso a la acción.

En casa, por las noches, mi hermana Cornelia empezó a sentarse a cenar con mi padre y conmigo. Había crecido mucho y tenía el cuerpo de una joven, no el de una niña. Ya tenía pechos y se le dibujaba la cintura sobre unas anchas caderas. Había en sus hombros una suavidad que no había visto antes. Pero sobre todo pensaba que sus manos eran hermosas, sus dedos ahusados y largos. Las uñas eran pálidas y puntiagudas, y totalmente fascinantes. Solía mirarlas mientras comíamos. Una vez, mientras la estaba mirando, me dedicó una tímida sonrisa. Sus uñas también brillaron. Algún barniz, supuse. Siempre quise preguntarle cómo lo hacía. Nunca se lo pregunté y ahora, en el otoño de mi vida, quizá cerca del final si Catón se sale con la suya, pienso en lo extraño que me resulta no haber sabido nunca cómo se pintan las uñas las mujeres, por qué los pájaros cantan, la luna crece y mengua, cómo respiran los peces bajo el agua. Hay muchos misterios en las cosas sencillas y vivimos demasiado en la arrogancia de la luz. He aprendido a mirar en las sombras, a ver un árbol, por ejemplo, no por sus ramas sino por los espacios que hay entre ellas. Muy bien, Bostar. Antes de que tosas, continuaré. Pero estoy débil, tengo frío y me atrae la oscuridad de las cosas. ¿Viviré para ver otra primavera?

El gobierno de la casa había quedado en manos de Cornelia los meses que yo había estado fuera. No las cuentas, ni los tratos con los mercaderes y los tenderos (eso lo hacía Festo), sino los sirvientes y el orden general de la casa. Era como una noble romana tiene que ser.

Fueron días tranquilos, buenos y largos. Al principio tenía sueños extraños sobre Aníbal, no como si fuera una persona, sino como si fuese energía. Estos sueños desaparecieron con el correr del tiempo. Todo iba bien para mí y para los míos... pero no para mi hermano Lucio.

Una noche mi padre y yo regresamos juntos del Senado, al que había vuelto después de la sesión con el entrenador. El mundo estaba inundado de luz y fuimos a sentarnos al jardín mientras esperábamos la cena.

—Festo —ordenó mi padre—, tráenos vino. De Quíos.

Nos dirigíamos a un banco situado bajo las ramas de un árbol cuando vi a Lucio de espaldas a nosotros, sentado en el suelo, al lado de la fuente, absorto.

—Mira, padre. Ahí está Lucio.

—¿Lucio? ¿Qué está haciendo? Debería estar en la cama. ¡Lucio! —gritó. No hubo respuesta. Fuimos hacia él—. ¡Lucio! —volvió a gritar mi padre.

Mi hermano no nos hizo caso y continuó con lo que estuviese haciendo.

Me acerqué trazando una curva y vi. En el regazo tenía tres estorninos con las plumas revueltas. Tenía otro en la mano y, cuidadosa y meticulosamente, le estaba arrancando las alas, mientras el pájaro jadeaba y boqueaba buscando aire. Me incliné instintivamente, asqueado, y le golpeé en el hombro izquierdo. Los ojos que volvió hacia mí eran fríos.

—Mira, padre. ¡Está torturando a los pájaros! —dije.

Mi padre se acercó y cogió a Lucio por la túnica, poniéndolo de pie.

—¡Sucio mocoso! —susurró. Le dio la vuelta para verle la cara y le propinó un par de bofetadas—. Ahora vete a tu cuarto. No quiero verte durante unos días.

Dicho esto, empujó a Lucio hacia la casa. Mi hermano menor dio tres pasos, cuatro, luego se paró y medio se volvió hacia nosotros. Su expresión era servil y ausente. Luego sonrió con burla y echó a correr.

—Extraño, extraño chico —dijo mi padre—. Publio, ve a decirle a Festo que quiero que encierre a Lucio en su habitación. Con llave, si hace falta. Me ocuparé de él cuando hayamos terminado con la expedición cartaginesa. ¡Ah! Y dile a Festo que se lleve esos pájaros. Que los queme o que los entierre, no me importa. Y bien, ¿dónde está ese vino?

La historia de Fabio iba progresando. Pero su vista flaqueaba y Lelio y yo hacíamos turnos para escribir lo que dictaba diariamente, o para leerle a Heródoto o a Tucídides, para mejorar su estilo, según decía. Recuerdo que estaba leyendo el discurso fúnebre de Pericles cuando llamaron bruscamente a la puerta.

—Adelante —dijo Fabio—. ¿Quién es? —preguntó cuando se cerró la puerta.

—El correo habitual de Sempronio, señor —respondí.

—Bien. Pues abre el despacho y léelo. ¿Hay tiempo antes de que la cámara se reúna?

Miré a Lelio. Tenía un sentido muy sutil del tiempo, mientras que yo tenía que mirar las velas graduadas y averiguar la hora. Lelio asintió.

—Sí, señor, hay tiempo.

—Pues adelante.

El correo salió sin decir palabra. Rompí el sello de cera, como había hecho ya otras veces, esperando... ¿qué esperaba? Más de lo mismo, supongo. Exploraciones, encuentro inminente... Hacía semanas que oíamos lo mismo.

—*Tiberius Gracchus Sempronius, Coss., Pr., Aed., Tr., Pl., Senatui Populoque Romano* —leí—. *Ego exercitusque valemus*. . .

—Sí, sí —interrumpió Fabio—. Las formalidades. Sáltate todo eso, Publio. Ve al grano.

—Sí, señor —me aclaré la garganta—. Ayer capturamos una partida de exploradores del enemigo —leí. Todavía «el enemigo», no «Aníbal»—. Treinta y ocho galos. Les hicimos hablar. Por ellos supe la posición del enemigo y sus planes. Están acampados

en la orilla opuesta del Trebia, un afluente del Po. Marcharemos al amanecer para presentar batalla.

—Gracias, Publio —Fabio bostezó—. Por fin buenas noticias. Informaré al Senado que esperamos enterarnos de la victoria de Sempronio pasado mañana.

—Discúlpame, señor —dijo Lelio desde el rincón en que estaba—, pero ¿cómo puedes estar tan seguro?

—¿Cómo? Vamos, vamos, Lelio. ¿No has estado escribiendo mi historia? ¿No has aprendido que el ejército de Roma fue forjado en la fragua de la guerra hasta que se convirtió en la mayor máquina de combate que ha visto el mundo? Pregúntale a Publio. Ha visto el ejército romano en acción. Invencible, ¿no es lo que dirías, Publio?

—Con todo el respeto, señor, no entramos en batalla.

—No, pero has visto la disciplina, el orden. Están bien provistos y bien armados. ¿Cómo puede una turba de mercenarios igualar eso, aunque hayan sido capaces de cruzar los Alpes? Si lo hicieron, tienen que estar agotados. Y Sempronio es un jefe militar experto. Como tu tío Cneo. Aníbal no lo es. No puede tener muchos más años que vosotros dos. ¿No es cierto?

—En realidad no sabría decirlo, señor. Apenas lo vi. Pero sí, ciertamente es muy joven.

—¡Ahí está! Ahora espero que tengamos un poco de tiempo para continuar mi historia antes de la sesión. ¿Algo más de Sempronio, Publio?

—Sí, hay una posdata, señor. —¿Qué dice?

—Añade... —respiré hondo y miré de nuevo el escrito—.Añade que han crucificado a los prisioneros, señor.

—¡Crucificado! —La voz de Fabio fue un chasquido. Se toqueteó la barba, la luz y la brisa entraban por la ventana que había detrás de él. El aire de la mañana era frío—. Es una forma de actuar enérgica, ¿no diríais lo mismo?

Me sentí mareado al pensarlo. Sí, había visto a los romanos muertos por Aníbal en el Ródano y en el Ticino. Pero aquello había sido necesario, era la guerra. La tortura del padre de Lelio había sido harina de otro costal. A pesar de eso, la crucifixión de treinta y ocho hombres me parecía cruel y gratuita. Miré de nuevo el número, XXXVIII, y me pareció largo. Las X me parecieron diez I, las V cinco, y me estremecí. Mientras hablábamos del tema estaban allí clavados, agonizando, vivos. Quien había cortado la lengua a Prisco Lelio, por lo menos le había cortado después la garganta. Lelio contestó a Fabio y me salvó.

—Merecen cosas peores por lo que le hicieron a mi padre —dijo en voz baja.

Yo no estaba ni estoy tan seguro. Si a la crueldad se responde con crueldad, ¿quién sabe dónde terminará?

Mientras Lelio y yo salíamos del Senado aquella tarde, uno de los secretarios me llamó.

—El padre de la cámara está preguntando por ti —dijo—. Por favor, ve al despacho de Fabio Pictor.

—¿Cómo? ¿Yo solo? —pregunté, mirando a Lelio.

—Sí, señor. Hay alguien que quiere verte, a solas.

Mi padre había pedido a Lelio que cenara con nosotros.

—Está bien —dije—. Lelio, ve tú. Nos veremos en casa. Mi padre no habrá llegado aún, pero Cornelia te hará los honores.

—Te esperaré aquí, si lo prefieres.

—No, no te preocupes. No tardaré mucho.

—¡Ah, Publio! —dijo Fabio poco después—. Gracias por venir. Hay alguien que quiero que conozcas que también tiene muchas ganas de conocerte. Catón, adelántate.

Debía de haber estado detrás de la puerta cuando yo entré. A mi izquierda, alguien de mi edad dio unos pasos. La edad era la única similitud entre nosotros. Él era bajo, corpulento y chaparro, de piel cetrina. Sus brazos eran demasiado cortos para el resto de su cuerpo y colgaban como los de un mono. Su frente era estrecha, su nariz gruesa y ancha, y tenía los ojos hundidos en las cuencas y demasiado juntos. Hasta el día de hoy, opino que exhalaba un particular olor a rancio. A1 sudor estaba acostumbrado. Aquello era algo peor, agrio y fétido.

—Publio, quiero que conozcas a Marco Porcio Catón. Es cliente de Valerio Flaco, a quien, por supuesto, ya conoces.

Asentí con la cabeza.

—Lo conozco, señor.

Era un senador arrogante y engreído que se burlaba de Lelio siempre que podía.

—Mucho gusto en saludarte —dijo Catón o más bien balbució, mirándome desde debajo de unas oscuras cejas.

—¿Disculpa?

Fabio se echó a reír.

—¡Ah! El acento. Catón es tusculano, aunque ha pasado gran parte de su vida en la tierra de los sabinos. —Sí, era fácil de creer, pensé. Criadores de cerdos, sin duda—. Los suyos son agricultores y han conseguido una contrata para avituallar a la expedición contra Cartago. Así que pensé que os deberíais conocer, ya que tenéis intereses en común.

—He oído que lo viste —dijo Catón rascándose la nariz.

Su toga era más una túnica que una toga; le quedaba tan mal que le rozaba las sandalias. Sin embargo, pensé, Fabio no podía ver aquello y quería que yo juzgara la sustancia, no la forma. Las dos parecían en estado de extrema necesidad.

—Lo siento. ¿Vi a quién?

—A ese tal Aníbal.

—Sí, lo vi —contesté secamente.

—Vamos, vamos —dijo Fabio, de pie tras su escritorio—. No seas tan modesto, Publio. Como estoy seguro de que sabes ya, Catón, mi alumno salvó la vida de su padre en aquella ocasión en que conoció a.. . al tal Aníbal. Ha sido justa y altamente elogiado por su valor.

—Pero arriesgaste la tuya, ¿no? —graznó Catón.

—Sí, supongo que lo hice. Yo. ..

—Tuviste suerte de escapar vivo.

—Sí, la tuvo —dijo Fabio con orgullo.

Catón se volvió hacia él.

—A mí me parece, señor, que considerar meritorio el valor no es lo mismo que menospreciar la vida. —Estornudó con fuerza y se limpió la nariz con la manga.

—Ah, un *gnomon* —señaló Fabio, con nerviosismo, según me pareció.

Yo estaba demasiado asombrado por la mala educación de Catón para saber qué decir.

—Tengo que irme, señor —repuse con calma.

—Bueno, bueno. De todas formas, verás más veces a Catón. Flaco lo presentará en el Senado mañana. Hasta mañana por la mañana, buenas noches, Publio.

—Buenas noches, señor.

Y se burlaban de Lelio por ser un *homo novus*, pensé con rabia mientras iba a casa. Aquel Catón no sabía ni hablar latín, conque no digamos el griego. Y probablemente tenía mierda de cerdo bajo las uñas... o en los sobacos. De todas formas, no necesitaba molestarme por él de nuevo. No le haría el menor caso si nuestros caminos se cruzaban en la cámara de los senadores.

Los sucesos demostraron que estaba equivocado. A menudo me pregunto cómo habría actuado si hubiera sabido lo equivocado que podía estar.

En casa no vi ni rastro de Lelio.

—¿Dónde está? —pregunté a Festo.

—Se ha ido a su casa, amo —dijo—. A toda prisa. Dijo que no se encontraba bien.

—Ah. ¿Y Cornelia?

—En su cuarto. Dijo que os vería a ti y a tu padre en la cena.

Lo hizo. Parecía aturdida e incómoda. Al sentarme, vi una moradura en su mejilla derecha.

—Cornelia, ¿qué te ha pasado?

—Ah, esto —dijo tocándose la lesión y ruborizándose—. Yo... soy una torpe. Yo...

—¿Tú qué? —preguntó mi padre, levantando la vista del capón asado.

—Tropecé con una puerta. Iba despistada.

—Bueno, a ver si tienes más cuidado, Cornelia. No queremos más Escipiones heridos por aquí durante un tiempo. ¿Y por qué te has puesto el mantón?

Yo también me había dado cuenta, pero no había pensado en ello. Miré otra vez. Era una exquisita prenda de seda roja. Estaba seguro de que había sido de mi madre.

—Tenía frío —dijo Cornelia— y se me ocurrió ponerme más ropa. Eso es todo.

Volvimos, por lo menos mi padre y yo, a hablar del Senado. Cornelia comió poco, se disculpó y se fue a la cama.

He de interrumpir otra vez. Esto es demasiado importante, aunque cuando lo ponga en limpio, lo anotaré en el margen.

Escipión no se ha dado cuenta todavía. Aunque recuerda el incidente, no relaciona la brusca partida de Lelio con el cardenal de Cornelia ni con el cuello tapado por el mantón. Escipión todavía quiere a Lelio como a sí mismo y no percibe el peligro que representa para él el inminente testimonio de su amigo. Las flores más hermosas son las que tienen las espinas más agudas. Siento oscuridad, del pasado y del presente. Ruego porque esté equivocado.

Las cuestiones del avituallamiento, el dinero y los hombres de la expedición contra Cartago se habían solventado ya. Aprendí mucho viendo las discusiones y los planes que se trazaban en el Senado. Una y otra vez mi padre me hacía repetir cuántas bridas de repuesto necesitaría el ejército, cuántos clavos y pucheros, cuántos martillos, espadas, equipos de reconocimiento, gualdrapas, banderas, puntas de pilo, brea para los barcos y velas de repuesto, además de cocineros y caballerizos, herreros y carpinteros, ingenieros y correos.

Me esforcé tanto con aquellas listas interminables que me dolía la cabeza y se me nublaba la vista. Lelio absorbía esta información; yo tenía que concentrarme. Pero pensaba en Quinta, que a la sazón cuidaba de Lucio, y perseveraba.

—Una comida caliente y una tienda seca. —Siempre lo he recordado.

Todo estaba listo, menos Sempronio, mi tío y sus legiones. ¿Cuándo llegarían? El Senado estaba inquieto y aburrido. Todos los días llegaban noticias sobre piratas cartagineses que atacaban nuestros barcos mercantes, ahora abiertamente y en el mar. También había nuevos problemas con los ilirios, acicateados, se decía, por el oro cartaginés. Era hora de atacar, de «cercenar», como dijo Fabio en el Senado al resumir los planes ya acordados, «la cabeza de la serpiente». Me pregunté si no habría serpientes cuya parte más peligrosa fuese la cola.

Era una mañana sin viento cuando por fin llegaron. El Senado estaba en mitad de una sesión. Crispo Appio, el magistrado curul, estaba hablando. Las puertas dobles que conducían a la sala de sesiones se abrieron de par en par y Crispo se calló. No fui el único que sintió un profundo alivio. El terror y el vértigo de haber visto el ejército de Aníbal habían desaparecido ya. A veces pensaba que había sido un sueño. Mis dudas conscientes y mis miedos se habían despejado como bruma de la mañana. Como todos los demás, esperaba noticias de victoria, de la aniquilación del hombre que había conducido un ejército a través de los Alpes en invierno y había herido a mi padre, cónsul de Roma.

Uno por uno, los senadores se levantaron de sus escaños. Desde nuestros asientos, a ambos lados del escaño de Fabio, Lelio y yo también lo vimos. Tres hombres, dos de ellos oficiales a juzgar por sus ropas, estaban apoyados, débiles y sucios, en la puerta. La inquietud recorrió la sala como el viento las espigas del trigo. Unos se quedaron boquiabiertos y señalaron, otros gritaron e hicieron ademanes.

Sentí la mano de Fabio en el hombro y su aliento caliente en mi oído.

—¿Qué es? —susurró.

—Tres mensajeros, señor. Tienen mal aspecto. Pide silencio. Déjalos hablar.

—Silencio en la Curia —gritó Fabio— y volvamos a nuestros escaños. ¿Acaso somos bárbaros? ¡Oiremos las noticias, favorables o no, como romanos que somos!

Murmurando, mirando a los lados y frunciendo el entrecejo, los senadores se sentaron. Vi a mi padre, a la derecha de Fabio, con expresión ansiosa y resuelta. Los tres hombres se adelantaron. Estaban cansados, acobardados y polvorientos. Dos tenían sangre en la capa, y el pelo de los tres estaba manchado de sudor y polvo.

—Ahora, señor —susurré a Fabio.

—*Valetne exercitus senatus populique Romani*? —dijo, dando el saludo tradicional, en una sala completamente en silencio.

—*Haud etíam valet* —interrumpió el hombre de la izquierda—. ¡No, el ejército no está precisamente bien!

La angustiosa rabia de su voz fue inequívoca antes de que sus palabras fueran ahogadas por un rugido incrédulo de protesta. Al mirarle fijamente vi que era Escribonio el que estaba bajo el polvo, que le cubría incluso la cicatriz. Tenía los dientes apretados, los ojos hundidos.

—¡Silencio! —gruñó Fabio, adelantándose hacia la parte despejada de la sala—. Habla, hombre. Cuéntanos.

Los rumores se desvanecieron.

—*Patres et conscripti*, hemos sido derrotados en la batalla —continuó Escribonio—, en el río Trebia. Una derrota. Hemos perdido una legión, quizá más. El paradero del senador Sempronio es desconocido. . .

—¿Está vivo? —gritó alguien.

—Lo desconozco —contestó Escribonio con voz agotada y aturdida—. No conseguimos llegar hasta él. Nos cortaron el paso, viniendo por la retaguardia. Era imposible, fantástico. Los gritos de «¡Barca, Barca, Barca!» llenaban lo más profundo del oído. Fue un delirio frenético, matar, cortar, morir y. . . —su voz se quebró y agachó la cabeza.

—¿Y? —dijo Fabio amablemente.

—¿Y? —Escribonio se detuvo, miró alrededor, pareció sosegarse. Entonces, en voz tan baja que todavía dudo que los senadores sentados atrás pudieran oírle, añadió con los ojos fijos en Fabio— Y entonces vi el río Trebia que bajaba rojo de sangre romana.

El silencio fue profundo y sombrío. Puede ser mucho más terrorífico que el ruido.

Mi padre habló.

—Padre de la cámara —dijo clara y firmemente—, perdóname si, como cónsul, me entrometo.

Con la cabeza colgando, Fabio asintió y su larga barba cepilló su pecho.

Mi padre continuó en voz más alta.

—Pretor, ve á los rostra. Díselo al pueblo. Guardias, traed a estos hombres sillas y agua. Compañeros senadores, meditad vuestras preguntas. Luego hacedlas, pero por orden y en calma.

Así que durante las horas siguientes oímos hablar de la batalla de Trebia; del primer ataque al otro lado del río, con la primera hora del día, antes de que nuestro ejército hubiera desayunado; de los soldados de Aníbal, ligeramente armados, que vadearon el río y se lanzaron precipitadamente de tres en tres y de cuatro en cuatro, alrededor, detrás

y entre los manípulos, rompieron la línea de los asteros y luego se retiraron; de que Sempronio estaba ya dando órdenes para reorganizar la formación y redistribuir las raciones secas cuando empezaron las descargas de los honderos por encima de nuestro ejército, más arriba de la orilla opuesta; tantas, dijo Escribonio, que el cielo se oscureció y llovieron piedras.

Nuestros manípulos se protegieron con los escudos. Murieron pocos, ya que a aquella distancia las piedras habían perdido fuerza, pero la estratagema resultó. Nuestro ejército no podía quedarse donde estaba. Sempronio tenía que avanzar o retroceder. No era hombre que hiciera lo segundo, así que dio la orden fatal.

La andanada de piedras siguió mientras nuestros soldados empezaron a vadear el frío Trebia, con el estómago vacío, la mente confusa, pero eso sí, las órdenes claras: avanzar hasta la orilla opuesta y atacar al enemigo. Detrás de ellos, con Sempronio y mi tío, Escribonio y los otros tribunos podían ver algunos soldados enemigos en la orilla opuesta. Estaba cubierta de matas. Entonces, cuando nuestras primeras filas empezaron a avanzar, salieron las fuerzas de Aníbal de entre las matas, igual que los conejos. Nuestros asteros arrojaron los pilos, pero colina arriba, y tuvieron poco efecto. Las fuerzas enemigas desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido, hasta que se encargó a dos legiones enteras que se dirigieran cuesta arriba. Entonces sucedió; Escribonio contó esta parte a una cámara tan silenciosa que podíamos oír el clamor ahogado de la gente reunida en el Foro, esperando saber algo más cuando termináramos.

—Los manípulos no podían mantener el orden. Sempronio repetía a los trompetas que tocaran «en columna», pero al otro lado del agua, en la distancia, los hombres no podían oír los toques. De todas formas, no habría habido ninguna diferencia, independientemente del orden. Lo que sucedió después es algo que no he visto en treinta años de guerra... y que espero no volver a ver.

Escribonio se detuvo y bebió agua. Miró a los dos hombres que había con él, casi deseando que continuaran ellos la historia. Ambos negaron lentamente con la cabeza. La cámara estaba completamente silenciosa y los senadores inclinados hacia delante, como si quisieran arrancar las palabras.

Jinetes —dijo—, jinetes pesados. No caballería como la nuestra. Llevaban armadura completa, los caballos también, y empuñaban lanzas cortas y macizas. Bajaron la colina en tres columnas, uniformes, muchos, muchos centenares, e hicieron una carnicería con nuestras confundidas fuerzas. El orden y la disciplina eran increíbles. Si uno caía del caballo, otros dos desmontaban para reunirse con él y entre los tres formaban un erizo de espinas agudas ante el cual nuestros hombres, después de haber arrojado los pilos, estaban inermes. Nuestros soldados morían como animales en el matadero, las filas que iban tras ellos resbalaban y caían en medio de la sangre, hasta que dieron media vuelta y volvieron colina abajo.

»La caballería pesada se lanzó contra nuestros hombres, desperdigados por la orilla del río, incapaces de reagruparse o huir. Sólo cuando Sempronio vio la infantería enemiga agruparse en lo alto de la colina opuesta...

—¿Cuántos? —preguntó mi padre.

—Miles. Más no sabría decir... sólo entonces Sempronio dio la orden de retirada.

Nadie habló. Todos intentaban asimilar las noticias, hasta que finalmente Fabio dijo:

—Así que os retirasteis en orden, con al menos tres legiones intactas.

Escribonio ocultó la cara entre las manos y se frotó los ojos; luego levantó la vista y miró a la sala. Con voz más alta, clara y firme, como si arrostrara un dolor profundo, dijo

—No, señor, no... al menos no todos. Cneo Escipión, que mandaba la legión de reserva, debería haberlo hecho. Estaba en la retaguardia, bastante atrás. Todos nosotros habíamos emprendido la retirada cuando en la cima de la colina que teníamos a la espalda se oyó un ruido propio de los infiernos, un gemido agudo y chirriante, subiendo y desvaneciéndose.

—La trompa de guerra de los cartagineses, el corynx —dijo alguien situado detrás.

—Fuera lo que fuese —continuó Escribonio—, era una señal y, mientras dábamos la vuelta, entre los árboles que nos rodeaban apareció la caballería, esta vez ligera y ágil, y tras los jinetes aparecieron galos desnudos dando alaridos. Sempronio gritó: «¡Juntar escudos!», pero todo era desesperación y confusión. Un grupo de galos se introdujo entre Sempronio, estos hombres que veis aquí y yo. Vi a su abanderado caído y muerto. Sempronio derribó al galo que lo había matado, empuñó la bandera y espoleó al caballo hacia los árboles.

»Nos separamos, una docena, y cabalgamos. Dos *turmae* de caballería se nos unieron. Del resto no sé nada. Vinimos directamente hacia aquí. De Escipión y su legión no vimos el menor rastro. Tampoco fuimos perseguidos. Todavía tenemos el puerto de Pisa, por el que pasamos, y supongo que Placentia. A su tiempo sabremos más. Lo que yo sé, ya lo sabéis vosotros.

Era el final tradicional de los mensajeros cuando hablaban en el Senado. Había terminado. Escribonio se levantó, se quitó la capa y puso la mano en la empuñadura de la espada.

—Venerables padres —añadió—, he huido de una batalla. Padre de la cámara, confío mi espada a tu sentencia.

El acero silbó en la vaína, Escribonio le dio la vuelta y, cogiendo la empuñadura con las dos manos, se puso la punta en el vientre, debajo del peto de bronce sucio. Sus dos compañeros se pusieron en pie e hicieron lo mismo.

—No puedo verte —dijo Fabio—, pero mis oídos me dicen lo que has hecho. En tiempos de paz dictaría sentencia yo, pero Roma está en guerra. Este asunto es para el cónsul actual. Escipión, adelántate y ponte a mi lado.

Mi corazón latía cuando mi padre caminó hacia Fabio. Los ojos de mi padre miraron fijamente a los tres hombres, uno por uno. Luego volvió la cabeza hacia la asamblea.

—¿Deben estos tres hombres caer sobre sus espadas ante nuestros ojos, con humillación y vergüenza? —exclamó y su voz resonó en la sala. Inspeccionó las caras que le rodeaban. Nadie habló. Vi que las manos de Escribonio empezaban a temblar y que el sudor se deslizaba por su cara—. Pues yo, Publio Cornelio Escipión, como cónsul, juzgaré. Digo —estaba tan silencioso que la respiración de Lelio sonaba como una tormenta—, digo que ya se ha derramado suficiente sangre romana. Estos hombres estaban rodeados, atrapados por delante y por detrás. He probado el acero de Aníbal. Nadie más que yo quiere verlo muerto o prisionero y encadenado. Pero yo digo a estos soldados, que son siervos de Roma, como todos nosotros, envainad la espada. —Se volvió hacia Fabio—. Padre de la cámara, sugiero que declares terminada la sesión y que nosotros, los magistrados superiores, continuemos hablando con estos tres hombres en privado.

El orden terminó como las hojas de otoño ante el viento del noreste. Lelio y yo salimos de la cámara juntos en medio de una algarabía. Mi mente daba vueltas. No porque Escribonio hubiera sido perdonado. Aníbal había vuelto. Con cinco legiones luchando contra él, había ganado.

Durante los días siguientes no hablé más que de Trebia, con mi padre y Lelio. Con Lelio sacaba conclusiones sobre lo que había ocurrido en la batalla. Lo que había hecho Aníbal era brillante, estupendo. Había utilizado el terreno. Más aún, había hecho planes hasta el punto de alimentar a sus hombres antes del amanecer. Su cronometración parecía haber sido perfecta. Sugerí a mi padre en la cena que enviáramos una delegación a Hispania para que intentara descubrir cómo había sido entrenado el ejército de Aníbal.

—¿Una delegación? No, Publio.

—Pero ¿por qué, padre?

—Porque nunca volveríamos a verla. ¿Recuerdas a Teuta, la reina de los ilirios? —Asentí con la cabeza—. Bueno, quería contártelo. Nos hemos enterado de que los hermanos de Aníbal, Asdrúbal y Magón, gobiernan ahora toda Hispania en nombre de Cartago. Ambos tienen grandes ejércitos y quieren que Teuta parezca civilizada. Así que no, no enviaremos una delegación. Pero enviaremos espías. Es una buena idea, Publio. Bien hecho. Se lo diré al Senado mañana.

El Senado era un torbellino. Dos escuelas de pensamiento prevalecían. La primera era invadir Cartago inmediatamente, la segunda posponer la invasión y enviar un nuevo ejército en pos de Aníbal. Las legiones de la costa oriental se habían enviado ya y una de las dos que quedaban en Roma estaba preparándose para partir, o al norte contra Aníbal o al sur, hacia Sicilia y Cartago.

Escribonio estaba en la cámara todos los días para contestar preguntas y aconsejar. Se había vuelto hosco y retraído. Yo, un simple alumno, no podía hacerle preguntas en el Senado, por supuesto. Pero dos días después de que trajera las noticias de Trebia, tropecé con él cuando yo entraba y él salía de las letrinas.

—Vaya, nos encontramos de nuevo, señor —dijo con sonrisa torcida—. Tú sabes que yo tenía mis dudas sobre Aníbal. Entonces nadie habría escuchado si las hubiera expuesto. Ahora están demasiado preocupados para escuchar.

—¿De qué lado estás, Escribonio?

Se irguió cuan largo era.

—Del lado en que he estado siempre, señor, del lado de Roma.

—Sí, pero me refiero a si opinas que hay que invadir Cartago o ir detrás de Aníbal.

—¿Invadir Cartago y dejar a Aníbal a la espalda? —Sacudió la cabeza. Había canas en su pelo—. Es una locura.

—Así que tú irías tras él.

—No.

—No lo entiendo.

—Aníbal sería mi objetivo, señor, por supuesto. Pero no iría tras él. Eso significaría que, una vez más, volvería a su terreno.

—Entonces, ¿qué?

—Le dejaría venir hasta nosotros, señor, eso es lo que haría.

—¿Quieres decir que le dejarías marchar sobre Roma?

—Exacto. Enviaría a dos legiones del este para que se colocaran tras él. Luego lo esperaría aquí con el resto.

—¿Por qué?

—Porque entonces podríamos luchar contra él en nuestro terreno, señor, en la llanura. Ni siquiera sus fabulosos jinetes podrían romper nuestras líneas y manípulos allí, señor... ni por supuesto esos galos desnudos. Bueno, me alegro de verte, señor. Pero discúlpame, tengo que volver dentro.

Quise discutir el punto de vista de Escribonio con Fabio y mi padre. No hubo tiempo. Aquella tarde llegó un correo con un despacho de mi tío Cneo, refugiado tras los muros de Placentia. Lelio y yo oímos el alboroto causado por su llegada en el despacho de Fabio, donde estábamos trabajando. Esta vez mi padre y varios senadores veteranos se reunieron con nosotros para romper el sello; acompañando a Valerio Flaco, también Catón estaba allí. Esta vez fue Escipión padre quien leyó el despacho.

Las noticias de mi tío eran buenas y malas. Él y su legión se habían retirado en orden del Trebia. Extrañamente, no habían sido perseguidos. Habían marchado dando un rodeo hasta Placentia, acampando de forma adecuada todas las noches, explorando el terreno en busca, no sólo del enemigo, sino también de supervivientes. De estos últimos habían encontrado: cien aquí, doscientos allá... Las fuerzas de mi tío eran de unas dos legiones.

En cuanto a las malas noticias, nadie sabía lo que había ocurrido con Sempronio. Después de cinco días, mi tío se acercó a Placentia por el noreste y, con cautela, llegó al lugar donde Sempronio había crucificado a la partida de exploradores de Aníbal. Allí, escribía, encontraron a Sempronio, con las manos y los pies clavados a una estaca, en medio de los secos cadáveres de los galos, todavía vivo en medio de los buitres y los cuervos. Los pájaros ya le habían sacado los ojos. Murió a los pocos minutos de cortar la estaca. «Hemos dado a su cadáver —continuaba mi tío— el funeral que merecía. Guardo aquí sus cenizas, listas para llevarlas o enviarlas a Roma.»

La sangre desapareció de la cara de mi padre mientras leía. Fabio dio un brinco en la silla.

—¡Salvajes! ¡Sucios salvajes! —explotó mi padre.

Los otros senadores murmuraban en conformidad. Pensé en Eufanto, en algo que nos había enseñado sobre la acción y la reacción. Pero entonces, por lo que mi padre leyó a continuación, comprendí que el trato dado a Sempronio había sido benigno.

«También tengo que consignar —escribía mi tío— un serio quebrantamiento de la disciplina en el campo. De nuestras fuerzas atrapadas en el extremo más alejado del Trebia, cinco manípulos consiguieron escapar. Se fueron hacia el norte. A cuatro estadios de la posición del enemigo, en una hondonada, encontraron el campamento de Aníbal, que estaba casi sin defensas. Como era su deber, pasaron a todos a cuchillo y quemaron todos los carros y utensilios, e hicieron un barrido hacia el este, volviendo a cruzar el Trebia por donde desagua en el Po y regresando a Placentia.

»Pero uno de los centuriones, Paulo de Brucio, me informó de la violación de una mujer en el campamento. Ni él ni sus hombres tomaron parte, pero los otros sí. Primero ataron a varios prisioneros a estacas y les obligaron a mirar. La mujer era hispánica. Era,

dijeron los prisioneros, la mujer de Aníbal el cartaginés. He puesto a los responsables bajo custodia y espero...

La voz de mi padre se quebró.

En medio del silencio, Catón se tiró una ventosidad. Estaba a mi derecha.

—La sucia ramera seguro que suplicó para que se la jodieran —dijo con indiferencia.

Fabio volvió la cabeza hacia Catón. La voz le salió helada y comedida.

—Marco Porcio Catón, ¿qué acabas de decir?

—He dicho, señor —contestó—, que esa ramera seguro que suplicó que se la jodieran. Probablemente quería más y...

—¡Salvaje! —gritó Fabio—. ¡Sal de esta habitación y de esta casa! Valerio Flaco, llévate a tu cliente: Luego quiero verte aquí, solo, dentro de una hora. ¿Está claro?

Hablé con mi padre aquella noche, de la violación.

—Es lamentable —dijo—, pero es la guerra. Incluso así, la reacción de Fabio con ese pesado de Catón fue correcta y mi hermano hizo bien al detener a los bribones...

—¿Bribones, padre? ¿Es lo único que eran?

—Calma, Publio, calma. Has estado con soldados. Sabes que muchos son sólo pene y cerebro, y la mayoría tiene más de lo primero que de lo segundo. Lo que todavía no has visto es lo que hacen los hombres en una guerra de verdad. De todas formas, las mujeres, excepto las esposas, no deberían estar en las campañas. Ahora quiero prepararme para mañana. Votaré por atacar Cartago. Aníbal ha tenido suerte. Pero no se acercará a Roma.

—¿No? Pues ¿qué hará, padre?

—Bueno, saquear un poco e irse a casa. De todas formas, argumentaré que deberíamos enviar dos legiones para reforzar a mi hermano. Me ofreceré a conducirlas yo mismo.

El sueño no llegaba aquella noche. Si Aníbal había permitido que su mujer fuera con él, si ella había marchado con él, soportado los Alpes con él, tenían que haberse amado mucho. ¿Qué peso tendría la violación en sus planes e intenciones? Quizá mi padre tuviera razón y fuera un aventurero, o lo había sido antes. Pero ¿qué haría ahora? Lelio pensaba que Aníbal volvería a Hispania. Yo no estaba tan seguro.

Y pensé que el plan de enviar legiones tras él era un error; era mejor dejarle las espaldas libres. Estábamos en verano. Sí había conseguido cruzar los Alpes en invierno, en verano podía volver sobre sus pasos mucho más fácilmente. Su dolor y su ira podían hacerle retroceder, pero también avanzar. ¿Qué pasaría entonces?

Los despachos que enviaba mi tío desde Placentia no revelaban nada. Sus exploradores no habían encontrado ni rastro de Aníbal y su ejército en ningún punto de la rosa de los vientos. Otra vez había desaparecido. En Roma, el Senado estaba ocupado con las elecciones a cónsules. El mandato de mi padre, y de Sempronio si hubiera vivido, llegaba a su fin.

El Senado decidió que, en caso de que Aníbal se dirigiera al sur, apostaría dos ejércitos para que le bloquearan el camino. Dos legiones fueron a Arímino para bloquear el camino del sur a lo largo del mar Adriático, y dos se apostaron en Luca y en Aretio, para hacer lo mismo en Etruria. La travesía de los Apeninos entre Forli y Etruria era el único camino que podía seguir, dijeron. El trayecto alternativo, de Bononia a Pistorium,

recorría las ciénagas infranqueables del valle del Arno. Si alguno de los que me rodeaban pensaba que también los Alpes eran infranqueables, guardó silencio... como hice yo.

Salieron elegidos los principales candidatos para el consulado, Gayo Flaminio Nepote y Cneo Servilio Gemino. Flaminio era el candidato favorito del pueblo. Había mandado nuestro ejército con cierto éxito contra los ínsubros. Yo sólo le había oído hablar una vez en el Senado, donde se explicó muy mal. Como soldado, pensaba mi padre, tenía la cabeza caliente; como hombre era un grosero. Servilio era diferente, amable; erudito y primo nuestro por parte de madre.

Cuando empezaron las lluvias de otoño, seguía sin haber noticias de Aníbal. Por esta razón, Flaminio propuso iniciar su consulado en el campo. Los augures protestaron ante Fabio y después ante todo el Senado, diciendo que no sería propicio. Los cónsules debían visitar primero el templo de Júpiter, proclamar la Festividad Latina en el monte Albano, escuchar los auspicios ante los siete augures, visitar al pontífice máximo, ofrecer plegarias en el Capitolio... recuerdo el debate. Fue largo.

Flaminio no hizo caso y se fue a Aretio. Lo vi salir de Roma rodeado por una multitud de parásitos ávidos de los despojos que su inminente victoria traería. Me alegra decir que uno de esos parásitos era Catón. Valerio Flaco casi lo había repudiado ya, pero Flaminio había descubierto en él a un valioso adulador. Servilio no tenía otra elección que afrontar los hechos y fue a hacerse cargo del otro ejército en Arímino. ¿Qué habría pasado si lo hubieran hecho al revés?

Tengo que ser breve ahora. Aquellos eran sucesos del momento, pero yo no tomaba parte en ellos. Lo esencial es que Aníbal fue hacia el sur a través del valle del Arno. Apareció, ante el previsible asombro, cerca de Fésulas, y procedió a saquear y a incendiar, bajo la mirada de los exploradores de Flaminio.

Todo esto lo supimos por los despachos diarios de Flaminio. Los caballos de Aníbal tenían la tiña, informaba, y muchos de sus hombres estaban enfermos de fiebre de los pantanos.

—Así que no tiene posibilidad de vencer. Pido el permiso del pueblo y del Senado —era típico de Flaminio, decía mi padre, invertir el orden habitual— para atacar y erradicar a ese bandolero cartaginés cuanto antes.

Sé cuál fue la respuesta del Senado. Yo mismo la escribí, dictada por Fabio después del debate. Se ordenó a Flaminio que esperase hasta que Servilio y su ejército, procedentes de Arímino, se hubieran reunido con él. Que por ningún motivo actuara solo.

—Incluso Flaminio puede esperar seis o siete días —dijo Fabio cuando terminamos y los dos correos (uno con órdenes para Flaminio y otro para Servilio) hubieron partido.

Recuerdo haber mirado a Lelio, que estaba al otro lado de la estancia. Podía ver en su expresión que compartía mis dudas. Aníbal, sin embargo, tenía otros planes. En lugar de esperar o marchar directamente hacia Flaminio y contra Aretio, pasó por delante de él y bajó al sur por el valle del Chiana hasta Cortona, camino de Roma. Eso nos informó Flaminio. Fabio ordenó que se mantuviera en secreto esta información para evitar el pánico en la ciudad. Luego, durante tres días, no supimos nada más.

Soy consciente de que mi historia flaquea, Bostar. Estoy a punto de presentar a otro mensajero. Esto se está pareciendo a aquellas obras griegas en las que, mediante una declaración manifiesta, el dramaturgo se salvaba de la dificultad de desarrollar la trama secretamente. Fíjate, por ejemplo, en el principio del Agamenón de Esquilo. Bueno, al

menos no he presentado todavía a ningún euripidiano *deus ex machina* para animar la historia. Aun así, me parece sosa y escueta mientras la cuento. Arréglala, Bostar, cuando haya terminado... si es que el veredicto de mis pares me concede el tiempo que necesito.

Bueno, a duras penas puedo emplear la *stichomythía*, el diálogo rápido a que recurren los dramaturgos cuando quieren animar una obra. Haré lo que pueda y lo que puedo es, sencillamente, contar lo que sé, olvidándome de mis observaciones y sentimientos de aquel momento; luego continuaré con los sucesos en los que fui actor y no público.

Estaba en casa, sentado en el atrio con Lelio y mi padre, hablando. Hacía calor y todas las puertas estaban abiertas. El ruido llegó gradualmente, creciendo como cuando nos acercamos al mar. Venía de más allá del Foro, de la puerta de Rávena; era el tumulto de miles de voces.

—Es un gentío impresionante —dijo mi padre—. Algo debe de haber sucedido. Vayamos a verlo.

Cuando llegamos al Foro, estaban ya en el otro extremo. Venían hacia nosotros, rodeados de gente, hombres y niños, mujeres gimiendo; era una columna informal de unos cien soldados romanos, todavía con la armadura, pero sin armas. Andaban lentamente, algunos tambaleándose, exhaustos y confusos. Nos abrimos paso entre la creciente multitud, que gemía y gritaba; el Foro resonaba con oleadas de gemidos y lamentaciones.

Había a mi lado una niña de pelo oscuro y grandes ojos pícaros, sollozando y tratando de ver. Se subió a un puesto del mercado que había junto a nosotros y miró. Vi el miedo descender sobre ella como si fuera la oscuridad. Sus ojos se encontraron con los míos y me acerqué a ella.

—Ahora —dijo para sí antes de que mi padre me empujara— vamos a morir todos.

Con los soldados había una carreta cubierta, tirada por dos mulas llenas de sangre. Los hombres se dirigían hacia los rostra y uno se encaramó a las proas de las galeras cartaginesas hundidas en la primera guerra púnica. A1 notar que estaba a punto de hablar, la multitud se calló para escuchar.

—Soy Quinto Ligario —dijo el soldado—, tribuno de Flaminio. Flaminio ha muerto. Hemos sido derrotados en una gran batalla —de qué manera aquellas palabras, *pugna magna victi sumus*, se han grabado a fuego dentro de mí—, y los cartagineses nos han enviado a decíroslo. —La voz se le quebró al decir esto y se inclinó sobre el armazón de los rostra en busca de apoyo mientras cientos de voces hacían preguntas a gritos. Ligario levantó el brazo pidiendo silencio, que llegó lentamente—. Hay más. ¡Haced sitio! —dijo a los soldados que había debajo—.Y traedlas.

La multitud retrocedió ante los empujones de los soldados. Cuatro fueron a la carreta y cada uno sacó una cesta de mimbre llena de oro reluciente.

—¡Vaciadlas! —exclamó Ligario. Los soldados hicieron lo que se les ordenaba. No eran monedas, sino miles de anillos de oro que brillaron tintineando en las losas del foro—. Eso —gritó Ligario— fue arrebatado a nuestros muertos en Trasimeno. Aníbal me indicó que dijera que lo devuelve porque Roma va a necesitar todo el oro que pueda conseguir.

Si dijo algo más, quedó ahogado por la explosión de dolor y rabia que protagonizó el pueblo mientras empujaba hacia delante. No voy a explayarme sobre cómo se extendió el pánico, igual que el calor cuando aprieta, ni cómo mi padre se abrió camino hasta los

rostra y ordenó que la guardia del Senado tocara los tambores pidiendo silencio, ni cómo sosegó a la multitud y envió a cada uno a su casa, y a los soldados a la enfermería. Baste decir que sé muy bien lo que ocurrió en el lago Trasimeno, porque durante los largos días que siguieron oímos versiones de muchos hombres. Estaban débiles a causa de las heridas, la pérdida de sangre y el largo camino, pero sus recuerdos eran muy claros.

Esto es lo que sucedió. Flaminio hizo caso omiso de las órdenes del Senado y no esperó a Servilio. Dejó una guarnición en Aretio a las órdenes de Catón y se puso en marcha con el resto de sus fuerzas. Entre Cortona y Perusa hay un lago llamado Trasimeno. Junto a él hay un desfiladero flanqueado por colinas boscosas. Allí es donde estaba Aníbal y allí, con las brumas del amanecer, lo buscó Flaminio con sus legiones.

Cuando nuestro ejército estaba en mitad del desfiladero, vieron concentrarse en el extremo de delante a las tropas enemigas. Flaminio dio orden de atacar y entonces fue cuando Aníbal replicó. Su infantería pesada les bloqueó el retroceso por detrás. De arriba salieron de repente los hombres que habían estado escondidos en los árboles, vociferando el grito de batalla, «¡Si—mil—ce! ¡Si—mil—ce!», el nombre de la mujer de Aníbal, a la que los romanos habían maltratado y violado. Así se vuelven nuestros pecados contra nosotros. Es la justicia de los dioses.

No fue una batalla: fue una carnicería. Todavía en orden de marcha, nuestros soldados no tenían espacio para arrojar los pilos y algunos ni siquiera tenían sitio para desenvainar la espada. Murieron por millares, unos aplastados por los cadáveres y los heridos, otros ahogados en el lago. Flaminio encontró la muerte a manos de un ínsubro que reconoció en él, según se dijo, al devastador de sus tierras, seis años antes. Le cortaron la cabeza y la ensartaron en la punta de un pilo, mientras continuaba la matanza bajo un sol sofocante.

Nuestra vanguardia, de unos cuatro mil hombres, se las arregló para presentar batalla y, casi intacta, se abrió camino colina arriba a golpe de hacha. Fueron hacia el noreste, en busca del río Niccone, un afluente del Tíber, que les conduciría hasta Roma.
Fueron perseguidos por la caballería, rodeados y capturados. El jefe cartaginés, que se llamaba Mahárbal, dejó partir a los aliados y a las tropas auxiliares. A los romanos, que eran más de mil, no. Estaban desarmados y despanzurrados, y los dejaron morir.

Aún habría más. Fue una época de muerte, todas las caras estaban tensas y preocupadas y la esperanza era cada vez más inasible; una época en que seguíamos respirando sólo porque no se podía hacer nada más. Servilio había partido hacia Aretio, como se le había ordenado. Sensatamente, había enviado por delante un destacamento de unos dos mil jinetes, a las órdenes del tribuno Cayo Centenio. También éstos fueron capturados por los cartagineses y exterminados hasta el último hombre.

El día que llegó la noticia, Fabio convocó sesión plenaria en el Senado. Sus ojos ya no veían absolutamente nada y se había vuelto hosco y retraído.

—No me duele que me arrebaten el ocaso de la vida —me dijo en su despacho—. Me duele que sea de tan poca utilidad para Roma. Ahora condúceme al Senado, Publio Cornelio Escipión, porque este viejo va a hacer lo que pueda.

Fue un discurso arrebatador, espontáneo, comedido, emocionante, y lo pronunció ante una cámara llena hasta los topes que lo escuchó meditabunda y transfigurada.

—Soy un anciano —comenzó— y casi he perdido la capacidad de ver.—Agachó la cabeza. Vi que en sus ojos ciegos despuntaban las lágrimas. Se las enjugó con sus viejas

manos, moteadas y grises, de dedos nudosos como un viejo olivo inclinado por los años. De repente echó la cabeza atrás y continuó con voz clara y poderosa—. Desearía, en un día como hoy, que la capacidad de hablar también me faltara para no describir las desgracias que han caído sobre nosotros. Pero en esta hora oscura, padres venerables, permitámonos cantar la gloria de los hombres famosos y de los padres que nos engendraron. Recordad a Eneas cuando resistió la cólera de los dioses, su descenso al Hades, el odio implacable de Juno; y a Rómulo cuando lo arrostró todo para fundar esta ciudad y protegerla; y a todos los hombres que han dado su vida por ella; recordad a Horacio Coclo en el puente, al viejo Cincinato soltando el arado para empuñar la espada, por Roma.

»Por Roma expulsamos la tiranía de los reyes. Por Roma construimos nuestra república, hasta hoy única en el mundo. Si esa luz muere, todo el mundo quedará a oscuras, como ya lo están mis ojos. Si esa luz muere, no quedará más que la tiranía de Cartago, con sus mercaderes ávidos de dinero y de poder.

Fabio habló durante más de una hora. Cuando terminó, en el Senado había un nuevo espíritu. Y sólo entonces presentó mi padre la cuestión de aquella otra parte del mensaje que Ligario había tenido la desgracia de transmitirnos.

Aníbal tenía, por lo visto, dos mil soldados prisioneros. Y quería un rescate por ellos. Quería un denario de plata, una moneda en la que se hubiera suprimido el nombre de Roma. El Senado debatió la cuestión durante más de una hora. Aceptar aquella ofensa, opinaban algunos, era un precio pequeño por la vida de dos mil hombres. Pero Fabio sabía cómo se sentía el Senado, aunque me sorprendió la crueldad de lo que dijo. Cuando todos habían dicho lo que tenían que decir, hizo llamar a Ligario.

—Vuelve con Aníbal el cartaginés, Quinto Ligario —ordenó Fabio—. Dile que Roma no tiene la necesidad que tiene él de esos pobres soldados.

Ligario asintió simplemente. Dejó la cámara en silencio y nunca volvimos a verle.

Todos pensaban que Aníbal marcharía ahora sobre Roma. Después de todo, nada se interponía en su camino. A sugerencia de Fabio, a mi padre se le concedió autoridad proconsular para guardar las poderosas murallas de Roma y supervisar la destrucción de todos los puentes que cruzaban el Tíber, excepto uno. Incluso éste sería destruido tan pronto como las legiones de Servilio y las que estaban a las órdenes de mi tío estuvieran a salvo tras las murallas.

Fabio envió cinco correos distintos con las mismas órdenes a Servilio y a mi tío. Tenían que dirigirse a Roma a toda prisa, dejando sólo una pequeña guarnición en Placentia y en Arímino. Servilio tenía que marchar al norte primero y volver a Roma evitando la batalla a toda costa. Las legiones de mi tío, como es lógico, irían en barco. Le dieron poder para requisar todas las naves que necesitara. Fabio también ordenó a Catón que se quedara en Aretio con su unidad y defendiera la población a toda costa.

Así que esperamos y trabajamos, Lelio y yo con mi padre, desde el amanecer hasta que cenábamos después de anochecido para irnos agotados a la cama. En algunos sitios, temía mi padre, las murallas eran débiles; y ordenó reforzar las rejas de hierro que impedían el acceso por los acueductos, un palpable punto débil en nuestras fuerzas. Pero fue a la instrucción del pueblo a lo que más tiempo dedicó.

«Los hombres defienden las murallas, no las murallas a los hombres», había dicho Fabio. Así que cada día, en el foro, mi padre organizaba ejercicios de tiro al arco y de honda, de extinción de incendios y primeros auxilios.

A Valerio Flaco le había encargado Fabio la misión de quemar todas las cosechas y caseríos de los alrededores de Roma. Con un pequeño destacamento de la guardia de la ciudad, todos a caballo, salía cada día, cruzando el Tíber por un vado secreto. Lo veía volver por las noches, tiznado por el humo y entumecido por lo que debían de ser excursiones muy inquietantes.

Mientras tanto, Fabio en persona se ocupaba de otro aspecto del espíritu romano. Consultó los libros de la Sibila. Por ellos se enteró que había que hacer la promesa de celebrar unos juegos en honor de Júpiter; había que dedicar un santuario a Venus Ericina y a la Razón. Celebró lectisternios, banquetes ceremoniales ofrecidos a las imágenes de los dioses, uno por Júpiter y Juno, otro por Neptuno y Minerva, otro por Marte y Venus, por Apolo y Diana, por Vulcano y Vesta, por Mercurio y Ceres. Se aseguró de que el pueblo participara y así, pasando a la acción, Roma se recuperó del impacto que supuso Trasimeno. En cuanto al cuerpo, el pueblo romano era, como Fabio había señalado en su discurso, «tan fuerte como una parra y se recuperaría con el tiempo». Pero recuerdo que me preguntaba yo entonces: ¿teníamos ese tiempo?

Servilio y sus legiones llegaron sin incidentes, como poco después hizo mi tío. Los barracones del cuartel del sur estaban abarrotados de hombres y toda la ciudad era un manojo de nervios. Los días se convirtieron en semanas. Los burdeles siempre estaban llenos, y los baños, y los puestos de los comerciantes. Cada noche, grandes braseros de bronce, idea de mi padre, ardían a lo largo de la muralla de Roma. Y Aníbal no llegaba. La actividad cedió el paso al aburrimiento; oíamos hablar de riñas y trifulcas. El ánimo de la ciudad empezaba a ensombrecerse y a decaer.

Lelio y yo estábamos sentados una mañana en el antepecho de la muralla este, mirando hacia la Vía Valeria.

—No tiene sentido mirar por ese lado —dijo una voz conocida a nuestras espaldas—, ni, para el caso, por ningún otro.

Nos dimos la vuelta.

—¡Escribonio! —exclamé—. Hace semanas que no te vemos. ¿Dónde has estado?

—Ocupado, como todo el mundo. Tu padre ha hecho un buen trabajo. He oído decir que has trabajado tan duramente como él. . . y tú también, Lelio.

—La espera es peor que el trabajo —contestó Lelio—. ¿Cuándo crees que llegará Aníbal, Escribonio?

—No creo que llegue —dijo Escribonio, sentándose entre nosotros y la muralla.

—¿No lo crees?

—¿Por qué no? —pregunté.

—Primero, por las murallas. Vosotros, más que nadie, deberíais saber lo fuertes que son y lo bien defendidas que están. ¿Qué tenemos aquí, por ejemplo? —preguntó, mirando hacia uno de los muchos depósitos que mi padre había instalado al final de la calzada—. Brea, pez y aceite. . . y más flechas que cartagineses. —Sonrió y volvió a ponerse serio.

—¿Quieres decir que no lo intentará porque no lleva consigo el equipo para sitiarnos? —continuó Lelio.

—No sólo por eso, aunque es un motivo.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —pregunté.

—Mira hacia el oeste, señor... y tú también, Lelio. —Lo hicimos—. ¿Qué veis?

—Vaya. El Tíber, desde luego —repliqué—, corriendo hacia el mar.

—Exacto. Bien, los dos habéis recibido buena educación. Decidme lo que sabéis sobre el sitio de Rodas por Demetrio Poliorcetes.

Lelio era siempre el más rápido.

—Desistió al cabo de dos años.

—Sí, pero ¿por qué?

Lo entendí.

—Porque la ciudad también podía recibir provisiones por mar... como podríamos recibirlas nosotros con barcazas que subieran por el Tíber desde Ostia.

—Exacto, señor. Puede que Aníbal no tenga equipo para sitiarnos, pero tampoco tiene flota.

—Puede que la haya solicitado a Cartago y la esté esperando —dijo Lelio.

—Sí, podría ser... y podría tenerla ya. Pero aunque así fuera, sigo sin creer que vaya a atacar Roma.

—¿Por qué no? —preguntó Lelio.

—Porque es algo obvio y él nunca ha hecho lo más obvio. No, creo que incendiará y saqueará hasta el invierno, sin ninguna oposición. Luego buscará un refugio confortable para el invierno y dará descanso a sus hombres. Creo que también intentará que algunos de nuestros aliados se unan a él. ¿No os habéis fijado en que, después de Trasimeno, los aliados nuestros que ha ido capturando los ha ido poniendo en libertad, ilesos?

—Sí, es un buen argumento, Escribonio —dije—. Quiere dar a entender que su lucha es sólo contra Roma.

—Y algunas ciudades, como Capua, podrían romper sus tratados y alianzas con Roma —sugirió Lelio.

—Bueno, ya lo veremos. Pero apuesto el dinero que queráis —dijo Escribonio— a que el invierno será largo.

Aníbal hizo lo que Escribonio había predicho. Recibimos informes de que grandes extensiones de cultivos se habían arrasado. Luego se trasladó a Campania. La finca de Fabio fue una de las pocas que no quemó y aquello no hizo sino aumentar las tribulaciones de mi mentor. Sabíamos que Fabio estaba por encima de toda sospecha, pero eso no impidió los chismorreos. Me pregunté dónde conseguiría Aníbal aquella información. De desertores o prisioneros, supuse. Pero incluso antes de aquello, su conocimiento del territorio se me antojaba impecable.

—Tiene que tener un cartógrafo con él —dijo Lelio.

—¿Un cartógrafo? No he oído hablar de ningún ejército que tenga semejante cosa.

—Es verdad —replicó Lelio—. Tampoco hemos oído hablar de ningún ejército que haya cruzado los Alpes.

No voy a romper el silencio autoimpuesto. Lo añadiré como una nota al margen de la copia en límpio, cuando la haga. Lelio tenía razón en sus suposiciones y ese cartógrafo

era yo. Tenía seis ayudantes y el conocimiento geográfico de Italia que poseía Aníbal era tan bueno como el de cualquier romano, incluso antes de llegar allí. Para ser un pueblo civilizado, los romanos estaban, y todavía lo están, bastante atrasados en cartografía.

Los ancianos de Babilonia hacían mapas catastrales. Los asirios y los egipcios tenían mapas topográficos, algunos en relieve, antes de que Roma naciera. Los persas hicieron un arte del dibujo de los mapas y los griegos hicieron una ciencia de ese arte. Alejandro tenía bematistas, topógrafos notablemente precisos y cartógrafos. Dos de ellos, Betón y Diogneto, incluso fueron distinguidos hombres de letras. Sí, su imperio parecía extenderse sólo hacia oriente, pero siempre sabía dónde estaba.

Así pues, hice muchos mapas para Aníbal el cartaginés mientras estuve a sus órdenes y sólo para un romano sería esto algo notable. Pero el mapa mayor de todos es el que no podemos levantar: el de la mente humana.

En el Senado, durante aquellos días largos y vacíos, los ánimos se exaltaban y crispaban. Fabio fue criticado por no hacer nada, sobre todo por Cayo Terencio Varrón, hijo de un carnicero, un evidente *homo novus* que había hecho fortuna con el tráfico de esclavos, y así había entrado primero en la clase de los équites y desde allí había pasado al Senado.

Varrón era mentor de dos ayudantes de mi edad, que al igual que yo hacían el *triconium fori*, Cecilio Metelo y Mucio Escévola. Nunca había cambiado más que unas pocas palabras con ellos, aunque por instinto me gustaba el primero tanto como me disgustaba el segundo. Metelo era chaparro y moreno, y su cara estaba cubierta de granos; Escévola era alto, ágil y rubio. Sin embargo, Metelo era de sangre patricia venida a menos, y Escévola hijo de un socio comercial de Varrón que además era, según se aseguraba, proxeneta de Varrón. Lelio los llamaba «el alto y el bajo». No dejaban de moverse cuando Varrón tomaba la palabra, le pasaban notas, consultaban apuntes, dejaban la cámara como si fuera por asuntos de la mayor importancia y volvían con más papeles. Sus pesquisas eran acertadas, sin embargo, y la información de Varrón siempre era precisa y exacta cuando detallaba los movimientos de Aníbal y explicaba cómo los habría neutralizado si hubiera estado allí con las tropas. A1 principio, muchos senadores sonreían bajo la barba ante sus largos discursos, pero con el tiempo le escucharon.

Llegó el invierno, y parecía largo. Capua había abierto sus puertas a Aníbal y a su ejército, los mercaderes sus depósitos de artículos, y las mujeres las piernas, según se comentaba.

—¡Malditos capuanos! —exclamó mi padre cuando oímos la noticia—. No puedes fiarte de ellos. Durante años me opuse a la alianza. Y lo peor es que los hombres de Aníbal habrán recibido una retribución.

—¿Una retribución, padre? —pregunté.

—Sí, el oro de Capua. Es la ciudad más rica de Italia. Eso quiere decir que los mercenarios de Aníbal no desertarán.

—¿Crees que le siguen por dinero?

—Desde luego. ¿Por qué si no? Salvajes, eso es lo que son todos. Esperemos que la buena vida en Capua nos ablande a esos animales. Les ajustaremos las cuentas y luego se las ajustaremos a Capua.

No dije nada, pero dudaba que los hombres de Aníbal le sirvieran sólo por dinero. Lo que había visto en el Ticino y oído acerca de Trebia y Trasimeno era algo de tal unidad y belleza que sólo podía surgir del amor. De un gran amor por él; o, supongo, de un gran odio por nosotros.

Luego oímos decir que Aníbal había salido de Capua, y con él parte de su ejército, hacia un campamento de invierno cerca del monte Tifata, famoso por sus ventisqueros. Así que ablandados por Capua y sus sibaritas, bien, bien. Me imaginé a Aníbal cavilando, haciendo planes durante sus paseos de inspección bajo la lluvia y los vientos invernales.

Mientras tanto, a pesar de las acusaciones de inacción, Fabio estaba reclutando hombres, muchos en el norte, lejos de los exploradores de Aníbal. Pronto hubo otra legión en Roma, la quinta, que entrenaba todos los días en el Campo de Marte, y pronto empezó a formarse la sexta. El Senado, cumpliendo órdenes de Fabio, implantó un nuevo impuesto para comprar caballos de Liguria en primavera. Estaba claro que Fabio se proponía algo.

Creo que se habría puesto él mismo al frente del ejército, incluso ciego y frágil. Pero en primavera se puso muy enfermo. Tenía fiebre y guardaba cama en su casa, que estaba cerca de la nuestra. Lelio y yo íbamos y veníamos del Senado con sus órdenes y comentarios. Uno de nosotros siempre se quedaba con él y le leía en voz alta. Homero había reemplazado a los historiadores en su lista de gustos.

Un día tuvo un terrible ataque de tos. Su esclavo personal le llevó una infusión aromática endulzada con miel y le ayudó a beberla con una cuchara. Aquello pareció despejarle el pecho. Me indicó que llamara a mi padre. Lo hice, y entonces nos dijo a Lelio y a mí que abandonáramos la habitación. Esperamos fuera.

A1 salir, mi padre cerró la puerta con suavidad. Parecía preocupado.

—Ha estado bajo una gran tensión —dijo—. No creo que pueda terminar su libro de historia. Es sorprendente pensar que fue tribuno en la última guerra púnica. En todo caso, escuchadme bien los dos, mañana habrá movimiento en el Senado y no habrá tiempo para quejarse por los suministros.

—¿Qué pasa, padre? —pregunté.

—Fabio quiere que presente una moción para adelantar las elecciones consulares. Piensa que estamos preparados y no podemos permitirnos retrasar la siembra de primavera. Así que, con dos nuevos cónsules, marcharemos contra Aníbal muy pronto.

—¿Marcharemos, padre? ¿Tú irás? ¿Y Lelio y yo?

—Sí y no..., mejor dicho, no y sí. Yo tengo que quedarme como prefecto de la ciudad. Pero Lelio y tú iréis en campaña. Quiero que estés allí para ver la destrucción del hombre que casi mató a tu padre... y asestó algunos golpes mortales a Roma.

He intentado contenerme, Bostar, para tocarlo todo. Pero no aguanto más. El recuerdo de Cannas me llama y debo ir allí. Así que lo haré diciendo sólo que fueron elegidos otros dos cónsules, Lucio Emilio Paulo por los patricios y Cayo Terencio Varrón por la plebe. Después de haber mandado refuerzos a todas las ciudades guarnecidas, como Aretio, donde todavía estaba Catón, y Placentia, salimos de Roma aquella misma semana, con ruegos y sacrificios a los dioses para que volviéramos a salvo. Lelio y yo habíamos sido asignados al estado mayor de Varrón, al igual que Metelo y Escévola. Parecía que estaba destinado a conocerlos mejor a los dos, aunque en aquel momento no pensé más en el asunto.

Le dije a mi padre que habría preferido el estado mayor de Paulo.

—Precisamente porque lo sabía hice que Fabio te asignara al de Varrón —replicó—. Tanto como el difunto padre de Lelio, él y otros como él son la cara de la nueva Roma. El mundo se mueve, Publio, y no quiero que te quedes rezagado con el antiguo.

—¿Qué es esta «nueva» Roma, padre?

—Lo verás cuando hayamos luchado contra Aníbal. El imperio comercial más grande que el mundo haya conocido. Sostenido y fortalecido por la república, se extenderá más allá del mar de occidente. Necesita la ambición de hombres como Varrón y, a su tiempo, de Metelo y Escévola. ¿Sabes que el abuelo de Escévola era el mozo de cuadras de mi padre? ¿Quién habría imaginado que encontraría a Escévola en el Senado de Roma? Eso puede ser bueno si se combina con la solidez de familias como la nuestra. Esa combinación, Publio, será incontenible. Leyes y justicia romanas, paz romana por todo el mundo. —Su cara se ensombreció, luego sonrió y me dio una palmada en la espalda—. Pero lo primero es lo primero. Y lo primero de todo es...

—Lo sé, padre. Lo primero de todo es Aníbal.

Éramos entonces seis legiones enteras más las tropas auxiliares, más de cuatro mil jinetes; los caballos habían llegado de Liguria sin contratiempos. Así que era un vasto ejército, de más de sesenta mil hombres, el más grande, me aseguró mi padre, que Roma había congregado en un campo de batalla. Por los informes de nuestros exploradores, Aníbal tenía menos de cuarenta mil. Si teníamos cuidado y luchábamos contra él en un terreno que nos conviniera, no podíamos perder. Después de todo, nos dijimos, al cortarle el paso en el Trebia y luego en Trasimeno, nuestra infantería había demostrado que podía dar la talla ante los cartagineses, siempre que formase, mantuviera el orden y luchara como sabía.

Marchamos por la Via Latina, en dirección sureste. A los cuatro días llegamos a una tierra que no habíamos quemado ni calcinado nosotros, y vimos aldeas y graneros saqueados. Continuamos por la Via Apia, hacia Benevento y luego hacia Venusia, donde Aníbal había sido visto por última vez. Cada vez que miraba hacia atrás desde donde me encontraba, al lado de los cónsules, en el pelotón de vanguardia, el ejército se extendía detrás de nosotros hasta que se perdía de vista. Ni el agua ni los suministros para los hombres eran un problema; llevábamos de sobra en los carros. La comida de los caballos y el ganado, en cambio, sí lo eran. Nuestros forrajeadores tenían que alejarse mucho. Nuestro avance era lento.

Nos resultó provechoso llegar a Benevento y ver lo que Aníbal había hecho allí. No lo había saqueado, lo había borrado de la faz de la Tierra; sólo algunas paredes ruinosas quedaban en pie. Habíamos oído hablar de aquello, pero verlo templó el ánimo de las tropas.

Paulo me impresionaba cada vez más, quiero decir los días que mandaba él. Sus órdenes eran tan claras y amables como, desgraciadamente, irritadas e impacientes las de Varrón. Me preguntaba si habría algo que Lelio y yo pudiéramos hacer para que Paulo tuviera el mando el día crucial. Metelo y Escévola iban juntos, comentando las cosas con seriedad, entre susurros o en voz baja, mientras cabalgábamos. La primera vez que hablé con ellos comenzó algo que todavía no se ha detenido.

Estaba inspeccionando mi caballo una noche en la empalizada.

—¿Dónde está?—dijo la voz de Escévola. Me di la vuelta.

Metelo estaba tras él.

—¿Dónde está quién?

—Pues tu amiguito, claro.

Me puse rojo cuando comprendí lo que quería decir.

—¡Cómo te atreves! —conseguí decir, pues me había quedado casi sin palabras.

—¡Ah, ah! ¿Cómo me atrevo a decirle la verdad al gran Escipión, báculo de Roma? ¿Eso es lo que quieres decir?

—Mira, si estás insinuando...

—¿Insinuando? No insinúo nada. Declaro un hecho. Sabes que es ilegal en el ejército romano, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A la sodomía, a eso me refiero.

Si hubiera llevado espada, la habría desenvainado. Pero no la llevaba y me arrojé sobre Escévola; nos enzarzamos en una pelea en el suelo mientras los caballos coceaban y relinchaban alarmados. Conseguí darle un puñetazo en el estómago; él se las arregló para darme un golpe punzante en la mejilla derecha. De repente Metelo estaba a nuestro lado, gritando.

—¡Deteneos, necios, deteneos! ¡Nos van a juzgar a todos! Consiguió tirar de su amigo; Escévola y yo nos miramos jadeando, en cuclillas, a dos pasos el uno del otro.

—He puesto el dedo en la llaga, ¿eh? —dijo Escévola.

—Tú estás por debajo del desprecio, sucio plebeyo.

—¡Rápido! —susurró Metelo—. Viene un centinela.

Se perdieron en la creciente oscuridad. No estaban en la tienda cuando llegué. Lelio sí estaba.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó mientras me tiraba en el catre.

—¿La cara? Ah, sí, me he caído. No es nada. Apaga la lámpara, Lelio. Es hora de dormir.

—Por cierto, Escévola te estaba buscando. Dijo que tenía que decirte algo.

—Sí —contesté dándome la vuelta—. Ya me lo ha dicho, gracias.

—Es realmente ordinario, ¿no te parece, Publio? No deja de burlarse de mí porque tengo la piel muy blanca... y otras cosas.

—Ya lo imagino. Pero no le hagas caso.

Caí en un sueño inquieto. Estaba avergonzado; y no por haberme comportado como un soldado en una bronca de taberna. Puede que Escévola hubiera puesto el dedo en la llaga. Una llaga que estaba abierta.

A la mañana siguiente, cerca de Venusia, dejamos la Via Apia. Lelio y yo cabalgábamos detrás de Metelo y Escévola, que en cierto momento se dio la vuelta y me dedicó una sonrisa burlona. No le hice caso. Lelio no se dio cuenta. Nos dirigimos al este, hacia el mar. Allí, habían dicho los exploradores, encontraríamos a Aníbal. Aquella noche nos dejó sentir su presencia.

—¡Fuego, fuego!

Oí los gritos a medianoche y, con el resto de los oficiales del estado mayor, salí corriendo de la tienda que compartíamos. En el extremo más alejado de la empalizada había carros ardiendo y por todo el campamento sonaban gritos de alarma. Flechas incendiarias otra vez, pensé. Como en el Ródano.

Varrón, resoplando y jadeando, apareció para ver qué pasaba. Paulo había acampado al otro lado del valle; seis legiones juntas necesitan mucho espacio.

—¿Dónde estaban los centinelas? —preguntó Varrón.

—Los de la empalizada están muertos, señor —contestó el pilo primero—. Los han degollado.

—¿Y el ganado, las mulas y las acémilas?

—Dispersos, señor.

—¡Por todos los dioses! ¿Es que ninguno de mis soldados puede estar despierto? Y tú, Escipión. Tú también, Lelio, y Metelo y Escévola, ¿qué miráis? Id a ver qué ha pasado. Quiero un informe completo, al amanecer. Me vuelvo a la cama. Ah, pilo primero.

—¿Sí, señor?

—Quiero que los centinelas que había dentro del campamento sean arrestados. Tendrían que haber dado la alarma.

Dicho esto, Varrón salió dando patadas y golpeando unas trébedes. Maldecía en voz alta. Me habría gustado decirle que los hombres de Aníbal habían hecho menos ruido que él, y que nuestros centinelas difícilmente podían ser culpados por no advertir de un peligro que no habían oído ni visto. Pero me mordí la lengua y, junto con Lelio, me dirigí hacia las hogueras.

La noche siguiente pasó lo mismo, y a la siguiente era el turno de Paulo. La noche posterior no hubo incendios, sólo un lamento sobrenatural que despertó a todo el campamento. Ojalá Escribonio hubiera estado allí para confirmar lo que era, pero se había quedado en Roma como tribuno de mi padre. De todas formas, estaba seguro de que había sido un corynx cartaginés tocado a pleno pulmón. Durante las noches siguientes nos acostumbramos a su gemido, aunque eso no quiere decir que durmiéramos. Y por el día los merodeadores nocturnos no aparecían por ninguna parte. Nuestro avance se hizo más lento, recorríamos cuatro o cinco estadios al día. Incluso Varrón se mostraba prudente, mandando reconocer el terreno con una exploración minuciosa. Las noches eran calurosas y sin viento. Por el día, Lelio y yo cabalgábamos entre los dos cónsules como oficiales de enlace, aunque, como sólo tenían el rango en común y nada que decirse, nuestra misión no era difícil. Tanto mejor, pensé, para la «nueva Roma» de mi padre.

A1 acercarnos a Cannas, nuestros dos ejércitos estaban nerviosos, inquietos y cansados. Ninguno de los más de sesenta mil hombres que nos acompañaban había tenido una noche de sueño completa durante la última semana. Y en ambos campamentos había disentería. Yo la tenía, todos la teníamos: una diarrea que nos dejaba el ano dolorido y los intestinos también. Lo que más me disgustaba era tener que desmontar de repente, dar las riendas al que estuviera más cerca y acuclillarme junto a las columnas de hombres en movimiento. Incluso en un ejército, es algo que debería hacerse en privado.

Escévola seguía con sus pullas malintencionadas. Una vez que Lelio tuvo que salir corriendo hacia unos arbustos, le oí decir a Metelo:

—A él no le cuesta. Siempre está a punto. Me mordí la lengua. Ya me llegaría la hora.

Tal era el estado de las fuerzas que avanzaban, ingenua pero cautelosamente, hacia Cannas. Una mañana, casi a mediodía, vimos los remolinos de polvo que venían hacia nosotros. Lelio y yo, que íbamos a la altura de Metelo y Escévola, estábamos dos filas detrás de Varrón.

—*Poeni, poeni!* —decían los gritos nerviosos de los exploradores, a quienes oímos antes de que llegaran a nuestra altura—. ¡Púnicos, púnicos!

Aníbal, por lo que parece, nos estaba esperando. Ni estratagemas ni escaramuzas. Su campamento era visible y su formación de batalla clara, dijeron los exploradores; estaban apretados en un meandro del río Aufido, al norte de Cannas; delante, una llanura abierta y vacía; detrás, las montañas. Parecía perfecto para Varrón, demasiado perfecto para Paulo, en el consejo que convocaron.

—Así que ya no se esconde —dijo Varrón—. Batalla abierta, pues, y probará el acero romano.

—Cierto, cierto —dijo Paulo, llevándose una gasa perfumada a la nariz; sabia medida contra el hedor de tantas defecaciones. También estaba el delicado asunto del mando. Batalla al día siguiente y la responsabilidad sería de Paulo. Un día de retraso, y sería de Varrón.

—Deberíamos acampar mañana y dejar descansar a los hombres —dijo Varrón, como era de esperar.

—Retrasa el golpe —replicó Paulo— y quizá se marche o nos prepare alguna trampa.— Y así continuó la discusión.

A1 final, Aníbal decidió por nosotros. Rodeados de una legión, que marchaba con los escudos juntos, los dos cónsules y sus respectivos estados mayores se adelantaron al caer la noche para inspeccionar la posición de Aníbal. Era extraordinario.

Vimos filas y filas de tiendas. Vimos carros, cargas y animales. Había fogatas, pero no había nadie. Ni un solo ser humano. A ambos lados del campamento y detrás se extendían los cañaverales del Aufido, cuyas cañas, *cannae*, daban nombre a la ciudad de Cannas. Desde la ligera subida en que nos habíamos detenido, Varrón ordenó que una partida se adelantara. Al volver, confirmaron que lo que parecía era.

—Bien —dijo Varrón con fastidio, con el caballo removiéndose bajo su enorme peso—, atacaremos mañana.

—¿Atacar qué? —preguntó Paulo en son de burla—. ¿Un campamento vacío? En el momento en que entremos nos atacará por detrás. Tiene que ser una trampa. Probablemente estará en esos montes, detrás de nosotros, observando y esperando que hagamos lo que acabas de sugerir.

—¡Bah! —soltó Varrón—. Ese hombre no es tonto. ¿Te enfrentarías con seis legiones en su terreno? Mira, esta llanura es perfecta para nosotros. El lo sabe y ha huido. Digo que saqueemos e incendiemos su campamento mañana por la mañana... a tus órdenes, estimado colega. .. y luego le daremos caza.

—A1 día siguiente —dijo Paulo con ironía poco disimulada—. A tus órdenes, por supuesto.

Así prosiguió el pique.

A1 volver al campamento, Lelio y yo íbamos el uno al lado del otro. Era una hermosa tarde, de luz transparente y cielo azul, con una brisa fresca que llegaba del mar. El mundo estaba vivo en una primavera de savia en ebullición y alondras cantarinas en los árboles. La tierra por la que cabalgábamos era fecunda, rica roja.

—Bueno, ¿tú qué opinas, Lelio? —pregunté.

—Lo pillaremos ahora —dijo con una sonrisa.

—Pero ¿por qué iba a dejarse atrapar aquí? ¿Por qué aquí y, además, por qué no está en el campamento?

—Siempre te preocupas demasiado, Publio. Deberías...

De repente, en los arbustos que había a la izquierda se oyó a un hombre cantar con una voz profunda que se elevó bruscamente hasta convertirse en un grito ululante. Atónitos, Varrón y Paulo tiraron de las riendas y toda la columna se detuvo.

—¡Bueno, no os quedéis ahí parados, idiotas! —gritó Varrón—. ¡Haced algo! ¡Escipión, Lelio, id a ver qué es!

Desmontamos y, con cuatro legionarios, nos introdujimos entre los enebros entre los que había sonado el grito. En un pequeño claro, sentado en el tronco de un roble caído, vimos a un hombre cuya cabeza era una masa de pelo revuelto y rizado, con la barbilla levantada, cantando al cielo y moviendo los brazos al ritmo de la canción. Sus ropas eran andrajos sucios y rotos. Sus pies estaban descalzos y negros de suciedad.

—¡Tú! —grité—. ¿Qué haces ahí? Se calló.

—¿Hacer, amo? ¡Tencio no hace, canta! —Se rió estridentemente y, poniéndose en pie de un salto, procedió a bailar dando vueltas, ondeando su capa rasgada como si fuera un par de alas.

—¡Soldado! —dije al hombre que había junto a mí—. Ve y di a los cónsules que todo va bien. Es un loco, nada más. Deberían llevarlo al campamento.—Asintió con la cabeza y se dio la vuelta—. ¡Tú! —grité al loco—. ¡Ven aquí!

Saltando ágilmente, hizo lo que le había dicho y se paró delante de nosotros, jadeando y entornando los ojos, canturreando y murmurando para sí algo parecido a «guerra, lucha, muchos muertos, guerra, lucha, muchos muertos». Luego en voz más alta: «Guerra, lucha, muchos...».

—¡Cállate! —exclamó Lelio—. ¡Dinos por qué estás aquí!

Tencio pareció sorprendido. Se quedó completamente callado, como pensando.

—¿Yo aquí? —contestó, mirándonos con la cabeza medio agachada—. ¿Yo? ¡Ja, ja! No, no, no, no. Yo no. ¡El! —gritó en actitud triunfante y la mandíbula torcida.

—¿Él? —dije—. ¿Quién es «él»?

—Aníbal, el ogro. ¿Sabes por qué está aquí? ¿Lo sabes, lo sabes? —empezó a canturrear para sí otra vez.

—Dínoslo —gritó Lelio, buscando 1a espada—, o si no. . .

Le puse una mano en el brazo y di un paso adelante.

—Dínoslo —dije amablemente.

Con un rápido movimiento, Tencio se sentó en el suelo delante de nosotros, apoyándose en las manos. Me agaché a su lado. Su olor era rancio y casi abrumador. Sus ojos se encogieron cuando me susurró:

—¡Está aquí por la tumba!

—¿La tumba? —pregunté confundido—. ¿Qué tumba?

—Esa tumba —contestó moviendo la cabeza hacia atrás— que hay ahí.

—¿Hay una tumba entre estos árboles?

—Mm, mm, una tumba, una tumba, una gran tumba, tumba de Cauno tumba.

—¿Cauno? —pregunté—. ¿Quién es Cauno?

—¡Cauno Cartago, Cartago Cauno!

—¿Cauno era un hombre de Cartago?

Asintió con la cabeza y de repente pareció asustado. Mirando nervioso a Lelio y a los cuatro soldados, me hizo señas para que me acercara y me susurró al oído:

—Cauno vino aquí desde Cartago. Con seis hijas. Los romanos las violaron. Las muchachas se suicidaron de vergüenza. Cauno las enterró aquí y construyó una tumba. Luego maldijo a todos los romanos y se mató aquí mismo. Por eso Aníbal ha venido. —Estiró el brazo y acercó mi cara a la suya. Vi las costras que le cubrían los ojos—. Cuidado con la venganza de Cauno —susurró.

Con un grito, se puso en pie y se perdió corriendo entre los árboles.

—¿Voy detrás de él, señor? —preguntó uno de los soldados.

—No —dije levantándome—. Déjalo en paz. No es una amenaza. Pero desplegaos. Miraremos entre esos árboles.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Lelio.

—Una tumba —respondí.

—¿Una tumba? —contestó incrédulo.

Me eché a reír.

—No, Lelio, no me he vuelto loco. Pero estamos buscando una tumba.

No encontramos nada.

Mientras volvíamos al campamento le conté a Lelio lo que me había dicho Tencio.

—¿Y le crees? —preguntó Lelio.

—Recuerda a Eufanto —dije—. Cualquier cosa es posible. Alguien lo habría mencionado si hubiera sucedido hace poco. Pero quizá sucedió hace mucho. Etimológicamente, es posible también. Cannas podría derivarse de Cauno con tanta probabilidad como de cannae.
—Vamos, Publio —rió—.Te estás dejando llevar.

—¿Sí? Entonces ¿por qué crees que Aníbal ha venido aquí? ¿Por qué aquí?

Se puso serio.

—Tengo que decirte, Publio, que no lo sé. Podría entender que estuviera en la costa oeste, por los barcos que fueran a Cartago o llegaran de allí. ¿Pero aquí? ¿Y con el campamento vacío? Es todo muy extraño.

Continuamos el trayecto en silencio y marchamos al paso de los soldados que iban a nuestro lado. Estuve pensando en la venganza de Cauno.

El consejo casi había terminado en la tienda de Paulo cuando llegamos. El plan era que diez manípulos se quedaran y guardaran los dos campamentos, que una legión saqueara y quemara el campamento de Aníbal y que el resto del ejército formara en posición de batalla al otro lado de la llanura, de espaldas al campamento y de cara a las colinas... la única dirección de la que podía llegar un ataque. Paulo había estado de acuerdo.

—Bien, ¿alguna pregunta? —dijo Varrón, eructando y levantando la copa para que el esclavo le pusiera más vino.

—Sí —dijo Flavio, el pilo primero—. ¿En qué orden quieres los manípulos, señor?

Intuí complicaciones. Habíamos discutido interminablemente esta cuestión sobre la marcha. La tradición decía que los miembros de la misma familia estuvieran hombro con hombro en las tilas. Pero Varrón, sin que Paulo lo objetara, había sugerido una innovación que a mí no sólo me parecía gratuita sino además equivocada. Recuerdo que cuando, en contra de su costumbre, Varrón pidió mi parecer, cité el consejo que da Néstor a los griegos en la Ilíada: «Forma a tus hombres por clanes y por tribus, Agamenón».

—Ya sabía que saldrías con alguna imbecilidad griega sin sentido, Escipión —había dicho Escévola.

Supongo que fue una arrogancia, sobre todo para Varrón, hijo de un carnicero, y para Escévola, nieto de un mozo de cuadras.

—¡Cállate, Escévola! —gritó Varrón, para mérito suyo—. ¡Esto es un ejército, no una escuela de niñeras! De todas formas, lo haremos a mi modo, a su debido tiempo. —Con esto quería decir que las familias quedarían repartidas—. Serán más útiles de esta manera —dijo—. Esto es la nueva Roma. Yo no habría llegado donde estoy si hubiera confiado en la familia o en los amigos.

Paulo se había limitado a enarcar una ceja.

Así que no me llevé ninguna sorpresa cuando respondieron a la pregunta de Flavio.

—Nueva manera. ¿De acuerdo, colega cónsul?

Paulo asintió ligeramente.

—Como quieras.

Vi que Flavio se ponía rígido. Pero saludó y dijo:

—Sí, señor. —Se dio la vuelta y abandonó la tienda.

Aquella noche, después de cenar, Lelio y los otros de mi tienda se fueron directamente a la cama. Yo no podía. Paulo había enviado tres patrullas a explorar los bosques que había detrás de nosotros, para ver si el ejército de Aníbal estaba allí. Que yo sepa, no volvieron. Me levanté, me puse una vulgar capa de soldado que cogí de un montón que había en la entrada de la tienda y me dirigí a la puerta principal del campamento.

Todas nuestras hogueras ardían. Oí el rumor de los caballos en los cercados y, por encima del canto incesante de los grillos, las voces de los que rodeaban las fogatas. Los

vi sentados y agrupados en manípulos, hablando alrededor de las hogueras; deberían haber estado durmiendo. A1 pasar les oí murmurar y discutir en voz baja.

—A1 menos está Paulo. Es precavido.

—¿Y qué? —decía otro—. No me gusta. Hay algo extraño.

—Callaos todos y vamos a dormir —dijo un centurión—. ¿Habéis revisado las armas? Mañana necesitaremos espadas con un buen filo.

En la entrada, a la luz vacilante de las antorchas, vi a Flavio hablando nerviosamente con los centinelas.

—Deberían haber vuelto hace al menos una hora —decía Flavio mientras me aproximaba.

—Estaba pensando lo mismo —dije, adentrándome en la luz.

—¿Quién es? —preguntó Flavio, dándose la vuelta. Aparté la capa—. Ah, eres tú, señor. Lo siento, no te reconocí.

—No era posible que lo hicieras, Flavio, con esta capa.

Pero la memoria me llama, Bostar. Es fuerte, así que déjame correr tras ella. Nuestros hombres habían encontrado el ejército de Aníbal, o una parte de él, escondido en las colinas. Dos de nuestras patrullas habían sido capturadas. La tercera volvió con dos prisioneros. Les interrogamos hasta bien entrada la noche y supimos que era una trampa. Aníbal tenía más de la mitad de su ejército escondido en los cañaverales del Aufido. Había supuesto que saquearíamos su campamento y que, mientras lo hacíamos, se enfrentaría a nuestras fuerzas principales por el otro lado. Así nos cogería por delante y por detrás.

Me adelanté siguiendo órdenes de Varrón y le expliqué esto a un Paulo medio dormido, mientras amanecía. Decidió no hacer nada aquel día y quedarse en el campamento, y no morder el anzuelo de Aníbal. Así que durante todo el día nuestro ejército esperó en los dos campamentos, nervioso, inquieto, acalorado, afilando las espadas, fijando las cabezas de los pilos, reparando botas y correajes. Yo me acosté en la tienda, al igual que Lelio, y traté de dormir. La verdad es que estuve contando moscas.

—Me sorprende que no tengáis algo más, ejem..., más interesante que hacer. —Las rudas palabras de Escévola rompieron el silencio.

—¿Por qué no cierras tu asquerosa boca de una vez, Escévola? —replicó Lelio, medio levantándose de la cama.

—¿Por qué no vienes y me la cierras tú, guapito?

Salté de la cama y puse una mano en la rodilla de Lelio. —No le hagas caso.

Lelio se recostó.

—Muy bien —dijo—. Pero ya arreglaremos esto, Escévola.

—¡Oooh! ¡Estoy aterrorizado! —se burló Escévola.

—Dejadlo ya los dos —dijo Metelo—. Necesitaremos todas las fuerzas que tengamos.

—¿Para qué? —preguntó Escévola.

—Para contar los muertos —respondí.

A media tarde, nuestros exploradores informaron de que había movimiento en el campamento de Aníbal: los hombres de los cañaverales estaban volviendo. Desde la empalizada, nuestra pequeña Roma, vimos el humo de las hogueras de Aníbal elevarse y caracolear en el aire espeso del verano.

Más tarde vimos columnas de caballería y soldados bajando de las colinas y dirigiéndose al río, dando un rodeo envolvente, por el extremo más alejado de la llanura. Ellos también volvían a su campamento. Aníbal había desistido de su plan, dedujimos. Iba a enfrentarse con nosotros cara a cara, espada contra espada.

Poco después de la cena, Paulo y Varrón vinieron a nuestro campamento para dirigirse a los hombres, tal como acababan de hacer en el otro; habíamos oído los vítores. Íbamos a atacar por la mañana, a las órdenes de Varrón.

—Como romanos, en nuestro terreno, con nuestras condiciones y a nuestra manera —dijo Varrón—, formando en tres cuerpos, como siempre hemos hecho —y se quedó allí de pie, resplandeciendo como un lagarto al sol.

Sin embargo, los vítores de los hombres fueron sinceros. Por fin una batalla en un llano... aunque fuera sin los acostumbrados lazos de familia. El humor del campamento era de confianza en la victoria. Yo todavía pensaba en la venganza de Cauno y escarbaba en aquella intuición como un perro que se rascara las pulgas.

Aquella noche se arremolinaron todos aquellos pensamientos en mi cabeza. El sueño fue inquieto. Una y otra vez pensaba en mis órdenes. A1 menos eran claras, y muy sencillas. A1 igual que Lelio, Metelo, Escévola y el resto de los oficiales del estado mayor, tenía que acompañar a Varrón (mandando) y a Paulo (observando), y estar preparado para entregar mensajes en persona en las diferentes legiones y manípulos si, con el fragor de la batalla, las trompetas no eran suficientes. La posición de Varrón y Paulo estaría en el mismo promontorio en que nos habíamos detenido la primera vez que habíamos visto el campamento vacío de Aníbal. La consigna sería «Telamón». Pensé en Frontino y en lo que había encontrado allí. Ni estratagemas ni escaramuzas. Como en Telamón, las legiones de Roma se lanzarían a un ataque directo y frontal. Nuestros exploradores habían informado, poco antes de que anocheciera, de que no había indicios de trampas cartaginesas. El ejército de Aníbal estaba en el campamento. No había, estaban seguros, tropas escondidas en los flancos ni detrás.

Lo arriesga todo, pensé. ¿Por qué? ¿Quién es ese hombre que se ha atrevido a desafiar a Roma? ¿Y por qué aquí, en Cannas?

Le superamos en número y encima parece haber elegido el terreno idóneo para nosotros. ¿Por qué? Con los ronquidos de Lelio, me sumergí finalmente en un sueño intranquilo, sintiéndome totalmente solo.

Las trompas nos despertaron a la débil media luz del amanecer. En las letrinas, los hombres bromeaban, emocionados y nerviosos. Se desayunó pronto, siguiendo las órdenes concretas que había dado Varrón la noche anterior. Quizá lo había subestimado, pensé mientras me tomaba el tazón de gachas. Aprendió algo de Trebia, después de todo. Luego, por decisión propia, los manípulos empezaron a formar.

Mientras la luz aumentaba, Lelio, yo y los otros oficiales salimos a caballo del campamento para dirigirnos con Varrón al promontorio. Vi que Paulo y su partida se acercaban para reunirse con nosotros. Debería haber habido sólo un cónsul con mando, pero dos iban a observar. Encontramos un grupo de vivanderos ya en nuestra posición. Habían puesto una mesa de tablas y de dos cestas estaban sacando fruta y jarras de agua

y vino. A nuestro lado se oían los pasos firmes de muchos hombres, que saludaban al pasar. Los hombres de Aníbal, según vimos, también estaban empezando a formar para la batalla.

—Bien, bien —dijo Varrón, mordiendo una pera temprana, criada sin duda a la fuerza en aquellas grandes casas calientes de los nuevos latifundios, vastas fincas que pertenecían a los *homines novi* como Varrón y en las que trabajaban ejércitos de esclavos importados—. Se está comportando como un soldado esta vez, no como un bandolero.

—¿De verdad esperas que luche contra nosotros de frente, Varrón? —preguntó Paulo.

—¿Qué otra cosa puede hacer? No tiene dónde esconderse, ni por dónde correr.

—De acuerdo, pero eso no explica por qué ha vuelto al campamento. No explica el suicidio. —Esto casi era un discurso para Paulo.

—Siempre preocupándote, colega cónsul —replicó Varrón—. Es muy sencillo. Ya tuvo su día y se le han acabado las ideas. Los cartagineses son como los galos. Impulsivos. Luego se tiran al suelo y se mueren. ¿Una copa de vino?

—¿No es un poco pronto para eso? —dijo Paulo con aspereza—. Y es un mal ejemplo para los hombres.

—Ocúpate de tus asuntos, Paulo —replicó Varrón—. Recuerda que tengo el mando.

Silbando suavemente mientras estábamos montados en los caballos y veíamos formar a las tropas en la llanura, Lelio parecía tan despreocupado como Varrón. Siguiendo sus órdenes, los manípulos estaban formando por el flanco izquierdo, avanzando de tres en fondo entre la hierba que les llegaba hasta las rodillas. A unos mil pasos, las líneas de Aníbal también estaban formando, pero por el centro. Eran como niños desplegando piezas en un damero. Aquello no era una batalla, sino un juego.

A nuestra derecha, los diez trompetas de Varrón estaban sentados en el suelo, bromeando y haciendo coronas de flores. La ocasión parecía insulsa, predeterminada, como un ejercicio de los que organizaba mi padre en las llanuras de Placentia. Los sacerdotes llegaron con sus ropajes blancos, abrieron las entrañas de un cabrito y pronunciaron los augurios. Eran favorables. Varrón hizo que los trompetas dieran la noticia, dos notas ascendentes que significaban «Propicio», y los soldados lanzaron vítores estridentes en respuesta.

El sol calentaba ya. La línea de Aníbal, según parecía, estaba completa, su caballería en cuatro grupos entre la infantería y el campamento. Aquello, pensé, era extraño. Nuestra línea todavía se estaba desplegando. Nuestra caballería, a la que se había ordenado que se dividiera por la mitad y tomara posiciones junto a cada flanco, todavía no estaba en su sitio, tan larga era nuestra línea de combate.

—¡Mira! ¡Mira eso! —gritó Varrón cuando se dio cuenta—. Los rodearemos fácilmente. ¡Los sobrepasamos en dos a uno!

—¿Por qué, por qué? —me preguntaba, sin darme cuenta de que lo decía en voz alta.

—¿Por qué qué, Publio? —dijo Lelio.

—¿Por qué quiere combatir así?

—Porque no tiene elección, claro.

En aquel momento, por detrás de las líneas cartaginesas, el cielo se oscureció repentinamente con cientos de flechas que ocultaron el sol.

—¡Trompetas! —gritó Varrón.

La orden de «levantar los escudos» ya la estaban ejecutando los soldados espontáneamente.

—No tiene sentido —dijo Varrón, sin dirigirse a nadie en particular—, a esta distancia.

Pero vi que algunos hombres caían como muñecos en un teatro de títeres. Luego más flechas, luego más, y los escudos de nuestro ejército bailaban.

Varrón montó a caballo, fue al borde del promontorio y miró fijamente hacia abajo.

—Muy bien, muy bien —dijo volviendo y gritando de repente—: ¡Trompetas, tocad «A la carrera»!

—¡No! —gritó Paulo.

Los trompetas se detuvieron con los instrumentos delante de la boca y miraron a un cónsul y a otro.

Varrón, por una vez, no gritó sino que sonrió.

—Por última vez, Paulo, yo tengo el mando —dijo suavemente—. Contradice mis órdenes una vez más y tendré que pedirte que abandones el campo de batalla.

—Pero ¿a la carrera? Está al menos a mil pasos. ¡Llegarán agotados! ¿No ves que eso es exactamente lo que quiere que hagamos, y por eso ha utilizado las flechas?

Los dos se miraron mientras los oficiales los observábamos. Todavía mirando a Paulo, Varrón habló con voz clara y firme.

—Trompetas, haced lo que se os ha ordenado.

Y así comenzó la matanza de Cannas.

Los gritos de «¡Te—la—món, Te—la—món!» llegaron a nosotros, una muralla de tres sílabas, y como un solo hombre, con la caballería quieta de acuerdo con las órdenes, los infantes corrieron hacia la inmóvil línea cartaginesa. Poco antes de que las dos líneas se encontraran, y mientras nuestros asteros arrojaban los pilos sin dejar de correr, vimos algo sin precedentes en la historia de la guerra.

Tan fácil y suavemente como una serpiente se desenrosca o un pájaro extiende las alas, el centro de la línea cartaginesa se arqueó. Por delante se volvió convexa. El centro de nuestra línea, que era recta, se estrelló como una gran ola contra una roca y, mientras el centro se detenía, el resto de nuestra línea titubeó, avanzó sin saber si debía parar, los hombres confusos, desconcertados y tropezando entre sí. Una lluvia de jabalinas procedentes de los flancos cartagineses los cogió por sorpresa y vimos que muchos caían mientras sesenta mil soldados romanos se congregaban, reconstruían la formación y cargaban sin aliento. Nuestra línea recta era ya una uve.

—Es perfecto —dijo Varrón tirándose un pedo—. Pronto los rodearemos.

Mientras el sol subía y el combate continuaba, parecía como si tuviera razón. Durante largo rato, hasta que el sol estuvo en el cenit, fue como si dos olas chocaran una contra otra, se adelantaran y retrocedieran, pero lentamente los nuestros estaban envolviendo los flancos del ejército de Aníbal. Las extremidades de nuestra uve estaban rodeando su ejército y cuando se encontraran y lo tuvieran cercado, la batalla estaría prácticamente

terminada. Varrón había estado en lo cierto, pensé. Me sorprendió que el fin de Aníbal fuera tan fácil para nosotros y estuviera tan cerca.

—Son como hormigas, ¿verdad? —preguntó Lelio, mordiendo una pera.

—Sí, lo son —repliqué—, aunque pensaba en ellos como olas en el mar. Todo parece extraño desde aquí. Pero sigo preguntándome por qué lo ha hecho.

—¿Hecho qué?

—¿Por qué hizo la línea convexa?

—No sé. —Parecía despreocupado, masticando con indiferencia—. ¿Quieres un bocado?

—No, gracias —respondí, entornando los ojos para mirar fijamente lo que estaba pasando abajo.

—Supongo que quiso romper nuestro centro —continuó—. Si lo hubiera hecho, no le habría servido de nada.

Así siguió la batalla, los montones de muertos y agonizantes se amontonaban en líneas que se fundían a veces y luego se alejaban como la marea. Nosotros permanecíamos sentados, silenciosos y sudorosos bajo el sol del verano, espantando las pesadas moscas y observando. Unas veces oíamos un ruido repentino o un grito de agonía transportado por la brisa, otras sentíamos una pestilente oleada de sudor, sangre y heces. En la guerra aprendes que muchos hombres se cagan encima cuando mueren. Es lo único que dejan algunos a su paso por la tierra.

Era como una danza. Pero nosotros éramos la danza y Aníbal el director de baile. Justo cuando nuestros manípulos estaban a punto de reunirse, como dos cuernos estirados que se encuentran en un punto, el centro de Aníbal empezó a retroceder.

—¡Ja, ja! Mira —gritó Varrón a mi lado, interesado ya—. ¡Están rompiendo filas, están huyendo! ¡No quieren probar el pellizco de la tenaza romana! Cornetas, tocad «Sin cuartel».

—¡Pero Varrón! —exclamó Paulo.

—¡Pero nada! ¡Tocad, idiotas, tocad!

Eso estaban haciendo ya los cornetas mientras el centro de Aníbal seguía retrocediendo; nuestros hombres, debilitados sin duda, empezaron a formar grupos de cuatro y cinco, rompiendo la línea y corriendo en persecución del enemigo. La línea de Aníbal, antes convexa, pasó a ser cóncava, a tiempo de hacer que los extremos de nuestra uve se echaran atrás. Entonces ocurrieron dos cosas.

Fueron tan directos, negros y rápidos que me froté los ojos y volví a mirar. Dos columnas de caballería se acercaban al galope desde la vanguardia cartaginesa, una por cada lado de la contienda.

Varrón se había puesto de pie y se adelantaba hacia el borde del promontorio.

—Voto a... ¡Trompetas! —gritó, escupiendo saliva—. ¡Tocad «Caballería al ataque»!

Demasiado tarde. Las dos columnas cartaginesas se arrojaron sobre las nuestras, que todavía estaban casi inmóviles. Aquélla no era la caballería que conocíamos. Los caballos y jinetes del enemigo llevaban armadura pesada y los nuestros iban equipados como exploradores. A1 menos la mitad de los dos destacamentos de caballería cayó allí mismo, hombres y animales amontonados en una mezcla confusa de piernas rotas,

gritos, gemidos de miedo y dolor que nos llegaban por encima del clamor de la batalla. Estábamos estupefactos.

—¡Mira! —exclamó Lelio, señalando, cogiéndome del brazo—. ¡Mira!

Me han preguntado muchas veces por aquello. Aunque en el juicio pusieron en duda mi palabra, vuelvo a decir que eso es lo que sucedió. No fue un asunto de magia, como algunos susurran. Fue el genio de un hombre. Y sí, aunque sólo por admitir esto pueden considerarme culpable, fue algo tan bello que brilla en mi memoria como el fanal de una barca en la noche.

Cuando apartamos los ojos del choque de la caballería, vimos la línea cartaginesa. . . , la vimos, y parecerá absurdo, pero la vimos doble. Lo juro. Como una regla plegable de cuatro piezas unidas por goznes, su línea de retaguardia, una larguísima fila doble, se partió por el centro y evolucionó, yéndose una mitad por cada lado. Ante nuestros ojos, con los cartagineses corriendo y nuestros hombres dando vueltas, confusos y deteniéndose, el ejército de Aníbal empezó a rodear el nuestro.

Varrón sudaba y maldecía.

—Por todos los dioses, ¿qué ocurre? Es...

—¿Refuerzos, señor? —aventuré.

—¿Qué? —contestó, mirándome con ojos extraviados e inyectados en sangre—. ¿Refuerzos? Sí. Buena idea. Pero no la guardia que tenemos aquí. Paulo, ¿cuántos hombres dejaste vigilando tu precioso campamento?

—Treinta manípulos.

—Bien, los quiero, ya.

—¿Por qué no los de tu campamento, colega cónsul?

—¡Oye, tú! —bramó Varrón, volviéndose hacia él. Aquello tenía todo el aspecto de una pelea.

—Si me lo permites, señor —dije claramente, poniendo una mano en el brazo de Varrón, pero mirando fijamente a Paulo—, cabalgaré hasta el campamento de tu colega el cónsul y me encargaré de transmitir tus órdenes.

—Gracias, Escipión —dijo Varrón mirándome con extrañeza. Se dio la vuelta—. ¡Caballerizo! —gritó—. ¡Mi caballo!

—Déjame ir contigo, Publio —dijo Lelio mientras me inclinaba para coger las riendas.

—No. Quédate aquí, Lelio. ¡Y procura que esos dos no se peleen! ¡Ya se está derramando bastante sangre!

Le sonreí y espoleé al caballo tras echar un último vistazo a nuestro ejército, rodeado ya por una prieta y estrecha cinta, y con la caballería enzarzada en bárbara batalla, un poco más abajo.

Es imposible que nos acorrale, me dije. Le sobrepasamos al menos en tres hombres a uno. Nuestros manípulos romperán el cerco.

No quería perdérmelo, así que me di prisa. Me crucé con Escévola, que volvía de llevar algún mensaje.

—¿Ya huyes, Escipión? —gritó a mis espaldas.

Recuerdo mi sombra bailando a mi lado mientras galopaba a la luz del sol poniente. Llegué al campamento, di las órdenes a un centurión espantado y di media vuelta con mi sudado animal.

¿Cuánto tiempo había estado fuera? ¿Cuánto tiempo tarda la muerte? Llega de muchas formas y hubo muchos, muchos muertos en Cannas. Ningún lugar ha conocido tantos. Aquel sitio se ha grabado a fuego en mi memoria. Aunque no he vuelto, nunca ha abandonado mis sueños.

Hay, como he dicho, un promontorio desde el cual se ve la llanura, el río y, más allá, el mar, y el mar se estaba poniendo rojo, coloreado por el sol poniente. Me acerqué por la izquierda del montículo, en dirección a la meseta de la que había partido. Pero mucho antes de alcanzarla vi que no había nadie allí. La luz también estaba desapareciendo, pero vi el brillo azul de una bandera consular tirada en la tierra. Frené el caballo bruscamente, jadeando, con el corazón latiendo y la sangre zumbándome en la cabeza. Nuestro ejército todavía estaba rodeado, pero por un cerco más pequeño y creo que pensé entonces (¿o fue después?) en las abrazaderas de acero que refuerzan las palas de los remos. El ejército romano perecía dentro de una abrazadera de acero.

Dos grandes grupos de soldados romanos corrían hacia el norte, hacia los árboles lejanos; debían de haber luchado con fiereza para abrirse camino. Pero la mortal abrazadera había vuelto a cerrarse alrededor del resto del gran ejército de Roma. Nuestros hombres estaban demasiado hacinados para combatir; me di cuenta mientras miraba, al ver el rojo y el marrón de la sangre que encharcaba la tierra pisoteada; y los gritos, los aullidos, los sonidos de muerte llegaban hasta mí como el rugido de un mar lejano donde las olas se estrellaran en una playa erosionada.

—Tengo que... ¿dónde está Lelio? ¿Y Varrón? ¿Y la caballería? ¿Y el otro campamento? ¡Es imposible! ¡No ha podido! ¿Y si yo... ? ¡Ha destruido Roma! —Mis pensamientos se agolpaban, corriendo juntos en mi mente, pero recuerdo que grité con todo mi ser—. ¡No, no, no!

Y las lágrimas me asaltaron nublándome la vista, y me irrité con ellas, me las limpié con el dorso de la mano izquierda mientras con la otra sujetaba las riendas del caballo. Entonces vi que se acercaban unos cincuenta jinetes, galopando hacia mí en forma de uve. No fue miedo, a pesar de lo que han dicho en el juicio. Asegúrate de que escribes eso, Bostar. No fue miedo. No salí corriendo. No había nada que pudiera hacer.

Di un tirón al caballo para que doblase la cabeza. Me fui al galope de Cannas, solo, llorando, gritando, sollozando sin parar, alejándome de allí y adentrándome en el húmedo, cálido e implacable desvanecimiento de la luz.

TERCERA PARTE

La acción

Nomine ipso recreor

Su nombre mismo me consuela.

CICERÓN, *El sueño de Escipión*

El paso de mi yegua era seguro. Solté las riendas y me abracé a su cuello, y cabalgué, con las lágrimas quemándome los ojos. Subió la cuesta laboriosamente. El miedo, no yo, la condujo y sólo cuando llegamos a los primeros árboles empezó a ir más despacio. Me erguí y miré atrás rápidamente, con los últimos rayos de luz. No había jinetes. No me perseguían. ¿Por qué habían desistido? ¿Para dejar al menos con vida a un oficial que contara la historia y elevase un lamento por Cannas? Luego, hacia el norte, vi las hogueras chisporroteantes e incontroladas. El campamento de Varrón incendiado, y el de Paulo también. Aturdido, la lengua espesa en la boca, no quería vivir. No, eso es demasiado contundente. Después de tantas muertes, la idea de vivir acaba también por morirse.

Algún viejo instinto me hizo espolear al animal. La yegua se abrió camino entre los árboles, cuyas ramas se extendían como los años y el rumor de cuyas hojas era una lamentación en el viento. Luego cayeron las primeras gotas, espesas y gruesas, salpicando, tamborileando, lluvia para lavar la carnicería de Cannas. Todavía tiene que haber sangre allí, después de tantos años, sangre filtrada, mezclada con la tierra, sangre sumergida, alimentando gusanos y oscuras criaturas de la tierra.

Retumbó un trueno y un rayo cruzó el cielo por encima de la bóveda de los árboles mientras yo seguía cabalgando. ¿Hacia dónde? Mareado y aturdido, no lo sabía. Hacia donde quisiera ir la yegua. Necesitaba orinar. Dejé salir la orina. El cálido fluido me confortó hasta que su humedad se mezcló con la de la lluvia que me empapaba. Las ramas me daban en los brazos y en el rostro, y las zarzas en las piernas. Sólo oía mi respiración en aquel oscuro bosque formado por los árboles y mi mente y, durante horas, también la lluvia que no remitía. Creo que me adormecí. El paso de la yegua vaciló. La espoleé. Volvió a vacilar, se hizo más lento y se detuvo; me apeé y caí en un profundo sueño sin sueños, tirado en la húmeda, musgosa y rezumante tierra.

Un roce y luego un susurro, en los arbustos que había a mi derecha, me despertaron. La lluvia había cesado. Encima de mí, a través de los árboles, vi las estrellas. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Noté el sudor en la ingle y en las axilas. Busqué la daga en la cadera. Ni los cónsules ni, siguiendo su ejemplo, los oficiales del estado mayor se habían molestado en llevar armas en Cannas. Silenciosa y rápidamente, me puse en pie. La yegua se había ido. Me incliné hacia el ruido apretando firmemente la daga. Recordé a Frontino y me estiré la manga de la túnica para ocultar mi mano derecha.

—*Quis istic est?*—dije—. ¿Quién anda ahí?

Tres gotas de agua aterrizaron en mi frente. Oí más susurros.

—*Quis etiam es?* —replicó una voz—. ¿Y tú quién eres?

Y dicen que fui un cobarde en Cannas, que salí huyendo. Me estiré.

—*Publius Cornelius Scipio sum* —respondí con claridad—. *Servo senatum populumque romanum*. Servidor del Senado y del pueblo de Roma.

Supongo que esperaba una lanza o un ataque con una estocada en la oscuridad.

Hubo sorpresa, casi excitación en la respuesta que me dio la misma voz de antes.

—*Scipio! Immo vero, milites romani sumus*. ¡Somos soldados romanos!

—Entonces salid —dije—. ¡Mostraos!

Primero sombras en la oscuridad, luego a la luz de las estrellas, hombres, catorce, dieciséis, emergieron de los arbustos y entraron en el pequeño claro en el que me había dormido.

—¿De qué legión sois? —pregunté, devolviendo la daga a su funda.

—De la cuarta, señor —dijo una voz desde atrás.

—¿Eres centurión?

—Lo soy, señor.

—Entonces da un paso al frente para que te pueda ver.

Había perdido el casco y el escudo. De hecho sólo dos de los dieciséis agotados soldados romanos, por lo que supe los únicos supervivientes de Cannas, conservaban el escudo. El resto debía de haberlo tirado al huir. Pensé en el dicho espartano: «Vuelve con en el escudo o sobre el escudo», vencedor o muerto. Pero no era hora de recriminaciones.

—¿Cómo te llamas, centurión?

—Sixto, señor. —Su voz era profunda y su acento del sur.

—Bien, Sixto. ¿Sois todo lo que queda?

—Eso creo, señor. A1 menos que yo sepa.

—¿Cómo conseguisteis huir?

—Somos del mismo manípulo, señor. Estábamos juntos y juntamos los escudos. Nos abrimos paso y conseguimos salir antes de que los cuernos cartagineses se cerraran.

—Sí, ya veo... —Mi discurso era deshilachado. Sentía el agotamiento en los huesos y en mi ser. Ordenar, ordenar. Era un Escipión—. Haré más preguntas después. Ahora necesitamos refugio y comida. Deben de estar buscándonos. . .

—U ocupados saqueando los campamentos o despojando a los caídos —me interrumpió Sixto.

—Sí, quizá. Pero no debemos quedarnos aquí. Iremos... —titubeé. Cuando aprendí a nadar, había veces en que casi me ahogaba antes de recuperar el dominio y recordar las brazadas que me permitían mantenerme a flote.

¿Por qué vamos a molestarnos en ir a ninguna parte?, se preguntaba una parte de mí. Roma estaba perdida. Aníbal había ganado. No habíamos conocido en toda nuestra historia una derrota como aquélla...

—A1 norte —conseguí decir, tiritando—. Iremos al norte. —Respiré hondo y di las órdenes en voz más alta—. Una sola columna. Espadas al hombro, quienes las tengan. Seguidme.

—Te pido perdón, señor —dijo uno de los soldados—, pero si lo que buscamos es refugio y comida, no encontraremos nada por ese lado.

—¿No? ¿Por qué?

—Soy de esta zona, señor... o lo era antes de alistarme. Le llamamos el Bosque Interminable. Lo único que encontraremos yendo al norte serán lobos y... —a la media luz no podía estar seguro, pero creo que hizo la señal contra el mal de ojo—, y almas en pena, y. . .

—Muy bien, soldado, muy bien —dije con cansancio—. Y duendes, sin duda, y hadas. ¿Dónde vamos, pues?

—A1 oeste, señor, no al norte. A1 pueblo de Canusio. Sólo a un estadio de aquí.

—¿Puedes guiarnos?

—Sí, señor. Allí no nos encontrarán. Es un lugar bien escondido.

—Pues guíanos, soldado. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Pío, señor.

—¿Pío? Curioso nombre para estos tiempos. Sin embargo, me alegro mucho de oírlo. Pío, condúcenos. Sixto, protege la retaguardia.

Y así, siguiendo a Pío, anduvimos hacia el oeste en la oscuridad, lejos del negro recuerdo de Cannas; al principio sólo pensaba en la necesidad de mover los pies y escuchar si nos perseguían. Anduvimos dando tumbos, en una sola hilera, por entre arboledas de encinas y alcornoques; el terreno estaba plagado de arbustos y matojos. A menudo me detenía a mirar, cuando los búhos chillaban, y los jabalíes y otros mamíferos se movían entre las matas y los árboles. La luz empezó a encenderse detrás de nosotros y su resplandor me confortó. El sol siempre se levantaría sobre Italia, con Cartago o con Roma. Cartago. Roma. Aquel hombre de negro en el Ticino. ¿Estaría preparándose para marchar sobre Roma? ¿La salvarían sus murallas? Poco antes de partir, mi padre se había puesto a preparar el banquete de la victoria, seleccionando los mejores vinos. Ya no los necesitaría. El falerno y el vino de Quíos se habían agriado. ¿Y Fabio? La noticia lo mataría... si todavía estaba vivo. ¿Quién le llevaría la noticia? ¿Nosotros o Aníbal en persona?

Finalmente, con el sol ya en lo alto, amainando la lluvia, que había empezado a caer otra vez, y con el cerebro y el cuerpo entumecidos de húmeda fatiga, Pío se detuvo. Sus ojos estaban rojos y sus labios apretados.

—Allí, señor —me susurró—. ¿Ves el barranco? Síguelo hasta el final. Canusio está al socaire del risco, en la cima. —Miré y me erguí. Humo. Hogueras. ¿Habían llegado ya los cartagineses? Pío vio la preocupación en mi cara, mis ojos entornados—. Creo que sólo son lumbres de cocinar, señor.

Miré despacio su cara ovalada y sencilla, cubierta por una mascarilla de sangre y polvo, la coraza sucia, el pelo aplastado por el sudor y los coágulos de sangre. Aquel campesino había luchado y habría muerto por Roma. Le sonreí y él me devolvió una tímida sonrisa.

—¿Cocinar, soldado? —dije—. Esperemos que el cocinero sea bueno.

El sendero era estrecho y traicionero. Abajo, un río se deslizaba entre altas y pedregosas orillas. Las golondrinas y los vencejos revoloteaban cerca del agua y un húmedo y malsano olor a tierra podrida se elevaba desde el cauce oscuro. Mientras avanzábamos, las espadas de los soldados que iban detrás de mí arañaban los salientes de las rocas. Hice que corriera la orden.

—¡Silencio! ¡Envainad la espada!

Una bajada, una subida, una bajada y vimos Canusio cuando se despejó el cielo y los rayos del sol bañaron la tierra.

Los perros fueron los primeros que nos vieron u olfatearon y se nos acercaron ladrando y gruñendo, mientras la gente salía de las redondas chozas que rodeaban en varios círculos una plaza llana de tierra batida. Un hombre corrió hacia nosotros; alivio y sorpresa se reflejaban en su expresión; era un romano y se arrojó en mis brazos.

—¡Lelio! —dije con la boca en su hombro—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡Pensaba que habías muerto!

Dio un paso atrás. Ambos estábamos avergonzados por aquella manifestación de sentimientos, con los soldados detrás de nosotros y los aldeanos delante.

—Debería estarlo. Pero yo pensaba lo mismo de ti. Yo.. .

—Hablaremos después. Necesitamos comida y descanso. Vamos.

—Una cosa antes, Publio. Hay cientos de supervivientes aquí... durmiendo, creo.

—¡Cientos! ¿Cómo?

—Nos encontramos en los bosques. Seguimos el río. Cuando llegamos a esta aldea pensamos que era un buen lugar para escondernos.

—Y lo es —dije mirando alrededor. Me froté los ojos y me aclaré la garganta—. ¡Columna! —grité—. ¡Adelante! —Cuando pasó Sixto le cogí el brazo—. Tú y otro, de guardia. Abajo en el sendero. Haré que te envíen comida y el relevo.

Estaba ojeroso, pero asintió y dio media vuelta. Con Lelio a mi lado seguí adelante durante lo que quedaba de menguante camino.

—Publio —dijo—, debo advertirte. Escévola está aquí, y varios oficiales.

Me puse rígido.

—¿Y Varrón?

Los labios de Lelio estaban tensos y apretados, y sus ojos sin expresión y sin embargo extraviados.

—Muerto.

—¿Y Paulo?

—No lo sé.

Los aldeanos estaban junto a las chozas y nos veían pasar. No nos saludaban, pero su silencio no era hostil. Eran de piel y ojos oscuros, muchos vestían pellejos, y alguno llevaba pieles en la cintura y polainas de retales de lana.

—¿Quién es el cabecilla? —pregunté a Lelio.

—La cabecilla.

—¿Una mujer? ¡Estás bromeando!

—Es esa de ahí delante. Se llama Bula.

Delante de una choza mayor que daba a la plaza, vi a tres mujeres con el pelo recogido y las faldas de piel raídas pero limpias, los brazos cruzados y la expresión impasible. Fuimos hacia ellas.

—¿Quién de vosotras es Bula? —pregunté.

—Yo soy —dijo sin entonación la que estaba en medio, de cara semejante a la cáscara de una nuez, cruzada por finas arrugas. Tendría casi cuarenta años; sin duda era la viuda del cabecilla. Había oído a menudo que las mujeres heredaban el mando.

—Entonces te pido refugio y comida durante un tiempo para los romanos que hay aquí..

Se frotó la cara y escupió a mis pies.

—Más de lo que han pedido los otros —dijo mordiendo las palabras—. Ellos se limitaron a cogerlo.

Miré a Lelio. Enseñó las manos a modo de disculpa. Escévola, supuse.

—¿En nombre de quién pides, extranjero?

—En nombre del Senado y del pueblo de Roma.

—¿Roma? ¡Puf! Aquí, extranjero, Roma equivale a impuestos... y a guerra.

—Entonces, Bula, lo pido como hombre necesitado para hombres necesitados. Si mis... amigos lo han tomado, te pido que los perdones. Los hombres hacen cosas extrañas en tiempos de guerra.

—Muy bien, romano. Admito tu estado de necesidad... pero no tu guerra. Venid y comed.

Hice señas a los hombres que había detrás y seguí a Bula al interior de la choza, que era, supuse, la suya. Había pocas cosas dentro: una cama baja, un pequeño cofre y un fogón cuyo humo subía hasta un agujero que había en medio del techo de ramas. Silenciosamente, con la cabeza gacha, los hombres con los que había llegado me siguieron, llenaron la choza y se sentaron en dos semicírculos alrededor del fogón; al igual que a mí, los ojos les escocían a causa del humo.

—No tengo suficientes tazones —dijo Bula—. Pero hombres que casi han compartido la muerte, no dudarán en compartir la comida.

—La compartiremos, Bula, y con alegría —respondí.

Gruñó y se inclinó para llenar los tazones en un caldero renegrido que colgaba encima del fuego. Era una especie de guisado, con carne, seguramente conejo, y judías. Estaba bueno, aunque sólo comí unas cucharadas antes de pasar el plato. La comida me sabía a seca.

—Deberías comer más, romano —dijo Bula.

—Es difícil cuando el corazón está enfermo.

—Una razón más para comer, para que el cuerpo no duela.

—Lo haré más tarde. Pero mi amigo dice que hay más soldados aquí. ¿Dónde están?

Hizo un ademán con el brazo.

—Dormidos en las chozas de alrededor.

—¿No han apostado centinelas?

—No. Quizá no les importe.

—Eso me recuerda algo. Soldado —dije al que estaba junto a mí—, cuando termines, lleva algo a Sixto y a tu otro compañero.

—Ninguno es compañero mío, señor—respondió—.Varrón cambió el orden de los manípulos. ¡Hemos luchado con extraños, no con los compañeros de siempre!

—¡Es cierto! —dijo otro—. Destruyó nuestra confianza, nuestra rutina. . .

—¡Basta! —dije—.Vosotros dos, id y despertad a los otros oficiales. Sé que Mucio Escévola está aquí. Tiene que haber más. Diles que les convoco a un consejo. Ahora y aquí. El resto os podéis ir cuando hayáis terminado. Descansad un poco.

—¿Tienes el mando? —preguntó Bula cuando se hubieron ido todos.

—¿El mando? Sí, supongo que sí; al menos hasta que vea quién ha sobrevivido.

—Es un gran peso para unas espaldas jóvenes.

—¿Lo es? No es tan pesado como el de la pérdida que aflige a Roma. He visto, he visto... —me estremecí y empecé a sollozar. Ella se acercó, se sentó a mi lado y me rodeó con los brazos y, después de Cannas, lloré sobre el hombro de una mujer que ni siquiera sabía mi nombre.

Eso es lo que vio Lelio cuando entró.

—¡Oh! ¡Lo siento! —le oí decir.

—No lo sientas, romano —contestó Bula, con la boca encima de mi cabeza—.Alégrate de haber visto consuelo dado y recibido.

—Ven y siéntate con nosotros, Lelio —dije, apartándome de Bula—, y cuéntame qué ha pasado.

—Fue Paulo quien... —empezó. Luego titubeó y enterró la cara entre las manos.

—¿Paulo qué? —pregunté suavemente.

Levantó la vista hacia mí. Nuestros ojos se encontraron y el vínculo reapareció.

—Paulo fue quien ordenó que nos retiráramos.

—Pero Varrón tenía el mando.

—Lo sé, pero se negó a moverse. Incluso cuando su caballería vino directamente hacia nosotros. «Soy un romano, no un cobarde», bramó a Paulo. Creo que estaba borracho.

—No me sorprende. Había estado bebiendo todo el día.

—Paulo replicó: «Puede que seas un romano, pero un romano necio», y se fue a caballo. Los otros oficiales se fueron con él.

—¿Tú no?

—No enseguida. Esperé, esperé hasta que estuvieron a un tiro de pilo... centenares, Publio, caballería pesada, cargando contra nosotros. —Había angustia en su voz.

—Lo sé. Los vi. ¿Y después?

—Cogí las riendas de su caballo y traté de llevármelo conmigo, pero me amenazó con el cetro y..., y...

—¿Y?

Lelio me miró y respiró hondo.

—Y una jabalina le atravesó el cuello. Lo vi. Lo vi caer.

—¿Y tú qué hiciste?

—Cabalgar, por descontado. Salvar la vida corriendo. No tenía armas. No me siguieron, al menos durante un rato. Varrón me salvó la vida... aunque no quisiera hacerlo. Miré una vez hacia atrás, desde los árboles. Desde terreno más alto. Lo estaban desnudando. Luego...

—¿Luego?

—Luego lo levantaron con la punta de las lanzas. Les oí lanzar vítores.

—¿Y el estandarte consular?

—Se lo metieron en la boca.

Bula, que estaba a mi lado, escupió en el fuego. Hubo un silbido y silencio. Como la vida, pensé.

—¡Animales! —susurró.

—¿Y te escondiste entre los árboles, como yo?

—Sí. Luego me encontré con los demás, primero de uno en uno y luego de dos en dos.

—¿Y Paulo?

—Te lo he dicho, no lo sé. No estaba con Escévola y Metelo cuando los encontré. Tendrás que preguntarles a ellos.

—Puedo ahorrarte la molestia —dijo Escévola, apartando la cortina de la choza y entrando—. Yo tampoco lo sé. Estaba allí y cuando me di cuenta había desaparecido. Es todo lo que sé.

—¡Lo que quieres decir, Escévola, es que abandonaste a un cónsul romano en el campo de batalla! —le dije en la cara, poniéndome en pie.

—¿Yo lo abandoné? ¡Mira quién habla! ¿Dónde estabas tú entonces, delicado Escipión? ¿Entre los arbustos, leyendo poesía griega? —Apreté los puños.

Bula se puso en pie.

—Pensaba que habías convocado un consejo, romano, no una pelea escolar —espetó.

—¿Quién es esta vieja? —dijo Escévola.

—Esta, Escévola —dijo Lelio con voz cansada—, es nuestra anfitriona y te pido que lo recuerdes. Puede avisar a los cartagineses de que estamos aquí.

Aquello nos tranquilizó, y en aquel preciso momento entraron Metelo y tres oficiales. Conocía a los tres, Claudio Póstumo, Antonio Afer y Marco Longino. Todos nos saludamos con una inclinación de cabeza. Parecían conmocionados, sucios y débiles, incluso con aquella luz. Supongo que yo también lo parecería.

—¿Estáis todos? —pregunté.

—Los oficiales sí —contestó Afer.

—¿El único centurión es Sixto?

—¿Quién es Sixto? —preguntó Lelio.

—Ha venido conmigo —dije—. Pero está de guardia.

—Hay un pilo primero —dijo Póstumo.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Cómo se llama?

—Creo que Flavio —dijo Póstumo.

—¡Flavio! Lo conozco. ¿Dónde está?

—Acostado. Está herido.

—¿Grave?

—No. Una herida de espada en la pierna.

—¿Puede andar?

—¿Crees que lo trajimos en hombros? —replicó Escévola. No le hice caso.

—Ve a buscarlo, Póstumo, ¿quieres?

—Tráelo tú. ¿Quién eres para darme órdenes? Todavía no eres cónsul.

Respiré hondo y tropecé con la mirada de Bula. Sonrió.

—Está bien. Iré yo —dijo Lelio; y salió a toda prisa.

—¿Y para qué quieres a un pilo primero aquí, Escipión? —preguntó Escévola—. Pensaba que querías celebrar consejo.

—Y quiero. Pero ¿por qué vamos a excluir al soldado más veterano que hay aquí?

—Porque ni siquiera es suboficial, por eso.

—Vamos, Escévola —dijo Metelo—. Escipión tiene razón. Necesitamos toda la ayuda posible para volver a Roma.

—¡Volver a Roma! —exclamó Escévola—. Estás bromeando... o eres tonto. Aníbal debe de estar preparándose para ponerse en camino... si es que no se ha puesto ya. Yo digo: olvidad Roma. Deberíamos ir...

—Huelo a comida —dijo Longino—. ¿Queda algo?

—¡Tú y tu maldita barriga! —dijo Escévola—. ¿Es que no piensas en otra cosa?

Oí pasos.

—Entra, Flavio —dije—.Ya que estás aquí, empezaremos el consejo. —Los ocho nos sentamos en tierra, formando un círculo—. Sugiero que hablemos por turnos, empezando por Longino, que está a mi izquierda.

—Y yo sugiero, Escipión, que dejes de sugerir —dijo Escévola.

—Y yo sugiero, Escévola —replicó Afer—, que si no podéis dejar de discutir sería mejor que no dijerais nada. Decidiremos por mayoría. Flavio —continuó—, antes de comenzar, ¿cuántos hombres tenemos?

Parecía un buen comienzo. Decidí callarme, aunque Escévola me pinchara.

—Doscientos setenta y nueve, señor —contestó Flavio.

—¿Cuántos heridos? —preguntó Póstumo. —Ninguno que no pueda andar.

—¿Y armas?—preguntó Lelio. Flavio arrugó el entrecejo.

—Poca cosa, señor. Me temo que muchos tiraron el escudo. Dadas las circunstancias, no he tomado ninguna medida. Pero muchos tienen la espada y algunos también el pilo.

Escévola se rió.

—Así que nos abriremos camino hasta Roma con las armas en la mano, ¿no? —dijo levantándose.

—¡Escévola! —protestó Afer.

—No te preocupes. Acabaré pronto. Os ahorraré un montón de discusiones. Antes de que formemos para marchar, digo que es muy sencillo. La república se ha acabado. Roma ha perdido. Digo que dejemos Italia, mientras podamos y si podemos.

—¿Para ir adónde? —preguntó Longino, mientras los otros escuchaban atentamente. Sólo Flavio estaba mirando al suelo.

—A Sicilia, a Catania. Es todavía una ciudad romana y tengo un primo allí. Podemos buscar un barco que nos lleve a lo largo de la costa.

—¿Y después? —preguntó Póstumo.

—¡Oye, estúpido! —respondió Escévola—. ¿Qué quieres decir con «y después»? ¿Cómo voy a saberlo? ¡Pero al menos estaremos vivos!

—A no ser que los cartagineses hayan tomado Sicilia o lo estén haciendo ya —dijo Afer—. De todas formas, dices que busquemos un barco. ¿Cómo convencerás al patrón de que nos lleve a Sicilia?

—Diciéndole que es también su única esperanza... a menos que quiera ir a la Casitérides, más allá de Finisterre. Roma ha llegado a su fin, no os miento. ¡Todos lo habéis visto!

Así continuó la discusión, cada vez más acalorada y frenética, hasta que se enfrió y murió como un fuego al que no se le echa leña. El silencio se impuso. Pensé en el loco: «¡Cuidado con la venganza de Cauno!». Alejé el pensamiento. Mi espalda estaba rígida y tenía el cuerpo y la mente doloridos.

—Bien —dije, rompiendo el silencio—, Escévola ha defendido una posición. Yo tengo otra.

—¡Ah, claro! —dijo Escévola bufando—. Volver a Cannas y atacar, supongo... y tú dando órdenes en retaguardia, sin duda.

Sentí que la sangre me subía a la cara. Busqué la daga en la cadera. Dominio, dominio. Me levanté y miré alrededor.

—Volveremos a Roma.
—¡Estás loco, Escipión! —dijo Escévola poniéndose en pie.

—Y tú, Escévola, eres un traidor —dije con calma.

Sucedió rápidamente. Escévola se arrojó sobre mí y caímos al suelo rodando y manoteando. Uno de sus pulgares me apretó el ojo derecho, palpé la vaína de mi cadera y, rodando, me puse sobre él y mi daga estuvo en su garganta; se quedó paralizado.

—Igual que un vulgar ladrón —jadeó—. Debería haberlo sabido.

—Levántate, Escévola.

Lo hizo después de mí, apoyando la espalda en la pared. Yo me movía con él, con la daga desenvainada.

—Bien —dije a los que había detrás de mí, recuperando el aliento y tratando de calmar los latidos de mi corazón—.Tenemos uno por Roma y otro por Sicilia. ¿Qué decís?

—Roma —dijo Lelio.

Otros cuatro dijeron lo mismo, aunque sin convicción.

—Yo voto Sicilia —dijo Póstumo.

—¿Y tú, Flavio? —pregunté, sin apartar los ojos de Escévola.

—No sé lo que encontraremos, señor, pero hice un juramento. Voto por Roma.

—Bien. Flavio.

—¿Sí, señor?

—Trae dos legionarios, Mucio Escévola está arrestado. Lo llevaremos a Roma.

—¡Realmente te has vuelto loco, Escipión, y no porque te haya dado mucho el sol! —bramó Escévola mientras Flavio salía—. ¿Qué crees que vas a encontrar, eh? ¿Y vosotros? —recorrió la choza con la mirada. Silencio, salvo el rumor de un perro rascándose en la puerta—. Os lo diré. Aníbal, eso es, Aníbal. O la ciudad ardiendo. Haríais mejor en arrojaros sobre la espada ahora.

—Quizás, Escévola —dijo Lelio—, si tuviéramos espada. En todo caso, no estoy tan seguro. Aníbal estará despojando a los muertos. Tardará.. . ¿cuánto crees, Publio?

La empuñadura de la daga estaba húmeda de sudor. ¿Despojar a los muertos, tantísimos muertos? Una vida entera. Sólo para llevarse las armas necesitaría muchos carromatos.

—No lo sé. Varios días.

La verdad es que pensaba que a lo mejor los abandonaba a las aves carroñeras y a los gusanos. Pensaba que podíamos encontrarlo en Roma.

La cortina que cubría la entrada se abrió. Parpadeé ante la repentina luz. Flavio entró y, tras él, dos soldados despeinados y ojerosos.

—Bien, compañeros —rugió Flavio—. Lleváoslo —dijo, señalando a Escévola—. Encontraréis una cuerda en alguna parte. Atadle las manos.

Escévola se apartó el cabello de la frente y dio un paso hacia ellos. Se detuvo frente a mí y me escupió en la cara. Yo seguí mirando al sitio donde había estado hasta que les oí salir, dejando que el salivazo me resbalara por la cara.

—Lelio —dije, dando media vuelta—, convoca asamblea general. Todo el mundo salvo la guardia, que se reúnan fuera.

Después de la suave oscuridad de la choza, el sol resultaba cegador. La luz parecía un castigo. Mientras esperábamos, rodeados por los aldeanos que miraban con la cara impasible y la expresión indiferente, Póstumo se acercó a mí. Debía de ser un año más joven que yo. Su pelo era rubio, del color del trigo maduro. Tenía sucia de barro la barba de varios días. Su cara era redonda y ancha como una sandía. El color de sus ojos, que estaban demasiado separados, cambiaba del verde al topacio según la luz. El labio superior era demasiado grande para el resto de la cara. Su voz era aguda y meliflua.

—Escipión —empezó vacilante.

—¿Sí?

—Sólo quería decir que estoy de acuerdo contigo. Estoy por Roma.

—Entonces, ¿por qué votaste por Sicilia?

—No era por huir. Pensaba que era el mejor camino. Sobrevivir. Reagruparse. Es un suicidio volver a Roma. ¡Tú viste lo que pasó! Roma ha llegado a su fin.

—¿A su fin, Póstumo?

—Sí. Eso es lo que quiero decir. Nuestro ejército ha sido derrotado.

Estaba muy cansado. Volví a ver mentalmente aquella carnicería y a sentir de nuevo sorpresa, incredulidad, desesperación vacua. Quería morir ante el recuerdo, ante el dolor. Me froté los ojos y miré a Póstumo.

—¿Acaso Roma es sólo un ejército? —Titubeó, abrió la boca y no dijo nada, mientras se apoyaba en una pierna y luego en la otra—. ¿Acaso un antepasado tuyo no luchó contra los galos al lado de otro mío, en la batalla de Alia, hace doscientos años, y fue derrotado? —Póstumo asintió con la cabeza—. ¿Y qué hizo? ¿Desesperarse? ¿Rendirse?

—No, Escipión. Organizó la defensa del Capitolio.

—Exacto. Y aunque los galos saquearon Roma, Roma sobrevivió, gracias a1 valor de tus antepasados y los míos.

Los soldados habían formado ya un rectángulo irregular delante de nosotros, removiéndose inseguros, asustados y rabiosos, cansados, sorprendidos. Encorvados triarios de barba gris; seis o siete asteros más jóvenes que yo, todavía con bozo en las mejillas.. . Aparté los ojos de Póstumo y los miré a ellos, y lo que dije salió solo. Lelio suele decir que fue el mejor discurso de mi vida. Si fue el mejor, fue para el que menos preparado estaba. Quizás haya una moraleja en esto.

—¡Soldados de Roma! —exclamé—. Claudio Póstumo y yo hablábamos de la última vez que Roma fue derrotada en una gran batalla, la de Alia, que se libró ante las mismas murallas de la ciudad. Perdimos, pero aquellos cuyo nombre y cuya sangre ostentamos nosotros no desesperaron. Los senadores se negaron a refugiarse en el Capitolio y murieron sentados, esperando en los escaños, cuando los galos llegaron saqueando e incendiando. Ni siquiera entonces desesperó Roma.

»Había algunos alfareros fuera de Roma cuando los galos la saquearon, hombres como vosotros. Como yo. Estaban fuera de Roma en aquel momento porque habían ido a buscar arcilla. Cuando volvieron, vieron la ciudad en llamas. ¿Qué hicieron entonces? ¿Volver a Iliria, a 1a Magna Grecia, a la macedonia Dyrrachium o de donde fuesen? No. No. Se dirigieron, como nosotros nos vamos a dirigir, a Roma.

—¡Y murieron por ello! —gritó Escévola—. Los muy imbé. . .

Vi que Flavio le daba un golpe en los riñones. Oí el gruñido de dolor y, cuando se doblaba, el pelo le cayó hacia delante y se extendió como un velo sobre su cabeza.

—Sí, murieron por amor a Roma. Quizá nosotros también. Pero volvieron. Eso haremos nosotros. ¡Y Roma, Roma vivirá!

Todavía recuerdo la energía que me ardía por dentro. El mayor de nuestros dones nos llega a través de la locura, siempre que proceda de los dioses.

Me quedé en silencio y miré a mi público. Pocos oradores recuerdan que el silencio es cuando menos tan importante como las palabras, y a veces más. Sabía que me los había ganado. Aunque también supe que la incertidumbre, y no la retórica, era la causa. Estaban débiles y confusos. Yo les ofrecía al menos la esperanza de lo conocido y la Sicilia de Escévola era lo desconocido.

Vacilantes, inquietos, los hombres se miraban unos a otros y luego a mí. Un grupo de buitres silenciosos, oscuro, bajo, denso y amenazador, cruzó el sol con los picos y los cuellos estirados hacia Cannas. Pensé en los cadáveres romanos, amontonados y sangrantes, hinchados y, seguramente, pudriéndose al sol. Las aves carroñeras ya estarían hartas de entrañas. Primero sacaban los ojos y todas las partes blandas, testículos, y tripas: tales pensamientos ocupaban mi mente. Pensé en Aníbal. ¿Dónde estaba?

¿Regocijándose? ¿Celebrándolo? ¿Despojando a los muertos? ¿O marchando, insaciable, con las intenciones bullendo en su interior? La marea sube y baja. A veces, tal vez en virtud de los extraños movimientos de la luna, una ola grande se eleva para chocar inesperadamente contra la costa blanda. Sí, pensé. Aníbal debe de estar ya camino de Roma. Sacudí la cabeza, me aclaré la garganta, la tenía seca, necesitaba agua..., y continué mientras el sol brillaba y mi cerebro ardía.

—Así pues, volvemos a Roma. Es nuestro deber y nuestro destino. Nosotros. ..

—¿Cómo volvemos? —gritó alguien.

—Andando —respondí—, tal como todos, bueno, como muchos, hemos venido. —Se oyeron risas nerviosas. Oficiales a pie. Sabía que tenía que crear la sensación de que éramos diferentes pero iguales—. No obstante —grité—, necesitaremos conocer la situación local. Tú, Pío. Tú nos condujiste hasta aquí. Conoces el terreno.

—Lo conozco, señor —respondió, dando un paso al frente.

—Bien, ¿podrías guiarnos hacia el norte?

—Podría, señor. Es muy fácil seguir la estrella polar. Pero ¿por qué al norte? —dijo vacilando—. Roma está...

—Sé dónde está Roma, soldado —dije bruscamente—.Y Aníbal también. Si se dirige a Roma, irá por el camino más corto. Así que nosotros no. Iremos al noroeste antes de doblar hacia el sur.

Los hombres removieron los pies y se miraron inquietos.

—Tendremos que atravesar el Bosque Interminable, señor —dijo Pío.

Oí murmullos de preocupación.

—¿Los soldados romanos temen más a las hadas que a los cartagineses? No, claro que no. De cualquier modo, ningún bosque es interminable. Nuestro camino tiene un final y ése es Roma. Nosotros. ..

—¡Mira, Publio, mira! —me interrumpió Lelio.

Seguí la dirección de su brazo y todos levantamos la vista para mirar. Una bandada de palomas volaba por encima de nuestras cabezas. Desde mucho más alto, un halcón se abalanzó con las garras estiradas para la cacería. Viró ligeramente para abalanzarse sobre la última de la bandada, pero falló, perdió velocidad y dio la vuelta para ganar altura. En aquel momento, falta la rapaz de movimiento rápido, unas cuantas palomas dieron la vuelta y se pusieron a darle picotazos, en medio de un revuelo de alas y lanzando unos extraños gritos que ahogaron los chillidos del halcón. Éste dejó de defenderse y cayó en vertical, a lo lejos.

—¡Es un augurio! —exclamó uno.

—¡Sí! —grité yo—. ¡Y el augurio es bueno! Los dioses han hablado. Así pues, soldados, ¿estamos con Roma?

Un coro furioso respondió: «¡Sí!», «¡Roma!».

—Sólo una cosa más. Dormiremos de día y marcharemos de noche. Ahora todos necesitamos comida y descanso. Flavio, ocúpate de los heridos. Asegúrate de que se les venda y se les cura. Esta noche y mañana descansaremos. Mañana por la noche nos pondremos en marcha. Pío, Sixto y Flavio, venid a la choza de la cabecilla. Flavio, monta la guardia. Asamblea terminada.

Ya en la choza de Bula, nuestros ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad.

—Sólo quería concretar los detalles de la marcha —dije cuando estuvimos todos sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

—¿Los detalles? —preguntó Póstumo—. ¿Qué detalles?

—La comida, sobre todo. Pío, ¿qué encontraremos?

Pío estaba dibujando círculos en el suelo con el dedo. Levantó la vista.

—Poco o nada. Estaremos diez o doce días en el bosque. O más. Iremos muy despacio avanzando sólo por la noche.

—Sí, señor —adujo Sixto—. Entiendo lo que piensas, pero ¿es realmente necesario?

—Estarán buscando supervivientes —dijo Afer—. Yo estoy de acuerdo con Escipión. Deberíamos avanzar sólo de noche.

—Bien, arreglado. Volvamos a la comida. ¿Pío?

—Hay aldeas al otro lado del bosque. Tengo un tío en una. Y creo que Rufo, de mi manípulo, es de un pueblo de los alrededores. Aunque no sé qué encontraremos.

—Muy poco si Aníbal pasó por allí —dijo Lelio.

—¿Y en el bosque?

—Frutos silvestres, señor, y conejos. Y pichones. Tengo una honda.

—No. No quiero hogueras. No cocinaremos, al menos hasta que hayamos recorrido un buen trecho hacia el norte. De todas formas, trescientos hombres necesitarían muchos conejos, o pichones. ¿Qué me dices del agua, Pío?

—A1 menos eso no es problema, señor. Hay muchos arroyos y manantiales.

—Sin embargo —continué—, necesitaremos algunos pellejos de agua por si acaso. Bien, opino que Lelio, Sixto, Póstumo y yo nos quedemos aquí y planeemos estas cosas. El resto, id y pasad revista a los hombres. Las botas sobre todo: no podemos permitir que se nos estropeen. Afer, busca a Bula y dile que venga.

Como ves, después de Cannas no sólo tomé el mando. Lo hice mío. Era como si hubiera nacido para aquello. *Ducunt volentem, nolentem trahunt*, dice mi amigo Ennio de los buenos caudillos en uno de sus elegantes poemas. «Conducen a los voluntariosos, arrastran a los reticentes.» Es lo único con que comencé entonces. ¿Y por qué quería que volviéramos a Roma? Hasta mis acusadores admiten que fue digno de la república. Lo paradójico es que están equivocados. No fue valor ni lealtad. Sucedió del mismo modo que los ríos fluyen hacia el mar, que el sol sigue a la lluvia, que el hombre vuelve al polvo del que procede. Ahora soy como un viejo árbol que ha sobrevivido pero no florece. ¿Cuándo me talarán?

La cortina de la entrada se abrió.

—Querías verme, romano —dijo Bula con amabilidad.

—Aunque soy romano, tengo nombre.

—¿Y cuál es?

—Escipión.

—Entonces te llamaré así. ¿Qué quieres?

Me levanté y fui hacia ella.

—Bula, no tenemos nada que darte. Pero cuando lleguemos a Roma, te enviaré oro.

Se echó a reír.

—¿Oro, Escipión? ¿Qué vamos a hacer con él aquí?

—Entonces, ¿qué podemos darte?

—Paz. Es lo único que queremos: Paz para recoger las cosechas y vivir nuestra vida.

—Pero la guerra no ha llegado hasta aquí.

—No sabes nada. No. Directamente, no. Éste es, como has descubierto, un lugar recóndito. Pero el cartaginés ha quemado muchas aldeas de los alrededores. El último mercado que nos quedaba era Cannas y ya lo habrá quemado.

Me chupé las mejillas por dentro. Lo supe entonces.

—Bula, te traeré la paz.

Me devolvió la mirada. Había una extraña fuerza en sus ojos castaños y profundos.

—¿Tan joven y tan seguro? —dijo por fin.

—Sí. Tan seguro.

—Lo veremos, Escipión. Pero has enviado a buscarme. ¿Qué quieres?

—Comida, si tienes, para la marcha. Asintió con la cabeza.

—Entiendo. Sígueme. Pero sólo tú.

La seguí y rodeamos la choza, nos metimos entre otras dos y llegamos al círculo exterior. En lugar de cortina, aquella choza tenía una auténtica puerta de madera. Cogió una llave que llevaba colgada del cuello con una cinta de piel y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con un crujido. Dio un paso atrás.

—Míralo tú mismo. Esto es todo lo que tenemos... aparte de los montones de trigo. Es nuestro depósito de invierno.

De las vigas colgaban jamones. Traté de contarlos. Sesenta o setenta. Volví a la luz.

—¿Cuántas personas viven aquí, Bula? —Cuarenta familias. Unas doscientas personas.

—Así que habéis guardado dos jamones por familia.

—No tanto. Perdimos algunos cerdos en primavera. El porquerizo los llevó a los bosques a pastar. Ni los cerdos ni él volvieron.

—Vaya. He oído hablar de los fantasmas y almas en pena de vuestros bosques.

—¿Fantasmas? Los que se llevaron nuestros cerdos eran hombres. . . probablemente cartagineses. De todos modos, puedes llevarte la mitad de los jamones para alimentaros tú y tus hombres.

—¿La mitad? Pero ¿os quedará suficiente para el invierno?

—No, pero sobreviviremos. Cógelos.

—Bula.

—¿Sí?

—¿Por qué? ¿Por qué esta bondad?

De nuevo sus ojos castaños y profundos.

—Porque lo pediste y no te lo llevaste.

Encontré a Flavio remendando sus botas. Le dije que se encargara de los jamones y de repartirlos entre los hombres. Volví a la choza de Bula, donde Lelio, Afer y Metelo ya estaban acostados en camastros de pieles.

—¿Dónde está Póstumo? —pregunté.

—Se ha presentado voluntario para hacer la guardia —dijo Lelio sentándose.

—Ah, ¿sí? ¿Ahora? Bien, bien.

—Y Sixto pasará lista esta noche —continuó Afer.

—Bien, lo mejor que podemos hacer ahora es dormir. ¿De dónde has sacado las pieles, Lelio?

—De ese rincón.

Pero no pude dormir ni calmar mis pensamientos. Oía las profundas respiraciones de los otros, y los ronquidos. Me levanté, salí. Estaba oscureciendo, era la segunda vez que se ponía el sol sobre los muertos de Cannas. ¿Me estaba volviendo loco? ¿Cómo íbamos a llegar a Roma? Si llegábamos, ¿estaría ardiendo? Aníbal no tenía máquinas para sitiarla, habían dicho. Saquear Roma le resultaría imposible. Lo mismo habían dicho de una derrota en Cannas.

Pasé caminando por delante del depósito de víveres y subí a una pequeña meseta donde parecía haber un huerto. Me detuve ¸junto a un manzano. El liquen gris cubría sus ramas y se desmenuzó cuando lo toqué. De las ramas torcidas colgaban manzanas pequeñas, arrugadas y con gusanos. No había sido un verano especialmente seco. Los árboles que había detrás daban fruta sabrosa, aunque todavía verde. No supe explicármelo, pero, por la razón que fuera, el árbol que había tocado estaba seco.

Fui a la fuente de la plaza de la aldea, busqué un recipiente y bebí. El agua estaba salobre, amarga. Miré alrededor, a la débil luz del anochecer. Todo estaba silencioso. Volví a la choza de Bula, me quité las botas y me acosté. Creo que me dormí.

Todavía me pregunto si lo soñé. Sentí sus dedos acariciando las líneas de mi cuerpo, su calor a mi lado, y su olor. A1 tocarlo, mi pene se levantó y Bula se lo introdujo. Levanté la cabeza y la hundí entre sus pechos. Tomé la humedad cálida de Bula tal y como me la ofrecía, adentro, afuera, entusiasmándome con el ritmo, alejando la muerte de Cannas con fuerza, como algo antiguo pero vivo. Cuando desperté por la mañana, se había ido.

Partimos de Canusio la noche siguiente; los sucios, desordenados y decrépitos restos de lo que una vez había sido un gran ejército romano avanzaron al acecho en la oscuridad.

—Acuérdate, Escipión, de enviarnos la paz —fue lo último que me dijo Bula.

—Lo intentaré. Bula... —quise despedirme, pero ya se había dado la vuelta.

Las largas semanas que siguieron se mezclan y confunden en la memoria. Fueron un espacio oscuro en el que pensé que nunca más vería la luz. La primera semana fue muy llevadera. Teníamos jamón y había bayas por doquier. No llovió y, durante el día, ocultos en los arbustos, dormíamos o dormitábamos como animales. Nuestro olor se volvió rancio, y el cuerpo tan negro como la inteligencia. Seguíamos las estrellas, como hacen los marineros, aunque a menudo teníamos que desviarnos al este o al oeste, para evitar, según Pío, un camino impracticable o difícil. Aprendimos a reconocer los

variados ruidos de la noche. Las heridas de dos soldados se infectaron y se volvieron gangrenosas. Los hombres murieron delirando. No teníamos herramientas. Los enterramos bajo sendos montones de hojas y piedras.

El jamón se terminó. Empezamos no sólo a tener hambre, sino a temerla. Comimos bellotas y raíces. Nuestros estómagos se contraían y gruñían. Hozábamos como los cerdos, en busca de ajos y cebollas. No vimos señales de los cartagineses mientras nos movíamos hacia el norte, como bandidos en la noche.

Nuestro avance era cada vez más lento. Cada mañana, con las primeras luces, convocaba una asamblea para pasar lista y ver cómo estaban los hombres. Primero cinco o seis, luego once, doce, luego más, tuvieron que tirar las botas. Las costuras se habían podrido.

—Nunca sirvieron gran cosa —dijo un soldado.

Piel barata mal curada. Descalzos, estos hombres se iban quedando un poco más rezagados cada noche. A veces no nos alcanzaban hasta mediodía, hasta que un día tres dejaron de alcanzarnos. Añadí las botas a mi lista de cosas por solucionar cuando llegara a Roma: descubrir quién tenía la contrata del suministro de botas. Juré que ningún hombre que combatiera conmigo lo haría con botas de segunda mano.

Así, con el presente intolerable e incierto, fijé la mente en el futuro. Tenía que ser eso o el pasado, y vi a algunos hombres hacerlo, introducirse dentro de sí mismos, meditar con sus recuerdos. No es el fallo del cuerpo lo que importa, tal me enseñó aquella marcha. Es la reacción del ánimo. Los que mueren en el camino lo hacen porque les flaquea el ánimo.

Empezó a suceder la tercera semana, ¿o fue la cuarta? Cuando di la orden de marchar al anochecer, algunos hombres no se movieron. Sabíamos que habían muerto y los dejamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Fue una de las acusaciones que se me lanzaron en el juicio. Que abandoné a soldados romanos en el campo. Es una de las que me niego a contestar. Es un recuerdo que todavía me turba. Soy una montaña de recuerdos.

Los árboles empezaron a despejarse. El Bosque Interminable había terminado, aunque las estimaciones de Pío sobre la duración de la travesía habían sido muy erróneas. Los únicos fantasmas que habíamos encontrado habían sido nuestros. Unos doscientos hombres cojeaban. Yo quería seguir hacia el norte durante otras dos o tres noches y luego doblar hacia el suroeste.

La tierra se convirtió en una sucesión de lomas cubiertas de hierba y de lo que alguna vez había sido trigo. Aquellos campos estaban negros ahora. Aníbal había pasado por allí antes de Cannas. Pasamos junto a apriscos de madera y piedra. Los que no estaban abandonados desde hacía mucho, habían sido incendiados y destruidos. Vimos grupos de cabras en libertad, ya semisalvajes. Los chivos reclamaban ante nosotros su derecho al territorio, aunque a distancia, y tosían y daban con la pata en la tierra. Era un paisaje desolado. Era como si toda Italia hubiera muerto.

Un día dormimos en un pueblo abandonado y saqueado, refugiados como serpientes en agujeros de casas abandonadas mientras nos retorcíamos de hambre. Desperté a mediodía, decidido. Reuní a los cuatro hombres más fuertes.

—Hondas o cepos. Id y cazad conejos. Cuando la luz se desvanezca, encenderemos una hoguera. Pero tened cuidado. No os pongáis contra el horizonte, no sea que os descubran de lejos.

Encontré un depósito de cebada en el suelo de una choza y una cesta de zanahorias secas en otra. Había muchos pucheros, así como leña. La boca ya se me hacía agua.

El cuerpo. La mente. Qué extraño que de aquellos horribles días recuerde esto. Los cuatro volvieron con doce conejos poco antes de que oscureciera. Doce para doscientos hombres. Nos pusimos en cuclillas, entre las casas en ruinas, mientras despellejaban los conejos y el agua hervía en veinte pucheros.

Al final, obtuvimos poco más de una cucharada por cabeza, y los granos de cebada se me atragantaron. Pero era la primera comida caliente que tomábamos en muchas semanas. Me dejó suspirando por más y casi deseando no haberla probado.

Nos pusimos en marcha, siguiendo las estrellas que los griegos llaman Pléyades y nosotros Cabrillas, que se hunden por el oeste al amanecer. Parecía natural que siguiéramos la trayectoria de las siete hijas de Atlas, convertidas en estrellas por Júpiter, apiadado de lo que sufrían por su padre. Pero sólo seis hermanas brillaban. La séptima, Mérope, escondía su luz, avergonzada por haber copulado con un mortal, Sísifo. Pensaba en ella cada noche. ¿Podríamos reanimar la luz apagada en Cannas?

Entonces, una mañana, cuando el sol empezaba a calentar, medio me desperté nada más quedarme dormido al abrigo de una pared derruida, al pie de unos nogales cuyas hojas empezaban a ponerse amarillas y parduscas. El color es tan frágil como la vida. Oí un extraño, continuo, susurrante murmullo detrás de mí. Miré arriba y alrededor. Había otro edificio sin techo cuyas paredes estaban medio derruidas. Escuché. El ruido venía de allí. Me levanté y me dirigí hacia la casa. Entonces percibí un olor dulzón, empalagoso y nauseabundo. Me tapé la nariz con el reverso del codo; la tela de mi camisa hecha jirones apestaba a mi propio y conocido hedor.

Miré por encima de la pared; todavía contemplo en sueños lo que vi entonces: una manta negra de miles y miles de moscas comiéndose los cadáveres de un hombre, una mujer y un niño. El hombre y la mujer estaban boca arriba, y las estocadas y cuchilladas sangraban y rezumaban, cubiertas de moscas; alrededor de la manta de moscas avanzaban regueros de hormigas.

A1 hombre le habían arrancado las entrañas y se las habían metido en la boca. El vestido de la mujer estaba amontonado alrededor de su pecho. Las negras contusiones de las caderas y la sangre marrón y seca de la ingle revelaban lo que le habían hecho antes de morir. El niño estaba boca abajo, con la cabeza reducida a pulpa sanguinolenta. Las manchas de sangre del suelo indicaban dónde había sido golpeado.

Me encogí y me di media vuelta. No tenía nada en el estómago, pero la boca se me llenó de bilis amarga.

Los cadáveres se desmembraron cuando los movimos. Un brazo, una pierna, una cabeza. Enterramos aquellos cuerpos rotos; los hombres maldecían, protestaban, gemían y murmuraban que me había vuelto loco. Yo también cavé, temblando y sudando a causa del sol, el hambre y el hedor.

Aquella noche nos costó ponernos en marcha. El cuarto de las dudas no tiene ventanas, la mazmorra de la desesperación no tiene llave. Lo único que había allí era deseo de dar un paso hacia el oeste, luego otro, aquella noche y las demás. Pensé en Rufustino, mi *litterator. Potest quia posse videtur:* puedes porque crees que puedes. Lo canturreé. Se convirtió en el aire a cuyo ritmo avanzaba, y me resonaba en la cabeza.

Los hombres se arrastraban, se atascaban, se detenían. Encontré cuerda de cáñamo en una casa abandonada. Nos atamos todos en hilera y seguimos adelante dando tirones.

A1 menos la tierra ya no estaba ennegrecida. No había gente, pero encontramos pueblos intactos, sin saquear y llenos de comida. Entonces, un dorado amanecer, desde una altura cubierta de flores otoñales, al otro lado de los valles cubiertos por la bruma matutina, más allá de los campos, vi el mar brillante, el Tíber curvo y, todavía allí, incólumes, las macizas murallas y dentro de ellas las siete colinas de Roma.

Se me saltaron las lágrimas, abundantes, rápidas y silenciosas, me corrieron por la espesa barba y me gotearon por los labios agrietados y cubiertos de ampollas. Miré a Lelio, que estaba a mi lado. Miraba con ojos frenéticos y cara alegre.

—No lo ha hecho —dijo—. ¡Publio, no la ha saqueado! —Eran las primeras palabras que pronunciaba en varios días.

Detrás de mí, oí a los hombres murmurar y lanzar exclamaciones mientras llegaban.

—¿Pensabas que encontraríamos un montón de cenizas? —Sentía la lengua pastosa. Lelio asintió con la cabeza—. ¿Por qué seguías avanzando?

Se volvió a mirarme. Había trozos de paja, hierba y barro en su pelo y su barba. Sus ropas eran andrajos y jirones. Había perdido una bota y tenía el pie izquierdo envuelto en un trapo. Parecía un espantapájaros después de una temporada entre las mieses. Lo mismo, pensé, tenía que parecer yo.

—Te seguía a ti, Publio, no a Roma. Pero ¿por qué estabas tan seguro?

—Instinto. Nada más. Creo que conozco su mente. Pero cuando nos acercábamos y vi que no había incendiado ni saqueado, estuve seguro.—Me froté los ojos y di media vuelta—. Soldados de Roma —grité. Las palabras me salían torpes y pastosas, pero salieron—. Hoy entraremos en Roma. —Hubo una aclamación ahogada, gritos cansados—. Dejad la espada y el zurrón. Dejadlo todo. Flavio, ¿dónde está Escévola?

—Aquí, señor.—Lo empujó hacia delante.

Escévola no levantó la vista. No había hablado en muchos días. El pelo le cubría la cara.

—Suéltalo.

—¿Señor?

—Suéltalo.

—Pero escapará.

—Lo dudo. Pero no permitiré que un ciudadano romano entre maniatado en su ciudad. Escévola, tú sabes dónde están las oficinas de los magistrados. Ve allí y espera tu destino. Ahora, reanudemos la marcha.

A1 otro lado de la siguiente cuesta, la Vía Prenestina discurría recta y segura entre campos labrados, vallados y desiertos, hasta la puerta oriental, que estaba, como era de esperar, cerrada a cal y canto. También lo estaba, según pude ver mientras mis ojos seguían la gran muralla de sillares bermejos, la puerta siguiente, la Tiburtina. Así que la ciudad se había enterado de la derrota. ¿Sabrían qué grande y despiadada había sido?

La brisa nos trajo el retumbar de los tambores y el clamor de las trompas: nos habían visto. Algunos hombres quisieron correr hacia la alta muralla. Estaban demasiado débiles, tropezaron y cayeron. La gran puerta se abrió. Los hombres se quedaron atrás. Entré el primero, solo, y lo que vi era negro. Lo que oí era el silencio. La cabeza me daba vueltas. Vi un mar de caras, expresiones, matronas de luto, muchachas con el pelo trasquilado y ennegrecido, soldados con la cabeza, las manos y las piernas tiznadas de

hollín. Vi a un corpulento carnicero con la túnica llena de sangre. Oí que corrían las grandes trancas de la puerta, detrás de nosotros. He vuelto con los míos, me dije; y las piernas se me doblaron.

Me dirigí (parecía inverosímil, familiar) a mi habitación, a mi cama. ¿Cuánto tiempo había estado fuera? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Se me empañaron los ojos. Todo me daba vueltas. Estaba desnudo bajo la colcha. Me habían lavado. Sentía que había vuelto al mundo de los vivos. Vi caras y forcé la vista para enfocar una.

—Padre —susurré.

—Chist. No hables.

Alguien me levantó la cabeza. Otro sostenía una copa de infusión dulce, perfumada y aromática, junto a mis labios. Bebí, aparté la cabeza.

Estuve así varios días. Vino un barbero y me afeitó. Utilizaba un bacín de cama. Había esclavos. Recuerdo a Festo dándome de comer gachas de cebada con una cuchara de madera. A1 día siguiente había un esclavo nuevo al que no había visto nunca, muy viejo y al que le faltaba el brazo izquierdo.

—¿Dónde está Festo? —le pregunté débilmente.

—Se ha alistado, amo.

—¿Alistado? —Tosí—. ¿Dónde?

—En la nueva legión, amo.

—¿La nueva legión? —Hice un esfuerzo para sentarme—. ¿Una legión... de esclavos?

—Es la tercera, señor. La última legión completa partió hace un mes.

—¿Partió? ¿Hacia dónde?

—Hacia Sicilia, señor. Supongo que no lo sabes. No estabas aquí. A las órdenes de tu primo Claudio Marcelo, han ido con el resto de la flota para reunirse con los que ya están allí. Para tomar Siracusa, dicen.

—Pero ¿por qué Sicilia? ¿Qué está pasando allí?

—El viejo rey Hierón murió, señor, mientras estabas fuera. Su nieto se ha aliado con Cartago, eso es lo que pasa. Han ido a darles una lección, según he oído.

—¿Y los soldados de esas nuevas legiones?

—Todos los que están capacitados entre los catorce y los sesenta años. Tu padre los está entrenando en el Campo de Marte en este momento. Pronto embarcarán, dicen, hacia Hispania.

—¡A Hispania! ¿Qué está pasando?

Me zumbaba la cabeza. Había tenido unos dolores de cabeza terribles desde mi regreso. El cuerpo se estaba librando de la tensión acumulada, decía el físico.

—No puedo decir que lo sepa con certeza, amo. He oído hablar de una invasión, sí. Pero será mejor que se lo preguntes a tu padre. Ahora, vamos a meterte este caldo en el cuerpo.

Al final no fue mi padre quien me lo contó. Fue Escribonio. Él. . .

¿Sí, Aurio? ¿Qué ocurre? ¿No ves que estamos trabajando?

Lo siento, señor. Pero es él otra vez.

¿Quién?

Ese joven griego. Teo...

Ah, Teófilo. Entonces has hecho bien en molestarme. Otra carta, supongo.

Sí, señor. De Teógenes.

Pues dámela. Gracias. Puedes irte.

Bueno, Bostar. Bueno, bueno. Sí, reconozco la letra de Teógenes otra vez. Así que debe de ser esto. El resultado de la apelación de Catón. Léemela, por favor. Puedes copiar su contenido más tarde, diga lo que diga. Veamos.

Con una sonrisa tirante y nerviosa, Escipión me tendió la carta. Sostuve su mirada y él la mía. Vi tristeza en ella, pero también resignación y alivio. Me puso la mano en el hombro.

—Bostar de Calcedonia —dijo—, eres mi mejor amigo. Ahora rompe el sello. No, espera un momento. Quiero oír sentado en la silla. —Se dio la vuelta, caminó sobre el mosaico de Minerva y se sentó—. ¡Aurio! —exclamó—. La silla está demasiado apartada para ver los membrilleros. No me había dado cuenta antes. Concentrado en lo que estoy dictando, supongo. ¿No es extraño que lo que vemos dependa de cómo nos sentimos cuando lo vemos?

Se levantó, corrió ligeramente la silla, se sentó de nuevo y se puso los pliegues de la toga sobre las rodillas. Oí los cencerros de las vacas en el campo, el viento sacudiendo las láminas de selenita de las ventanas y el olor salino del mar.

Cuando Escipión se quedó quieto, empecé a leer:

—«Mi querido amigo, voy a ir derecho al grano. Anoche tu hermano Lucio. . . » y di un respingo ante lo que vi.

—¡Sigue leyendo, Bostar! —dijo Escipión con firmeza y con calma—. No flaquees ahora.

Respiré hondo y miré otra vez las palabras, muy pocas para tanto, y continué:

—«Anoche tu hermano Lucio se quitó la vida. Él. . . » —Volví a detenerme, de vergüenza, de amarga vergüenza.

—Bostar, Bostar—dijo Escipión suavemente—. Sigue leyendo. Elevé la voz.

—«... se cortó las venas en el baño. Su camarero privado lo ha encontrado esta mañana. No puedo decirte exactamente qué le llevó a hacer esto, por qué no pudo seguir adelante. Puedo contarte algunas de las presiones a que ha sido sometido por Catón, para quien el odio a los Escipiones se ha convertido en hábito, y para sus muchos amigos también. Han estado, dicen, emponzoñándole el vino para nublarle la mente. Tiraron perros muertos en su jardín y bichos de todas clases. Cuando envió a buscar a una ramera, se aseguraron de que tuviera alguna enfermedad. Una a la que untaron con grasa de carnero para que le diera asco, y el mismo Teófilo vio una vez al carretero meándose en la fruta que tenía que llevar a la villa de tu hermano.

»Ya sabes el trato que se da a los suicidas. Éste es más refinado. Cuando leas la presente, el cuerpo de tu hermano no habrá sido transportado ceremonialmente, sino —sentí fluir las lágrimas y casi me detuve— que habrá sido arrastrado por una mula que pasará ante la tumba de los Escipíones y por la puerta de los mendigos y los leprosos. Ya conoces los basureros municipales del río Clitumno. Por deshonrar al Senado y al pueblo de Roma, el cadáver de Lucio Cornelio Escipión, según se ha decretado, será arrojado allí. Cualquiera, de la clase que fuere, que intente recoger el cadáver o darle sepultura perderá el brazo derecho. Han enviado lictores para hacer guardia.»

Me detuve. Escipión no dijo nada. Cerré los ojos. Aquello no tenía, que yo supiera, parangón ni precedente. Era una ofensa nefanda a Escipión, a su familia y a su sangre. Era como si quisieran borrar su nombre. Cuando la oí, su voz era neutral e indiferente.

—¿Eso es todo, Bostar?

Levanté la cabeza.

—No, Escipión.

—Pues sigue leyendo.

—«En cuanto a la apelación de Catón contra el veredicto, te diré que Lelio prestó testimonio hace doce días. Escribonio, llamado de la Hispania occidental, llegó hace ocho días y fue despedido ayer. La gente lo rehuía en el Foro, así que supongo que lo que dijo disgustó a Catón y te favoreció a ti. He oído decir que Escribonio está flaco, viejo y macilento. Se dice que su mandato no será renovado. Quizás intente hablar contigo en persona. Yo no me he atrevido a comunicarme con él, ni a ofrecerle ayuda. Lo siento. Ya sufro porque saben que soy amigo tuyo, aunque no me importa. En cuanto al Senado cartaginés, he oído que elogiaba tu magnanimidad y que Catón ha argumentado que esto prueba que no eres leal a Roma.

»¿Cuándo emitirá el Senado su veredicto? Como sabes, las Lupercales empiezan mañana. La vista continuará después. Así que tendrás que esperar, amigo mío, cinco o seis días más al menos, diez a lo sumo. Si el veredicto es contrario, serás detenido antes de que pueda comunicártelo. Si es favorable, te enterarás al momento por mí, y por muchos otros que, todavía, se cuentan entre tus amigos. »

Lucio había muerto, me dije, como había vivido. Pero ¿y aquello de ofender a los muertos, y a una familia tan antigua como la misma Roma, generación tras generación entregada a su servicio? Para Catón, la venganza podía ser dulce. Pero su fruto sería amargo. Lo que estaba gestándose era la muerte de la república romana. Si Catón, un «hombre nuevo», era la nueva sabiduría, prefiero la ignorancia. Porque el hombre no destruye lo que no tiene.

Algo había terminado. Una vida. Otra estaba ya en el fiel de la balanza, y mientras permanecía sentado en silencio con el hombre al que amaba, mi amo y mi amigo, pensé en las cosas antiguas, las estrellas girando en los cíelos, el apareamiento intemporal de los árboles, el polen invisible calando los techos abovedados de los vientos. Vive más que los fantasmas de los lejanos bosques que se talan para hacer muebles, que se queman, que se pudren. La tierra le invita y no desaparecerá.

Los minutos pasaron. Las velas graduadas parpadearon y se apagaron. La débil luz del invierno empezó a disminuir por el oeste. La habitación se oscurecía.

Escipión se aclaró la garganta.

—Bien, amigo mío, las Lupercales —dijo con voz neutra—. Es uno de los muchos derechos de clase que la guerra me ha impedido ejercer.—Se levantó y se estiró. Oí crujir su espalda—. De todas formas, el privilegio de hacerse el lobo y correr por toda Roma con un taparrabos de piel de cabra no es, creo, un derecho que me haga gracia, aunque dé honor. —Se detuvo y se frotó la cara—.A Lucio puede que se la hiciera, pero a mí no. Es muy vulgar, ¿no crees? En fin, la festividad de los lobos, que conmemora a los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, amamantados por una loba, prolonga mi vida o asegura mi muerte.

»Debes de estar cansado, amigo mío. Hagamos un alto.. . ¿digamos hasta la puesta del sol? Voy a... ya sabes dónde. Volveré cuando se haya ido la luz y me haya dado un baño, entonces propongo que cenemos y prosigamos. El tiempo, según parece, es algo que no tenemos, con o sin Lupercales. Así que no hay que dormirse. ¿Estás de acuerdo?

Miré su cara, la frente, la nariz y la barbilla de estatua, las profundas arrugas de sus mejillas, sus ojos entornados y oscuros. Asentí con la cabeza. Sonrió, se dobló los dedos para que le crujieran las articulaciones, y luego se puso a girar el anillo de sello que llevaba en el dedo meñique.

—Por favor, di a Aurio que prepare un baño y cuéntale nuestros planes a Mulca —dijo, suspiró y abandonó la habitación.

Sabía dónde iba. Al lago que amaba, a un fatigoso paseo por las tierras altas de la villa desde las que se veía el agua. Había allí una isla donde anidaban las garzas reales, donde se llamaban unas a otras y criaban a sus crías, para las que buscaban pescado en el agua clara y azul que lamía las orillas cubiertas de cortezas de árbol. Allí había un pino muerto, mísero y solitario, encantador y desamparado. Él amaba aquel lugar. Solía decir cosas hermosas del agua que llenaba el lugar pacientemente y de cómo llegaba al lago. Sabía que iría allí.

Bien, ¿por dónde iba? Tengo que ser breve. Tengo diez días a lo sumo; pocos días para muchos años.

Escribonio, Escipión. Tienes que volver a Escribonio.

¡Ah, sí! Gracias, Bostar. Vino a visitarme. Por entonces ya era capaz de levantarme de la cama y saludarle. Me dijo que la constitución había sido suspendida y que se había otorgado a Fabio el mando supremo como dictador. Las Doce Tablas del Foro se habían quitado y estaban ahora en el templo de Vesta. Hablamos de Cannas.

—¿Cómo te enteraste? —pregunté.

Frunció el entrecejo.

—A1 no oír nada después del último despacho de Varrón, empezamos a temer lo peor. Entonces tuvimos noticias de Aníbal. . . la primera vez.

Sufrí un sobresalto y contuve la respiración.

—¿Qué? No lo sabía.

—Los físicos dijeron que no había que decirte nada hasta que estuvieras más fuerte.

—Ya lo estoy. Así que dime, Escribonio, ¿qué hizo Aníbal?

—¿Recuerdas el mensaje que nos envió cuando lo de Trasimeno?

Asentí.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Bueno, éste fue más... —Se estremeció y eligió cuidadosamente las palabras—. Más memorable.

—¿Qué hizo?

Escribonio se aclaró la garganta y curvó la boca. Vi que las arrugas de sus mejillas se habían hecho más grandes y profundas. Había sombras oscuras de sufrimiento bajo sus ojos.

—¿Puedo? —preguntó, haciendo un ademán hacia el triclinio de madera de haya que había junto a una pared del cuarto.

—Desde luego.

Cruzó la habitación con sus andares precisos de soldado. Me senté en la cama, de cara a él. Me miró amablemente y sonrió.

—Me alegro de ver que te recuperas, señor.

—Yo también me alegro de recuperarme, Escribonio. Cuéntame.

Respiró hondo.

—Manos.

—¿Manos?

—Sí. Ése fue el mensaje de Aníbal. Veinte carros enteros, cargados de, de... —cerró los ojos y aspiró aire con fuerza—, de manos, miles de manos romanas, cortadas a nuestros soldados de Cannas. Nunca olvidaré el hedor, las moscas, el... Eso es lo que envió. Así que, claro, lo supimos. Y no esperábamos ver vivo a ninguno de vosotros.

Agaché la cabeza y solté el aire lentamente, hasta el final. Qué salvajada.

—¿Por qué? ¿Por qué? —murmuré.

¿Qué demonios empujaban a Aníbal? ¿Qué odio? ¿Cómo podía albergar tantos sentimientos oscuros y agrios?

—Así que no ha habido más supervivientes —dije. Escribonio miró al suelo.

—No, que nosotros sepamos.

—¿Y Paulo? Si hubiera tenido él el mando...

—No hemos oído nada. Pero hemos sabido de Varrón.

—¡Varrón! ¿Quién os lo contó?

—Lelio. Prestó testimonio en el Senado.

—Entonces, ¿está bien?

—Como tú, débil. Pero tú has tenido fiebre. Él lleva levantado cinco o seis días.

Me incorporé.

—Tengo que verle.

—Y debes. La verdad es que...

Oí las voces, los pasos, el rumor de gente andando por el corredor. Hubo un golpe seco en la puerta. Confuso, miré a Escribonio. Éste se limitó a sonreír.

—¡Adelante! —dije.

La puerta se abrió y entraron dos hombres de la guardia senatorial. Se pusieron firmes, uno a cada lado de la puerta. Detrás de ellos, lentamente, apareció (recuerdo la oleada de alegría) el viejo Fabio, cojeando, apoyado en dos bastones, ciego, conducido por un joven, pero vivo. Fui hacia él para saludarle, pero pensé que era una equivocación y me detuve.

—¡Fabio! —exclamé. El también se detuvo

—.Yo, yo.. .

—Tú, ¿qué?

—Pensaba que estarías muerto.

Clavó sus ojos sin vida en mí. Estaban acuosos. Las cataratas habían aumentado. Rió por lo bajo, entre la barba abundante y totalmente blanca, y siguió andando.

—Joven —dijo seriamente—. No tengo tiempo para morir. Ahora, prosigamos.

Detrás de él, rodeándole, entraron otras personas en el cuarto. Mi padre, mi tío Cneo, seis senadores que conocía de nombre, luego Lelio, Metelo, Póstumo y Afer, a continuación Flavio, e incluso el soldado Pío, y todos estaban serios.

Fabio habló a una habitación silenciosa y expectante. Su voz era monótona y cansada, pero sus ojos ciegos resplandecían.

—Publio Cornelio Escipión, da un paso al frente.

Lo hice.

Levantó la cabeza y su voz subió de volumen.

—Por los poderes que ostento como padre del Senado y por los que me ha concedido el pueblo para el pueblo, estamos aquí en estos tiempos sombríos para honrarte, Publio Cornelio Escipión, en nombre de Roma. ¡Traedlo!

Un viejo funcionario entró llevando ante sí con gran ceremonia algo de lo que, por supuesto, había oído hablar, pero nunca había visto. Una corona cívica, una sencilla corona de hojas de roble. Miré alrededor, sorprendido, con la boca abierta, y vi la cara de mi padre, y sentí su orgullo.

Fabio continuó:

—Todos conocemos el significado de esto: es un premio a un gran valor. Nadie había sido premiado durante muchos años. Cuando la luz de la República casi se extinguía, este joven, lo sabemos por muchas versiones, aseguró que no moriría. Publio Cornelio Escipión, has servido a la República y honrado a tu estirpe. Ciñe esta corona con orgullo.

Di un paso, cogí la corona y agaché la cabeza para ponérmela. Mientras lo hacía, la habitación se llenó de voces que decían el saludo formal: *Salve, civis, haud indigne honore...* Sentí que se me saltaban las lágrimas, pero las contuve. Estaba con los míos.

Cuando terminó el saludo, la voz de Fabio se elevó de nuevo:

—Y este joven, de ahora en adelante, participará en las deliberaciones de estos días sombríos. Salve, Publio Cornelio Escipión —se detuvo y añadió una palabra—, edil.

Di un respingo. ¿Edil? ¿Magistrado municipal? Por lo menos me faltaban cinco años para tener la edad. Nadie me había hablado de elecciones. ¿Era la voluntad del pueblo? ¿Nadie se había opuesto? La cabeza me daba vueltas. Fabio continuó:

—He de volver al Senado. Hay mucho que hacer. Los designados al efecto, continuad la celebración. Pero recordad, por respeto a nuestro luto y a los muertos de Cannas, nada de risas ni vino. —Fabio rascó el suelo con los bastones—. Chico —dijo—, guíame.

Nos fuimos todos al atrio. Allí había mesas con cuencos de fruta, pasteles y jarros de licores dulces. Fue una celebración sombría, pero hablé con mi padre, con mi tío y con varios senadores y me enteré de lo que estaba pasando. Todavía no había rastro de Aníbal. Después de Cannas, había ido hacia el sur, al parecer. Los exploradores no informaban de nada, pero las puertas permanecían cerradas y las murallas recorridas por guardias día y noche. Todos aquellos con quienes hablé, después de haberme felicitado, estaban impregnados de los planes de Fabio.

El viejo esclavo que me había atendido tenía razón. Habíamos creado tres legiones nuevas con esclavos y libertos, jóvenes y viejos. Habían estado en la guarnición de Aretio, a las órdenes de Catón y se habían llamado a Roma nada más recibirse la noticia de Cannas. Todos los secretarios y amanuenses, todos los veteranos exentos, todos los archiveros y pedagogos, todos los sacerdotes salvo el pontífice máximo, todos los recaudadores de impuestos, todas las clases hasta entonces exentas del servicio militar se habían enrolado.

En el debate que siguió a la llegada de las manos cercenadas, Fabio había dicho al Senado que «Roma no morirá mientras quede un romano vivo». Algunos senadores habían sugerido concertar la paz y enviar emisarios directamente a Cartago. Fabio había rechazado la sugerencia con un gesto de la mano.

—¡Paz! —tronó—. ¿Paz? No pronunciaremos esa palabra mientras haya un cartaginés en suelo romano.

Había convencido a toda la casa, con la excepción de Valerio Flaco, el protector de Catón. De aquel acuerdo surgió su plan. Era muy sencillo. A las órdenes de mi padre y de mi tío, ambos con *imperium* de procónsules y con Escribonio ascendido a legado, nuestras nuevas legiones y lo que quedaba de la legión que aún estaba acuartelada en Placentia, invadirían Hispania. Tardarían en salir una semana, de aquí el desesperado e intenso entrenamiento de las nuevas tropas que llevaba a cabo mi padre. Fabio esperaba que esto obligara a Aníbal a defender Hispania, por iniciativa propia o porque se lo ordenara el Senado cartaginés, cosa que sucedería si nuestras tropas detenían o al menos estorbaban la provisión de plata que salía de las minas hispánicas.

Podría ser que incluso lo enviaran a Siracusa, razonaba Fabio, si Marcelo daba indicios de estar ganando el asedio. Las noticias de allí, hasta el momento, eran buenas. En la ciudad había muchos romanos o amigos de Roma que no apoyaban al nuevo rey títere, el nieto de Hierón, Hierónimo. Quizá las puertas se abrieran sin necesidad de un asedio muy largo. Marcelo, en el último despacho, había pedido ciertamente más oro.

Con Hispania y Sicilia apaciguadas, la intención de Fabio era que Metelo y mi padre invadieran África. Puede que Aníbal no dejara Italia para socorrer Hispania o Sicilia, pero se marcharía si un ejército romano acampaba a las puertas de Cartago.

Los espías que habíamos enviado a Hispania antes de que me fuera a Cannas habían vuelto ya. Supimos que había dos ejércitos cartagineses, uno en la costa este, en Cartagonova, a las órdenes de Asdrúbal, hermano de Aníbal, y otro al oeste, en Gades, a

las órdenes de su otro hermano, Magón. Nos informaron que la infantería era en su mayor parte hispánica, aunque los oficiales eran o cartagineses o mercenarios reclutados entre los griegos; los jinetes eran númidas del norte de África.

—Si Cartago puede contratar mercenarios, también podemos nosotros —dijo mi padre.

—¿Así que te llevarás dinero, padre?

—Sí, mucho. Es algo de lo que no andamos escasos. O para costear otra legión que formemos localmente o para sobornar a los hispánicos para que cambien de bando.

—¿No podría ir contigo, padre?

—Imposible, aunque me gustaría. Pero tienes que quedarte con todos aquellos a quienes trajiste de Cannas. Fabio te necesita, y Roma también. Estarás prácticamente solo.

—Lo entiendo. Padre, ¿sabemos cuántos hombres tienen Asdrúbal y Magón?

—No, no lo sabemos. Es una pena, lo admito. Pero si sólo son miembros de tribus hispánicas, les daremos fácilmente su merecido... nos superen en número o no. Pero vamos, pareces cansado. Vuelve arriba y a la cama. De todas formas, todos tenemos trabajo que hacer... y a mí no me gustan las fiestas sin vino.

Lelio subió a mi cuarto conmigo. Si sus repetidas felicitaciones por mis honores y nuevo puesto no eran sinceras, no lo noté. Pero estaba meditando, y así lo dije mientras me tendía en la cama y él se sentaba en el triclinio.

—Si soy edil, Lelio, necesitaré un cuestor. Tú eres bueno con los números. El dinero es crucial, así que ¿por qué no te haces mi secretario económico y me ayudas a ocuparme del erario público?

Ya lo veo. Puede que sea verdad. Uno de los cargos contra Escipión es que expropió dinero público mientras su padre estaba en Hispania. La verdad es que corrió mucho sin control. Escipión no habría hecho una cosa así, pero ¿y Lelio? Hay un proverbio romano sobre las serpientes que yacen silenciosas entre la hierba. Espero estar equivocado.

Su cara se iluminó.

—¿Lo dices en serio, Publio?

—Claro que sí. Se lo preguntaré a Fabio en cuanto pueda.

—Pero creo que aún soy demasiado joven para ejercer un oficio público.

—¡Y de cuna humilde, dirás a continuación! Nada de eso importa ya. ¡No, es una idea estupenda! Y significa que podremos trabajar juntos todos los días.

Hablamos de nuestra marcha. Supe que Escévola había sido declarado culpable de traición y toda su familia despojada de su categoría social. Pero se había ofrecido voluntario para prestar servicio en Hispania, como legionario, y todas las acusaciones que pesaban contra él se habían retirado, con toda justicia. Quizá le había juzgado mal, después de todo. Estábamos discutiéndolo cuando me quedé dormido.

A1 despertarme estaba oscuro y Lelio se había ido. Me estremecí, me senté y miré alrededor. Todavía me resultaba extraño estar en casa. La casa estaba en silencio.

¿Dónde estaban mi hermano Lucio y mi hermana Cornelia? Ya era hora de verlos. Pero había algo que tenía que hacer antes. Me puse una capa y salí del cuarto.

Todo estaba igual dentro y alrededor del Foro. Lo único diferente era el silencio. Las tabernas, templos y burdeles estaban desiertos. Del oeste, sin embargo, de la fragua del herrero, llegaba un ruido incesante. Se estaban forjando espadas, armaduras y todos los demás aparejos de la guerra. Me senté en un banco, en el lago de Curcio, envolviéndome en la capa, y me puse a fantasear. ¿Estaba el suelo romano produciendo todavía hombres a toda marcha? Recordé la carnicería de Cannas, y sentí el dolor. ¿Dónde estaba Aníbal? ¿Qué estaba planeando y por qué? Encima de mí, las estrellas fugaces cruzaban el cielo despejado.

Fui hacia el templo de Vesta, con la intención de dar gracias por haber vuelto sano y salvo, y rogar por la libertad de Roma. Estaba cruzando la calle desierta y fría que pasaba ante los baños públicos y llegaba hasta la puerta Capena, cuando una voz llamó mi atención.

—¡Limosna, señor, limosna! ¡Limosna para un pobre veterano, helado y hambriento!

Había algo en sus palabras que reconocí; bajo la cantinela del mendigo había una voz que me resultaba familiar.

Estaba sentado en las sombras, con la espalda apoyada en un puesto callejero cerrado.

—Acércate —dije—, donde pueda verte.

Se oyó un gruñido y el rumor de unas ruedas arañando el suelo de losas. A la luz de las estrellas, en una carretilla de madera impulsada por sus propios brazos, vi a un hombre sin piernas, ciertamente en la indigencia.

—Una limosna, señor, una lim...

Cuando levantó la vista, lo reconocí. A pesar del gorro de piel, de la barba revuelta y de la cara sucia, reconocí a Frontino, y él a mí.

—¡Frontino! —Una oleada de alegría me nació en la barriga y me bajó por las piernas como una hormiguilla—. ¡Pensaba que estabas muerto!

—Debería estarlo, señor, debería estarlo. Y a ciertos efectos, como si lo estuviera. Y tú, señor, tú también. Oí que nadie había sobrevivido después de lo de Cannas.

—Sólo unos pocos, Frontino, unos pocos. Pero es maravilloso, Por todos los dioses, ¡estás vivo! Pero... ¿mendigando? Creía que estábamos buscando veteranos.

—Así era en otro tiempo, señor. Entonces era entonces, pero ahora es ahora.

—¿Por qué no te pusiste en contacto con mi padre?

—Lo intenté. No dejaron que me acercara.

—Quiero saberlo todo, Frontino. Me salvaste la vida, ¿sabes?

—Sí, señor. Recuerdo aquella noche como si fuera ayer. ¿Escapaste?

—Lo hice, Frontino, lo hice... gracias a ti. Pero no podemos hablar aquí. ¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre.

—Pues vayamos a mi casa. Allí comerás y hablaremos.

—Discúlpame, señor, pero ¿yo en casa de los Escipiones? ¿Un mendigo del Palatino? Llamarán a la guardia.

—No lo permitiré. Además, no creo que vuelvas a encontrar a la guardia: se han alistado todos. Ven conmigo. ¿Puedo ayudarte?

—Soy muy bueno con este chisme, señor. Vamos, te echo una carrera hasta allí.

El uno andando y el otro arrastrándose, el joven edil y el fiel soldado fueron a casa de los Escipiones. Estábamos en una nueva Roma, desde luego.

Desperté a los cocineros y me senté con Frontino bajo las antorchas chisporroteantes del *tablinum* mientras devoraba una cebada pringosa con pan. Las provisiones de la ciudad eran escasas. Como edil iba a tener mucho que hacer. Aquella noche me contó que el primero de los dos jinetes lo había derribado.

—Es la única desventaja —dijo— de una mula. —Mientras yacía aturdido en tierra, lo inmovilizaron—. Pensé que me cortarían el cuello, pero por alguna razón no lo hicieron. Me registraron buscando el morral, luego me hirieron en las piernas y fueron detrás de ti.

—¿Qué hiciste?

—Estaba muy bueno, señor —dijo, limpiándose la boca con la manga—. Gracias. Es la primera comida caliente que tomo en varios días. ¿Qué hice? Me arrastré. Tuve suerte. Encontré un pueblo y alguien me subió a un carro de melones que se dirigía a Roma. No recuerdo el viaje. Deliraba. Cuando llegué, la gangrena había hecho presa en mí. El cirujano se limitó a cortarme las dos piernas a la altura de la cadera. Supongo que no podía hacer otra cosa.

Sacudí la cabeza. Guerra, guerra. Todos los que sobreviven tienen cicatrices.

—¿Cómo sobreviviste?

—Mendigando. Ya me viste. Un carpintero, hermano de uno de mis compañeros de manípulo en Telamón, me hizo la carretilla. Lo más extraño, señor, es que muchas veces todavía siento las piernas.

—¿Dónde duermes?

—Donde puedo. De todas formas, con Aníbal por aquí, no creo que importe mucho.

—¿Crees que vendrá?

—Lo apostaría. ¿Qué podría detenerle ya?

—Ya veremos, Frontino, ya veremos. Pero hasta entonces tendrás un sitió para dormir.

—¿Dónde, señor?

—Aquí, en esta casa.

—Pero...

Levanté la mano.

—No hay discusión que valga. Hablaré con mi padre por la mañana. Ahora, veamos quién hay por aquí para darte un baño. Tendrá que ser una esclava, me temo. Como habrás oído, todos los hombres capacitados están en el ejército.

Mi padre y sus tropas partieron dos días después; y sí, mi padre aceptó con entusiasmo que Frontino viviera en nuestra casa. Lo último que quedaba del ejército de Roma cruzó

la puerta Aureliana y el Tíber por el frágil pontón construido la víspera para reemplazar el puente Eliano, destruido cuando llegaron las noticias de Cannas. Mi primera misión como edil fue destruir los pontones. Ya había decidido incendiarlos. En Ostia, puerto de Roma, el ejército embarcaría en naves construidas apresuradamente, deteniéndose, sólo si el viento lo permitía, en Cerdeña y en Córcega para cargar agua, y en las Baleáricas para reclutar más honderos mercenarios. Ese, al menos, era el plan.

Reunidos en el Campo de Marte, para ver partir la última esperanza de Roma, estaban todos los que quedaban en la ciudad. Eran ciertamente pocos, en su mayoría matronas (muchas de ellas viudas) y muchachas. No hubo vítores ni llanto, ni tristeza ni alegría. Fabio, mi padre y mi tío estaban ocupados, negociando con el pontífice máximo. Mi padre se pondría en marcha, dijera lo que dijese el sacrificio. Yo había oído la entrevista que había tenido con el nervioso sacerdote, sus instrucciones de que, revelaran lo que revelasen las entrañas, el sacerdote tenía que decir que el augurio era propicio.

—¡Pero es un sacrilegio! —farfulló el pontífice.

—No —contestó mi padre—. Es la guerra.

Era un día de invierno. Grises y pesadas nubes corrían bajas por el cielo. Amenazaba lluvia. El viento del norte venía en ráfagas y hacía que todos nos arrebujáramos en las capas. Sentí que la cabeza empezaba a zumbarme otra vez. El único oficial con el que hablé fue Escribonio, que estaba esperando a su caballo. Todos nuestros caballos entrenados habían ido a Cannas o a Siracusa. Los que iban a Hispania eran potros apenas sin entrenar. Miré las columnas de hombres tiritando.

—Es un gran ejército, Escribonio —dije, tratando de ser optimista. La verdad es que me parecían perros vagabundos maltratados por las intemperies.

—Sí —contestó—. Es cierto. Aunque espero que no demasiado grande.

—¿Lo esperas? ¿Cómo es eso? Cuanto mayor sea el ejército, mejor, ¿no?

—No en Hispania.

—¿No? ¿Por qué?

—He luchado allí antes, recuérdalo. Hispania es un territorio donde los ejércitos grandes pasan hambre.

—¿Y los pequeños?

—En Hispania, señor, los pequeños son derrotados. —No había asomo de ligereza en su voz—. De todas formas, me preocupa más atravesar el mar. ¿En invierno y en barcos de juguete? No deberíamos haber dejado que Marcelo se llevara toda la flota a Sicilia. Sabes que pienso que fue una locura. Conseguiremos llegar a Cerdeña, pero después no hay un solo puerto donde refugiarse de las tormentas de invierno.

—Sin embargo, respaldaste la decisión en el consejo. Lo sé. Estaba allí.

—Sí, lo hice. Pero sólo porque pensaba que la ventaja de la sorpresa y las escasas probabilidades de que nos salieran al paso superaban el riesgo. —Bostezó—. Lo siento, señor. No quería deprimirte. Sólo estoy cansado. He estado en pie toda la noche... otra vez. Estoy seguro de que todo irá bien.

Aquella misma noche, cuando me fui a dormir, empecé a hacerme preguntas. Las palabras de Escribonio daban vueltas y vueltas en mi cabeza.

«Hispania es un territorio donde los ejércitos grandes pasan hambre y los pequeños son derrotados.» El plan de mi padre se basaba completamente en la sorpresa. Necesitaba saquear inmediatamente una Cartagonova desprevenida o dejarla morir de hambre. Hacer lo imprevisto le había funcionado a Aníbal. ¿Nos resultaría a nosotros? Tuve un extraño presentimiento. Esperaba estar equivocado.

A la mañana siguiente, en la oscuridad del invierno, después de un desayuno temprano y frío, anduve bajo el viento y la lluvia, en dirección al Senado, para informar a Fabio. Era como antes, salvo que no había guardias ni animación y sólo unas cuantas luces. El despacho de Fabio no había cambiado, salvo por la presencia de un nuevo mueble, un triclinio; encima, envuelto en una capa, estaba Fabio, al parecer dormido: Vi la capa de Lelio en el respaldo de una silla y papiros abiertos en lo que había sido su escritorio. Así que había llegado antes que yo. Fui de puntillas hasta mi viejo escritorio.

—Buenos días, edil.

—Buenos días, venerable padre —balbucí sorprendido.

—No deberías sorprenderte tanto, Publio. He perdido la vista, pero no el oído. Bien —dijo sentándose—, ¿cuál es tu prioridad hoy?

—Primero, el pontón.

—Excelente. ¿Cómo piensas destruirlo?

—De la manera más fácil. Incendiándolo, a menos. ..

—¿A menos que qué?

—A menos que creas que el humo atraerá la atención.

—¡Ah! —Parecía muy viejo y débil—. Te refieres a Aníbal. —Sonrió y negó con la cabeza—. No creo, Publio, que un solo incendio lo atraiga. Creo que sabe dónde encontrarnos.

—¿Y crees que vendrá?

—¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Como hemos discutido a menudo, es muy difícil conocer la propia mente, y no digamos la de otro. Pero debemos suponer que vendrá. Tenemos que estar preparados. Lo estamos. —Fabio se puso laboriosamente en pie—. Tráeme los bastones. He de ir a la letrina. Mis tripas ya no son lo que eran.

—¿Puedo ayudarte?

—Publio, Publio —canturreó—, hay cosas que incluso un hombre viejo y ciego debe hacer solo. Conozco el camino y el resto conoce el suyo. Entonces, ¿te encargarás del pontón?

—Sí.

—¿Alguna pregunta?

—Dos. Primera, ¿dónde está Lelio?

—Ah, Gayo Lelio. Tiene buena cabeza para los números, ¿no crees?

—Sí, venerable padre, lo creo.

—Por eso lo envié directamente al erario cuando llegó. Además, esta mañana tengo que hacer un anuncio en el Senado.

—¿Cuál?

—El nombramiento de Lelio como cuestor económico tuyo. No, no me des las gracias, Publio. Sólo es lo que se merece. Pero necesitarás más ayuda. Hay mucho que hacer. ¿Has pensado en alguien más?

—Sí, señor. En Póstumo. Claudio Póstumo.. .

—Pero según la declaración de Lelio...

—Lo sé, señor, pero confío en él.

—Muy bien. Me encargaré de que lo nombren miembro de tu personal. ¿Y la segunda?

—Las botas, señor.

—¿Las botas?

—Sí, las botas.

—¿Qué les pasa a las botas?

—Quiero saber quién proveyó de botas a los hombres que estuvieron en Cannas, señor. Eran muy malas. Se deshacían.

—Eso es fácil. Puedo decírtelo. La contrata la obtuvo Valerio Flaco. La negoció su cliente Catón.

—¡Catón! Por él quería preguntarte. ¿Está aquí?

—Inevitablemente. Es indispensable y por eso no lo han mandado a Hispania.—Ni a Cannas, casi añadí, ni a Cannas—. No puedo decir que me caiga bien, pero está haciendo un buen trabajo. Está a cargo del suministro de grano. Lo encontrarás en los graneros. Día y noche, según me han dicho. Ahora, si me perdonas...

A las órdenes conjuntas de Frontino y Póstumo, tenía yo la banda de cojos, jóvenes y viejos octogenarios más inverosímil que había ido alguna vez a quemar un pontón. Vi que Flavio estaba en su puesto. Ya le había hecho prefecto de las murallas. Estaba haciendo un buen trabajo, reforzando las rampas más bajas, aprovisionando los depósitos de flechas, piedra y aceite. Si Aníbal llegaba (cuando llegara), nos encontraría bien preparados y le iba a costar más que en Cannas.

Caminé bajo la llovizna de la mañana, por las calles de ventanas cerradas y silenciosas por Cannas, hacia los graneros construidos al socaire de la muralla sur, a través del barrio de los alfareros, ahora silencioso y vacío. Vestidas de negro, con las caras hinchadas y grisáceas, con canastas de arena para los muros, un grupo de matronas y muchachas se cruzó conmigo.

—*Salvete, aedilis* —murmuraron.

No nos detuvimos a hablar de Cannas. ¿Qué había que decir? Los diez graneros eran altos e imponentes, se habían construido con piedra y pintado con cal. Fui al primero. Cerrado. A través del pozo de ventilación sólo vi oscuridad. Sentí el denso olor del grano. Encontré a Catón en el tercero, sentado a una mesa, inspeccionando cuentas y libros de entradas y salidas a la luz de una lámpara. Estaba solo.

Escipión está enfermo otra vez. Debió de coger un resfriado anoche, sentado en el lago. Está en cama con fiebre. Sólo puedo esperar a que se le pase y encargarme de que esté caliente y beba lo suficiente. Pero me pregunto sí será una enfermedad del alma o del cuerpo. No ha reaccionado al suicidio de su hermano. Sin embargo, su voluntad es de

hierro. Me siento al lado de su cama, con las tablillas en la rodilla. Cuando está despierto, dicta. Podrá estar enfermo, pero su historia continúa.

Catón levantó la vista cuando entré.

—¡Ah! —dijo—. El héroe de Cannas. Salve, edil, y enhorabuena.

El polvo de los montones de grano flotaba y se arremolinaba en la luz.

—¿Por qué?

Sus ojos de cerdo eran brillantes y me miraban con fijeza.

—Por la corona.

—Ah, te refieres a la corona cívica.

—Eso es. Aunque veo que no la llevas ahora.

—Marco Porcio Catón, la corona cívica no se lleva puesta por la calle. Es un símbolo de honor, eso es todo.

Masticó la punta de su estilo, se lo apartó de la boca y eructó.

—Malditas judías. Es casi lo único que se puede comer estos días.

—¿Y todo este grano?

—Almacenado —dijo con vehemencia.

—¿Para qué?

—Para un largo asedio. Podría ocurrir. Y el grano se conserva mejor que las judías.

—Así que estás utilizando primero las judías.

—Tienes una mente rápida. .

La verdad es que no sé de dónde venía aquella animosidad. Siempre estuvo allí.

—¿Por qué no lo mezclas?

—¿Qué?

—¿Por qué no das grano al mismo tiempo que judías?

—¿Para qué?

Suspiré.

—Para que haya variedad, Catón. Para cambiar el régimen alimenticio de la gente. —Hizo una mueca, arrugó la cara y se rascó una oreja—. Bah, no importa. Tampoco he venido para hablarte de eso.

—Ah, ¿no? ¿De qué, entonces? —Echó la silla atrás y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—De botas. De botas del ejército.

Sus ojos se encogieron.

—¿Qué pasa con ellas? —dijo cuidadosamente.

—He sabido por Fabio que tu protector, Valerio Flaco, consiguió la contrata y que tú la gestionaste.

—Has entendido bien.

—Bien, he comprobado los libros de cuentas. El último pedido de botas anterior a tus gestiones fue para el ejército que Sempronio tenía que llevar a Sicilia.

—Parece correcto.

—Y fue de veinte mil pares, a veinte denarios el par.

—¿Y?

—Y el pedido que recibiste, para los ejércitos de Paulo y Varrón, fue de cuarenta mil pares nuevos, a treinta y cinco denarios el par. Toda una subida.

—No, sólo inflación. Todo ha subido desde que ese maldito Aníbal apareció. Y el cuero escasea. Las curtidurías están cerradas.

—Eso puede ser, Catón. Pero aparte del hecho de que deberíamos obtener un descuento por una compra de semejante volumen, lo que a mí me interesa es la calidad. Se te dio más dinero.

—Era justo, diría yo...

—¿Para mejorar la calidad?

—Por supuesto. Nada salvo lo mejor.

—Estás mintiendo.

—¿Que qué?

—Ya me has oído. Mintiendo. Esas botas eran pésimas. La piel estaba sin curar y las costuras no estaban enceradas. Se pudrieron.

El rubor se extendió por su cara como una mancha de vino en un mantel de damasco.

—Puede que hubiera algún par malo —dijo vacilante—. Es inevitable en un pedido tan grande.

—¿Un par malo? Tengo noticia de al menos doscientos pares. Mientras volvíamos de Cannas se rompieron todos.

Catón se levantó y se inclinó sobre su mesa, hacia mí. Sus brazos nunca colgaban a los costados, sino que solían estar doblados y abiertos, como si buscaran algo que hacer.

—Si quieres decir que...

—No quiero decir nada. Lo que digo es que voy a vigilarte. Voy a comprobarlo todo. Y me encargaré de que suministres a mi padre no sólo botas, sino también clavos de herradura. Lo que estoy diciendo es que será mejor que sean buenos. No, no sólo buenos. A esos precios, han de ser los mejores. No quiero que tú y tu protector os hagáis ricos mientras los romanos mueren. ¿Está claro?

Catón sonrió de lado y se sentó.

—Vaya, un auténtico metomentodo, ¿eh, edil? Comprueba lo que quieras. Algunos de nosotros tenemos trabajo que hacer.

Volvió a inclinarse sobre sus libros. Mi misión, pensé, había terminado. Me di la vuelta, abrí la puerta y me fui.

Había otro asunto personal que tenía que resolver. En Cannas, aunque Varrón hubiera sabido qué órdenes dar, nuestros soldados no las habrían oído. La nota de las trompetas

era demasiado baja para atravesar el fragor de la batalla, y el puesto de mando estaba demasiado lejos. Podía solucionar el último problema yo mismo, pero necesitaba ayuda para el primero.

Cuando era niño, tenía un largo y delgado silbato de estaño. Mi padre no soportaba que lo tocara porque su nota era muy penetrante, aguda y clara. Lo había perdido mucho tiempo atrás. Fui al barrio de los quincalleros, cuyas casetas y talleres se arracimaban a lo largo de la calle que se extendía al pie del monte Viminal; todos sus edificios estaban hechos de piedra vieja y sin revestir. Todo estaba tranquilo, desierto, y la llovizna se convirtió en aguanieve. Me estremecí y me arrebujé en la capa asiática de flecos. Tenía que haber un quincallero en Roma que todavía permaneciera en su establecimiento. A lo lejos oí el ruido de un martillo que golpeaba un yunque y seguí la pista por un estrecho callejón, entre los cerdos y pollos que correteaban refugiándose del aguanieve.

El ruido subió de volumen. El olor a humo era indiscutible. El callejón se abrió a un patio y, al fondo, vi un cobertizo con una fragua, y un hombre sentado al lado, de espaldas a mí, martilleando con el brazo izquierdo, mientras mantenía el derecho encogido. Otro hombre que no podía servir en el ejército romano. Sin embargo, podía contribuir de otra manera.

—¡Salve, herrero! —dije acercándome—. Enhorabuena por tu fuego en un día como éste, por no hablar de tu fragua.

Levantó la vista, sorprendido.

—¿Y quién...? —sus ojos se abrieron cuando lo comprendió—. ¡Edil! —barbotó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Así que me has reconocido —dije, agachándome al lado de la fragua.

—¿Qué romano no te reconocería? Además, uno de los hombres que trajiste de Cannas era hijo de mi hermano. Toda nuestra familia te lo agradece. Yo... permíteme que te traiga una bebida caliente —dijo levantándose—. ¿Quieres una infusión? ¿O comida? Tenemos cerdo y algunas judías. Pero puedo matar un pollo.

—No, gracias, herrero. Pero hay algo que puedes hacer por mí.

Los días que siguieron estuvieron llenos de trabajo, ansiedad y planes, aunque Póstumo se reveló como un asistente de gran valor, eficiente y tranquilo. No sabíamos nada de mi padre. No esperábamos noticias hasta la primavera.

En lo que se refiere a mi vida personal, aprendí a querer a mi hermana Cornelia y a odiar a mi hermano Lucio. Cornelia era extraordinaria, incansable, eficiente. Apenas dormía, cuidando de nuestra casa, supervisando, cocinando, limpiando temprano por la mañana. Luego iba a las enfermerías, dieciséis preparadas para recibir a los heridos que hubiera durante el asedio que todos esperábamos que se produciría al llegar la primavera. Tenía un batallón de cientos de matronas y jóvenes a quienes estaba adiestrando, y trabajaba con ellas hasta muy avanzada la noche. También se encargaba de las cocinas del Senado y nunca nos faltó una comida sana, aunque todas eran insípidas. Para Fabio preparaba platos especiales, ya que había muchas cosas que el anciano no podía digerir. Sus favoritos eran las natillas, hechas con leche de las cabras guardadas en los alrededores del Campo de Marte, y gachas de mijo con miel.

—En los primeros días de la República —solía decir— había dos clases de comida. Una era una especie de gachas y la otra una especie de gachas. Como veis, hemos progresado.

Nunca estuvimos tan cerca de la frivolidad como durante aquellos largos y tenebrosos días.

En cambio, todo lo que confiaba a Lucio lo estropeaba. Si ayudaba a Lelio con las cuentas, le salían mal las operaciones. Si ayudaba a Flavio con las municiones, se entretenía e irritaba a los otros hombres. Sabía que bebía, a pesar de la prohibición de Fabio. Y en una ciudad de muchas mujeres y pocos hombres, nunca le faltó diversión. A mi pregunta habitual: «¿Dónde has estado, Lucio?», solía contestar: «Jugando».

Intenté de veras entenderlo y perdonarlo. Nunca había tenido madre, ni un auténtico padre, ni un preceptor. A su manera, él también era una víctima de la guerra. Pero entonces supe algo que me hizo cambiar y que originó una tupida red de mentiras. La red creció con los años y ahora que estoy en disposición de confrontarlo y aclararlo todo, no puedo. Lucio está muerto y yo he de vivir (o morir) con las consecuencias de mis acciones.

Cuatro mañanas seguidas, mientras iba de nuestra villa al Senado, me di cuenta de que había una mujer esperando en la encrucijada del pie de la colina; donde terminaba el camino de nuestra propiedad. Era vieja y jorobada, y siempre llevaba la misma capa negra con capucha. Cada vez que la veía, la saludaba, pero ella se limitaba a asentir con la cabeza y a cederme el paso. Supongo que me pregunté qué estaría haciendo allí, pero tenía muchas cosas en la cabeza. A la quinta mañana, me detuvo.

—*Salvete, aedilis* —murmuró.

—*Et vos, salvete* —respondí. Su cara estaba arrugada, su boca apretada y fruncida, pero había energía en sus ojos—. ¿Quieres decirme algo? —pregunté amablemente.

Irguió la barbilla, me miró y se aclaró la garganta.

—Te respeto, edil, y a tu familia. Sois realmente el báculo de Roma. Pero...

—¿Pero qué?

—Tu hermano —dijo con aprensión, apartando la vista.

—¿Qué le ocurre?

—Ha... —se mordió el labio y continuó—: ha violado a mi hija.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace una semana.

Llevé a la mujer a mi casa. Me lo contó todo y yo la creí. La muchacha tenía sólo doce años. Debería haberla instado a que denunciara el hecho; no lo hice. En mi defensa diré que los tribunales estaban cerrados: no había jurados y había pocos magistrados. Pero la bolsa de oro que di a la mujer fue, lo veo ahora, malinterpretada. No quería comprar su silencio; quería compensarla por una ofensa. Ella cogió el dinero. Fue un arreglo tácito. No era el momento de acarrear la desgracia sobre los Escipiones. Ambos, ella y yo, hicimos lo que pensamos que era lo mejor para Roma.

Todavía no sé cómo lo descubrió Catón. La vieja hace mucho tiempo que ha muerto y su hija se fue. Oiría hablar del tema en aquella época. Catón guardó el secreto durante años y en mi juicio lo explotó a conciencia.

—Un temprano ejemplo —declamó— de la perversión de la justicia por este hombre. ¿Qué otras ofensas habrá ocultado? ¿A cuántos otros romanos se les habrá negado sus

derechos con el oro de los Escipiones? ¿A cuántas madres les habrá corrompido las hijas ese monstruo de depravación que veis ahí?

Incluso ahora, es un recuerdo que me hace estremecer de dolor. Por la muchacha violada y por su madre. Por la vergüenza del juicio, las caras sorprendidas de los senadores, mis iguales. Pero sobre todo por mí mismo. Por querer obrar bien, obré mal.

Tuve una encendida discusión con Lucio aquella noche. Le dije que si volvía a hacer algo parecido, lo llevaría a juicio yo mismo.

—Ya te gustaría, ¿verdad? —chilló—. Pero si era una furcia calentona. ¡Me lo pidió por favor, y allí mismo, en el suelo de la cocina! Casi las únicas palabras que crucé con Lucio en este mundo fueron de irritación, y ahora ha dejado de existir.

Me saltaré los meses que siguieron. No creo que tuvieran mucha relación con lo que vino después. Mi prioridad absoluta, ante Fabio, era buscar y entrenar más hombres. Los pocos exploradores que teníamos no traían ninguna noticia de Aníbal, que estaría pasando el invierno en alguna parte. Así que enviamos patrullas de recluta, hacia el norte, con un sueldo de oro para cada hombre que viniera. Enviamos mensajeros a todas las colonias romanas, pidiéndoles que demostraran su fidelidad a Roma. De diez en diez y de veinte en veinte, durante el largo invierno, casi todos los días llegaban hombres a la capital, unos en barcazas por Ostia y por el Tíber, otros cruzando el río en barcas cuando bajaba crecido por las lluvias. La ciudad era un hervidero de rostros, lenguas y acentos, y pronto Flavio y yo, ayudados por Frontino y Póstumo, por quienes sentía un renovado respeto, tuvimos la primera legión lista para entrenar.

La prioridad de Fabio eran los barcos, no los hombres.

—Puede que Aníbal gane esta guerra en tierra —había dicho al Senado—. Pero la perderá en el mar.

Su objetivo era tener en primavera una flota lo bastante grande para patrullar y dominar el Mediterráneo, hasta las Columnas de *Heracles*. Ah, de nuevo el helenista que llevo dentro.

Muy bien, Catón. Te concedo una victoria: una. Bostar, por favor, latiniza y pon Hércules. La flota impediría comerciar a Cartago e impediría que Aníbal recibiera equipo para sitiar ciudades, que Fabio estaba seguro de que había solicitado. Así que volaron órdenes y dinero a los astilleros de Massalia y Savona, Pisa y Populonia. A Grecia fueron mensajes pidiendo marineros y todos los días, en el Senado, las mesas de los amanuenses estaban llenas.

La preocupación principal de Lelio era pagar todo esto. Como cuestor del erario tenía que informarme. Pero en la práctica le di campo libre. El Senado acordó que nuestras reservas de oro y plata tendrían que bastar, al menos hasta que mi padre se hiciera con las minas cartaginesas en Hispania. No podíamos arriesgar ni hombres ni barcos en una expedición a las minas de los alrededores de Genua para buscar más. Lelio señaló que, a la velocidad a que estábamos gastando, lo que tenía el Estado no sería suficiente. Propuso gravar la propiedad privada con un impuesto especial. Se acordó que sí, lo que quería decir que Fabio, yo en nombre de mi padre, y otros, pagaríamos el doble de lo que nos correspondía.

De los cofres y las alacenas de las casas del Palatino, de debajo de los suelos o de agujeros abiertos en las chimeneas de las viudas comenzó a salir oro y plata. La ceca de Roma se había cerrado. Lelio, con una plantilla de personal femenino, la abrió de nuevo y redujo la cantidad de plata de los denarios y el bronce de los ases. Acuñó una nueva

moneda que pesaba dos tercios de un denario y a la que, en un alarde de optimismo, dio el nombre de victoriato, por la imagen de la diosa Victoria que llevaba grabada, aunque su contenido en plata era bajo y desigual. Ahora ya no circula. De todas formas, vino bien dentro de la ciudad para pagar las compras del mercado, cuyos precios, a causa de la carestía, se habían multiplicado por siete u ocho. Así que lo que antes se podía comprar por un as ahora costaba un victoriato.

Seguíamos sin tener noticias de Hispania. Permíteme ser ordenado y distante. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. No había festividad que señalara el paso del tiempo. El Senado había decretado que no se celebraría ninguna mientras Aníbal estuviera en suelo itálico.

Recibimos un despacho de Metelo, de Sicilia; lo había traído por el puerto de Ostia, un día de sol abrasador, cierto capitán sardo que comerciaba con vino. El sitio de Siracusa, decía Metelo, iba bien. Había conseguido cortar el suministro de agua de la ciudad. Con sus aljibes y pozos y lo que lloviera, estimaba que los habitantes podrían soportar un par de meses más a lo sumo. Pedía más oro. El Senado decidió que tendría que esperar hasta que la flota estuviera lista y los mares fueran seguros. No podíamos arriesgar nuestras mermadas reservas.

Había sido un día normal y largo. Primero, horas de instrucción y ejercicios en el Campo de Marte, luego una inspección de la muralla con Flavio, y luego política en el senado con Póstumo y Lelio antes del debate sobre el despacho de Metelo. Fue largo y agotador. Valerio Flaco propuso que me dirigiera al sur con la última legión y me reuniera con Metelo.

—¿Y encontrar a Aníbal por el camino? —contesté—. No, no soy un cobarde, si eso es lo que estás pensando, pero tampoco soy un necio.

Hacía frío cuando por fin salí del Senado. Mientras volvía a mi casa decidí darme un baño. Mantener abiertos los baños era uno de los pocos lujos que Fabio había autorizado.

—Roma podrá tener serios problemas —comentó—, pero estará limpia.

Lelio vino conmigo. Había otros tres o cuatro clientes en el tepidario, la cámara de los baños tibios. Con el vapor era difícil ver. Nos desnudamos sin ayuda en los cubículos de mármol de Paros (los ayudantes estaban entre los muertos de Cannas o con mi padre) y entramos.

Recuerdo la calidez suave y envolvente, la paz, el agua burbujeante yendo y viniendo. Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

—¡Publio Cornelio Escipión, edil! —El grito pareció brotar de un sueño—. ¡Edil Escipión! —Se acercaba.

—¡Estoy aquí! —grité.

Lo vi en el borde de la piscina que había a mi lado. Era uno de los pocos alguaciles del Senado que no había muerto en Cannas ni estaba con mi padre, Gayo Turino, un équite pequeño y jorobado que siempre se había librado del servicio militar basándose en esta particularidad suya. Pero estaba capacitado, y era rápido y de aguda inteligencia.

—Ah, edil. —Turino tenía una voz aguda y chillona, más de mujer que de hombre—. Fabio me envía a buscarte. Tienes que ir al Senado de inmediato.

—Pero estoy dándome un baño, como habrás advertido. ¿Puede esperar?

—Ya conoces a Fabio, edil. —Desapareció entre el vapor. Conocía a Fabio. Tenía que ser muy importante. En teoría tenía que estar durmiendo en el triclinio de su despacho. Se había acostumbrado a dormir allí muchas noches, en lugar de irse a casa. Aparte de que lo pidiera el trabajo, normalmente no había suficientes hombres para llevarlo en litera y cada día le costaba más andar.

Salí, me sequé rápidamente y me vestí. Lelio me acompañó. Con la cabeza goteando, atravesamos el vestíbulo vacío del Senado y recorrimos pasillos desiertos y resonantes hasta llegar al despacho de Fabio. Estaba oscuro; sólo había una lámpara encendida. El brasero para combatir el frío de la temprana primavera estaba medio apagado. A1 principio pensé que Fabio se encontraba solo. Estaba sentado detrás de su mesa, retrepado en la silla, con la cabeza entre las manos. Un hombre tosió en un rincón. Me volví hacia él, pero no pude verle la cara.

—¿Publio? ¿Lelio? —La voz de Fabio era ahogada. Salía de detrás de sus manos, como si quisiera mantener el mundo a distancia—. Me alegro de que hayáis venido. Sabía que acudiríais. Lelio, por favor, ve a las cocinas y tráenos un poco de vino tibio.

—¿Vino, señor? —Lelio estaba tan atónito como yo.

—Ya me has oído. Una jarra para cuatro. La necesitaremos. Sin agua. Sazónalo con nuez moscada y canela.

—Sí, señor.

Dirigiéndome una mirada de nerviosismo, puesto que el vino estaba prohibido, Lelio abandonó la habitación.

—Bien, Publio, siéntate.

Lo hice en las sombras, en el lado opuesto al desconocido. Había temor en la voz de Fabio, una gran desesperación. Tragó aire con fuerza y oí que le silbaba la garganta. Se adelantó en la silla y agachó la cabeza.

—Publio —murmuró con la boca en la barba—, después de Trasimeno me has oído decir en el Senado que deseaba que la capacidad de expresarme me abandonara, al igual que la capacidad de ver.

—Sí, señor. Lo recuerdo. —¿Qué estaba pasando allí?

—Bueno, ahora desearía no tener oídos. Porque tengo que decirte. .. tengo que decirte lo que este hombre me ha dicho. —Su voz casi se quebró. Se puso en pie con gran esfuerzo, apoyándose en la mesa—.Tengo que decirte —prosiguió en voz más alta, estridente— que tu padre y tu tío han muerto, han caído en Hispania, y que al menos la mitad de su ejército, nuestro ejército, ya no existe.

Recuerdo... ¿qué recuerdo? Mi cerebro zumba con la fatiga de las palabras. Una muda, ciega y profunda incredulidad se extendió por todo mi cuerpo, por los brazos y el estómago, por el torso y las caderas, y luego por los muslos y las pantorrillas, como cuando un hombre está hambriento, cansado y magullado y bebe una copa de vino fuerte. Es el método de la mente. Impide la locura. Lo anterior llegó con el aire expulsado; con el inhalado estalló la ira, el dolor y el miedo. La mitad de mi ser quería enfurecerse, gritar, llorar. La otra mitad quería deshacerse en preguntas, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿dónde? Creo que me quedé conmocionado, pero me levanté y corrí, abrí la puerta, seguí corriendo mientras oía la inútil llamada de Fabio: «¡Publio!», y llovía mientras corría ciegamente, el agua de la lluvia mezclándose con el agua salada de mis lágrimas, corrí sin parar por toda Roma, maldito, abandonado, roto, destrozado.

Mi casa. Llegué sin respiración, jadeando, y me metí en la cama cubriéndome con las mantas, hecho un ovillo, y lloré y tirité mientras la lluvia seguía cayendo y los rayos atravesaban el cielo.

Oí entrar a alguien. No me preocupé. Sentí un cuerpo en la cama, a mi lado, una mano en mi pelo húmedo, y el cuerpo empezó a moverse hacia abajo, acariciando, calmando, buscando la parte de mí que más dolía. Sentí unos labios suaves en mi cuello, unas manos firmes que me masajeaban las nalgas. Sentí que mi cuerpo entraba en calor. Quería calor.

—Te amo, Publio. —Lelio me lamió la oreja, sus manos subieron por mis piernas, revolviéndome el vello.

Sentí erecto el pene y entonces recordé, me revolví con toda el alma, le puse los pies en la espalda y lo empujé. Lelio cayó al suelo.

Reinó un silencio sólo interrumpido por la lluvia. Lelio se levantó en la oscuridad y se fue.

Estas aguas son negras y profundas. No estoy seguro de que, indispuesto como está, Escipión debiera entrar en ellas. Sin embargo, no puedo detenerle. La vida tiene una verdad propia. Pero si mañana no le ha bajado la fiebre, le haré una sangría. Los médicos tratan de curar las enfermedades del cuerpo. Pero es la mente la que gobierna, y eso está más allá de la medicina; de la mía, en cualquier caso.

Así llegó la negrura y un dolor levantado sobre otro dolor. El hombre que estaba en el despacho de Fabio era Escribonio. Me resentí contra el mensajero tanto como contra el mensaje. Había perdido el brazo derecho a la altura del codo, al querer desviar, dijo, la espada que mató a mi padre. Había sido dado por muerto. Los cartagineses y sus mercenarios hispánicos no habían despojado a todos los muertos el día de la batalla. Sólo a mi padre y a mi tío, cuyos cadáveres habían desollado. A1 caer la noche, Escribonio había huido arrastrándose mientras nuestros vencedores se emborrachaban, incendiaban y saqueaban.

Siguiendo órdenes de Fabio, Escribonio contó al dictado la última campaña de mi padre. Catón la presentó como prueba en mi juicio.

—Aquí veis, venerables padres —declamó—, la incompetencia de los Escipiones y cómo, igual que el hijo, el padre también falló a Roma, aunque de otra manera.

El dolor se volvió insoportable entonces, y la vergüenza, y mi cabeza cruje con el parto de las palabras.

Puedo imaginarlo. Tiene fiebre y aun así se niega a parar. Le queda muy poco tiempo. ¿O deberíamos suponer que el veredicto, cuando llegue, será de absolución y que por lo tanto tendremos tiempo de sobra para terminar? Si es así, quizá convenza a Escipión de que descanse y deje de dictar durante un tiempo. Lo haré mañana si la fiebre no ha desaparecido. En su habitación hace mucho calor. Para ayudarle a sudar y a expulsar la enfermedad, hay cuatro braseros ardiendo noche y día. Le estoy sangrando, además, pero no parece que tenga efecto.

Mulca, la cocinera, también está enferma. Hace ocho días se cortó la mano mientras raspaba un hueso de ternera. Fue desastroso, pues chillaba y jaleaba a las criadas de la cocina para que se encargaran de la comida que ella no podía preparar. Pero ahora la cosa es peor. El corte se ha infectado y está emponzoñándole la sangre. Está en cama y a veces delira. Cuando tiene la cabeza despejada, se irrita y se preocupa.

—E1 pan —ha dicho cuando la he visitado esta mañana—. ¿Quién lo hace?

—Aurio.

—Sí, yo le enseñé. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien —dije, y Mulca volvió a sumergirse en su inquieto sueño. Estoy haciendo lo que puedo. Le cambio la cataplasma dos veces al día para tratar de erradicar el veneno. Le doy pociones. Las que utilizo habitualmente no han hecho ningún efecto, así que estoy probando con otra de enebro y huesos de comadreja. Fortalece la sangre. Lo aprendí de Artijes. Me pregunto cómo estará este hombre.

La versión. La versión de Escribonio. A1 principio, mi padre y mi tío tuvieron suerte. Cruzaron el mar sin incidentes y desembarcaron en Emporion. Desde allí fueron a una población llamada Cissa y la sometieron. Aníbal había dejado allí la impedimenta de todo su ejército y el botín fue considerable. En la ciudad capturaron a un príncipe hispánico, Indibilis, cabecilla de la tribu de los ilergetes, que dominaba el noreste de Hispania, desde los Pirineos hasta el Iberus. Tomaron a Indibilis como rehén. Su pueblo, que había apoyado a Cartago, se alió con Roma y mi padre añadió a su ejército dos mil ilergetes de infantería y quinientos de caballería.

Marcharon hacia el sur, Tarraco se rindió y con la ciudad las veinte galeras cartaginesas atracadas en el puerto. Cruzaron el Iberus y construyeron un auténtico campamento cerca de Ibera. Allí libraron batalla con un ejército casi igual de cartagineses, mandados por Asdrúbal, el hermano de Aníbal, que había subido desde Cartagonova.

La táctica de Asdrúbal fue la misma que la de Aníbal en Cannas. Tan pronto como avanzábamos, el centro de los cartagineses cedía terreno hasta que sus flancos atacaban los nuestros. Pero esta vez el resultado fue diferente. Con mi padre luchando en primera línea, nuestro centro se abrió paso e impidió que se cerrase la trampa que nos preparaban. Asdrúbal se retiró con grandes pérdidas. Los exploradores informaron que su hermano Magón se acercaba, procedente de Gades.

Tres semanas más tarde, tras haber contratado a otros cuatro mil hispánicos, mi padre y mi tío bajaron hacia el sur, en su busca. Entonces comenzaron los ataques. La caballería númida era algo que no habíamos visto jamás. Eran jinetes de sorprendente agilidad y rapidez. En grupos de diez o veinte, hostigaban y acosaban de día a nuestras unidades y por la noche el sueño de nuestros hombres. Unos iban armados con arcos y otros con hondas, y podían disparar ambos con gran puntería al galope y alejarse hasta donde no llegaban los pilos que se arrojaban. Las víctimas eran pocas, pero constantes.

Así que fue un ejército romano débil y nervioso el que entró en la cuenca del Betis por los alrededores de Cástulo. Los ejércitos estaban ya cerca. El paisaje se volvió triste y desolado, sin más vegetación que las carnosas aulagas, por lo que no teníamos madera apropiada para construir cercas. El terreno era como el pedernal y no había forma de cavar zanjas. Asdrúbal y Magón parecía que hubieran formado para la batalla y se hubieran retirado. Cuando Asdrúbal dio media vuelta y atacó inesperadamente, hicimos una especie de parapeto con acémilas e impedimenta. No sirvió. Los númidas picaban

como abejas irritadas. Sin saber cómo, en medio de la confusión, Indibilis escapó de sus guardias y corrió hacia los cartagineses. Los de su tribu lo siguieron como un solo hombre.

Sin preparativos, superados en número, estorbados por la impedimenta que no habían podido dejar en el campamento, porque no había campamento, los romanos cayeron abatidos; mi tío por una flecha en el ojo y luego una lanza en el costado, y mi padre por la espada. Que ambos murieran al principio de la lucha fue lo único bueno de aquel día: al verlos caer, gran número de manípulos se descompusieron; según Escribonio, habían quedado con vida unos seis mil soldados. Me pregunté dónde estarían.

Trabajé. La ira empezó a disfrazar el dolor. Una semilla crecía en mí, lenta, fuerte y segura. Solo en mi cuarto, llenaba tablillas con diagramas y listas. No se lo decía a nadie. Trabajaba hasta bien entrada la noche, trazando y retrazando con carbón posiciones y movimientos de tropas en pellejos de cabra estirados en bastidores. Daba vueltas y más vueltas en la cabeza a lo que había aprendido con mi padre en campaña, los errores que él había cometido, los que nuestro sistema le había hecho cometer. Analicé nuestras fuerzas, nuestras debilidades. Una y otra vez reviví las maniobras de Aníbal; se convirtieron en la esencia de mis sueños.

Hice planes y los repasé una y otra vez en el páramo de esas horas silenciosas y vacías de la noche, antes del amanecer, cuando el espíritu se hunde y sólo las lechuzas chillan en la oscuridad antes de saltar, despiadadas, sobre su presa. Estudié a fondo los pocos despachos que habíamos recibido después de la batalla de Cannas de diferentes rincones de Italia, y presté especial atención a la última y fatal campaña de mi padre, tal como la había descrito Escribonio. Cuando mis planes estuvieron listos, conté a Fabio las partes que le afectaban a él, los medios para mis fines y los de Roma.

Estaba descansando en el triclinio de su despacho. Vi que sus botas de lana tenían agujeros en las suelas. Lo anoté mentalmente para decírselo a Cornelia, que le llevaría otras recién hechas. Estaba ya muy frágil y perdía peso. Sus mejillas estaban hundidas y la piel le colgaba de los pómulos como papadas de lagarto. Bajo la rala barba, su mandíbula estaba gris.

Durante las dos horas siguientes, mientras las velas graduadas ardían, le expliqué todo lo que había aprendido, pensado y planeado. Había guardado silencio antes, dije, pero ahora estaba seguro. Aníbal había hecho innovaciones. Lo mismo debíamos hacer nosotros. Mi mayor prioridad era la caballería. No sólo Aníbal, también los númidas habían demostrado lo crucial que era. Nuestra tradición desdeñaba las escaramuzas. Yo quería que cambiara. Quería que la armadura de nuestros legionarios fuera menos pesada. Y propuse abandonar los campamentos con empalizada y los carromatos. Mi ejército viajaría ligero, sin herramientas de cavar, por ejemplo, protegiéndose con muchos más y más rápidos exploradores. Cada hombre llevaría su propia ración de comida, suficiente para tres días. La nueva flota estaba lista. Trabajaría en cooperación con ella y la utilizaría para aprovisionar a mis hombres. Lo siguiente era que quería abandonar nuestra formación habitual en tres cuerpos. Era difícil de romper, pero no podía doblarse; y aunque podía avanzar y retroceder, no podía dar la vuelta, y esto era indispensable para lo que me proponía. Los manípulos operaban como una unidad, admití, pero no como individuos. Como habían demostrado los desastres que habían caído sobre nosotros, no tenía sentido dividir a los asteros, los principales y los triarios en razón de la experiencia y de la edad; estos factores ya no eran aplicables.

Luego estaba el asunto del mando, que ostentaría sólo yo. Para propiciar la agilidad, todo el ejército en acción recibiría las órdenes directamente de mí, y a este fin tenía

intención de hacerme visible, muy visible, poniéndome una capa de color rojo sangre. Quería que mis tribunos se empaparan de mis planes, mis sistemas y mi pensamiento, para que cualquiera pudiese tomar el mando si yo caía herido o muerto.

Finalmente, expliqué a Fabio un nuevo sistema de señales que había inventado. Era el asunto al que había dedicado más tiempo. En Cannas, y antes, me había dado cuenta de lo confuso que era nuestro sistema de órdenes con trompeta: no menos de treinta y ocho señales diferentes; incluso a los que estaban acostumbrados a ellas les costaba distinguirlas. Los triarios solían decir que cuando las reconocías todas, la licencia estaba cerca.

Era desesperante. Las órdenes eran difíciles de distinguir sin el casco, y más difíciles aún con el casco puesto y en plena batalla. Recordaba las trompetas resonando inútilmente en Cannas. «¡Variación derecha con vista al frente!», «¡Vista a la derecha y de frente!», «¡Vista y variación derecha!», y unos soldados viraban hacia la izquierda y otros a la derecha cuando de repente se oía, siguiendo las órdenes embriagadas de Varrón, una nota más alta, «¡Variación y vista a la derecha!», y luego otra más alta aún, «¡Vista a la derecha y variación izquierda!», luego otra, «¡Cerrad filas!», y la muerte seguía fluyendo, sí, sí, cómo lo recordaba. ¿Fue en medio de semejante confusión como murió mi padre?

Silbatos metálicos de nota aguda, no trompetas, tal era mi solución, y habría nueve órdenes simples, nada más. Para «¡Carga!» todavía serviría la trompeta. Pero para las otras ocho se utilizarían silbatos y cada uno tendría un sonido propio y distinto: «Doblar filas», «Reducir filas», «Doblar columnas» « Reducir columnas», «Capitanes de columna, a formar manípulos», y luego las tres vitales, «Alto», «Persecución» y «Retirada». Se oirían, estaba seguro, incluso por encima del clamor de la batalla, cuando el ruido ahogara las trompetas.

Cuando terminé, Fabio se quedó en silencio un rato. Luego dijo:

—Eso es revolución, no evolución. Verás, Publio, deben de quedar ya muy pocos hombres en toda la cuenca mediterránea a quienes podamos reclutar. Hemos rebañado el plato. ¿Y qué hemos obtenido? ¿Dos legiones? —Asentí con la cabeza—. ¿Y me estás pidiendo que apoye un plan para llevarte a Hispania la última esperanza de Roma, exceptuando a Metelo que está en Sicilia, y dejar Roma sin guarnición?

—Exacto, señor... aunque propongo dejarte, digamos, quince manípulos.

—¿De reclutados a última hora?

—Sí. Pero espero encontrar los restos del ejército de mi padre. Y como hizo él, contrataré tropas...

—¡Si puedes!

—Sí, señor. Si puedo.

—Entiendo. Entiendo. —Distraído, Fabio se frotó la barba y cerró con fuerza los ojos ciegos y húmedos. La piel que los rodeaba era gruesa y estaba cubierta de motas, como la vitela mala que se ve en los puestos de los mercados. Aparté la vista y miré las manchas del techo—. Entiendo tu razonamiento —dijo por fin—. Si Asdrúbal y Magón marchan ahora sobre Italia y se reúnen con su hermano, estamos perdidos. Tú puedes estorbarlo o impedirlo, estoy de acuerdo. Pero sabes lo que le pasó a tu padre. ¿Por qué ibas a tener éxito donde él fracasó? ¿Por qué?

Era, lo sabía, una pregunta retórica. No dije nada.

Pareció quedarse dormido. Estaba a punto de irme del despacho cuando, de repente, habló de nuevo.

—Pero son tiempos desesperados. Déjame pensarlo durante dos días. Ahora quiero descansar.

Me levanté. Estaba abriendo ya la puerta cuando Fabio me detuvo.

—¿Publio?

—¿Sí, señor?

—Eres un joven realmente notable.

Lelio me estaba esperando en el atrio cuando llegué a casa. Su cara se iluminó al verme. Hizo el gesto de levantarse de la silla.

—Publio . . .

—¿Qué estás haciendo aquí? —le interrumpí.

Estaba agotado por la vehemencia y el apremio con que había contado a Fabio mis planes. Quería estar solo. Pero entonces vi el rechazo en su expresión, el desconcierto y el dolor cuando volvió a sentarse.

—Yo... sólo he venido a decir...

—¿A decir qué?

—Que lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Siento lo que te. .. —Se detuvo, expulsó el aire y pareció cambiar de idea. Me miró fijamente desde el otro lado del atrio y prosiguió—. Sólo he venido a decir que siento lo de tu padre y tu tío. Yo. . .

—Eso está muy bien, Lelio —dije. El silencio se interpuso entre nosotros como un manto. Tenía ganas de orinar—. Perdona, pero tengo que ir a la letrina.

—Entonces, me iré.

—No, no te vayas. Quédate, por favor. ¿Has comido?

—No.

—Entonces come conmigo. Díselo a Cornelia, ¿quieres? Estoy seguro de que habrá suficiente para dos.

Ya ves. Dije que guardaría silencio, pero esto es vital para lo que sigue. He aquí a un hombre que nunca ha estado comprometido emocionalmente. Su amistad ha sido sólo para las abstracciones, no para las personas, para las ideas y no para los sentimientos. Casi no conoce el amor paterno. Su verdadera vida ha sido una baja de guerra. Nunca jugó, según parece, ni tuvo amistad con nadie más que con Lelio, aunque esta relación apenas podía recibir el nombre de amistad. Ni siquiera se ha enfrentado a la cuestión de su propia sexualidad. Nunca se ha pronunciado sobre lo que casi pasó, o sobre qué parte de él quería que pasara, cuando estuvo con Lelio la noche que se enteró de la muerte de su padre. La homosexualidad no es forzosamente mala. Los romanos la aborrecen, pero los que como Catón la condenan nunca se han preguntado a sí mismos por qué.

En el hombre que yace enfermo en la cama, delante de mí, veo a un joven al que se le ha denegado la juventud y, como resultado, a un hombre de gran talla intelectual, pero no emocional. Lo amo por lo que ha perdido, por todas las cosas que no le sucedieron y por las que nunca le sucederán. Al haber perdido su juventud, ni siquiera parece acusar las heridas de la edad. Nunca, por ejemplo, tendrá en brazos a un nieto, y eso es una herida para los romanos y su agudo sentido de lo que ellos llaman memoria. Su vida parece meteórica y veo ante mí al romano más grande que ha vivido nunca, aunque vivió a pesar de sí mismo, enfurecido y confuso, huyendo de sí mismo, fustigado por alguna oscura vergüenza. Adicto a la guerra, presa de un dolor inconfesado, Escipión perdió hace tiempo la capacidad de vivir en paz. Ahora podría tener tiempo de buscarla, pero ningún camino vuelve al jardín de nuestra juventud cuando ésta se ha ido.

Comimos. Hablamos. Tras obligarle a prometerme que guardaría el secreto, le conté mis planes. Nos habíamos reconciliado. Cuando se fue, bien entrada la noche, y con toda la casa durmiendo, nos dimos un abrazo. Bostecé en su hombro y se fue.

A la mañana siguiente, antes de ir al Campo de Marte para ver cómo iba el entrenamiento de la infantería y la caballería (si Fabio accedía a lo de Hispania, tendríamos que cambiar las prácticas), hice algo que había estado cavilando. Había preguntado a Fabio su opinión, pero me había dicho que era asunto mío. Pero había accedido a dejarme una de sus nuevas galeras, y sabía que al concedérmela me estaba dando su apoyo tácito. Era muy celoso en el mantenimiento de la nueva flota y la tenía constantemente patrullando por los mares Baleárico y Adriático, así que darme una galera fue ciertamente un detalle generoso. Y si accedía a lo de Hispania, tendría que darme más.

Lucio estaba donde esperaba que estuviera, en su habitación, dormido. El lugar apestaba a sudor y a vino rancio. Había ropa sucia en el suelo. Abrí las cortinas y el vigorizante sol primaveral entró a raudales.

—¡Lucio! —grité—. ¡Levántate!

—¿Para qué? —murmuró bajo las frazadas.

—Porque te lo digo yo.

—Ah, el hermano mayor.. . y ahora padre, supongo. ¿Has venido a reñirme?

Se sentó, se estiró y bostezó. Cuando cayó la manta, vi que todavía llevaba puesta la túnica.

—¿Es que ni siquiera te desnudas para dormir, Lucio?

—Publio, eres mi hermano, no mi niñera, ¿Qué quieres?

—Pensé que te gustaría hacer un viaje. Un poco de brisa marina te vendrá bien.

Saltó de la cama, entusiasmado.

—¿Dónde? ¡Me gustaría salir de aquí! ¿A Egipto o a Cirene?

—A ningún lugar tan exótico, hermano. En caso de que no te hayas dado cuenta, hay una guerra en curso.

—Bueno, ¿dónde voy a ir entonces?

—A Sicilia, con Marcelo y el sitio de Siracusa. En barcaza hasta Ostia, donde te estará esperando una galera. Empaqueta tus cosas y sal dentro de una hora. —Di media vuelta para irme.

—Publio, si crees que voy a ir a Sicilia, estás muy equivocado.

Me detuve, pero no me volví.

—Lucio, voy a enviar un manípulo armado. Irás a Ostia con ellos como..., bueno, como escolta, si no quieres ir solo. Por respeto a nuestro padre, te doy esa elección. Sólo tú puedes hacerlo. Ahora he de irme. ¡Ah! Dale recuerdos a nuestro primo Claudio Marcelo. A ti te deseo un viento favorable. Adiós.

Yo... yo todavía no sé si... si... Fabio realmente...

Se ha dormido. Le dejaré tranquilo. La fiebre todavía es muy alta. Aurio acaba de entrar. Parece alarmado. Quiere que vaya a ver a Mulca. Iré.

—Trae dos braseros, Aurio. No, que sean tres —dije, una vez en la habitación de Mulca.

—Pero, Bostar, eso...

—Sí, eso dará mucho calor. Mucho calor.

Puse la mano en su hombro y le miré a los ojos. Aurio no apartó la mirada. Aquello no era propio de él y de repente me di cuenta de lo preocupado que estaba. ¿Amaba a Mulca? Pensé en lo misteriosos y suaves que son los vínculos entre las personas, como las raíces de las setas en la tierra. No se ven, pero eso no quiere decir que no existan.

—Aurio, tengo que intentarlo. Todo lo demás ha fracasado. Tenemos que hacer que sude todo el veneno que lleva dentro.

—Bostar. —La nuez de Aurio subía y bajaba mientras se esforzaba por encontrar las palabras—. ¿Se está. . . Mulca se está muriendo?

La miré, tendida en la cama, dormida pero agitándose, trémula ante el tránsito de su luz. Su piel estaba gris, su pelo cubierto de sudor. Había adelgazado mucho; los huesos de la cara le sobresalían.

—Quizás, Aurio —dije tan dulcemente como pude—. Quizás.

—¿Así que este calor podría matarla?

—¿Matarla, Aurio? Sí. O curarla.

El caldo estaba bueno, Bostar. Gracias. Me alimentas con cuchara como a un niño. Pero me siento fortalecido. Bien, ¿por dónde iba? Tengo que darme prisa. Ya hace cuatro días que llegó el mensaje de Teógenes. Debe de quedar poco tiempo.

Las últimas palabras que dictaste fueron: «Yo todavía no sé si Fabio realmente».

Ah, sí. Ya recuerdo. Gracias. Todavía no sé si Fabio realmente estaba de acuerdo conmigo o si las noticias de Filipo de Macedonia le empujaron. Tres barcos nuestros capturaron una galera macedonia en mitad del Adriático. En la galera iban pertrechos del rey Filipo, destinados, según confesaron bajo tortura, a Italia y a Aníbal. Querían proponerle una alianza con Filipo y contra Roma, y Filipo se ofrecía a invadir la costa

iliria y a fomentar revueltas en todas las colonias romanas. Con el tiempo, incluso invadiría Italia. Juntos, podían aplastar Roma.

—Es —dijo Fabio en el Senado— tan imperioso como obvio que esta alianza no se formalice. No podemos desafiar a Aníbal en Italia, al menos por el momento. Parece igualmente que al faltarle o voluntad o equipo de asedio, al menos por el momento tampoco puede desafiarnos aquí. Roma está a salvo tras sus poderosas murallas y, mientras lo esté Roma, Italia también lo estará. Tenemos que ensanchar el teatro de la guerra. Así pues, oh padres, os anuncio que doy apoyo a un arriesgado plan que me ha detallado Publio Cornelio Escipión. Puede que os parezca imprudente; pero es, creedme, nuestra única esperanza.

Así, sin decírmelo antes, respaldó Fabio mi invasión de Hispania. El Senado estuvo de acuerdo; había muchas cosas que hacer. Mi prioridad principal era readiestrar a las dos legiones que me iba a llevar y empecé soltándoles un discurso en el Campo de Marte, donde en aquel momento aparecían las primeras flores primaverales. No podía estar seguro de que mi voz llegara a tantos hombres, formados en filas delante de mí, así que pronuncié un discurso muy sencillo. Claro que mi plan también lo era.

—Soldados romanos —comencé—, en esta oscura hora para Roma, nosotros somos su luz. Y como los padres de nuestros padres habrían hecho, vamos a responder al peligro con la osadía. Como hizo mi padre, vamos a invadir Hispania. —Vi sorpresa en las caras de las primeras filas, oí murmullos de desánimo. Elevé la voz—. Sé lo que vais a decir: que sufriremos la misma suerte, pero a eso respondo no y dos veces no. Y lo digo porque vamos a cambiar.

Y lo expuse. Había tres puntos. Dije que nosotros, la última esperanza de Roma, basaríamos nuestra campaña en la agilidad, la movilidad y la claridad. En estos tres puntos. Nada más. Para lo primero, dije, abandonaríamos la formación en tres cuerpos, salvo que conviniera al terreno o a la situación. También abandonaríamos la práctica habitual romana de poner la infantería en el centro. En su lugar, pondríamos infantería pesada en los flancos. En el centro, la infantería ligera, los vélites, actuarían como una esponja para arrastrar al enemigo mientras nuestros flancos se cerraban como una ratonera de acero. En cuanto a la movilidad, no llevaríamos carros, vestiríamos una armadura más ligera (este punto fue acogido con gritos de alegría), y cada cual llevaría encima todo lo que necesitara. Dije que me proponía triplicar el número de exploradores y de jinetes, que serían nuestros ojos y oídos. Por claridad, expliqué, me refería a claridad de comunicación. Había llevado la capa rojo sangre. La desplegué y dejé que la vieran. Dije que ya no habría más sesiones de toques de trompeta. Finalmente, les pedí que sus pensamientos y sus temores me los contaran a mí y los comentaran entre ellos.

—Combatiremos y venceremos —añadí—, porque lo haremos no como muchos romanos, sino como uno solo.

Del bolsillo de la capa saqué un silbato de estaño. Mi discurso terminó con un toque de silbato y entre los vítores tumultuosos de los soldados.

Las semanas que siguieron fueron obsesionantes y puras. Empezaron con Fabio, los dos solos.

—¿Crees entonces que otras tres semanas, Publio? Aparte del entrenamiento, ¿qué otra cosa estás esperando?

—Los caballos que pedimos a Liguria. Pero quiero tu permiso para algo más.

—¿Qué es?

—Barcas, señor. Barcazas.

—Pero yo había supuesto que utilizarías la flota. Disponemos de ochenta galeras ahora, como sabes.

—Yo también había pensado eso, señor, pero he cambiado de idea. Creo que las necesitarás para patrullar. ¿De qué serviría que yo invadiera Hispania si, mientras estoy fuera, los cartagineses envían a Aníbal equipo para sitiar por mar, o Filipo pasa a Italia, o las dos cosas? No, las patrullas no deben interrumpirse. Tenías razón al decir que podíamos perder esta guerra en tierra, pero que la ganaríamos en el mar. Así que quédate las galeras, venerable padre. Las tormentas de invierno han pasado. Las barcazas me bastarán.

—¡Pero tardaremos meses en construirlas!

—No necesariamente. Ya lo he analizado. Los constructores de barcos dicen que el tiempo se va en encajar las junturas y abrazaderas de cobre. Es lento y monótono, tablón por tablón.

—¿Y cuál es la alternativa, Publio?

—Hierro. Clavos de hierro. Si unimos la madera con clavos, tendremos las barcazas que necesitamos en menos de la mitad de tiempo.

—Pero incluso yo...

—Perdón, señor, pero también lo sé. Los clavos de hierro se oxidarán y las barcazas se romperán. Ya lo sé, pero nos llevarán a Hispania.

—¿Y para volver?

—Sabemos que los cartagineses tienen flota... unas galeras están atracadas en Tarraco, otras en Cartagonova. Mi intención, señor, es volver en esas galeras; o no volver.

Seguimos discutiendo qué oficiales vendrían conmigo y cuáles se quedarían. Dije que quería a Lelio, a Metelo, a Afer y a Pío. Propuse que Frontino, que tendría el mando de los manípulos que dejara en la ciudad, y Póstumo, que sustituiría a Lelio como cuestor del erario, deberían quedarse y que Flavio debería seguir como prefecto de las murallas.

Fabio estuvo de acuerdo enseguida.

—Me gustaría quedarme con Catón —dijo—: Se ha vuelto indispensable.

—Lo he notado.

—¿Es envidia lo que percibo en tu voz, Publio?

—No, señor. Pero no voy a tratar de ocultar mi disgusto por Catón... ni mi desconfianza. Y en todo caso, no distingue un pilo de una honda. Así que quédatelo y no lo sueltes.

—¿Y Escribonio?

—No lo quiero.

—¿Aunque sea el soldado con más experiencia que tenemos?

—Eso lo concedo, señor, pero a la manera antigua, no a la nueva. Quiero oficiales con la mente abierta. De todas formas, lo necesitarás aquí si Aníbal aparece.

Luego hablamos de las comunicaciones. Fabio estuvo de acuerdo en que deberíamos enviarnos despachos, si era posible, al menos dos veces al mes. A este fin sugirió que pondría dos galeras veloces a nuestra disposición para que hicieran de correos. Ambas

nos acompañarían hasta Hispania protegiendo las barcazas y luego una volvería directamente a Ostia, mientras la otra esperaría en las costas de Hispania mi primer despacho para Roma. Estuve de acuerdo.

—¿Adónde te dirigirás, Publio? ¿A Emporion, como tu padre, y luego bajarás siguiendo la costa?

—No, señor. Mi padre fue demasiado lejos, demasiado aprisa.

—¿Dónde, entonces? ¿Más al norte?

—No, señor. Quiero ir más lejos, más aprisa. Desembarcaremos inmediatamente al norte de Cartagonova. Para matar a una serpiente, hay que cortarle la cabeza.

Así pues, con la bendición de Fabio y del Senado, distribuí las órdenes. Ninguna fue desobedecida. Sólo una vez discutió alguien una y fue Frontino, cuando le dije que nuestros manípulos estarían ordenados por familias y amigos. Quería lazos estrechos, no el orden de recluta, para determinar quién luchaba al lado de quién.

—Pero los hombres de los manípulos se han acostumbrado ya unos a otros —protestó.

—Frontino —respondí—, no me importa cómo se hacía antes.

No sentí nada la mañana de nuestra partida. Lo que podía hacerse estaba hecho y era hora de partir. Mi despedida de Cornelia fue fría y distante. Supe que quería llorar al ver al último Escipión de Italia irse a la guerra, y no tenía tiempo para las lágrimas. Sólo cuando le dije adiós a Frontino sentí un nudo en la garganta.

—Recuerda, Fabio me enviará despachos —le dije—. Sé mis ojos y mis oídos, Frontino, recuérdalo.

—Lo seré. . ., aunque no tus piernas —fue su respuesta.

Dejé a Fabio en su despacho del Senado. Se levantó, me rodeó con los brazos y me dijo que tuviera cuidado, nada más.

He de darme prisa, Bostar, he de darme prisa. Debe de quedar muy poco tiempo. ¿Cuántos días han pasado desde el último mensaje de Teógenes? ¿Cinco? ¿O cuatro?

Cuatro, Escipión, cuatro.

Entonces he de darme prisa. Me siento más fuerte. Aurio, tráenos una infusión.

En una sola columna, con los caballos, en alerta máxima, por la mañana temprano, salimos de Roma, vadeamos el Tíber y marchamos, protegidos por los exploradores, hacia Ostia. Las barcazas y las dos galeras estaban allí. El viaje por mar hasta Hispania transcurrió sin novedad. Una cuerda se rompió y perdimos seis caballos que cayeron por la borda, pero nada más. El mar estaba calmado y tranquilo, y los delfines saltaban y centelleaban.

No vimos otros barcos. Llegamos a Hispania y seguimos la costa hacia el sur. Fui de barcaza en barcaza, explicando mis planes a todos y cada uno de los soldados, manípulo por manípulo. Mis planes eran tan sencillos y tan improbables que estaba seguro de que resultarían. Nuestros hombres parecían creerme. Lelio tenía dudas, pero convino en guardárselas para sí.

—Nuestra auténtica batalla —dije— es contra la mentalidad de los hombres que hay aquí. ¿Recuerdas a Eufanto? —Lelio se echó a reír——. *Potest quia posse videtur*, decía.

En el centro de mis planes había otro sistema nuevo de señales. Si divides un ejército, ambas mitades deben ser capaces de comunicarse, incluso a través de una gran distancia, y era a este problema al que había dedicado más tiempo, mucho antes de que dejáramos Roma. Si mi solución funcionaba, conseguiríamos nuestro objetivo. Así que, día tras día, lo ensayábamos. Hice que las barcazas donde estaban las estaciones de señales se alejaran tanto que casi se perdieran de vista, y a menudo era así realmente, a causa del oleaje.

El ejército romano emplea mi sistema en la actualidad de un modo normalizado. Lo utilizamos en Siria y en Macedonia. Seguirá utilizándose cuando me haya ido, así que me parece justo, a pesar de mi falta de tiempo, que lo consigne aquí. Si encuentras esto oscuro, Bostar, suprímelo más tarde.

Hay veintiuna letras en el alfabeto romano... aunque es posible que aumenten, pues, a despecho de las opiniones de Catón, no hacemos más que asimilar griego. Dividí las letras en cuatro grupos de cuatro y uno de cinco. Luego puse las letras en cinco tablillas, numeradas del uno al cinco. A cada letra le di un número e hice que mis agentes de señales se los aprendieran de memoria. Cada agente, un centurión, tenía a sus órdenes dos grupos de transmisores de señales... uno a la izquierda y otro a la derecha, cada uno situado detrás de una mampara. Cada grupo debía de tener al menos seis antorchas encendidas preparadas y la finalidad de las mamparas era ocultar las antorchas cuando no las estuvieran utilizando.

Cuando el encargado de las señales estaba listo para enviar una, levantaba dos antorchas y el que tenía que recibir el mensaje levantaba otras dos. Entonces retiraban las antorchas y emitían el mensaje. Esto representaba deletrear cada palabra. El número de antorchas que asomaban por encima de la mampara izquierda indicaba el número de la tablilla, y el número de antorchas que sobresalían de la mampara derecha indicaba la letra de la tablilla.

No había olvidado el comentario de mi padre de que nuestra palabra ejército viene de «ejercicio». Nos ejercitamos practicando mi nuevo sistema de señales hasta que todos los interesados se acostumbraron a él. Resultó crucial en lo que estaba por venir.

La ciudad de Cartagonova, construida por el padre de Aníbal, Amílcar, como centro de la influencia cartaginesa en Hispania, estaba formidablemente defendida. Basándome en el informe de Escribonio y en los de los espías que habíamos enviado a Hispania, había trazado su plano varias veces. Sus murallas se elevaban en una bahía protegida. A1 oeste, sus muros son más altos, dominan una llanura fértil y los caminos de las minas de oro y plata que se dirigen tierra adentro y hacia el sur. Así que, razoné, los muros que daban al mar tenían que ser los más vulnerables. Hacia el norte, un ancho cuello de tierra montañosa sobresale y protege la bahía, convirtiéndola en un fondeadero natural maravilloso. Pero también quiere decir que, pegándonos a la costa, podíamos aproximarnos sin ser vistos. Y eso es lo que hicimos. Desembarcamos al anochecer, y acampamos entre las colinas y los árboles. Di las órdenes. Bien entrada la noche, a la luz de las antorchas, los carpinteros estaban ocupados haciendo escalas.

Nos levantamos antes del amanecer y comimos. Envié por delante a los agentes de señales, dos grupos, uno a la cima de la colina a cuyo abrigo habíamos acampado, el otro muy al oeste, a la cima de la primera colina que dominara la llanura, pero que también tuviera una buena vista de los muros occidentales de Cartagonova. Allí fui yo, con sólo diez hombres. A las órdenes de Lelio, hice que embarcaran mil hombres de infantería ligera: doscientos cincuenta en cada galera, el resto en barcazas. El grueso de

nuestro pequeño ejército, unos nueve mil hombres, se adelantó a las órdenes de Metelo y Afer, listo para atacar la muralla occidental.

Fue sencillo. La fuerza principal atacó poco antes de amanecer. Los vi escabullirse, con las flechas incendiarias rasgando el cielo. Esperé, esperé, hasta que pensé que todos los defensores habrían ido a la muralla occidental. Entonces di la señal: «¡Lelio, ataca!» y cabalgué para reunirme con Metelo y Afer. Eso fue todo.

Cuando terminé de cruzar la llanura, las puertas occidentales estaban abiertas y nuestros hombres estaban entrando. Perdimos algunos hombres cuando intentaban escalar la muralla por el este, al romperse algunas escalas. Pero tal como habían esperado, según dijo Lelio, habían encontrado la muralla oriental e incluso las calles de la ciudad prácticamente vacías: todos los habitantes de Cartagonova estaban en la muralla occidental y nuestros soldados habían llegado hasta las puertas sin encontrar ninguna resistencia.

Nuestra fuerza principal sólo encontró una pequeña guarnición de unos dos mil hombres, todos mercenarios hispánicos menos un cartaginés que resultó muerto, según informó Afer, al resistirse. Así que, a cambio de cinco romanos muertos y seis heridos, Roma capturó Cartagonova. Se considera una de mis mayores proezas. Pero he contado lo sencillamente que se hizo. Orden, previsión, planificación. Suerte, sí. Eso también, pero he descubierto que Fortuna sonríe a quienes preparan y planifican. Envié un despacho rápidamente a Fabio. Aquello daría ánimos a Roma.

Nuestro botín fue prodigioso. Encontré seis mil talentos de oro en el tesoro y los añadí a los cofres de guerra que había traído de Roma. También había gran cantidad de munición, metales y comida, así como numerosos esclavos, que encontramos escondidos en edificios y casas. Bajo vigilancia romana, los más capaces se pusieron a trabajar inmediatamente, haciendo espadas y escudos.

Los prisioneros no hablaban latín. Algunos sabían algo de griego y les pregunté si ellos y sus compañeros querían ser colgados o unirse a nosotros. Preguntaron cuáles eran las condiciones. Se lo dije y accedieron. Uno de ellos, Afitano, había oído algo sobre lo que quedaba del ejército de mi padre. Habían invernado, al parecer, cerca de Tarraco. Confié en Afitano absolutamente. Tenía ojos sinceros. Sus largas y suaves pestañas castañas aleteaban cuando hablaba. Una vez que me hubo asegurado que sólo había dos ejércitos cartagineses, uno dirigido por Magón en Gades y el otro por Asdrúbal cerca del río Tagus, sometiendo a una tribu que se había rebelado, me sentí seguro. Envié a Lelio al instante con la galera que quedaba y todas las barcazas, diciéndole que trajera tantos hombres como pudiese. Si había más de diez mil, debería hacer que el resto marchara por tierra siguiendo la costa.

Pregunté a Afitano cuánto tardaría Magón en llegar a Cartagonova una vez supiera que estábamos allí. Me respondió que podía tener galeras en el puerto en el plazo de dos días. ¿Y su ejército de treinta mil hombres? A marchas forzadas, tardarían doce días, me dijo. Yo tardaría al menos tres o cuatro semanas antes de tener todos mis refuerzos y no sabía en qué estado se encontrarían. Así que hice lo que Fabio habría hecho: retrasarme.

Por Afitano supe que Magón enviaba regularmente galeras de exploración a Cartagonova. Cuando me dio detalles completos sobre las señales que enviaban a la ciudad y las que esperaban, le di una bolsa de oro. Cuatro días después, apareció una galera cartaginesa. Me aseguré de que no hubiera romanos en las murallas y, con una bandera, Afitano envió la señal de «Todo en orden». El barco respondió, levó anclas y desapareció.

En la ciudad, los herreros estaban ocupados: teníamos almacenes llenos de relucientes armas nuevas. Las semanas pasaron. Con dos o tres exploradores camuflados yo exploraba todos los días. Dejando a Afer con el mando, viajé durante seis días con Metelo y dos decuriones. Encontré lo que estaba buscando al oeste, tierra adentro, más arriba del río Betis, al lado de donde mi padre había muerto. El lugar era perfecto. Un plan crecía en mi mente.

Cuando volvimos, encontramos la ciudad abarrotada de soldados romanos. Me saludaron con alegría. Lelio había metido once mil en las barcazas, que hacían agua por todas partes, y había vuelto costa arriba a por otros tres mil que había dejado marchando hacia nosotros. Así que, con los mercenarios hispánicos, pronto tendría un ejército de veinticinco mil soldados. Decidí que era el momento.

Envié a buscar a Afitano.

—Elige cuatro hombres —le dije— y cuatro buenos caballos. Llévate a un hombre contigo y ve a Gades. Dile a Magón el cartaginés que otro Escipión ha llegado a Hispania para vengar la muerte de los dos últimos Escipiones que vinieron aquí.

Mirándome con extrañeza, Afitano asintió.

—¿Y los otros dos? Supongo que irán a buscar...

Sonreí, recuerdo, en la muralla oriental de Cartagonova, mirando al mar.

—Sí, a buscar a Asdrúbal con el mismo mensaje. Ahora ve.

A la mañana siguiente seguí entrenando. Ya no me escondería. Los caballos que habíamos comprado necesitaban mucho ejercicio y tenía que enseñar a las antiguas tropas de mi padre y a los hispánicos nuestra nueva estrategia de guerra. Entonces llegó Lelio con lo que quedaba del ejército de mi padre y todos los días hacíamos ejercicios en la llanura que había delante de Cartagonova, volviendo, cubiertos de polvo, al oscurecer. A menudo subía a la colina desde la que había enviado las señales a Lelio y contemplaba a mi ejército entrenando abajo. No hacía sino confirmárseme la intuición de que una batalla está en la preparación, la planificación y la perspectiva de los generales. Una vez que la lucha cuerpo a cuerpo ha empezado, hay poco que un caudillo pueda hacer. Mis planes contra Magón tenían que ser seguros. Él conocería todas las maniobras que había visto ejecutar a Aníbal. Habría otras. ¿Cuántas y cómo serían?

Doce días después de enviar a los mensajeros, di nuevas órdenes.

Todo esto es distante, práctico, cerebral, claro... y sin vida. De nuevo, nada de sentimientos. Quizá sea el resultado de la fiebre. Quizá sea porque es demasiado consciente del tiempo. Quizá sea así como le pareció en aquel momento. No lo sé. Pero aunque me duelen los dedos de tanto escribir, no dejaré de expresarlo como él dice.

Salimos de Cartagonova. Hice que los muros que podría necesitar luego quedaran intactos, pero todas las casas y edificios fueron derribados o incendiados. Hice que los pozos (había ocho) fueran envenenados arrojando cabras muertas dentro. Hicimos un campamento donde lo habíamos hecho antes y situé exploradores, centinelas y puestos de señales en el campo.

Estaba sentado en un árbol caído, bien entrada la noche, mirando las estrellas y pensando, cuando vi las antorchas de las señales en la colina occidental. «F—u—e—r—

z—a—s—a—p—r—o—x—i—m—á—n—d—o—s—e.» ¡Magón! ¡No podía ser! Me levanté de un salto. «P—o—r—e—l—n—o—r—t—e.» No, no podía ser.

Llegaron al amanecer. Por entonces, gracias a otras señales, sabía ya quiénes eran. Hispánicos, casi dos mil, todos montados en jacas paticortas y peludas, guiados por un hombre alto y ágil llamado Edeco. Cuando Lelio lo condujo hasta mí, me llamó rey en mal latín y peor griego, y añadió que era el príncipe de su tribu, los edetanos, y que me ofrecía. . .

Entiendo. «Me ofrecía. » A Roma no. ¿Podría Catón tener razón de nuevo?

. .. Sus servicios y los de su pueblo a cambio de liberarlos de la tiranía de Cartago. Respondí que me parecía bien.

Ya tenía más jinetes. Pero recordando lo que le había ocurrido a mi padre, decidí mantenerlos en la reserva. De niño casi no jugué al ajedrez. No había tiempo. En cambio, ya de adulto, he jugado con piezas de verdad.

Al mando de Afer dejé quinientos hombres y la galera en el lugar en que habíamos atracado. Quería que estuviera preparado para llevar a Fabio las noticias que esperaba enviarle. Cuando estábamos a punto de levantar el campamento, volvió la segunda galera. Salí personalmente a su encuentro y cogí con ansiedad el papiro que el corpulento compañero me tendía desde cubierta. Vi mi nombre escrito con la cuidadosa caligrafía de Fabio. Quería leer el papiro allí mismo, pero sabía que no sería apropiado. Volví a la costa.

Fabio me decía tres cosas: que, entusiasmados por la toma de Cartagonova, él y Roma estaban estupendamente; que Aníbal había marchado por fin sobre Roma; y que Marcelo había invadido Siracusa. Yo estaba rodeado de hombres expectantes y silenciosos que sólo tenían ojos para mí. Los miré y volví a leer el papiro, esta vez en voz alta. Se elevó un rumor... miedo por Roma, alegría por Siracusa, confusión, inquietud. Levanté el brazo pidiendo silencio y proseguí:

—«Pero Aníbal no tiene equipo de asedio y somos inexpugnables tras las murallas. A pesar de todo, el pueblo está asustado. Así que me dirigí a la muralla oriental, ante la cual está acampado Aníbal. Catón y otros vieron al cartaginés claramente, un poco más allá de un tiro de honda, con armadura negra, en un caballo enorme, blanco y piafante.

»Sin duda conoces el terreno en el que están acampados él y su ejército —proseguí—, cultivado y fértil en tiempos de paz, regado por el Clitumno, y propiedad de mi familia desde los primeros tiempos de Roma. A lo largo de los años he recibido muchas ofertas por él, pero nunca lo he vendido. Ahora lo he hecho. En aquel trance lo puse en pública subasta. Aníbal envió hombres para enterarse de lo que estaba pasando. No nos opusimos. La tierra se puso a precio normal. Recordarás a Aponio Celerio, que comercia con lana. . . o lo hacía antes de la guerra. Él compró el terreno. Aníbal se alejó.

»En cuanto a Siracusa. . . »

El resto quedó ahogado por una fuerte, estridente y ensordecedora aclamación. Los soldados golpearon los escudos con la empuñadura de las espadas y arrojaron los cascos al aire. La marea, parecía ser, volvía. Era hora de despejar el campo.

Pero Magón me empujaba. Los exploradores informaban de que su ejército había ocupado el mismo terreno que yo había elegido para mí. Se movía más lejos y más

deprisa de lo que yo había pensado o Afitano había reconocido. Nunca debe subestimarse al enemigo. Estaba acampado en el valle del Betis, en una posición fuerte, en un paraje montañoso cerca de Baecula, no lejos de Cástulo y sus minas de plata, donde había muerto mi padre.

Conocía el lugar. Magón había formado en orden de batalla en una meseta, exactamente donde había planeado hacerlo yo. Su retaguardia estaba protegida por el río, los accesos por los flancos eran difíciles y escarpados, y por la parte frontal el terreno descendía en terrazas inclinadas hasta la llanura de abajo.

Cuando llegamos allí y los hombres vieron la posición del enemigo, se desanimaron. No dije nada, pero me retiré a mi interior. Esperamos durante tres días, cuatro. Recorrí el terreno una y otra vez, cada hondonada, cada altura. Tenía que haber una forma. Nos estábamos quedando sin agua y sin comida. Envié exploradores a inspeccionar las entradas del valle, por si Asdrúbal era aún más rápido que su hermano: mi plan no funcionaría si nos atacaban por la retaguardia. Aquella noche, bajo las brillantes Cabrillas, expliqué a mis oficiales y a todos los centuriones y decuriones los detalles de mi plan, y les ordené que lo comunicaran a sus hombres.

—Funcionaremos como un solo hombre y como un solo cuerpo —dije.

Dividí el ejército en tres. Los puestos de señales, de nuevo, fueron cruciales. Metelo guió el ataque, con la infantería ligera y los hispánicos, y, apoyado por cinco manípulos de infantería pesada, se dirigió en línea recta, pendiente arriba, hacia el centro de Magón. Las otras dos unidades, una bajo mi mando y la otra bajo el de Lelio, se quedaron al pie de la elevación, ocultas entre los arbustos y los árboles. Yo esperaba que Magón supusiera que la unidad de Metelo respondía al habitual ataque romano por el centro. Dados los accidentes del terreno, no podía ver cuántos hombres iban con Metelo.

La señal que dieron desde una alta colina del oeste llegó exactamente en el momento en que la esperaba. Magón guiaba a su fuerza principal hacia delante, para defender el borde de la elevación. Estaba mordiendo el anzuelo. Oí los gritos y chillidos de los hombres de Metelo al atacar al enemigo. Me moví. Lelio fue hacia el este y yo hacia el oeste, y nuestras fuerzas subieron y treparon por los flancos de la meseta. Mis hombres estaban sin aliento, brillantes de sudor. Esperé para que descansaran inmediatamente antes de alcanzar la llanura superior de la meseta. Vi la señal de Lelio. El también estaba en posición. Le envié la señal: «Ataque». A Afer, que estaba a mi lado, le dije: «Ahora».

Yo no luché en la batalla de Baecula. He sido general, no soldado. Con diez soldados y el equipo de señales, me quedé detrás y miré las fuerzas de Lelio y Afer aproximarse a las de Magón por la retaguardia. Tal como había ordenado, mis hombres marchaban con tranquilidad y orden. No quería que, al igual que en Cannas, llegaran al enemigo agotados después de una carrera. Los dos cuerpos avanzaban en tres columnas, exactamente como yo había ordenado. Estaban a unos seiscientos pasos de la retaguardia de Magón cuando las últimas filas de éste los vieron y empezaron a darse la vuelta.

—¡Ahora! —grité a los agentes de señales—. Indicadles «Ahora». Oí el chillido de los agudos silbatos de estaño que llevaban Lelio y Afer. Tal como habíamos practicado en la plana de Cartagonova, mis soldados viraron, las dos unidades se encontraron y formaron un ancho semicírculo de cuatro filas. Se detuvieron. Oí el golpeteo rítmico de las espadas contra los escudos. Otro silbido y cargaron; algunos cayeron ante las

jabalinas o las flechas enemigas. Pero tenía de mi parte la mayor ventaja con que puede contar un general. La sorpresa.

El ruido que produce el choque de hombres con armadura no tiene parangón. Un trueno fragoroso, un anillo envolvente y empezaron los gritos. El ejército romano solía tener sus filas en orden, separadas entre sí por un paso. Los principales, nuestra segunda línea habitual, se mantenían detrás mientras los asteros atacaban y los triarios esperaban a los principales. Mis órdenes eran diferentes. La segunda, tercera y cuarta filas no llevaban pilos y llevaban las espadas envainadas. Utilizaban los escudos para empujar espaldas, los segundos las de los primeros, los terceros las de los segundos y los cuartos las de los terceros. Llamaba a esta maniobra ariete de perforación. Era tan sencilla que rompimos la línea de Magón en Baecula. Saltó como un hueso de pollo en un festín. Luego se adelantaron los manípulos, según lo planeado, y cada una luchó contra unidades sueltas de un enemigo desarticulado, confuso y disperso, mientras el sol subía, el sudor chorreaba, y la sangre fluía. Fue un delirio de hachazos, puñaladas, cortes y estocadas, y pronto la hierba estuvo roja con la sangre de los muertos y los heridos, y el aire lleno de gritos, gruñidos y alaridos. El grito de muerte de los caballos es un ruido desgarrador que atraviesa el aire.

El sol cada vez calentaba más. Me quité el casco y me enjugué el sudor. Sentí los piojos (todos teníamos) que me corrían por el cuero cabelludo. Vi buitres congregándose en el cielo. Un grupo de veinte o treinta enemigos rompió filas y echó a correr. No hice nada. Déjalos partir, pensé, para que digan a las tribus que hay otro Escipión en Hispania.

En la batalla ves morir a miles de hombres, pero sólo recuerdas a uno. Me había acercado a la lucha. Uno de nuestros soldados dio media vuelta y se acercó dando tumbos por la meseta hacia mi capa rojo sangre, con las manos estiradas. Pensé que quería darme algo; no se me ocurría qué. Cuando llegué donde él, vi la empuñadura de la espada en su estómago, debajo del peto. El hierro de la empuñadura destacaba entre la sangre. No me cogió la mano. Por el contrario, me miró con la boca abierta, con asombro. Un chorro de sangre le salió por la boca y cayó a mis pies. Dije a los soldados más cercanos a mí que apartaran el cuerpo, pero la imagen nunca ha abandonado mi mente.

La matanza continuó durante la sofocante y lenta tarde. El menguante ejército de Magón, encerrado en una muralla de muertos propios, se dirigió hacia el oeste de la meseta. Cogí el silbato. Di órdenes. Mis hombres se reagruparon, atacaron de nuevo, comenzando con una lluvia de pilos. Una bandera colgaba mustia en medio de los hombres de Magón. Una ráfaga de aire la hizo ondear y vi, blanco sobre negro, un escorpión, el símbolo de la casa de Barca, de Aníbal. Al fin había caído.

Los muertos y los vivos, los heridos y los agonizantes yacían juntos en la tierra ensangrentada. Los enfermeros estaban ocupados con los heridos y los portadores con los muertos. Envié a los vivos al río para beber y lavarse, y paseé entre ellos repartiendo elogios y palabras de ánimos. No había júbilo, sólo cansancio.

Mis hombres habían aprovechado la lección de lo que le había sucedido a Frontino y, más que atacar al enemigo con la espada, se habían agachado y cortado tendones con los puñales. Había muchos cartagineses heridos.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —me preguntó Lelio.

Su cara estaba gris por el polvo, y su peto y sus brazos rojos y negros de sangre seca.

—¿Qué propones?

—Se lo preguntaré al fantasma de mi padre —respondió—. Ya viste lo que le hicieron.

Uno de los cartagineses venía arrastrándose por la hierba, dejando un reguero de sangre. Era sólo un niño, con la frente llena de granos y la barba con más bozo que pelo.

—*Hoodor* —jadeó débilmente—. ¡Agua!

Así que era verdad lo que había oído, que la lengua común del políglota ejército cartaginés era el griego.

Me llevé a Lelio aparte.

—Sí, vi lo que le hicieron a tu padre. Y recuerdo lo que hicieron a nuestros hombres después de Trasimeno y Cannas, Lelio. Pero ¿quieres sacar las entrañas a tantos heridos y dejarlos morir? ¿O cortarles los pies, o las manos, como hizo Aníbal?

Un grito repentino nos sobresaltó.

—¡Señor, señor! ¡Aquí!

Estaba tirado donde había caído boca abajo, con la sangre todavía manándole por la boca, la nariz y los muslos. Espanté las moscas. Su armadura era de piel negra, sus grebas tenían tachones de bronce y a su lado estaba el estandarte de los Barca, con el blanco escorpión manchado de sangre. Sólo podía ser Magón, el hermano de Aníbal, y entonces vi en su mano derecha, que todavía empuñaba la espada, el destello de un anillo. Me arrodillé, abrí la mano muerta. Le quité el anillo de oro del meñique. Limpié la sangre y el escorpión del sello recibió la última luz del sol poniente.

—¿Lo desollamos, señor? —preguntó un soldado que había a mi lado.

—¿O lo crucificamos y se lo dejamos a los cuervos? —sugirió otro.

—¡Primero le metemos los testículos en la boca! —añadió otra voz, con una risotada.

Me levanté. Vi a Pío.

—Entiérralo, Pío —ordené con calma—, con la armadura. Con la espada.

—Pero señor...

—No hay peros. Hazlo. —Di media vuelta—. Ah, Pío.

—¿Sí, señor?

—Identifica la tumba.

Lelio estaba esperando.

—He oído la orden, Publio. Tú...

—Pues ahí tienes la respuesta. Dejad a sus heridos. Dejad que se vayan los que puedan arrastrarse o cojear. Ni el alma de tu padre, ni la del mío en este caso, se salvarán porque se derrame más sangre.

Una batalla dura un día a lo sumo. Sus consecuencias duran más. Estuvimos un día enterrando a nuestros muertos y curando a nuestros heridos, y otro despojando a los cartagineses muertos de sus mejores armas. Había caballos que meter en cercados. Había que saquear el campamento de Magón (obtuve un gran botín), quemar sus tiendas y carros. El quinto día habíamos terminado. Fue una bendición. Teníamos que alejarnos del olor a carne podrida.

La marcha hacia Gades casi acabó de destrozarnos. Cometí un error. No he vuelto a cometerlo. Un general debe hacer que sus hombres descansen después de una batalla y

reconocer el terreno. Yo no lo hice. Después de mandar a dos hombres con un despacho para Fabio, continué la marcha. El terreno era montañoso, yermo y seco. Nuestras raciones de galletas de cebada y mojama eran suficientes. Cada hombre, incluido yo, llevaba la suya. El agua era otra historia. Habíamos llenado los pellejos de agua en Baecula. Empezó a escasear. Aprendimos a dejar las capas por la noche en los arbustos, para que por la mañana estuvieran húmedas de rocío, suficiente para calmar la sequedad de la boca. Racioné el agua: tres tragos por hombre, tres veces al día, y por la tarde cavábamos pozos donde Edeco y sus edetanos nos indicaban. El agua era amarga, salobre, y los caballos necesitaban más.

—¿A qué distancia está el río Ana? —pregunté a Edeco con los labios resecos, sin desmontar, bajo el resplandor cegador del sol.

—A tres días, nada más.

Mi ordenanza se acercó con un pellejo de agua. Era la hora del trago del mediodía y, como había ordenado, al final me traerían el agua que quedase. Sacudí el pellejo. Había unas gotas. Miré la larga columna de hombres, sentados en el suelo, descansando. Los más cercanos me observaban. Levanté el pellejo y lo puse boca abajo. El agua bailoteó y goteó a tierra. Vi que los hombres señalaban, asentían con la cabeza, pasaban la voz de lo que había hecho.

—¡Columna! —grité—. ¡En marcha!

Di la vuelta a mi caballo para seguir la trayectoria del sol.

Así seguimos avanzando, cojeando y sudando. Las moscas eran peor que la sed. Se amontonaban en la más ligera mancha de humedad del cuerpo, los ojos, las narices, las orejas, la boca. Cada vez que abría la boca para hablar, una negra masa de moscas se me colaba veloz como una flecha. Edeco y sus edetanos encontraron y mataron una manada de asnos salvajes. Les chuparon los hígados crudos para calmar la sed. Algunos de nuestros hombres sintieron asco; muchos, yo entre ellos, no sentimos asco, incluso los imitamos. Encendimos hogueras y celebramos un banquete con la carne. Llegamos al Ana. Aposté exploradores. El resto bebió, se bañó, chapoteó y cantó y, ya recuperados, seguimos adelante.

Mis exploradores informaron de que se acercaba un ejército por el suroeste. Los estandartes eran escorpiones blancos sobre fondo negro. Asdrúbal venía hacia mí, como había planeado. Pero mis hombres estaban débiles. Tenía que escoger el terreno perfecto, pero no lo encontraba. Hice planes. Así se produjo la batalla que llaman de Ilipa. Lancé mis dados. Una batalla es un juego de azar.

La estrategia fue arriesgada. Lo supe entonces; lo sé ahora. Cualquier jefe militar sabe que tiene que obligar al enemigo, si puede, a subir hacia uno... como Magón nos había obligado a hacer en Baecula. Yo hice todo lo contrario. Acampamos al pie de una elevación, con el lecho seco y pedregoso de un río a nuestra espalda y detrás del río un monte escarpado. No había, como señaló Afer, ningún sitio por donde retirarse. Sonreí.

Oculté a la caballería en hondonadas, a ambos lados, y puse cuatro puestos de señales en las cimas que nos rodeaban. Dije a mis hombres que descansaran y durmieran. Aquel atardecer no necesité descifrar las señales. Vi el ejército de Asdrúbal amontonarse en la elevación. Debió de pensar que, al igual que Flaminio en Trasimeno, el ejército romano había caído en una trampa. Convoqué un consejo. Fue acalorado, pero me ceñí a mis planes iniciales observando que, de todas formas, ya no teníamos elección. Di las órdenes cuidadosa y pacientemente, y las repetí una y otra vez, dibujando diagramas a la

luz de las hogueras, en la arena del río. Convoqué una asamblea con todos los centuriones y volví a explicar los planes. Necesitábamos, dije, que treinta mil soldados lucharan como un solo hombre.

Asdrúbal atacó, como había esperado, con las primeras luces del alba. Por entonces ya había ordenado a mi ejército que se levantara, comiera y estuviera preparado. Asdrúbal se dejó engañar por mi fachada. Lo que vio fue una formación romana clásica, con los pesados asteros en el centro y la infantería ligera en los flancos. Lo que no podía ver era que los asteros, a las órdenes de Metelo, eran una fachada, nada más. Detrás de ellos tenía a los hispánicos que se habían unido a mí en Cartagonova. Al mando de Lelio y Afer, que sabían que tenían que esperar mi señal y dónde buscarla, los soldados más experimentados no estaban allí, sino en ambos flancos, ocultos por vélites ligeramente armados y un surtido de hispánicos. Yo contaba con que el ataque principal de Asdrúbal lo llevara a cabo su infantería pesada y con que cargase contra lo que él pensaba que era la nuestra. Consigue eso y la batalla está terminada.

Asdrúbal hizo lo que yo esperaba. Yo estaba en el monte que daba al río seco y vi a su infantería bajar corriendo la cuesta y lanzarse contra el centro de nuestra línea. Como había planeado y ordenado, nuestro centro cedió, absorbiendo al enemigo como una esponja. El enemigo rompió la línea, llegó hasta el lecho del río y dio la vuelta.

—¡Ahora! —ordené a los agentes de señales—. ¡Ahora!

Los silbatos chillaron. Los flancos dirigidos por Lelio y Afer viraron. La red se había cerrado.

Asdrúbal hizo lo que yo había previsto. A1 ver rodeada su fuerza principal, envió pendiente abajo otra ola de jinetes y escaramuzadores, contra las espaldas indefensas de mis hombres. En cuanto vi que lo hacía, ordené transmitir otra señal, «¡Caballería, adelante!», ya que estábamos perdiendo hombres. Edeco y sus edetanos llegaron un poco tarde, pero aparecieron gritando y arrojando piedras y flechas, a tiempo de atajar mis crecientes temores, y detrás de ellos, más lentos en sus corpulentos caballos de Liguria, llegó otra ola de jinetes romanos, el retumbar de cuyos cascos se oía con fuerza y claridad. Supe que habíamos vencido. El agente de señales que había a mi lado dijo:

—¡Señor! ¡Mira!

El puesto occidental estaba enviando un mensaje. «Grupo escapa. ¿Persigue reserva?»

Sentí un escalofrío de alarma. Miré abajo. Nuestros ejércitos parecían empatados en número. Allí tenían que estar casi todos los hombres de Asdrúbal. No veía su estandarte. Así que, si estaba huyendo, no podía ser con muchos hombres. Y mi reserva era sólo de cien, y muchos de sus caballos estaban cojos o tenían la tiña. No, dejaría huir a Asdrúbal, me dije, que contara lo que Escipión había hecho. Los rumores pueden ser tan poderosos como la espada. Mandé enviar la señal de «No».

Encontramos Gades desierto, las puertas abiertas y nadie en las calles. Por todas partes había señales de partida apresurada. Me dirigí hacia la muralla sur, que daba al puerto, y sentí una oleada de alegría ante lo que vi: la marea se había retirado, sí, y la suerte era la compañera inseparable del esfuerzo. Caídas de costado en el barro del puerto, había más de cuarenta galeras. Ya tenía una flota.

—¡Mía! —grité a las gaviotas—. ¡Hispania es mía!

Lo era. La recorrí durante casi dos años, utilizando la flota e internándome tierra adentro sin previo aviso. Hice alianzas con príncipes y cabecillas. Ellos me pagaban tributos en

plata, oro, amatistas, rubíes, berilos, esmeraldas, topacios y glossopetrae caídas de la luna. Se tiraban al suelo para manifestarme su obediencia y me llamaban su rey. Yo me comportaba como si lo fuera, yo personalmente. Eso lo entendían, pero no la abstracción llamada «Roma».

Recluté a muchos hispánicos para mi ejército y los entrené bien. Dividí el país en dos provincias y dejé una unidad de soldados romanos con Metelo y Afer en el mando. Con el resto de mi ejército, con mi tesoro, en las galeras atestadas, zarpé hacia Roma.

Mulca ha muerto. Se fue en su sueño, durante la noche. Aurio está afligido. A mi manera, yo también. No se lo he dicho a Escipión. Él no ha preguntado y aunque está todavía en cama, parece más fuerte y enfrascado en su historia. Tendré que decírselo antes del entierro. Espero que esté lo bastante bien para asistir. Tendré que buscar otra cocinera... ¿o debería esperar el resultado de la apelación de Catón? Sea éste cual fuere, ¿volveremos a Roma? De todas formas, procuremos terminar antes esta historia. Cuando Escipión está dormido, trabajo en ella: no corrigiéndola, porque ahora pienso que podría equivocarme. No, estoy haciendo dos copias, las cuales, cuando Escipión haya terminado, enviaré a Teógenes. El las pondrá a salvo de las vicisitudes del tiempo.

Cuando atracamos en Ostia, vi que habían cambiado las cosas. De nuevo había un puerto y cientos de galeras, barcazas, gabarras, barcas y botes de pesca se empujaban en busca de espacio, y los vendedores ambulantes paseaban sus artículos por todos los muelles. Cuando partí, el mercado que había más allá del dique era un lugar vacío, lleno de sueños rotos. Ahora estaba lleno de gente y bullicio. Sabía por los despachos de Fabio que Aníbal y su ejército habían sido confinados al sur, a Brucio, empujados por Marcelo y sus legiones sicilianas.

«Aníbal es ya un perro que ladra pero que no muerde», escribió Fabio.

Aun así, no había creído que la normalidad se hubiera restablecido hasta aquel punto. Claro que somos una nación de comerciantes y gracias a Fabio teníamos el dominio del mar.

La multitud comenzaba en Ostia. Se habían agrupado centenares de personas para recibirme, cubrirme de flores, empujarme y tocarme, algunos satisfechos con sólo tocar mi capa y llamarme salvador de Roma. Se alinearon en la orilla mientras mi barcaza, engalanada con banderas, se dirigía hacia el Tíber. La gente aclamaba, vitoreaba, daba hurras y gritaba mi nombre. En Roma encontré un grupo que me esperaba en la puerta Tarpeya. Póstumo, Frontino y Flavio estaban allí. También estaba Lucio, borracho. A Fabio lo habían conducido en una litera. Me alegré de ver otra vez a mis amigos.

No hubo descanso, con tropas que alojar, informes que dictar y noticias que conocer. A1 día siguiente, me dijo Fabio, comenzaría la vista senatorial contra los que habían apoyado a Aníbal en Capua. Quería que yo presidiera las sesiones. Catón ya había propuesto la ejecución inmediata de todos los complicados. Fabio se había opuesto.

—Ya hemos visto mucha sangre y mucha división —dijo—. Ahora, si todos están de acuerdo, es hora de curar las heridas. Además, no olvidemos que Aníbal todavía está en suelo italiano. No es momento de que mueran más romanos.

Así que, con una desacostumbrada e incómoda toga blanca, bañado, aceitado y con el pelo limpio, volví a sentarme en el Senado, aunque esta vez en el escaño de los padres.

El primero en aparecer ante nosotros fue Tito Licinio Labieno, magistrado y mercader. Se le acusaba de haber hospedado a Aníbal y no negaba que el cartaginés hubiera estado en su casa.

Labieno estaba aturdido y nervioso. No dejaba de repetir que no había tenido más remedio; que esperaba impedir así el saqueo de Capua; que en su corazón había conservado la fe en Roma. Yo le creí. Me di cuenta de que no opinaban igual algunos de mis pares, sobre todo Catón.., a quien se había nombrado senador mientras yo estaba en Hispania; la solicitud, por cierto, la había presentado Fabio, alegando los servicios que había prestado a Roma. El interrogatorio prosiguió.

Sentado detrás de Labieno había un hombre que me interesaba más, un sirviente. Era de piel oscura, pero oriental, no griego. ¿De dónde? No estaba seguro. Se sentaba erguido, en paz en su propia calma. Vestía completamente de algodón blanco (blusa, túnica y pantalones) y el mismo tejido le rodeaba la cabeza. Tenía profundos ojos oscuros, pómulos salientes, una nariz finamente tallada y una boca estrecha. Cuando llegó el descanso del mediodía, le dije al alguacil que llevara al hombre a mi despacho, pero sin su amo.

Es difícil poner esto por escrito. Lo está dictando deprisa.

—Has enviado a buscarme, Publio Cornelio Escipión —dijo en perfecto latín, desde el umbral.

—Así es. Cierra la puerta. Entra y siéntate. —Aparté los papiros de mi escritorio y los puse en un cofre. Cuando levanté la vista, estaba sentado, mirándome desde la silla—. Bien, dime —comencé—. ¿Es inocente tu amo?

—¿De qué? —preguntó.

—De connivencia con Aníbal, por supuesto.

—No lo sé. Yo no estaba allí.

—¿No? ¿Dónde estabas entonces?

—¿Se me está juzgando, Escipión?

Me reí y me retrepé en mi silla. Me gustaba aquel hombre.

—Bien, dime, ¿cómo te llamas?

—Bostar.

—Extraño nombre. ¿De dónde?

—De Calcedonia. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Ah, Oriente. Eso me pareció. Y sin embargo tu latín es perfecto. ¿Dónde lo aprendiste?

Era cordial, curioso como un chiquillo. Le dije lo que quería y más. Volvimos al tema de Labieno. Extrañas cosas, dije, se hacen en tiempos de guerra, pero creo que es un buen hombre y he descubierto que es un buen magistrado, escrupuloso y justo. Había animado a sus hijos a que se alistaran y mientras hablábamos, estaban sirviendo en el

ejército de Marcelo. Le dije que pensaba que todos los miembros de la familia eran fieles servidores de Roma.

La audiencia continuó. Las declaraciones terminaron. Escipión votó por 1a retirada de las acusaciones. Catón no estuvo de acuerdo, pero la mayoría estaba con Escipión. Aquella noche quiso que Labieno y yo cenáramos con él. Estaba deseoso de saber más sobre Aníbal... qué aspecto tenía, cómo hablaba y qué acicateaba su odio a Roma. Las respuestas de Labieno fueron torpes pero francas. Yo hablé poco, pero mi mente estaba llena.

Notaba que un círculo se completaba, tan seguro como la luna crece y mengua.

—Entonces, Labieno —dijo Escipión cuando hubieron recogido la mesa de la cena—, volverás a Capua mañana.

—Lo haré, Escipión, lo haré —respondió Labieno con entusiasmo—, gracias a ti.

—No sólo a mí. Pero antes de irte tengo que pedirte un favor.

—Pide. Lo que sea —dijo Labieno con alivio.

—Te pido que me cedas a Bostar de Calcedonia.

—Pero no es un esclavo. ¡Es libre! —balbuceó.

Los ojos de Escipión se volvieron hacia mí.

—¿Me servirás, Bostar?

Yo había tomado la decisión varias horas antes.

—Lo haré, Escipión, lo mejor que pueda.

Mi separación de Labieno fue cálida. Accedió a enviarme mis escasas pertenencias y aquella noche, en nuestro alojamiento, escribí una carta a Artijes para que se la llevara Labieno. Le pedía que tratara a tres de mis pacientes con una nueva poción en la que había estado trabajando y le daba la receta. También le pedía que cuidara de la viuda Apurnia y de su hijo, Hannón, y que les ayudara como él creyera pertinente. «Me conmovieron —le escribí— de una forma muy extraña. » Por la mañana, Labieno me ofreció una bolsa de oro, la paga correspondiente, dijo, por lo que había enseñado a sus hijos. Le pedí que diera el dinero a Artijes, que sabría lo que yo quería que se hiciera con él. Dije adiós a Labieno. Estaba contento, comprensiblemente, de abandonar Roma. Yo sentí pena al verle marchar, porque había sido bueno conmigo.

Tiempo, tiempo. Nunca lo tuve. Ahora que más lo necesito, vuela. He de darme prisa, Bostar. Por favor, di que me traigan la infusión, con mucha miel. Me reanimará. Sabes, cuando estaba sediento en los desiertos de Siria, no era agua lo que echaba de menos, sino una infusión. Tengo dos cosas más que decir. Luego, si tengo tiempo, muchas más.

El arte, querido amigo. Corrige después esto, por favor, pero déjame contar lo que recuerdo. Habían pasado tantas cosas en los años que estuve fuera. Epicides, un aristócrata ateniense y esteta, había sido capturado en Siracusa por Marcelo, que le había traído a Roma. Era uno de los recién llegados que me fueron presentados cuando volví. Se había colocado, con la protección de mi primo, como tratante de arte griego, al principio con las esculturas y vasijas, los mosaicos y pinturas, las joyas y terracotas que Marcelo había aprehendido en el saqueo de aquella ciudad, y traído a Roma en barco,

con gran celo. Epicides había enviado a buscar a un primo suyo de Atenas, un tal Teógenes, cuya mayor habilidad era la restauración. Formaron equipo.

—¿Cuál es la sustancia de ese arte del que hablas, Epicides? —le pregunté en un banquete la segunda vez que nos vimos.

—Si tienes tiempo, Escipión, puedo enseñártelo —dijo.

No tenía tiempo, pero lo saqué de donde pude. A la mañana siguiente, Epicides y Teógenes pasaron a buscarme. Fuimos hasta los almacenes y depósitos, al norte de la ciudad. La gente con la que nos cruzábamos me saludaba y decía mi nombre en voz alta. Teógenes abrió las puertas de un almacén largo, ancho y rectangular, y la luz lo inundó. Di un respingo ante lo que vi. Mármol blanco brillando, reluciendo al sol; las formas eran etéreas, eternas, y danzaban ante mis ojos. Entramos y fuimos en silencio, lentamente, por un pasillo flanqueado de estatuas de hombres y mujeres, vestidos y desnudos, en movimiento y en reposo. Me detuve ante un joven que tenía el pie izquierdo y el brazo derecho adelantados. Todos los músculos estaban claramente esculpidos. Había en aquel cuerpo una simplicidad noble, una grandeza serena; para esto no necesitamos palabras, sino ojos.

—Te gusta —dijo Teógenes suavemente.

—¿Que si me gusta? —respondí en griego—. Ésa no es la palabra. Decidme, Teógenes y Epicides, ¿qué se proponían?

—¡Ah! —suspiró Epicides—. ¡Ésa es la cuestión! Creo que se preguntaban qué es la belleza y si reside en la proporción.

Nos quedamos inmóviles, mirando, y abandoné el mundo de la política y la guerra.

—Es una copia, pero muy buena —dijo por fin Teógenes—. La mandó hacer el rey Hierón.

—¿Una copia de qué?

—Del *Apoxyomenus* del gran escultor Lisipo.

—¿Lisipo? Háblame de él.

Así, poco a poco, empecé a aprender de aquellos dos atenienses. . . y a comprarles. Hay muchas artes griegas. Todas tienen sus obras maestras.

En el atrio de mi casa de Roma, los dedos largos y quisquillosos de Teógenes abrieron la tapa de una caja de madera de sándalo.

—Ahora, Escipión, el placer que era mío es tuyo. —Se apartó un paso de la mesa—. Levántalo y maravíllate.

Lo hice. Dentro de la caja había otra de mármol blanco, un rectángulo de la anchura de mi cara y de alto como mi brazo hasta el codo. El mármol estaba flanqueado por sendos grifos de lapislázuli. La parte delantera y la de arriba estaban unidas por goznes. Abrí la parte frontal por la pequeña asa de plata y me quedé sin habla.

Ya tenía una clepsidra, un pobre objeto etrusco, y ahora tengo muchas más. Ninguna que hubiera visto antes o que haya visto desde entonces podía comparársele.

La vasija de la que fluía el agua era de oro batido y se mantenía en alto sostenida por hilos de seda. El agujero del fondo a través del que fluía el agua era un diamante

taladrado. El tazón invertido de abajo también era de oro y las horas estaban señaladas en una perfecta columna corintia situada a un lado. Una delgada figura de marfil, perfectamente tallada, una musa, pensé, o una de las Horas, empuñaba una vara que señalaba, mientras se elevaba en el agua, las muescas de la columna. No pude pensar en un adjetivo latino para tal perfección.

—*Poikílon* —dije a Teógenes en griego—. Exquisito.

Me arrodillé. Se puso junto a mí y vimos gotear el agua y elevarse la figura.

—Pero es marfil —dije—. ¿Cómo puede flotar?

—Porque —sonrió, enseñando su único defecto, su dentadura negra y desigual— está hueca.

—¿Y el diamante? ¿Por qué no un simple agujero en el oro?

—Porque la porquería, como los chismes, se pega con el tiempo y el reloj pierde precisión. La suciedad no se pega en un diamante.

—Teógenes —dije en voz baja, levantándome—, es el objeto más bello que he visto en mi vida.

—Bello, sí, y también exacto. Increíblemente exacto. Y necesita llenarse sólo de vez en cuando, porque...

—Porque el agujero de la vasija de arriba es muy pequeño, ¿tengo razón? —Asintió con la cabeza—. ¿Quién hizo esta maravilla?

—Un hombre llamado Ctesibio, a quien he estado apoyando económicamente durante un tiempo. Es corintio, y su padre, imagínate: barbero.

Me reí por lo bajo.

—Vamos, vamos, Teógenes. ¡Todos hemos oído hablar de los barberos corintios!

Se ruborizó ligeramente y continuó.

—Bueno, en todo caso, yo iba a cortarme el pelo a su barbería. Me di cuenta de que elevaba y bajaba los espejos casi por arte de magia, así que le pregunté cómo lo hacía. Me enseñó un complicado sistema de pequeñas poleas en combinación con canales, que se ponía en marcha moviendo una palanca que había al lado de la silla. Le pregunté quién lo había construido. Dijo que su hijo. Quise conocerle. Dijo que su hijo no era de ésos. Le dije que no, que quería conocerle en serio. Le di una moneda a cambio y me introdujo en un pequeño taller de la parte trasera. Nunca había conocido semejante talento, semejante destreza. Extraño, extraño. —Teógenes se frotó la barba como hacía siempre que meditaba.

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Porque el joven era deforme, jorobado. Ojillos de cerdo y los dedos gordos como morcillas. Pero Ctesibio pone la belleza que le falta en la que crea. Uno de sus frutos está ante ti en estos momentos.

—¡Debe de haberle costado meses construirlo!

—No, años. Dos y medio, para ser exactos. Y eso se refleja, me temo, en el precio.

—Ah, el precio, Teógenes. Ya lo discutiremos después de almorzar. Debes de tener hambre. —Cerrando la puerta de la clepsidra, dije—: Vamos al comedor. Cuando aclaremos el precio, me contarás más cosas de Corinto. Me gustaría ir allí.

Mientras nos dirigíamos juntos al comedor, acerqué la cabeza para oler mejor su aroma.

—¿Qué perfume te pones, Teógenes?

Había hecho una ciencia y un arte del olor. «Con todas las demás artes trato —le gustaba decir—. Con ésta me desbordo.»

—¿Qué piensas tú?

—Yo diría que la base es bergamota con anís y... —olfateé de nuevo—, manzanilla y, posiblemente, algo de limón.

Aplaudió con alegría.

—Mi querido Escipión —dijo—, no podrías estar más equivocado. Este perfume es una novedad total. Huélelo.—Sacó un pequeño frasco del bolsillo de su corta capa y me lo tendió—. Ésta es su base. Huele —dijo, pronunciando la palabra como si toda la belleza de los mundos pudiera residir en un aroma.

—Bien, Teógenes, es posible que haya percibido el olor del ejército durante demasiado tiempo.

Cogí el frasco, quité el tapón y me lo acerqué a la nariz. Ahogué una exclamación y cerré los ojos. Era un aroma tan fino, tan delicado y profundo que podía detener la mente y acelerar la vida.

—Así que lo apruebas. —Rió por lo bajo.

Abrí los ojos y volví a oler: era misterioso, etéreo.

—¿Aprobar? No es ésa la palabra, Teógenes. ¿Este aroma es de la tierra o del cielo? Es extraordinario. ¿Qué es?

—Es —dijo, recogiendo el frasco— ámbar gris.

—¿Ámbar gris? Nunca lo había oído.

—Ni yo, hasta hace dos meses. Se lo compré a un mercader que había, dijo, pagado el rescate de un rey por él.

—¿Viene de Oriente? ¿De Partia? ¿De Bitinia, quizá?

—No. Más lejos. Viene del noroeste, o eso dijo el hombre, de unas islas escondidas siempre entre la niebla y la lluvia, donde lo único bueno que hay es el estaño, y del esperma de un pez sin igual que nada en las aguas frías de allí.

—Teógenes, ya estás otra vez. —Sonreí y miré fijamente aquellos profundos ojos castaños cuyo iris brillaba en un mar de marfil blanco—.Y ese pez además habla, seguro.

—¡Por supuesto, y baila! —Se echó a reír, agitando la gorda barriga—. No, Escipión, creo lo que se dice. Este pez se llama cachalote. He visto dibujos en brazaletes y medallones galos y he hablado con marineros que los han visto.

—Bien, bien —dije, cambiando el griego por el latín—. *Nihil sub sole novum*. No hay nada nuevo bajo el sol.—Oí la puerta de la cocina. Percibí el olor de lo que nos habían preparado—. Vamos, Teógenes. Continuaremos esta conversación después de comer.

Pero Teógenes no me dijo nada más sobre los cachalotes ni sobre Corinto. Acabábamos de ponernos de acuerdo sobre el precio del reloj y le estaba dando el oro cuando entró Catón.

—¡Así que estás aquí! ¡Los mensajeros del Senado te están buscando por toda Roma! Y te encuentro aquí con tu..., bueno, con tu amigo..., tu amigo griego —dijo Catón sonriendo de lado. El sudor brillaba en su frente. Resopló para aclararse la nariz—. Supongo que habéis estado hablando de eso del arte. ¿No sabéis que hay una guerra? Bueno, te necesitan en el Senado. Ya.

Y me necesitaban, es cierto. El Senado estaba caldeado y cargado. Aníbal, al parecer, no sólo había ladrado sino que había mordido. Tras pasar de puntillas junto a Marcelo por la noche, había capturado y saqueado Tarento. Algunos se levantaron para solicitar que se enviara otro ejército contra él y expulsarle de una vez.

—Es peligroso —dijo el viejo Fabio— atacar a un lobo acorralado en su guarida. Hay un modo mejor.

Así que en menos de un mes preparé a otro ejército romano para ir a la guerra. Esta vez, sin embargo, no partí hacia Hispania, sino hacia Africa. Quería arrastrar a Aníbal allí.

Sitié la ciudad de Útica, satélite de Cartago. Fue una treta. Debería haberle tocado a Cartago, pero temía los riesgos que correría allí; si atacaba por la retaguardia, no tendría opción para retroceder, salvo que volviera a los barcos y a Roma. Útica, en cambio, tenía llanuras por tres lados. De todas formas, no tendría que estar mucho tiempo allí. A1 cabo de dos meses oí que Aníbal había llegado. Él y su ejército estaban en tierra. Espié sus movimientos con cuidado, empleando muchos exploradores. Supe que no necesitaba preocuparme cuando vi el terreno que nos había preparado.

Vi el resplandor, el brillo y el humo de su ejército acampado en la ladera de una alta montaña que se elevaba sobre una llanura. Pero enfrente de esa colina había otra. Mis exploradores comunicaron que había manantiales allí y dijeron que el agua era potable. Aníbal había elegido aquel lugar, al parecer, para que pudiéramos luchar de igual a igual en la llanura. En varios estadios a la redonda no había nada, ni ventaja topográfica que pudiéramos aprovechar ninguno de los dos, sólo desierto vacío, llano, interminable, cubierto de arbustos espinosos. El nombre de la llanura, según la caballería númida que había contratado, era Zama. Fui a mi colina, que dominaba la llanura.

Durante días nos sentamos y esperamos. Mis hombres estaban nerviosos y tensos. No había allí ningún romano que no hubiera perdido un amigo, un padre o un hermano a manos de Aníbal. Y en número nuestros ejércitos estaban igualados. Por la noche, si el viento era propicio, oíamos el rumor de las voces enemigas, arrastrado por la llanura, y siempre el barritar de varios elefantes. Preocupaban a Lelio: como bien dijo, nunca nos habíamos enfrentado a ellos. Di vueltas al tema en mi cabeza. No podía ensayar la solución, pero una y otra vez, de manípulo en manípulo, hice dibujos en la arena.

Nuestros suministros empezaban a escasear. Teníamos que luchar o irnos. A la mañana siguiente temprano me puse la capa rojo sangre y me dispuse a llevar a cabo lo que había estado formando en mi cabeza. Mientras el sol llenaba el cielo por el este, monté a caballo e, ignorando las protestas de muchos y diciéndoles que se quedaran en sus puestos, bajé solo por 1a colina.

Estaba en mitad de la llanura cuando vi a un jinete que bajaba por la otra colina, hacia mí. Supe que era él. Lo había visto por última vez, un momento, en el Ticino, dieciséis años antes. Mi corazón latía. Mi mente estaba clara.

Montaba su caballo con facilidad, sin siquiera sujetar las riendas. Ambas monturas aflojaron el paso, por su cuenta, cuando nos acercamos. Lo miré, y él a mí. Era cierto lo que habíamos oído: la órbita izquierda de Aníbal estaba vacía.

—¿Cómo perdiste el ojo? —le pregunté en griego después de un largo silencio.

—Eso no importa ahora, romano —respondió en latín. Su voz era baja y profunda, su torso corto y fornido, su peto negro y manchado. Vi que el pelo se le estaba volviendo gris—. Es lo menos que he sufrido. —Su voz cambió—. Bueno, ¿qué es lo que quieres? ¿Por qué has venido?

—¿Por qué lo has hecho tú?

Se rió. Su dentadura era marrón y estaba rota, la piel de su cuello con manchas y arrugada.

—Curiosidad. Quería ver al gran general de Roma antes de machacarlo. He oído hablar de tus batallas en Hispania. Brillantes tácticas, lo admito.

—¿Brillante, Aníbal? A duras penas. Sólo hice lo que tú me enseñaste.

Así, antes de la batalla de Zama, dos generales hablaban como hombres.

Ofrecí la paz a Aníbal. Dio un bufido.

—Vosotros los romanos hacéis un desierto y lo llamáis paz —dijo.

Le pregunté por qué tenía que luchar. Dijo que por un juramento que había hecho de niño, por lo que le habíamos hecho a su esposa, Similce, y a la tumba de su padre.

—Y porque... porque... porque no sé hacer otra cosa.

—¡Pero puedes aprender a vivir en la paz! —respondí. Mi caballo espantó las moscas.

Sonrió y se movió en la silla.

—No, Escipión, y desde luego no bajo el gobierno de Roma. Ahora sé que sabes saltar, pero ¿sabes bailar también? ¡Si sabes, veremos quién baila más rato! —Dicho esto, dio media vuelta al caballo y se marchó.

—¡Aníbal! —grité. Giró la cabeza—. Tengo algo para ti. Buscando en el bolsillo de la túnica, espoleé a mi caballo y extendí la mano abierta hacia él. En ella estaba el anillo de Magón. Lo cogió, me miró fijamente y se fue.

A la mañana siguiente hice que mi ejército se levantara muy pronto para desayunar. Mis exploradores informaron que el ejército de Aníbal estaba haciendo lo mismo. Me reí por lo bajo y cancelé las órdenes.

—Que los hombres duerman hasta el amanecer —dije.

A plena luz, dos ejércitos bajaron hacia la llanura. Yo me quedé atrás, con mis acostumbrados agentes de señales y diez hombres. Vi un grupo de jinetes en la colina de enfrente. Aníbal, supuse.

Siguiendo mis órdenes, mi ejército esperó, bajo el mando de Afer, en la clásica formación de tres cuerpos, con la caballería en los flancos. Parecía un damero, organizado en cuadros perfectos. No tenía que atacar hasta que sucediera lo que yo esperaba que sucedería. El ejército de Aníbal era una larga columna de cuatro en fondo con unos cien elefantes detrás.

Entonces me sorprendió. Vi entre los jinetes el destello de unos espejos de bronce. Por los dioses, aquél era Aníbal. Dos grandes grupos de caballería se lanzaron al medio galope desde los flancos, luego al galope, en dirección hacia mis principales fuerzas.

—Al ataque —dije con el silbato.

La caballería chocó en mitad de la llanura, entre los dos ejércitos. Otra tanda de destellos y los cartagineses viraron hacia el oeste. Mis hombres continuaron. ¿Cuál era el plan de Aníbal?

Golpeando los escudos con las espadas, su línea avanzó hacia la mía a la carrera. ¿Me había equivocado? Pero tres o cuatrocientos pasos antes de que la línea de Aníbal chocara con mis asteros, tuvo lugar lo más bello que he visto en una guerra. Con una precisión perfecta, su formación se partió en dos columnas, dejando una avenida en medio. Y entonces sucedió lo que esperaba.

Con fulgurante armadura, pintarrajeados con pinturas estridentes, los barritantes paquidermos de Aníbal se lanzaron contra mis hombres en filas de a tres, haciendo vibrar la tierra por la abertura formada entre sus columnas, ahora detenidas. Cerré los ojos y respiré hondo. No tenía sentido hacer una señal con aquel estruendo. Tenía que fiarme de mis planes.

En el momento justo, mis hombres realizaron la maniobra que les había indicado. La formación en tres cuerpos se convirtió en diez columnas y al abrirse formó anchas avenidas sembradas de pilos. Muchos elefantes, como había esperado, pasaron sin causar destrozos por las avenidas. Tres chocaron con una de mis columnas y la aplastaron como si fuera trigo durante una granizada. Pero entonces, como había ordenado, volviendo a formar lo mejor que pudieron, los soldados supervivientes avanzaron a la carrera y, mientras miraba, sentí que me cubría un sudor agridulce, empezando por la ingle.

Zama fue cruel, sangriento, dos hombres curtidos frente a frente, dos hombres experimentados. No hubo maniobras ni tácticas. La primera línea de Aníbal y la mía se mataron entre sí. Las líneas siguientes lucharon sobre los cadáveres de las primeras. Su tercera línea tropezó con los pilos de mis triarios, pero casi los aplastó con su cuarta línea.

La lucha fue igualada, desesperada. No sé cómo habría terminado todo si mi caballería no hubiera vuelto y atacado a Aníbal por la retaguardia. Lentamente, su línea se fue rompiendo, como una pared de arena se desmorona cuando sube la marea. Una y otra vez, mi caballería rompía la formación, se reagrupaba y volvía a cargar mientras el sol subía en el cielo. Digan lo que digan los historiadores, la batalla de Zama se ganó, no en la llanura, sino en un choque de caballerías a lo lejos, en la arena. Había puesto mucho en mi caballería. Lo había aprendido de él.

Vi que el grupo de jinetes del otro lado abandonaba, subía la cuesta. Afer y una turma de caballería los vieron también. La mitad quiso perseguirlos. Pero Afer esperó. Su casco reflejó el sol y supe que me estaba mirando.

«No —le indiqué mediante señales—. No persigas.»

Había ganado. Pero no era mi victoria. Ya ves, lo dejé ir. Lo dejé vivo. Quería que fuera libre, libre...

El largo día llegó a su fin. La luna ascendió lentamente. Despertó un par de veces durante la noche silenciosa y diáfana. Pidió agua en una ocasión. Sosteniéndole la cabeza con el brazo, le di un trago, y me adormecí en la silla, junto a su cama.

Se despertó al amanecer y pronunció mi nombre. Me acerqué y trató de sentarse, levantando la cabeza de la almohada. Su mano derecha cogió mi brazo y lo apretó. Sus ojos ardían.

—Omnia fui*, Bostar gimió—,* et nihil expedit*. Lo he sido todo y no queda nada. Nada.*

Tosió, cayó y expulsó el aire. Su mano aflojó mí brazo. Pareció quedarse dormido. El sol primaveral llenó la habitación con una luz vibrante. El polvo flotaba en el aire. Oí los cencerros de las vacas en los campos lejanos. El tiempo pasaba. Todo estaba quieto. Me agité incómodo en la silla. Los ojos de Escipión se abrieron. Parecía más joven y despejado, como si la fiebre hubiera desaparecido para irse a otro sitio. Hace eso. Es tan voluble como el vuelo de una mariposa.

Me miró y sonrió.

—Bostar, querido amigo —susurró—, llama a Aurio y llevadme a mi silla.

Aurio todavía estaba dormido, envuelto en una capa, en el pasillo, al lado de la puerta. Lo desperté con suavidad. Llevamos al hombre que servíamos a su estudio, y lo sentamos en su amada silla. Aurio dio un paso atrás. Yo me quedé allí mientras Escipión se inclinaba hacia delante, apoyándose en los brazos de la silla, mirando por la ventana como si viera por primera vez lo que había allí.

—Veo el sol —dijo maravillado—. Veo que mis membrilleros están en flor. Mi quinteto de árboles. Bostar, la primavera. La primavera está aquí.

Dicho esto, se desplomó y cerró los ojos. Oí el estertor en su garganta y Publio Cornelio Escipión el africano expiró.

Lo enterraremos hoy tal como hace varios años me dijo que quería, con una toga blanca de lana y su anillo de sello, en la isla del lago.

El pino muerto que hay allí está pelado por el sol y sus ramas se extienden hacia el cielo como los dedos de una mano estirada, buscando la absolución. Las garzas reales que anidan allí salvarán su alma cuando, cada tarde al ponerse el sol, vuelvan de pescar, planeando por encima de su propia sombra, con las alas extendidas. El agua lame las piedras de la isla, eternamente, informe, libre.

Tal como dispuso la primera vez que vinimos a este lugar, he leído el testamento de Escipión esta mañana, mientras Aurio lavaba y amortajaba el cadáver. Como es habitual, Escipión había entregado un testamento a las vestales, pero temía que Catón no se arredrase ante la profanación, lo abriera antes de que se hiciera público y tergiversara sus términos. Si Catón intercepta ese testamento, descubrirá que está en blanco. Escipión todavía malogrará sus planes desde la tumba.

El que tengo es el auténtico, redactado legalmente ante escribano y con testigos. Catón no será capaz de cambiar sus términos y el dinero de Escipión no será para la Roma de Catón. Aun así, estoy sorprendido. Escipión amasó una vasta fortuna. Hay oro depositado en bancos de Roma y Capua, Massalia y Cartagonova, Antioquía e incluso Cartago. Quizá Catón tuviera razón a fin de cuentas. Ahora ya no importa.

He de ejecutar las disposiciones que Escipión ha establecido. Todos los esclavos de esta finca serán liberados, cada uno con una pensión vitalicia. Hay unos bonitos legados para Aurio, para Macrón, el capataz de la finca, y para Mulca: me ocuparé de que se le dé a su pariente más próximo; Escipión murió suponiéndola viva: Frontino hereda la finca y la casa de Roma. Sus libros irán a la biblioteca pública que se construirá en Roma con dinero que él ha dejado. ¿Permitirá Catón que eso se haga?

No lo sé. Algunos, seguramente, apoyarán el plan. Ellos saben, aunque Catón no, que una sociedad sin libros es estéril. Y aunque esos libros sean sólo griegos al principio, Roma puede aprender de ellos y crear una literatura propia. Con el tiempo, creo, la Grecia cautiva cautivará a su captor, aunque con la cultura y no con las armas. Es un proceso que comenzó Escipión y será un producto de la paz que Escipión conquistó.

El resto de su legado financiero, vastas riquezas, es para mí. Así que tengo que irme y hacer lo que tengo que hacer. En Capua, creo, encontraré en sus comienzos lo que los hombres creen terminado y unido lo que creen separado. En Capua, el ciclo da la vuelta. Ésa es la canción que hay dentro de mí, como agua que fluye bajo el hielo.

Dejo mucho por resolver y Escipión mucho por contar. Después de su campaña de África volvió a Roma, hizo una entrada triunfal y se le concedió el título honorífico de Africano, aunque Catón y sus seguidores se oponían a ambas cosas. En las elecciones consulares derrotó a Catón en una dura campaña. Se dedicó al arte griego y a embellecer la ciudad. Fue mecenas del poeta Ennio y le animó a imitar a los griegos, especialmente a Homero. Propuso la construcción de una biblioteca pública y un teatro, ambos con la enconada oposición de Catón. Casó a su hermana Cornelia con Póstumo, ahora hijo adoptivo de Fabio Pictor y conocido ya, a causa de su aspecto, como Fabio Pulcro. Con Lucio de legado involuntario (y conmigo de cartógrafo), condujo un ejército hasta Macedonia y derrotó a Filipo en la batalla de Cinocéfalos. La supuestamente invencible falange griega se desmoronó ante Escipión y sus veteranos, y su nueva forma de hacer la guerra. Volvió a Roma después de haber hecho un tratado con Filipo que muchos dijeron que no debería haber hecho, y se encontró con que el partido de Catón había ocupado todos los puestos importantes del Estado. Pero todavía tenía el apoyo del pueblo y, aprovechándolo, celebró unos pomposos funerales en honor de Fabio Pictor, que había muerto mientras él estaba fuera. Hubo preguntas en el Senado sobre los gastos. Escipión se negó a contestarlas, incluso a decir de dónde había salido el dinero.

—¿Cómo os atrevéis a preguntar por el coste del funeral de un hombre al que debéis la vida? —dijo.

Compró esta finca de Literno y empezó a pasar gran parte de su tiempo aquí. Pero pronto descubrió que Roma se enfrentaba a una nueva amenaza, el creciente poderío de Antíoco, el gran rey seléucida. De nuevo, Escipión condujo un ejército romano y yo estuve con él. De nuevo venció, de nuevo fue clemente y firmó un tratado de paz con Antíoco que Catón atacó con vehemencia, alegando que era perjudicial para Roma.

Aquello resultó decisivo para la acusación contra Escipión y su hermano, y para el juicio. Supongo que debería consignar aquí las acusaciones formales contra Escipión. Había diez.

I. Que en Hispania se quedó con oro y plata que deberían haber ido a parar al erario de Roma.

II. Que en Hispania se alió con muchos hispánicos enemigos de Roma.

III. Que, después de la batalla de Zama, su clemencia hacia Cartago fue contraria a los intereses de Roma.

IV. Que aceptó sobornos de Cartago a cambio de condiciones favorables de paz.

V. *Que, después de derrotar a Filipo de Macedonia, él y su hermano Lucio aceptaron sobornos para retirar a las legiones romanas. Que, después de derrotar a Antíoco de Siria, él y su hermano Lucio aceptaron sobornos para retirar a las legiones romanas.*

VI. *Que, después de cada una de sus campañas, contemporizaba en Roma y se dedicaba al arte griego y a otros intereses y no a los de Roma.*

VII. *Que, por su helenismo, había pervertido las virtudes de Roma. Que tenía un compañero inusual, un tal Bostar de Calcedonia, que ni siquiera era ciudadano y al que revelaba todos los asuntos de Estado.*

VIII. *Que, durante toda su vida, había estado por encima de la voluntad del Senado y del pueblo de Roma.*

¿Cuánto de esto es cierto? En el juicio, Lelio confirmó lo primero, por ejemplo. No dudo que Escipión obrara mal muchas veces, pero desde un punto de vista filosófico, no jurídico. Mucho de lo que hizo Escipión fue en la época en que la constitución estaba suspendida. Era su propia ley y ha muerto como vivió, siendo un enigma. ¿Y la acusación novena? No fue como ellos pensaron. «Inusual. » ¿Qué querrá decir eso? Es una acusación de la que me siento orgulloso.

Por lo que a mí se refiere, no he hablado del tiempo que estuve con Aníbal. He señalado aspectos de mi pasado, pero he dejado mucho por decir. Como el destello de un pez en un estanque, dejo sin terminar la historia de Labieno, sus hijos, Artijes, Apurnia y mis estudios.

¿Qué más queda por decir y por hacer? No he terminado las dos copias que estaba preparando para enviárselas a Teógenes. No voy a terminarlas ahora. La historia está incompleta y las copias serán así más plenamente copias, como el recuerdo de los sueños. Más importante es recordar que hay mucho por aclarar en las acciones de Catón y en su implacable enemistad contra todo lo que no sea de Roma. Y hay muchas cosas que podría añadir... como mi convicción de que Lelio intentó violar a Cornelia hace varios años, el día que Cornelia llevaba un mantón durante la cena. Con aquel rechazo y aquella violencia comenzó la corrupción de Lelio. El resultado fue la traición cometida durante el juicio. Todo está relacionado, si se sabe ver.

Pero prefiero dejar estos asuntos para que quienes me sucedan puedan indagarlos, y esta historia, semejante al mismo Escipión, gloriosa quizá pero estéril. Ahora dejémosle entrar en la serena gravedad de la lluvia, en el paso de la colina hacia el mar. Escipión ha muerto y conservo en lo más profundo de mi cuerpo la oscura semilla de su sueño. Se acabó. Renuncio a las palabras. Dejémoslas asentarse y que esta historia adquiera tal significado que celebre la ausencia de lo que no le pertenece. Lo que fue ha terminado. Comienza una nueva época.

EPÍLOGO

Hace frío aquí, en los límites del imperio romano. Bostar dijo que era mejor estar lejos, donde nadie nos conoce y somos libres. Vino a buscarme a Capua. Habló con mi madre Apurnia y me sacó del lugar en el que había nacido. Viajamos. Compró esta casa para nosotros, aquí en Macedonia, en las colinas de la costa. Cuando miro fuera, veo el mar brillante y cada día busco las velas del barco que estoy esperando y del hombre al que traerá.

Por lo demás, no espero nada. Paseo por las montañas pobladas de ciervos y escucho los quejumbrosos gritos de las aves que pasan volando. Tengo un preceptor, sirvientes, mucho oro para pagar a los carreteros y a los vendedores ambulantes que me traen mercancías. Leo una y otra vez la historia de la vida de Escipión que me ha dado Bostar y a la que me ha sugerido que añada un epílogo.

Veo que Bostar deja muchas cosas sin resolver. Es opción suya. Pero a mí me parece importante consignar el resultado del juicio de Escipión... o, más exactamente, de la apelación de Catón contra el veredicto emitido tras aquel juicio. Oí el resultado en Capua la víspera de la llegada de Bostar. Todo el mundo se enteró en Italia de la noticia al cabo de unos días. Escipión debió de morir un par de días antes. El veredicto fue de absolución.

Si Escipión murió porque se le rompió el alma y porque su mente no soportó tanta tensión, no tendría que haber sucedido. Podía haber vuelto a Roma y, una vez más, haber recuperado el lugar que le correspondía. ¿Quién no había oído hablar de Escipión el africano, el brillante general, el helenófilo, el salvador de Roma? En Capua, la gente solía decir que era un dios. Por esta historia veo que fue ante todo un hombre, un hombre al que me habría gustado conocer. Bostar dice que nadie podía conocerlo porque él no se conocía a sí mismo. Pero Bostar también dice que la gente le amaba a pesar de y por esa falta, ese anhelo suyo. No estoy seguro de entenderlo.

¿O habría hecho Catón imposible el regreso de Escipión? No lo sé y no veo la utilidad de explayarme sobre este asunto. Así que espero, como me dijo Bostar. Él se ha ido a Bitinia, donde hay un hombre escondido de la venganza de Roma.

Yo soy Hannón, el hijo de Aníbal, al que no he conocido. Bostar me lo dijo en Capua, y mi madre, sollozando, confirmó que era cierto. Nunca la había visto llorar. Mi padre fue, dijo, como un cometa que no se consume pero arde más allá de las estrellas lejanas. Dijo que era el hijo del mayor anhelo de amor que había conocido. ¿De quién?, le pregunté. ¿Tuyo o suyo? No lo dijo. La dejamos llorando, sola. Pero sus lágrimas me parecieron de alegría, no de dolor, y ahora voy a conocer al hombre que tanto conmovió a mi madre... y que me dio mucho de lo que soy y de lo que pueda ser aún.

Soy joven. Los sucesos que Escipión ha descrito formaron el mundo y me concibieron. Bostar encontrará a mi padre y lo traerá aquí. Luego los tres aprenderemos a amar y a vivir, no a morir ni a guerrear. El cielo es brillante y azul. La luz es clara y pura.

CRONOLOGÍA

La grandeza de Roma

814 a.C.	Fundación de Cartago
753	Fundación de Roma
509	Expulsión de los reyes; nace la república romana
496	Roma aplasta a los latinos en la batalla del lago Regilo
450	Publicación de las leyes de las Doce Tablas
366	Primeros cónsules plebeyos
34o	Rebelión del Lacio; disolución de la liga latina
338	La Campania se incorpora al Estado romano
310	Los romanos entran en Etruria
298-290	Tercera y última guerra samnita
280-275	Pirro de Epiro invade Italia y es derrotado
264-241	Primera guerra púnica contra Cartago
247	Nacimiento de Aníbal Barca en Cartago
236	Nacimiento de Publio Cornelio Escipión en Roma
234	Nacimiento de Marco Porcio Catón en Túsculo
223	Antíoco III (el Grande), soberano del reino seléucida
221	Filipo V, rey de Macedonia
218-202	Segunda guerra púnica
217	Batalla del lago Trasimeno
216	Batalla de Cannas
215	Filipo de Macedonia se alía con Aníbal
213-211	Sitio de Siracusa
209	Escipión invade Hispania; se apodera de Cartagonova
208	Batalla de Baecula
206	Batalla de Ilipa
	Hispania se divide en dos provincias
204	Escipión vuelve a Roma; elegido cónsul; invade África
203	Aníbal, en Italia, llamado a África
202	Batalla de Zama

	Fabio Pictor publica la primera historia de Roma
200	Roma declara la guerra a Macedonia
197	Batalla de Cinocéfalos: Filipo derrotado
195	Catón elegido cónsul
194	Escipión elegido cónsul por segunda vez
192-189	Guerra siríaca entre Roma y Antíoco
189	Batalla de Magnesia: Antíoco es derrotado
188	Comienza el juicio contra los Escipiones
184	Catón es elegido censor
182	Muerte de Escipión y de Aníbal
167	Abolición de los impuestos directos de los ciudadanos romanos
149	Muerte de Catón
149-146	Tercera guerra púnica; destrucción de Cartago
	África se convierte en provincia romana
148-146	Cuarta guerra macedónica
	Macedonia pasa a ser provincia romana
146	Corinto destruida
	La república romana llega a su cenit